

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**

**La materialidad prehispánica centroamericana a través de
las obras de John Lloyd Stephens y Ephraim George Squier**

T E S I S

Félix Alejandro Lerma Rodríguez

Asesora: Dra. Silvia Limón Olvera

2007



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mi papá por haberme enseñado con su ejemplo
y sabiduría el valor del trabajo, la perseverancia,
la paciencia, y, sobretodo, la aceptación de uno mismo.
Eres el mejor padre que pude tener.

A mi madre (†): *Deus te in Paradiso conserves,
di Domino cui: egomet etiam ei grates do.*

A mis hermanos migrantes, Humberto y Mago,
quienes han tenido que buscar el sustento más allá
de las fronteras. Gracias por el cariño que me tienen,
I don't forget you sister, não te esqueço irmão.

A mis hermanas que lidiaron conmigo para
convertirme en un ser “civilizado”, creo que no
lo lograron. Gracias Ana, Queta y Chayito
De cada una de ustedes he aprendido mucho.

A mi adorada Claudita, compañera de todos los
viajes, estoy seguro de que aún nos aguardan nuevos
territorios por descubrir. Sólo tú conoces todos los
corajes que me produjeron estas páginas.
Gracias por soportarme, amarme y por ser la cámara
lúcida de todas mis travesías.
Amo-te Borboletinha que voas num ar de cores!

A todos los compañeros, vivos y muertos, libres y
presos, que con su esfuerzo y sacrificio han
defendido por generaciones el derecho a la
educación para el pueblo de México. La utopía
nos mueve y aún hay camino por recorrer.

A la familia Damián Guillén, han sido en estos
últimos años como una segunda familia para mí.
Gracias, Mrs. Hope, Isabelia y Mr. Richard.

A todos los amigos centroamericanos, quienes
me han ayudado a conocer la hermosa región
en que les ha tocado vivir. De manera especial
a los “deliciosos” de San Juan Opico, a nuestra
familia adoptiva de Jardines de Colón, al Museo
de la ciudad de Santa Tecla, a los tíos Antonio
y Ruth, a los ticos de la “U” y del Museo Nacional,
y al siempre hospitalario Bosco de la cálida
Managua. ¡Qué vivan Sandino y Morazán!

A Stephens y Squier, quienes nunca sospecharon
que sus móviles arqueo-imperialistas permitirían
que un desconocido se titulara más de 150 años
después. Están en mi lista de “gringos” *sim gratos [sic]*.

AGRADECIMIENTOS

Hago patente mi agradecimiento a las personas que me ayudaron, de manera directa e indirecta, no sólo a elaborar y corregir este trabajo, sino también a conocer un área de estudio tan fascinante como lo es el mundo indígenas de nuestro continente.

En primer lugar a la Dra. Silvia Limón Olvera por asesorarme durante la elaboración de la tesis; a pesar de la fuerte carga de trabajo que tuvo cuando yo redactaba la parte final de la investigación, siempre me dedicó tiempo, me brindó consejos y, algo que valoro de manera especial, me dio libertad y confianza para trabajar el tema según mis propias ideas. También le agradezco sus sugerencias en lo referente a la organización y la redacción del trabajo, y por haber facilitado con su disposición el tedioso proceso de los trámites y las firmas.

A la Mtra. Emilie Carreón y al Mtro. Alfonso Arellano por su interés y dedicación en la revisión del trabajo; sus comentarios, además de infundirme ánimos (y desánimos incluso), contribuyeron a mejorar algunos aspectos finales del contenido y la redacción.

De manera especial a la Dra. Marie-Areti Hers, quien me apoyó en todo momento y de distintas formas durante los últimos años de la licenciatura. La bibliografía comentada sobre arte prehispánico de Centroamérica, que me permitió desarrollar durante mi servicio social, fue el punto de partida de la presente tesis. Gracias también por facilitarme el equipo para la reproducción de las imágenes. Y gracias sobretodo por las lecciones que me ha dado en cuevas, cerros y barrancas.

A los profesores que, en distintos momentos, me han ayudado a conocer varias facetas del mundo indígena: Dr. Miguel Pastrana, Dr. Pablo Escalante, Dra. Maricela Ayala, Mtro. José Quintero Weir y Arqueólogo Tomás Pérez, sin dejar de mencionar al Maestro y amigo Francisco Luna Tavera, historiador otomí del Estado de Hidalgo.

A todas las personas que, a veces sin darse cuenta, me ayudaron a elaborar este trabajo, en particular al personal administrativo de las distintas bibliotecas de la UNAM y al personal de las bibliotecas de la Universidad Centroamericana de Nicaragua.

A Enriqueta Lerma quien con su ejemplo me mostró como elaborar una tesis, y a Claudia I. Damián por leer el trabajo en varias ocasiones mostrándome aciertos y desfiguros.

A la Universidad Nacional Autónoma de México por la formación que me brindó, espero haberla aprovechado.

Este saltar de una época a otra siempre ha sido una gran tentación del hombre, que, siendo esclavo y víctima de las implacables leyes del tiempo, anhela, aunque sólo sea por un momento y a sabiendas de que se trata de una ilusión, sentirse su amo y señor, elevarse por encima de él para poder establecer su propio orden de épocas, estadios y períodos, juntarlos y separarlos, manejarlos a su antojo.

Ryszard Kapuscinski, *Viajes con Herodoto*

ÍNDICE

Índice de imágenes	11
Introducción	15

PARTE I

Capítulo 1. Concepto, uso, imágenes y estudio de la materialidad prehispánica	21
1.1. La materialidad prehispánica.....	22
1.2. Interpretaciones, usos e imágenes de la materialidad prehispánica.....	29
1.3. El estudio historiográfico de las visiones de la materialidad prehispánica.....	33
Capítulo 2. Contexto histórico y literario	38
2.1. Las “historias de la arqueología” y la “arqueología” antes de Stephens y Squier...38	
2.2. Viajeros en el siglo XIX y literatura de viajes.....	46
2.3. El expansionismo de los Estados Unidos en la primera mitad del siglo XIX.....	52
2.4. Stephens y Squier: antecedentes de viajes y trabajos	55
Capítulo 3. Las obras de Stephens y Squier	65
3.1. Las obras que competen a este estudio.....	65
3.2. Las ediciones.....	67
3.3. La difusión.....	71
3.4. Contenido general de las obras.....	72
3.5. Las fuentes utilizadas por Stephens y Squier.....	74
3.6. Comentarios acerca de las obras de Stephens y Squier.....	78
Capítulo 4. Los lugares y las manifestaciones conocidas por Stephens y Squier	85
4.1. El itinerario de Stephens y la materialidad prehispánica que conoció.....	85
4.2. El itinerario de Squier y la materialidad prehispánica que conoció.....	92

PARTE II

Capítulo 5. La materialidad prehispánica centroamericana a través de los relatos de Stephens y Squier	100
5.1. Descubrimiento y colonización.....	101
5.2. El control de la antigüedad.....	107
5.3. Stephens: diálogo y debate con otros textos.....	112
5.3.1. Stephens en Copán.....	115
5.3.2. Stephens y Quiriguá.....	119
5.3.3. Stephens en las tierras altas de Guatemala.....	121
5.4. Squier: la influencia de Stephens y otros conocimientos previos.....	128
5.4.1. Squier: sus exploraciones en las islas de Nicaragua.....	130
5.4.2. Squier: restos de arquitectura prehispánica en Nicaragua.....	138
5.4.3. Squier y las manifestaciones rupestres.....	139
5.5. La visión indígena.....	144
Capítulo 6. Las imágenes de la materialidad prehispánica en las obras de Stephens y Squier	151
6.1. El objetivo de las imágenes.....	151
6.2. Características generales de las imágenes.....	152
6.2.1. La escultura.....	155
6.2.2. La arquitectura.....	168
6.2.3. La materialidad prehispánica en el paisaje.....	171
6.2.4. Los mapas.....	173
6.2.5. La escritura jeroglífica.....	176
6.2.6. Pinturas rupestres y petroglifos.....	177
6.2.7. La cerámica.....	179
6.3. Consideraciones finales sobre las imágenes.....	180
Conclusiones	182
Obras consultadas	188

ÍNDICE DE IMÁGENES

Figura 1 (pág. 31). Evo Morales un día antes de asumir oficialmente la presidencia de Bolivia. Agencia AP, tomada de: <http://www.jornada.unam.mx/2006/01/22/mundo.php#>

Figura 2 (pág. 33). Billeto costarricense de cinco mil colones. Banco Central de Costa Rica, tomada de: http://infoweb.co.cr/costa_rica/billetes/concomil_f.jpg

Figura 3 (pág. 33). *Grafitto* en una calle de San José, Costa Rica. Autor desconocido, fotografía tomada por Claudia Ivette Damián Guillén en el mes de noviembre de 2005.

Figura 4 (pág. 141). Serpiente/Sol de la laguna Asososca, dibujo de James Mc Donough. Tomada de Ephraim George Squier, *Nicaragua; its people, scenery, monuments, and the proposed interoceanic canal*, vol. 1, Nueva York, Appleton & Co., Publishers, 1852, lám. 2.

Figura 5 (pág. 142). Petroglifos de Cailagua, dibujo de James Mc Donough. Tomado de Ephraim George Squier, *Nicaragua, sus gentes y paisajes*, 2ª ed. en español, Nicaragua, Nueva Nicaragua, 1989, p. 280.

Figura 6 (pág. 156). Estela H de Copán, dibujo de Juan Galindo. Tomada de Ian Graham, “Juan Galindo Enthusiast”, *Estudios de Cultura Maya*, Vol. 3, México, 1963.

Figura 7 (pág. 157). Estela H de Copán dibujo de Frederick Catherwood. Tomada de John Lloyd Stephens, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, Vol. 1, Londres, John Murray, 1841.

Figura 8 (pág. 159). Dos vistas de la estela N de Copán según la nomenclatura de Stephens, dibujos de Frederick Catherwood. Tomados de John Lloyd Stephens, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, Vol. 1, Londres, John Murray, 1841.

Figura 9 (pág. 159). Ídolo 2 de Subtiaba, dibujo de James Mc Donough. Tomada de Ephraim George Squier, *Nicaragua; its people, scenery, monuments, and the proposed interoceanic canal*, Vol. 1, Nueva York, Appleton & Co., Publishers, 1852, p. 319.

Figura 10 (pág. 161). Monumentos 11 y 12 de la isla Zapatera, dibujo de James Mc Donough. Tomado de Frederic Thieck, *Ídolos de Nicaragua Álbum No. 1*, Nicaragua, Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua - Departamento de Arqueología y Antropología, 1971, p.206. Originalmente el dibujo apareció en el volumen 2 de la obra de Squier de 1852.

Figura 11 (pág. 161). Pirámide de los Nichos, dibujo de Carl Nebel. Tomado de Martha Poblett Miranda, *Viajeros en el siglo XIX*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000, p. 32.

Figura 12 (pág. 163). Escultura de “el diablo” de la isla Pensácola, dibujos de James Mc Donough. Tomados de Frederic Thieck, *Ídolos de Nicaragua Álbum No. 1*, Nicaragua, Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua - Departamento de Arqueología y Antropología, 1971, p. 198, y de Ephraim G. Squier, *Nicaragua, sus gentes y paisajes*, 2ª ed., Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana, 1972, p. 368.

Figura 13 (pág. 164). Cabeza de Tepeyacan cerca de Puebla, dibujo de Luciano Castañeda. Tomado de Guillermo Dupaix, *Atlas de las antigüedades mexicanas*, edición facsimilar, México, San Ángel Ediciones, 1978, p. 69.

Figura 14 (pág. 164). Cabezas de Copán y de la isla Momotombito, dibujos de Frederick Catherwood y James Mc Donough respectivamente. Tomados de John Lloyd Stephens, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, Vol. 1, Londres, John Murray, 1841, p. 139; y de Ephraim George Squier, *Nicaragua; its people, scenery, monuments, and the proposed interoceanic canal*, vol. 1, Nueva York, Appleton & Co., Publishers, 1852, , p.314.

Figura 15 (pág. 165). Dos vistas del monumento 1 de Subtiaba, dibujos de James Mc Donough. Tomados de Ephraim George Squier, *Nicaragua; its people, scenery, monuments, and the proposed interoceanic canal*, vol. 1, Nueva York, Appleton & Co., Publishers, 1852, p. 318 y 327.

Figura 16 (pág. 166). Escultura de Quiriguá, dibujo de Frederick Catherwood. Tomado de John Lloyd Stephens, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, Vol. 2, Londres, John Murray, 1841.

Figura 17 (pág. 167). Esculturas de la isla Zapatera, dibujo de James Mc Donough. Tomados de Frederic Thieck, *Ídolos de Nicaragua Álbum No. 1*, Nicaragua, Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua -Departamento de Arqueología y Antropología, 1971, p. 200.

Figura 18 (pág. 168). Monumento “O” según la nomenclatura de Stephens, dibujo de Catherwood. Tomado de John Lloyd Stephens, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, Vol. 2, Londres, John Murray, 1841.

Figura 19 (pág. 168). Monumentos de Copán vistos a fines del siglo XIX, fotografía de Alfred Percival Maudslay. Tomado de Alfred Percival Maudslay *Biología Central-Americana*, Vols. 1 y 2, edición facsimilar, Nueva York, Milpatron Publishing Corp., 1974, lám. 40.

Figura 20 (pág. 169). Basamento piramidal de Utatlán, dibujo de Frederick Catherwood. Tomado de John Lloyd Stephens, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, Londres, Vol. 2, John Murray, 1841.

Figura 21 (pág. 170). Pirámide cercana a San Andrés Chalchicomula, Puebla, dibujo de Luciano Castañeda. Tomado de Guillermo Dupaix, *Atlas de las antigüedades mexicanas*, edición facsimilar, México, San Ángel Ediciones, 1978, p. 89.

Figura 22 (pág. 171). Vista de las ruinas de Utatlán, dibujo de Frederick Catherwood. Tomado de John Lloyd Stephens, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, Vol. 2, Londres, John Murray, 1841.

Figura 23 (pág. 172). Laguna de Asososca, dibujo de James Mc Donough. Tomado de Ephraim George Squier, *Nicaragua; its people, scenery, monuments, and the proposed interoceanic canal*, vol. 1, New York, Appleton & Co., Publishers, 1852, p. 406.

Figura 24 (pág. 174). Mapa de Madison Parish, Luisiana, Estados Unidos, hecho por Ephraim G. Squier y Edwin H. Davis. Tomado de Brian Fagan, *Precursores de la arqueología en América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 75.

Figura 25 (pág. 175). Mapa de las esculturas y los montículos de la isla Zapatera, hecho por Ephraim G. Squier y James Mc Donough. Tomado de Ephraim George Squier, *Nicaragua, sus gentes y paisajes*, 2ª ed. en español, Nicaragua, Nueva Nicaragua, 1989, p. 303.

Figura 26 (pág. 175). Mapa de Copán, publicado por Stephens. Tomado de John Lloyd Stephens, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, Vol. 1, Londres, John Murray, 1841.

Figura 27 (pág. 177). Lado superior del altar de piedra hallado por Stephens en Copán, dibujo de Frederick Catherwood. Tomado de John Lloyd Stephens, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, Vol. 1, Londres, John Murray, 1841, p. 141.

Figura 28 (pág. 178-179). 4 láminas de pinturas rupestres y petroglifos de Nicaragua, dibujos de James Mc Donough. Tomadas de Ephraim George Squier, *Nicaragua; its*

people, scenery, monuments, and the proposed interoceanic canal, vol. 1, Nueva York, Appleton & Co., Publishers, 1852, lám. 2; y de Ephraim George Squier, *Nicaragua, sus gentes y paisajes*, 3a. ed. en español, Nicaragua, Nueva Nicaragua, 1989, p. 280.

Figura 29 (pág. 180). Objetos de cerámica registrados por Stephens y Squier, dibujos de Frederick Catherwood y James Mc Donough. Tomados de John Lloyd Stephens, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, Vol. 2, Londres, John Murray, 1841; y Ephraim George Squier, *Nicaragua, sus gentes y paisajes*, 2^a ed. en español, Nicaragua, Nueva Nicaragua, 1989, p. 325.

INTRODUCCIÓN

El pasado precolombino, como cualquier otro periodo histórico, es susceptible de ser interpretado y comprendido de distintas maneras; hombres de las más diversas sociedades y épocas se han acercado a la historia prehispánica de nuestro continente desde varias perspectivas. Una de las fuentes más importantes para el estudio de este pasado está dada por los vestigios materiales que se conservan de las antiguas culturas. Las explicaciones hechas en torno a los objetos prehispánicos juegan un papel fundamental en la construcción de imaginarios acerca de la historia precolombina; por ello, el análisis de los distintos enfoques que han explicado los restos materiales de los antiguos hombres americanos, nos lleva a comprender la imagen que se ha formado y nos hemos formado de aquella época.

La presente investigación tiene como objetivo central el estudio del modo en que los objetos materiales del pasado prehispánico fueron vistos e interpretados a mediados del siglo XIX, en los casos específicos de dos de los principales viajeros estadounidenses de la época. Me refiero a John Lloyd Stephens (1805-1852) y Ephraim George Squier (1821-1888). Estos autores, considerados como pioneros en el campo de la arqueología americana, llevaron a cabo exploraciones en territorios centroamericanos por medio de las cuales dieron a conocer antiguos monumentos que habían permanecido ocultos durante siglos en las selvas e islas de América Central. En 1841 Stephens publicó su libro titulado *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, en donde plasmó sus principales observaciones sobre los lugares que conoció en Centroamérica y México. Por otro lado once años después, en 1852, Squier publicó su obra *Nicaragua; its people, scenery, monuments, and the proposed interoceanic canal*, en donde relata su experiencia viajera en Nicaragua, en algunos poblados de Honduras y en el Golfo de Fonseca en El Salvador.

En las obras mencionadas de Stephens y Squier se encuentran diversos temas de interés para el estudio del siglo XIX centroamericano, y en particular, para el caso que aquí compete, hay muchas referencias a los objetos prehispánicos que ambos viajeros conocieron durante sus respectivas travesías. Este universo de vestigios materiales precolombinos descrito por los viajeros será nombrado a lo largo de este trabajo, por

razones que explico más adelante, bajo el término genérico de *materialidad prehispánica*. Por lo anterior, la materia prima de la presente investigación está constituida por los dos libros mencionados correspondientes a cada uno de los viajeros, pues en dichas obras se concentran las principales opiniones que ellos enunciaron sobre el tema de mi interés.

El estudio de las interpretaciones que se han hecho acerca de la materialidad prehispánica, desde el contacto entre europeos e indígenas americanos en los siglos XV y XVI hasta nuestros días, permite conocer los modos en que una época, en este caso la prehispánica, ha sido entendida —o si se prefiere “inventada”, parafraseando a Edmundo O’Gorman— por otras subsecuentes. Al indagar sobre el modo en que Stephens y Squier vieron objetos tales como esculturas, pinturas, vasijas de cerámica o construcciones arquitectónicas, todas creadas por los antiguos habitantes de nuestro continente, pretendo trasladar una reflexión que puede ser aplicada a distintos momentos históricos hacia uno en específico: el de los viajeros decimonónicos en Hispanoamérica.

Este trabajo, al que se le puede situar en el ámbito de la historiografía de la arqueología o de la historiografía del arte prehispánico, también se plantea como una contribución para el conocimiento de la región centroamericana, en particular para la comprensión del proceso del develamiento de su pasado prehispánico. Al mismo tiempo nos da cuenta del modo en que la realidad latinoamericana, en este caso la del pasado prehispánico de Centroamérica, ha sido vista desde otras culturas.

Las hipótesis a partir de las cuáles se ha planteado esta investigación están relacionadas con el modo en que se puede interpretar la apropiación intelectual y material que Stephens y Squier ejercieron sobre los vestigios prehispánicos en el contexto de su época. Una de estas hipótesis apunta hacia la relación entre el proceso de formación de los estados modernos en América —y la consiguiente pugna por la hegemonía hemisférica— y la lucha por la conquista del remoto pasado americano; es decir que las exploraciones de nuestros viajeros respondieron a intereses vinculados directamente al poder geopolítico de la creciente nación estadounidense. También señalo como punto de partida para el análisis de las obras, la relación implícita que hay entre Stephens y Squier y los conquistadores españoles del siglo XVI, pues al parecer estos viajeros decimonónicos se veían a sí mismos como unos *nuevos descubridores de*

América; lo anterior nos obliga a indagar sobre este aspecto para entender un fenómeno que se dio en el nivel de la enunciación presente en los textos. Las dos hipótesis anteriores tienen su punto de conjunción en una tercera, pues la contienda por el control de las excolonias españolas protagonizada en el siglo XIX por los Estados Unidos y Gran Bretaña principalmente —sin olvidar a otros países como Francia y Alemania que también manifestaron sus intereses—, así como el ímpetu de *descubrimiento* existente en Stephens y Squier, se traduce en una intención de *control* sobre la materialidad prehispánica; en otras palabras, el fenómeno político de la hegemonía se refleja en la búsqueda del control sobre el pasado americano.

Las hipótesis anteriores, sin embargo, no tendrían lugar si no se apoyaran en la idea fundamental de este trabajo, y sobre la cual se basan todas y cada una de sus partes, y que conforma mi hipótesis central: el modo en que un ser humano *ve e interpreta* una realidad cualquiera es susceptible a su vez de ser conocido e interpretado. Considerando lo anterior, las obras de Stephens y Squier se presentan como testimonios escritos del modo en que estos viajeros *vieron e interpretaron* a la materialidad prehispánica, y por lo tanto el estudio de sus respectivos libros nos permite acceder a su universo de significación.

El presente estudio, de manera general, se divide en dos grandes partes. La primera se compone por los capítulos del 1 al 4; en ellos se muestran varios aspectos que nos ayudan a entender el sentido de las obras de Stephens y Squier. La segunda parte la integran los capítulos 5 y 6, en donde llevo a cabo un análisis interpretativo de las obras de ambos viajeros en lo que se refiere a las partes narrativas y a las imágenes visuales respectivamente.

El capítulo 1 contiene una exposición de los planteamientos generales de esta investigación. En él se aclara el uso del concepto *materialidad prehispánica* y los problemas implícitos en la manera de nombrar a los objetos prehispánicos. También se incluyen las consideraciones tomadas en cuenta para llevar a cabo el estudio, en lo que respecta al análisis del texto y de la imagen. El primer capítulo trata temas relacionados con esta introducción, sin embargo he decidido manejarlo como un capítulo aparte por contener algunas reflexiones que rebasan los propósitos de un escrito introductorio.

El contexto en el que se crearon las obras de los viajeros lo presento en el capítulo 2. Incluye temas tales como los antecedentes históricos relacionados con el interés por la materialidad prehispánica, básicamente durante el periodo del imperio español en América y la primera mitad del siglo XIX; el género y el gran movimiento decimonónico en el que se enmarcan los autores, los cuales corresponden al periodo de los viajeros y la literatura de viajes del siglo XIX; la situación política internacional que llevó a los dos autores a recorrer el istmo centroamericano, principalmente el expansionismo estadounidense en la región; y, por último, algunos datos biográficos de los autores y sus travesías y exploraciones previas, las cuales constituyen las bases con las que se acercaron a la materialidad prehispánica centroamericana.

El capítulo 3 se enfoca al estudio de los documentos, es decir de los libros escritos por Stephens y Squier; se exponen las principales características de las obras como son: difusión, ediciones y forma en la que fungieron dentro de su propia época. También se mencionan las fuentes utilizadas por los viajeros, así como los principales comentarios que sus libros han suscitado en historiadores posteriores del siglo XIX y XX, para conocer, de una manera general, el modo en que estas obras han sido interpretadas.

En el capítulo 4 señalo los itinerarios de viaje de cada uno de los autores y se mencionan los objetos precolombinos con los que entraron en contacto durante sus respectivas travesías. El objetivo de esta sección es dejar asentado el universo espacial y el tipo de materialidad prehispánica de la que se da cuenta en las obras para dedicar los últimos dos capítulos al análisis específico del discurso de los autores.

Al terminar la exposición de los diversos temas tratados en los capítulos mencionados, se habrán planteado ya los elementos necesarios para llevar a cabo un análisis del modo en que tanto Stephens como Squier dieron cuenta de sus hallazgos en sus obras, tanto en lo que se refiere a las narraciones como a las imágenes que publicaron. En el capítulo 5 realizo una exposición y comentarios de ciertos párrafos significativos de los libros de los dos viajeros, para entender las principales ideas que ellos enuncian respecto a la materialidad prehispánica. En este análisis se pondrá énfasis en la forma en que son nombrados los objetos prehispánicos, los usos e intereses con que los autores se acercan a ellos y la manera como lo hacen.

En el capítulo 6 se tratarán las imágenes que aparecieron publicadas en la obras. Así como los textos de Stephens y Squier se presentan como fuentes para el conocimiento de la visión que tuvieron de los objetos prehispánicos, los dibujos que contienen sus respectivos libros también pueden ser entendidos como fuentes. Las imágenes no deben ser vistas como ilustraciones o reproducciones *objetivas* de la realidad —aunque en ocasiones ese sea el matiz que se les quiere dar—, sino como otro tipo de documentos susceptibles de ser analizados para desentrañar los significados implícitos que hay en ellos.

Por último, en las conclusiones se presenta una recapitulación y las reflexiones derivadas de todo el estudio y, primordialmente, de los últimos dos capítulos. Así, se exponen las características del modo en que los dos autores estadounidenses interpretaron la materialidad prehispánica en sus obras, el cual que se desprende de sus intereses y del contexto al que pertenecieron.

Pretendo poner sobre la mesa elementos suficientes para comprender el estudio y la visión particular que sobre las manifestaciones prehispánicas tuvieron Stephens y Squier. Asimismo, conocer los principales aspectos de las exploraciones de ambos viajeros en Centroamérica según fueron presentadas en las obras estudiadas. En esto consiste el alcance de la investigación. Sin embargo también es necesario señalar limitaciones, pues en el proceso de elaboración también se vislumbraron ciertas problemáticas que no fueron abordadas, pero que es necesario señalar para que sean tomadas en cuenta por quienes se interesen en el tema o en algún tema afín en el futuro.

Es importante poner las opiniones ahora vertidas en relación con otros textos de los autores, pues aunque en este trabajo muestro reflexiones en torno a sus dos principales obras, quedan de lado otros escritos de estos viajeros. Como el objetivo fundamental consistió en el estudio de sus viajes en América Central, en otro trabajo sería de interés cotejar lo dicho en estas páginas con la lectura y el análisis de las obras en donde Stephens habla de sus viajes en México y Squier de sus viajes en Perú. El acercamiento a la problemática de las interpretaciones de la materialidad prehispánica en el siglo XIX no sólo puede ampliarse con el estudio de otras obras de Stephens y Squier, sino también con la comparación de otros viajeros, los cuales abundaron en aquel siglo. Se desprende de lo anterior que el examen que aquí se hace de algunos aspectos del

dibujo arqueológico decimonónico, también puede ser cotejado y complementado con imágenes de otros dibujantes de la época.

Por último quiero hacer algunos comentarios sobre la situación de la presente investigación en el contexto de los Estudios Latinoamericanos en nuestro Colegio, según mi perspectiva. El estudio del arte prehispánico en nuestra Facultad, tal como lo he podido corroborar en distintas materias que he cursado, pone principal interés en el tipo de manifestaciones hechas por las culturas prehispánicas y sus principales rasgos estilísticos, pero se suele dejar de lado el estudio del proceso de develamiento del pasado prehispánico. Con esta investigación he querido dejar manifiesto mi interés por conocer los modos en que los objetos prehispánicos han sido vistos en distintas épocas, pues el conocimiento actual de la antigüedad americana es en gran parte una herencia legada por distintos estudiosos que a lo largo de los años han aportado diversas piezas para armar el gran rompecabezas de la historia precolombina. Al mismo tiempo esta tesis pretende llamar la atención sobre el estudio de dos épocas que hoy en día no gozan de mucha atención en el colegio, me refiero a la época prehispánica y al siglo XIX. El estudio de estos dos periodos de la historia latinoamericana debe ser tomado en cuenta para comprender el devenir de esta región en la que nos ha tocado vivir.

CAPÍTULO 1. CONCEPTO, USOS, IMÁGENES Y ESTUDIO DE LA MATERIALIDAD PREHISPÁNICA

Comenzaré contando una anécdota que ejemplifica muy bien uno de los problemas a tratar en este capítulo. En un día de diciembre de 2005 me encontraba en la presidencia municipal de Amealco de Bonfil, al sur del estado de Querétaro. Sobre un falso muro de madera estaba pegado un mapa turístico de dicho municipio impreso bajo el patrocinio de *Coca-Cola*. Al echar una mirada por los puntos de interés que mostraba el pequeño mapa, me encontré con una indicación de zona arqueológica cerca del pueblo de San Ildefonso Tultepec. Ya había leído algo de este último lugar: se trata de uno de los pueblos con mayor población hñãñho de la región.

Emprendí la búsqueda de dicha zona arqueológica, emocionado junto con mi acompañante por visitar el pueblo de San Ildefonso. Abordamos una camioneta que se dirigía hacia dicho poblado. Pasados algunos minutos sobre la carretera, me percaté de que el vehículo estaba transitando justo por en medio de la población de nuestro interés. Fue entonces cuando me acerqué al chofer para preguntarle por la zona arqueológica; dando inicio a la confusión.

— ¿Sabe dónde está la zona arqueológica?— pregunté.

— ¿La qué?— respondió el chofer.

— La zona arqueológica.

— No, aquí no hay nada de eso.

— Sí, yo vi allá en Amealco que había una zona arqueológica señalada en un mapa.

— O sea, pero cómo ¿qué es lo que busca? ¿Qué le dijeron que era o qué?

Mientras una pareja de ancianos hñãñho me veía con indiferencia, se me ocurrió:

— Son unas ruinas...

— ¿Ruinas?...

— Sí, unas construcciones antiguas...

— ????

— ¡Pirámides!...

— ????

— ¡Casas viejas!

— ¡Ah, ya sé! Lo que usted busca son “unas madres” que están por allá — Y señaló con su brazo hacia la derecha del camino. No sabía en qué sentido utilizaba el término “madres” pero pensé que por fin nos habíamos entendido.

— Sí, yo creo que es ahí.

— Bájese aquí, camine por allá —volvió a señalar con su brazo— y por ahí están unas “madrecitas”, por ahí pregunta y todos las conocen.

Dicho eso último arrancó y se fue. Está por demás decir que nunca vimos una zona arqueológica; lo que sí supimos fue de la existencia de una iglesia antigua, pero nunca la encontramos.

Algunas cosas podemos reflexionar a raíz del relato anterior: ¿qué era para los editores *coca-coleros* de aquel mapa la zona arqueológica de San Ildefonso?, ¿a qué le llamaban así?, ¿qué eran para aquel chofer “unas madres”? Y, en última instancia ¿qué buscaba yo realmente? Sin embargo, lo que quiero destacar son los nombres con los que quise hacerme entender con aquel hombre, sin ningún resultado favorable (para mi desgracia). ¿Cuántos son los nombres con los que nos podemos referir a aquello que se nos presenta como *antiguo*? y ¿qué implica esta multiplicidad de nombres?

No es de mi interés crear, en este trabajo, una confusión similar a la acontecida entre aquel chofer y yo, por eso comenzaré por una reflexión acerca de cómo se nombra a las *cosas viejas-arqueológicas-ruinas-pirámides-etcétera*; además aprovecharé para reflexionar sobre el acto de nombrar de manera distinta a *las cosas*, lo cual será el punto de partida para el análisis de las obras de John Lloyd Stephens y Ephraim George Squier.

1.1. La materialidad prehispánica

El objetivo de este trabajo, en su sentido fundamental, es comprender la forma en la que *alguien* vio y entendió *algo*; los dos polos, el del *alguien* y el del *algo*, son asuntos que merecen ser expuestos y revestidos de las prendas que a nuestra temática corresponden. Comenzaré por el *algo*.

Hay, a lo largo y ancho de nuestro continente, una inmensa cantidad de objetos materiales que llaman nuestra atención por presentárenos como las huellas remotas del pasado americano. Dichos objetos materiales son, por cierto, de las más distintas formas y pertenecen, en ocasiones, a épocas igualmente diferentes entre sí, tan alejadas entre

ellas como aparentemente lo están de la nuestra. Inclusive, muchos de dichos objetos no son tan antiguos como a veces nuestro sentido de modernidad nos lo hace ver. El común denominador de todo esto a lo que nos referimos es su pertenencia a un gran periodo de la historia americana anterior a la presencia de la cultura europea de los siglos XV y XVI.

La presencia del hombre europeo en un espacio que a la postre sería llamado América, marcará, también de manera postrera, la construcción en el sentido del pasado que tenemos de nuestro continente, de un gran periodo al que llamamos la *época precolombina*. Decimos precolombino para generalizar este periodo a todos los rincones americanos, pero podemos hablar, dependiendo de las rebanadas del pastel que correspondieron a cada una de las potencias colonialistas de la época, de *época prehispánica*, *época prelusitana*, *época preinglesa*, o cualquier otro “pre”, dependiendo también del grado de originalidad que le queramos dar a algún navío que se precie de ser el primero en haber arribado a alguna costa.

Las creaciones materiales de los hombres precolombinos han sufrido tal cantidad de sucesos desde el momento del contacto con el hombre europeo, y en algunos casos aún desde antes, que sería tarea titánica poder resumir ese acontecer aquí. Lo que sí interesa y quiero resaltar de ese trayecto que han recorrido los objetos materiales precolombinos es la forma en la que han sido nombrados, en parte porque yo mismo los nombro en este trabajo y, por otro lado, porque los autores que analizaré también les dieron algún nombre.

El nombrar *las cosas* pudiera parecer un acto sencillo y, hasta cierta forma, inocente; nada más “natural” en el ser humano que darle nombre a lo que le rodea. Sin embargo, este acto del nombrar ha provocado ya variadas reflexiones en distintas disciplinas, una de ellas la Filosofía. En el libro póstumo del filósofo español José Ortega y Gasset, *Origen y Epílogo de la Filosofía*, dicho pensador hace un planteamiento sobre los nombres con los que nos referimos a *las cosas* y la relación que esto tiene con la forma en la que construimos el conocimiento acerca de ellas: “cada palabra nos es una invitación a ver la cosa que ella denomina, a ejecutar el pensamiento que ella enuncia”.¹

¹ José Ortega y Gasset, *Origen y Epílogo de la Filosofía*, 2a ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1998, (Sección de Obras de Filosofía), p. 39.

La palabra, el nombre con el que designamos a *las cosas*, alberga en su interior un pensamiento formulado acerca de *algo*. Es ya, como menciona Ortega y Gasset en la cita anterior, una *enunciación del pensamiento*. Lo que podríamos haber considerado como una “simple” forma de llamar a *las cosas*, se nos presenta ahora como un problema de *pensamientos enunciados acerca de las cosas*.

La diferencia entre decir *ruinas* o *zona arqueológica*, a la luz de lo anterior, no es una cuestión de nombres exclusivamente, sino de *pensamientos formulados y enunciados acerca de algo*. El decir *ruinas* implica entonces una manera de pensar *algo*, mientras que ese mismo *algo* puede ser pensado por otros bajo el nombre de *zona arqueológica*. Veamos un ejemplo. Con el término *ruinas* Diego García de Palacio en 1576 se refirió a Copán, la hoy famosa y taquillera (en sentido literal) zona arqueológica maya de Honduras.

en el primer lugar de la provincia de Honduras que se llama Copán, están unas *ruinas* y vestigios de gran poblazón [...] En las *ruinas* dichas hay montes que parecen haber sido hechos a manos [*sic*] [...] Llegados a las *ruinas* está otra piedra en forma de gigante [...] Más adelante, van ciertas *ruinas* y algunas piedras en ellas, labradas con harto primor.²

Diego García de Palacio para comprender lo que tenía ante sí, y para transmitirlo al monarca español a quien estaba dirigida su carta, no podía haber utilizado el término *zona arqueológica*, porque esa palabra no surgiría para nombrar lo que el encontró sino hasta después de 200 años por lo menos. Sin embargo, el término *ruinas* fue una excelente referencia que dejaba claro su carácter de construcciones abandonadas y semidestruidas, así como el de ser indicios de poblaciones antiguas. Por otro lado, el término *ruina* no está relacionado, como sí lo está el término *zona arqueológica*, con una forma de pensar hecha desde una disciplina científica o una rama del conocimiento. Situar lo que el término *ruina* significó en boca de un funcionario español en América a mediados del siglo XVI, nos dará elementos valiosos para conocer el tipo de pensamiento que esa palabra está denotando, y por lo tanto la visión que se tuvo de ese *algo* que se nombró.

La importancia que tiene el nombre de las cosas es tal, que por medio de él nos formamos una idea y una imagen de aquello a lo que refiere. Hasta donde sabemos,

² Diego García de Palacio, “Carta de Relación del oidor Diego García Palacio”, en *Cartas de Relación y otros documentos*, El Salvador, Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, 2000, (Biblioteca de Historia Salvadoreña: 1), p. 54. Los subrayados son míos.

volviendo al ejemplo de García de Palacio, la carta en la que da cuenta de Copán no iba acompañada de ningún tipo de dibujo o ilustración, podemos pensar entonces que la única imagen que el rey español tuvo de Copán fue la que le dieron las palabras. Al respecto la siguiente cita de Ortega y Gasset complementa la idea:

El nombre es la forma de la relación distante, radicalmente distante, entre nuestra mente y las cosas. De la mayor parte de éstas la primera comunicación y, de muchísimas, la única que nos llega son sus nombres, sólo sus nombres. [...] Son, pues, los nombres como esos pájaros que en alta mar vuelan de pronto hacia el navegante y le anuncian islas. La palabra, en efecto, es anuncio y promesa de la cosa, es ya un poco la cosa.³

Los nombres, como parte fundamental en el conocimiento de la historia, constituyen un fenómeno al que ya había puesto atención Edmundo O’Gorman. Como sabemos, uno de los principales intereses de este historiador fue el problema del *ser* de América. Preguntándose acerca de él, escribió:

[...] es muy cómodo para un escritor tener a la mano varios nombres para mentar elegantemente una misma cosa. Pero lo elegante, lo cómodo, no es siempre lo exacto. En efecto ¿será exacto que América, Nuevo Mundo e Indias significaron siempre, y significan ahora la misma cosa? Porque ¿a qué demonios responde semejante proliferación onomástica? La cosa no deja de tener su misterio.⁴

Ese misterio de los nombres del que habla O’Gorman, como ya hemos señalado, tiene que ver con la forma en que se enuncian los pensamientos que tenemos acerca de las cosas, y con las ideas e imágenes que de ellas nos hemos formado. Llevando este planteamiento al terreno de nuestro interés, podemos concluir que al denominar a *algo* como “ruina”, “antigüalla”, “antigüedad”, “huaca”, “objeto arqueológico”, “arte prehispánico” o “arte indígena”, por citar algunos casos, estamos denotando, *de facto*, un pensamiento acerca de ese *algo* que nombramos. Cada una de esas palabras es como una llave para abrir una puerta hacia la comprensión del objeto en cuestión. Al mismo tiempo, esos nombres nos dan también un importante indicio de la forma de pensar de quien los dice.

Ahora bien, ¿cómo nombraré a ese *algo* en este trabajo? La respuesta dependerá del objetivo del mismo, razón por la cual es más adecuado preguntar: ¿cuál es el modo más adecuada de referirnos a ese *algo* en este trabajo? Como ya he mencionado, mi

³ *Op. cit.*, p. 51.

⁴ Edmundo O’Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Imprenta Universitaria, 1947, p. 18.

interés es indagar sobre cómo *alguien* vio y entendió *algo*, luego entonces lo más adecuado es recurrir a un nombre para nuestro *algo* que nos permita entender a su vez la visión que *alguien* tuvo de él.

Este trabajo pudo haberse titulado *El arte prehispánico centroamericano a través de las obras de John Lloyd Stephens y Ephraim George Squier* o, incluso, *Los objetos arqueológicos centroamericanos a través de...*; sin embargo, en ambos títulos se anida un sesgo muy importante que tiene que ver con la reflexión hecha en párrafos anteriores sobre los nombres de las cosas. El hablar de *arte prehispánico a través de...* implica o puede implicar dos cosas. En primera instancia denota que para mí esos objetos de los que quiero saber algo son *ya* un tipo de arte, hecho que por sí mismo no debería de preocuparme, pero ¿y qué pasa si Stephens y Squier no vieron a esos mismos objetos como *arte*? Como el objetivo del estudio es comprender la forma en la que ellos vieron a dichos objetos, ponerles *a priori* un término que implica una visión que ellos no tuvieron, significaría comenzar el análisis de sus obras partiendo de un concepto cargado de significaciones que los autores no comparten. ¿Sería lo más correcto, por poner otro ejemplo, hablar de *la zona arqueológica* de Copán a través de Diego García de Palacio?

La segunda cuestión que implica decir *el arte prehispánico a través de...* es que en efecto los autores hayan visto dichos objetos como arte, pero esto acaso ¿no implica ya un punto de llegada más que un punto de partida? En última instancia las conclusiones a las que habríamos de llegar nos arrojarían esta visión de Stephens y Squier de los objetos prehispánicos entendidos como *arte*, pero eso sólo lo podremos saber, si es que es así, al final de nuestro trabajo.

Pienso que para iniciar el estudio de la visión que *alguien* tuvo de *algo* es necesario *partir* de un terreno seguro que nos permita mayor movilidad en la comprensión de las obras o autores a tratar; en otras palabras, un término al que se le puedan sumar más significados de las que él mismo entraña; y que no determine una interpretación de lo que todavía no ha sido interpretado. Me resisto a decir que el planteamiento es buscar un término *neutro*, porque en nombre de la *neutralidad* y la *objetividad* la historia ha sufrido ya varios descalabros.⁵

⁵ Cfr. Edmundo O’Gorman, *op. cit.*

¿De dónde entonces el nombre *materialidad prehispánica*? ¿Qué ventajas tiene su utilización en el presente trabajo? El término *materialidad prehispánica* lo retomo de un artículo titulado “Discurso jurídico *versus* discurso cultural: el conflicto social sobre los significados de la cultura material prehispánica”, publicado en Colombia en 2003.⁶ Wilhelm Londoño, el autor, plantea en su trabajo una discusión acerca de los distintos significados, algunos de ellos antagónicos, dados a lo que él denomina la *materialidad prehispánica*. A través del estudio de visiones como la indígena, la jurídica implementada por el Estado y la de los “huaqueros”,⁷ pone de manifiesto el conflicto social implícito en los distintos usos e interpretaciones de la materialidad prehispánica.

Lo relevante en el trabajo de Londoño, entre otros aspectos, es la manera en la que estudia tres formas tan distintas de ver los objetos materiales del pasado. Las críticas y comentarios que hace respecto al lenguaje jurídico, el arqueológico o el del “huaquero”, mantienen entre sí un grado de equilibrio, en el cual el autor no descarta ni descalifica de antemano a una de ellas sobre las otras; las conclusiones a las que llega son posibles porque sometió las tres visiones a un mismo análisis. Este logro del autor se debe en parte, y es lo que retomaré de él, al término inicial del que arranca para hacer su estudio, me refiero por supuesto al de *la materialidad prehispánica*.

Sin embargo, en todo el texto no aparece en ningún momento una definición del concepto en sí. No he podido encontrar otra referencia respecto al mismo, o no al menos con el tenor que yo quiero darle en tanto punto de partida para el estudio de las visiones acerca de los objetos materiales prehispánicos. Wilhelm Londoño, en comunicación personal, me ha recomendado profundizar en el tema pues no conoce tampoco otros trabajos al respecto. Dicho lo anterior, quiero entonces plantear en qué sentido utilizaré el término *materialidad prehispánica* en el presente trabajo, y especificar por qué se recurre a él.

Como se dijo al inicio de este apartado, lo que caracteriza a todo ese espectro de objetos materiales que se nos presentan como huellas de lo *antiguo* de nuestro

⁶ Wilhelm Londoño, “Discurso jurídico versus discurso cultural: el conflicto social sobre los significados de la cultura material prehispánica”, *Boletín Museo del Oro*, Num. 51, Bogotá: Banco de la República. Obtenido de la red mundial el día 1 de mayo de 2005.

⁷ El término *huaca* es de origen quechua y tiene distintas connotaciones, una de las cuales es la de hacer referencia a lugares y objetos sagrados; en la actualidad el término *huaquero* es dado a las personas que extraen objetos antiguos de las *huacas* para ponerlos a la venta de manera ilegal. Los *huaqueros* son considerados comúnmente como saqueadores.

continente, es el hecho de pertenecer a una época a la que hemos construido el nombre de *precolombina*, y para el caso de los países latinoamericanos colonizados por España, entre los que se incluyen los centroamericanos, *prehispánica*. Los objetos que se han conservado de este periodo tienen entre sí la característica de ser *materiales*, entendido esto último en el sentido más físico-químico del término. De esta manera, tanto un montículo como una vasija de barro, una escultura en piedra como una punta de flecha, un códice como una pintura rupestre o un petroglifo, son muestras de estos *objetos materiales* prehispánicos los cuales, valga de paso decirlo, son en el sentido más fundamental huellas de la cultura material de los hombres prehispánicos.

La *materialidad prehispánica*, entonces, será entendida en el presente trabajo como *cualquier objeto o manifestación material hecha por el hombre prehispánico, independientemente del carácter que haya tenido para las sociedades que las elaboraron y para las que vivieron en época posterior a la conquista europea, así como para las sociedades europeas mismas*.

Ahora bien, si el término *materialidad prehispánica* descarta en sí mismo una posible interpretación respecto a las características formales, estéticas, prácticas o cualquier otra, y sólo hace énfasis en el origen en tanto producto material de la época prehispánica, no implica que no pueda a su vez ser revestido, sino todo lo contrario, de otro tipo de significados que le den un nuevo aspecto y nombre. Con lo anterior quiero decir que la *materialidad prehispánica*, siguiendo los ejemplos de Londoño, puede ser entendida como *huaca*, entrando así en un ámbito de significados vinculados al entorno campesino sudamericano, al comercio y al coleccionismo; y al mismo tiempo puede ser entendida como *objeto arqueológico* en el ámbito del estudio científico y de la protección jurídica.

Lo que se pretende al hablar de *la materialidad prehispánica* es partir de un lugar seguro para entender la visión que nuestros dos autores se formaron de ella. El punto de cómo Stephens y Squier la vieron y la nombraron, ya sea el caso de *zonas arqueológicas*, *ruinas*, *obras de arte* o *antigüedades*, será el objetivo de la presente investigación, y, en todo caso, serán ellos quienes estén dotándola de significados.

Justo aquí es donde llegamos otra vez al punto por el que iniciamos: lo que queremos saber es cómo *alguien* vio *algo*; ahora podemos decir, cómo *alguien* vio a la

materialidad prehispánica. Y ahora sí, después de formular un término que no determina lo que queremos saber de la visión de los dos autores, podemos empezar a indagar los significados y los intereses con los que dos hombres y su época entendieron una parte, aún presente, del pasado centroamericano.

1.2. Interpretaciones, usos e imágenes de la materialidad prehispánica

La materialidad prehispánica es uno de los elementos del continente americano que más ha impresionado a hombres de diversas sociedades y profesiones. En los manuales de arqueología americana o de arte prehispánico se reseña a menudo un esbozo de la manera en la que fue vista la materialidad prehispánica desde los primeros años de la conquista. Sin embargo, suele hablarse de este fenómeno en tanto antecedente de los estudios actuales, soslayando su valor histórico en sí mismo; es decir, se valora por ser el preámbulo de lo que vendría y no por lo que fue en su propio tiempo.

En este apartado señalaré como las interpretaciones hechas acerca de la materialidad prehispánica, deben considerarse en relación con los usos que se le han dado y con las imágenes visuales que de ella se han hecho a lo largo de la historia. De tal manera, por citar un caso, el estudio de la visión europea acerca de la materialidad prehispánica en el siglo XVI tendría que tomar en cuenta no sólo los textos de cronistas, conquistadores o frailes, sino también las imágenes de obras ilustradas, y el uso dado a los objetos, como las “exposiciones” tan tempranas de 1520 en Toledo, Valladolid y Flandes, descritas por Pedro Mártir de Anglería y Alberto Durero.⁸ Sin perder de vista los casos contrarios como la destrucción de códices ejecutada por Diego de Landa, por ejemplo.

El uso y las imágenes de la materialidad prehispánica forman parte de la interpretación que una persona y su época tienen de ella. Los usos en los que se ha visto envuelta demuestran uno de los modos más íntimos de relacionarse con el pasado, pues implica el modo en que un objeto antiguo es “insertado” en otra sociedad que sin ser la *suya* lo hace *suyo*. ¿Acaso los objetos en los museos no han dejado de *ser* lo que *eran* para *ser otra cosa*?

⁸ *Cfr.* Cruz Martínez de la Torre y Paz Cabello, “El arte precolombino y su incidencia en Europa”, en García Merlero, José Enrique (coord.), *Influencias artísticas entre España y América*, España, Mapfre, 1992, 19-103 p., ils.

El anticuario o el *huaquero* dan usos a la materialidad prehispánica y la resignifican, pero no sólo ellos, también el arqueólogo, el museógrafo o el historiador lo hacen. Sin embargo, alejándonos del ámbito meramente académico, es posible encontrar una gama casi infinita de usos de la materialidad prehispánica. Tal es el caso de quienes, en el equinoccio de primavera, acuden a las zonas arqueológicas por una cuestión de creencias que, aunque modernas, podemos llamar mágicas, lo que no le quita a este tipo de sucesos su parte de comercio y moda. Otro caso es el turismo, forma de significación en la cual pensaba cuando en páginas anteriores me referí al carácter “taquillero” de la zona de Copán.

Por otro lado, he sabido de la realización de ceremonias religiosas en zonas arqueológicas de Guatemala, llevadas a cabo por grupos indígenas. Lo interesante al respecto es ver a personas cakchiqueles en Iximché practicando cultos del cristianismo evangélico, que nada tienen que ver con la religión ancestral; lo cual nos habla de la resignificación de la materialidad prehispánica en el ámbito de nuevos cultos religiosos, ejecutados incluso por los herederos étnicos de las construcciones.

Para terminar con estos ejemplos del uso de los vestigios prehispánicos fuera del ámbito académico, nada tan impactante y emotivo acerca del uso de la materialidad prehispánica como la ceremonia llevada a cabo en Tiahuanaco por Evo Morales un día antes de asumir la presidencia de Bolivia; en donde la legitimación política, moral e histórica que el líder boliviano quiso hacer patente, no podía haber tenido mejor escenario que el dado por las ancestrales construcciones y el rostro estático del llamado Monolito Bennet (Fig. 1).



Figura 1. La imagen de Evo Morales publicada el 22 de enero de 2006 en los principales diarios del mundo, en ella vemos uno de los múltiples contextos en que aparece la materialidad prehispánica.

Otro elemento que nos aporta información valiosa sobre la manera en la que distintas sociedades se han acercado a la materialidad prehispánica, está dado por las imágenes visuales que de ella se han hecho. Las imágenes y los contextos en que aparecen son el complemento idóneo para entender los usos e interpretaciones dados a los objetos prehispánicos. La cantidad de imágenes que podemos encontrar de ellos prácticamente es ilimitada, así como las propósitos con los que se presentan; una de estas intenciones es la de hacer de una imagen una representación, ya sea natural o conceptual, de valores o ideas. Las imágenes pueden pretender mostrarse como el *reflejo* de la realidad, o bien sólo como transmisoras de ciertas informaciones susceptibles de ser descodificadas culturalmente.

Cualquier mexicano que tenga en su bolsillo una moneda tiene en su poder una imagen prehispánica; así de abarcador resulta el uso que se le ha dado. Recordemos que los círculos concéntricos que conforman la Piedra del Sol fueron descompuestos en sus partes para formar el borde exterior de la moneda mexicana. ¿Cuál es el uso? En primera instancia un elemento decorativo, pero visto de otro modo, entraña un significado oficial

fuertemente nacionalista dado a la moneda a través de una imagen de la materialidad prehispánica. En este caso vemos cómo la imagen pretende transmitir valores de alcance nacional.

El nacionalismo es sin duda uno de los intereses que más intervienen en el manejo de los vestigios materiales prehispánicos. Sin embargo, el nacionalismo o los nacionalismos entrañan grandes diferencias entre sí, las cuales se ven reflejadas en las imágenes. Pongamos el ejemplo del billete de ₡ 5000 de la República de Costa Rica (fig. 2). Este billete, en la mayoría de sus elementos, está formado por imágenes prehispánicas costarricense. En el centro de la parte frontal aparece una imagen de un objeto de metalurgia. En el lado superior derecho del mismo billete hay un diseño retomado de otro objeto: las llamadas “aguilillas”. El uso dado a las imágenes en este contexto es el mismo al descrito para el caso de la moneda mexicana. Sin embargo, andando por las calles de San José, es posible observar *grafitti* en muros que reproducen otros modelos de objetos prehispánicos de metal (fig. 3). Las imágenes son, en términos generales, las mismas, el sentido incluso es nacionalista en ambos casos, pero ¿no hay una diferencia radical entre un grupo, plausiblemente de jóvenes, que elabora un *grafitto*, y un grupo de banqueros que autoriza el diseño de un billete en el Banco Central de Costa Rica?

Sin mencionar tantos ejemplos más que se antojan para hablar de la importancia de las imágenes en la comprensión de las interpretaciones hechas sobre la materialidad prehispánica, sólo cabe decir que ellas constituyen un factor fundamental para los fines que se persiguen en el presente trabajo. Más aún por el hecho, imposible de evadir, de que las obras de Stephens y Squier aparecieron profusamente ilustradas.

El papel de las imágenes como parte fundamental del pasado y del conocimiento histórico, con todos los problemas que implican respecto a su tratamiento como fuentes documentales es un asunto de interés para la historia del arte. Al respecto se hablará en el próximo apartado.



Figura 2. Billete costarricense con imágenes de la materialidad prehispánica. El uso de imágenes de objetos precolombinos es común en discursos de tipo nacionalista.



Figura3. *Grafitto* en una calle de San José, Costa Rica. El elemento representado es una “aguililla” de orfebrería prehispánica; las mismas imágenes de la materialidad prehispánica son susceptibles de ser utilizadas en diferentes contextos connotando distintos significados.

1.3. El estudio historiográfico de las visiones de la materialidad prehispánica

Ya he señalado algunos de los problemas referentes a los nombres, los usos y las imágenes de la materialidad prehispánica, y cómo cada uno de estos elementos es una clave para la comprensión de las visiones que el hombre se ha formado de los objetos materiales del pasado prehispánico. Ahora es momento de explicar en qué sentido estas

reflexiones serán llevadas al estudio de dos obras decimonónicas escritas por autores estadounidenses. En primera instancia, cabe aclarar nuevamente el objetivo del presente trabajo: indagar sobre la forma en que Stephens y Squier vieron la materialidad prehispánica y, en particular, cómo reflejaron esta visión en sus respectivas obras.

El estudio de los discursos de Stephens y Squier será abordado desde un punto de vista historiográfico. El sentido que doy al término *historiografía* lo retomo del trabajo de José Gaos titulado “Notas sobre la historiografía”, en donde dicho autor establece que este vocablo se emplea “para designar el género literario o la ciencia que tiene por objeto la realidad histórica”.⁹ Si la *historiografía* refiere a la historia, no entendida como devenir de acontecimientos sino como el estudio o la escritura de tales acontecimientos, entonces las obras que aquí estamos estudiando son de hecho obras historiográficas, pues abordan temas concernientes a la realidad histórica centroamericana. En este tenor el presente trabajo, al tener como objetivo el estudio de estas obras y ser al mismo tiempo una escritura que trata sobre acontecimientos históricos, es lo que Gaos denominó una *historiografía de la historiografía*.¹⁰

Por otro lado, Rubén Romero Galván considera que los textos historiográficos son el modo escrito de la memoria histórica y, como toda memoria, suelen añadir y omitir cosas, en algunos casos de manera deliberada. Por lo tanto el estudio de un texto historiográfico debe preocuparse por indagar:

no sólo en aquello que dice del pasado o que omite respecto de él, sino en cómo lo dice y por qué lo dice de esa manera, pues la respuesta a estas cuestiones abre la puerta del conocimiento de otro pasado, distinto de aquel al que alude el texto, que no es otro sino el que es propio del autor de la obra.¹¹

Retomando las ideas de Romero Galván, lo que se buscará en este trabajo es penetrar en ese pasado propio de los autores, para conocer su visión sobre los objetos prehispánicos.

Como el objetivo que me he propuesto es comprender las obras de Stephens y Squier, lo primero que se tomará en cuenta para su estudio es entenderlas como

⁹ José Gaos, “Notas sobre la historiografía”, en Matute, Álvaro (comp.), *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, Secretaría de Educación Pública y Editorial Diana, 1981, 1981, p. 66.

¹⁰ *Idem*, p. 67.

¹¹ Rubén Romero Galván (coord.), *Historiografía mexicana. Volumen I. Historiografía novohispana de tradición indígena*, México, UNAM, 2003, p. 11.

acontecimientos históricos, es decir como poseedoras de un devenir en el tiempo, por lo tanto se estudiarán las circunstancias en las cuales se originaron. De esta consideración se desprende la necesidad de los apartados que conforman el capítulo dos, uno de los cuales, el concerniente a la literatura de viajes, nos dará elementos para comprender las características del género literario en que los viajeros plasmaron sus observaciones. Posteriormente se llevará a cabo el estudio de las obras entendidas como documentos, y en ese sentido es que tiene cabida el capítulo número tres.

Sin embargo los pasos anteriores sólo nos servirán para comprender los problemas relacionados con el entorno de las obras. Para acercarnos a la visión que los autores tuvieron de la materialidad prehispánica será necesario comentar algunas de sus observaciones hechas en sus respectivos libros, pues en ellas están contenidas las *proposiciones* que integran su visión. Al respecto me remito nuevamente a Gaos:

Estas obras [las historiográficas], como todas las de la misma índole, a saber, todas aquellas que tienen su expresión en la palabra escrita, son cuerpos de *proposiciones* en ciertas *relaciones*. Estas proposiciones, en sus relaciones, son las *últimas unidades* integrantes de la Historiografía.¹²

Los comentarios hechos sobre las obras de los viajeros formulados en el capítulo 5 pretenden desentrañar las *proposiciones historiográficas* contenidas en los libros analizados.

Por otro lado se presenta el estudio de las imágenes visuales que acompañaron los relatos de Stephens y Squier, para ello retomo los planteamientos formulados por Peter Burke en su trabajo titulado *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, en donde se señalan algunos problemas en torno a la imagen como fuente de estudio para el historiador.¹³ Entre las observaciones destaca para nuestro tema la noción de las fuentes visuales como un *testimonio ocular*: “La idea fundamental que la presente obra pretende sostener e ilustrar es que, al igual que los textos o los testimonios orales, las imágenes son una forma importante de documento histórico. Reflejan un testimonio ocular”.¹⁴

Stephens y Squier en sus viajes por Centroamérica iban acompañados por sus respectivos dibujantes; los cuales dejaron su testimonio *ocular* de las manifestaciones

¹² *Op. cit.*, p. 70.

¹³ Peter Burke, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, traducción de Teófilo de Lozoya, Barcelona, Crítica, 2001, 285 p., ils.

¹⁴ *Idem*, p. 17.

prehispánicas que conocieron. Indagar sobre los modos de representación de la materialidad prehispánica en el contexto de un libro de viajes se presenta como necesario para comprender de manera cabal este tipo de obras.

Así como el análisis de un texto merece ciertas consideraciones, el análisis de la imagen implica una toma de decisiones para precisar a qué aspectos se les pondrá atención. Como señala Burke, el estudio de la imagen puede abarcar diversos campos: “[...] el testimonio de las imágenes, como el de los textos, plantea problemas de contexto, de función, de retórica, de calidad del recuerdo (si data de poco o mucho después del acontecimiento), si se trata de un testimonio secundario, etc.”¹⁵

En este trabajo pondré principal atención en los temas representados, la manera en que son plasmados —si aparecen acompañados de otros elementos o no, o si su modo de representación es retomado de modelos anteriores, por mencionar dos ejemplos—, y la correspondencia de las imágenes con el texto. Sin embargo estas consideraciones tienen como fin último, al igual que el análisis del texto, indagar sobre las intenciones con que los dibujos fueron hechos y publicados; retomando, por cierto, el consejo dado por Burke: “[...] cabría aconsejar a todo el que intente utilizar el testimonio de una imagen, que empiece por estudiar el objetivo que con ella persigue su autor”.¹⁶

De manera similar, Edmundo O’Gorman, en su celebre ensayo “El arte o de la monstruosidad”, plantea algunas ideas sobre la labor del historiador del arte; según él esta labor consiste en reconstruir el estado de ánimo del artista, lo cual en un sentido más profundo implica la reconstrucción del sentir de una época:

[...] el historiador del arte debe intentar reconstruir el estado de ánimo del espíritu creador de la obra que lo ocupa. Lo fundamental es, pues, un movimiento o proceso subjetivo dirigido hacia la contemporaneidad de lo objetivo, entendiendo por esto último no tal o cual estatua o pintura, sino, para usar una expresión de Simmel, en general el espíritu objetivado de un pueblo o una época.¹⁷

De lo anterior se concluye que uno de los principales intereses en el análisis de las imágenes, desde una perspectiva histórica, debe considerar los objetivos con que son hechas y el sentir de la época que se ven reflejados en ellas.

¹⁵ *Idem*, p. 18.

¹⁶ *Idem*, p. 22.

¹⁷ Edmundo O’Gorman, “El arte o de la monstruosidad”, en Martha Fernández y Louise Noelle (eds.), *Sesenta años del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Estéticas, 1998, p. 472.

Para terminar quiero refrendar mi noción respecto a las imágenes, entendidas como un modo más de interpretación de la historia, citando a Claude Baudez cuando se refiere al dibujo arqueológico: “Todo dibujo, como se ha dicho mil veces, es una interpretación en la medida en que se apoya en un conjunto de convenciones para comunicar un cierto saber al lector-espectador”.¹⁸

Este trabajo contempla el estudio de los grabados publicados en las obras de Stephens y Squier, aunque de antemano advierto que se trata de un primer acercamiento, pues el análisis de dichas imágenes puede ser tan amplio como para realizar un estudio más detallado e independiente que se centre exclusivamente en ellas. En este sentido, el presente trabajo pretende aportar algunas reflexiones para la comprensión del dibujo arqueológico en el siglo XIX, pero de ninguna manera agota el tema.

¹⁸ Claude Baudez, “Prefacio”, en François Bagot, *El dibujo arqueológico. La cerámica*, México, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos y Centre National de la Recherche Scientifique, 1997, ils, p.12.

CAPÍTULO 2. CONTEXTO HISTÓRICO Y LITERARIO

Antes de comentar de manera directa las obras de John Lloyd Stephens y Ephraim George Squier, es necesario explicar una serie de cuestiones que ayuden a entender los trabajos de ambos autores; dichos asuntos no son otra cosa que aquello a lo que llamamos contexto. La importancia de situar el objeto de estudio en su contexto es un paso fundamental en la investigación, pues lo que se busca es entender las visiones formuladas acerca de los objetos prehispánicos en el ámbito de la propia época en que fueron enunciadas.

Los temas a tratar, como se adelantó en la introducción, son: el interés por la materialidad prehispánica durante la época colonial y los primeros años del siglo XIX, los viajeros decimonónicos y la literatura de viajes, el expansionismo norteamericano en Centroamérica y, por último, las primeras experiencias de viaje y los trabajos previos de ambos autores. El tratamiento que daré a los temas anteriores será breve, destacando de cada uno de ellos lo más significativo para la comprensión de las obras de Stephens y Squier.

El papel que doy al contexto tiene que ver con la idea que O’Gorman retomó de Heidegger cuando escribió: “lo capital es que el historiador examine los ‘hechos’ bajo la formalidad de ‘posibilidades reales elegidas’.”¹ En este sentido, los apartados del presente capítulo pretenden mostrar los escenarios en los que se desarrollaron estas “posibilidades reales elegidas”.

2.1. Las “historias de la arqueología” y la “arqueología” antes de Stephens y Squier

La forma en que se ha escrito la historia de la arqueología en general y de la arqueología americana en particular presenta un excelente ejemplo de la manera en que un mismo acontecimiento del pasado puede ser abordado desde distintas perspectivas. Para situar a nuestros autores en el ámbito de los estudios acerca de la materialidad prehispánica, es preciso conocer lo que hubo antes de ellos para entender los antecedentes inmediatos de su labor e intereses.

¹ Edmundo O’Gorman, *Crisis y porvenir...*, p. 218.

Sin embargo, cuando se recurre a las “historias de la arqueología” casi es imposible no ver lo “politizado” que se encuentra el tema. El origen de la arqueología lleva implícito, en algunos casos, una problemática más amplia que tiene que ver con la forma en que las naciones colonialistas ven su propio pasado en tanto “labor civilizatoria”.

La disyuntiva se presenta en primera instancia en dos versiones: la española y la anglosajona. Si partimos de la visión española del origen de la arqueología, Stephens y Squier no hicieron nada nuevo, pues los españoles llevaban por lo menos cien años interesándose por el pasado precolombino y registrando la materialidad prehispánica. Si nos situamos en el ámbito anglosajón, nuestros autores son los continuadores de una tendencia que comenzaba y que se enmarca en el estudio del pasado americano emprendido por estadounidenses, los cuales indagaban por el pasado de los territorios en donde antes los españoles habían tendido su “velo de oscurantismo”. Las opiniones de autores anglosajones que consideran, siguiendo el camino trazado por la “leyenda negra” de España en América, la falta de capacidad intelectual de los ibéricos para *comprender* al hombre americano, lo vemos reflejado en frases como la siguiente que, aunque cierta en parte, anida también un sesgo ideologizante: “Los españoles que conquistaron Mesoamérica en unos cuantos años a partir de 1519 no eran hombres eruditos. Sus intereses eran totalmente comerciales; sus motivos, la simple codicia”.²

Para el caso de la versión española sobre los orígenes de la arqueología americana, veamos a José Alcina Franch. Las investigaciones que ha realizado este autor en cuanto a los orígenes de la arqueología y los estudios “indigenistas” como él los llama, tienen en su centro la labor llevada a cabo por los españoles. Para él, el primer estudioso de las culturas indígenas precolombinas fue Bartolomé de las Casas. Por otro lado plantea el origen de la *arqueología americana* desde el momento mismo de la conquista de los siglos XV y XVI.³

² Brian Fagan, *Precursores de la arqueología en América*, traducción de Mayo Antonio Sánchez García, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, ils. (Colección Antropología), p. 19.

³ Sobre la obra del investigador español relacionada con lo orígenes de la arqueología en América, véase: José Alcina Franch, *El descubrimiento científico de América*, Madrid, Ánthropos, 1988, 309 p. (Autores, Textos y Temas: 16); y *Arqueólogos o anticuarios. Historia de la arqueología en la América española*, Barcelona, Serbal, 1995, 212 p., ils. (Libros del Buen Andar: 39). En el mismo ámbito de lo que podríamos llamar una “escuela española” sobre este tema, destacan: Paz Cabello, *Coleccionismo*

En la versión anglosajona, Brian Fagan en su libro *Precursores de la arqueología en América*, presenta un origen de la arqueología americana a partir de nombres muy distintos a los utilizados por Alcina. Menciona, por ejemplo, para el siglo XVI, el trabajo de Thomas Hariot y al dibujante John White, quienes documentaron la vida de los indígenas de Roanoke, en el libro *Brief and true report of the new found land of Virginia*; para Fagan "este libro es la historia de cómo se inició el estudio de la prehistoria americana".⁴ Sin embargo, el honor de haber realizado la primera excavación "arqueológica", se lo reservó a Thomas Jefferson, quien a fines del siglo XVIII realizó exploraciones en los montículos del medio oeste de los Estados Unidos.⁵

Otras historias de la arqueología, además de las españolas y las anglosajonas, aportan más elementos dignos también de ser tomados en cuenta. Tal es el caso de la obra de Ignacio Bernal, *Historia de la arqueología en México*.⁶ Aunque en la obra de Bernal no encontramos matices tan marcadamente nacionalistas como los de Alcina y Fagan, no deja de ser un indicador el hecho de que, refiriéndose a un personaje como Carlos de Sigüenza y Góngora, diga: "en primer lugar llevó a cabo la primera exploración francamente arqueológica, en la que trata de utilizar un monumento para esclarecer algún problema histórico."⁷

Sin menoscabar las obras de los autores señalados —las cuales son excelentes trabajos sobre los orígenes de la arqueología en América, como los estudios de Las Casas, Hariot, White, Jefferson o Sigüenza—, el origen de la arqueología en América debe verse desde una perspectiva crítica tomando en cuenta estos matices historiográficos de las "historias de la arqueología". Esto es importante si, como es el caso de esta investigación, queremos situar a ciertos autores o exploradores en el gran devenir de las investigaciones sobre el pasado precolombino.

Por otro lado el "origen de la arqueología" entraña otro problema. Existe una proyección de la ciencia arqueológica actual hacia los estudiosos de los siglos anteriores. Pensar en quién fue el primer arqueólogo o quién hizo la primera excavación

americano indígena en la España del siglo XVIII, España, Ediciones de Cultura Hispánica, 1989, 191 p., ils.; y Cruz Martínez y Paz Cabello, *op. cit.*

⁴ *Op. cit.*, p. 38.

⁵ *Idem* p. 106-111.

⁶ Ignacio Bernal, *Historia de la arqueología en México*, 2ª ed., México, Porrúa, 1992, 208 p., 103 lams.

⁷ *Idem* p. 47.

arqueológica puede mostrarnos los orígenes de un interés intelectual que hoy se ha cristalizado en la arqueología tal como la conocemos; pero, por otro lado, decir que Sigüenza y Góngora o Jefferson, o incluso García de Palacio como se mencionó en el capítulo anterior, fueron de alguna manera arqueólogos, desvirtúa lo que de particular tienen en el contexto de sus propias épocas, en las cuales no se concebía la noción siquiera de arqueología. Con las salvedades anteriores, pasemos a situar a nuestros autores en el ámbito del interés intelectual despertado por la materialidad prehispánica.

Durante los dos primeros siglos de colonización española en América hubo reacciones distintas frente a la materialidad prehispánica por parte de los europeos. Quizá las primeras referencias respecto a ella, en lo que concierne al ámbito centroamericano, sean los comentarios de Hernando Colón sobre los objetos de tumbaga de la actual Costa Rica. Las exhibiciones llevadas a cabo en Europa con los objetos indígenas enviados por Cortés a los reyes de España son indicio de la curiosidad y asombro que estos objetos causaron en el Viejo Mundo, pues ellos representaban una realidad hasta entonces desconocida.

Posteriormente, cuando la sociedad colonial ya existía de un modo más definido en los nuevos territorios, aparecieron otras observaciones enunciadas con un fin distinto al del primer conquistador ávido de impresionar con sus relatos o remesas. Fueron los funcionarios del imperio español en América quienes elaboraron informes en donde daban cuenta de la presencia de monumentos antiguos; el caso ya mencionado varias veces en este trabajo del oidor Diego García de Palacio y su descripción de las ruinas de Copán, es un ejemplo de esto. Ya en siglo XVII Francisco Antonio Fuentes y Guzmán, alcalde mayor de Guatemala y El Salvador y descendiente del conquistador Bernal Díaz del Castillo, dio cuenta, en su obra *Recordación Florida del Reino de Guatemala*, de la existencia de edificios antiguos en el altiplano guatemalteco, proporcionando además dibujos de dichas zonas. Este autor es de particular interés porque Stephens y Squier lo citan a menudo en sus obras, debido a que era, y sigue siendo, una de las fuentes más importantes para el estudio del área centroamericana.

En el siglo XVII da inicio un gran movimiento intelectual en la Nueva España que tendrá su máximo exponente en Carlos de Sigüenza y Góngora. Sigüenza y otros personajes de su época no comparten la visión milenarista de los frailes evangelizadores

del siglo XVI, sino que responden a un orden colonial establecido en donde el mundo indígena se ha transformado en las ciudades novohispanas del centro de México. Aparecen en esta época los primeros atisbos de un pensamiento racional de tipo cartesiano; Sigüenza y Góngora es, en este contexto, el principal exponente. El interés de Sigüenza por la historia y en particular por el pasado prehispánico se reflejó en sus investigaciones, que contemplaron el uso de documentos pictográficos de tradición indígena —algunos de ellos fueron el Códice Azcatitlan y el Mapa Quinantzín. Al mismo tiempo, a decir de un gran estudioso del siglo XVIII, Lorenzo Boturini, Sigüenza intentó una excavación en uno de los principales montículos de Teotihuacán. Otros personajes contemporáneos con intereses similares fueron Agustín de Vetancurt y Francisco de Florencia, interesados en documentos indígenas; Diego López de Cogolludo, quien escribió un trabajo sobre la historia de Yucatán, aportó información sobre algunos edificios antiguos; y Avendaño, conquistador del Petén guatemalteco, habló de lo que al parecer es Tikal. Por último no hay que dejar de mencionar a Juan Francisco Gemelli Carreri, napolitano que visitó México en 1697; en su obra *Giro del Mondo* escribió, aunque de manera breve, acerca de antiguos edificios prehispánicos.

Sin embargo, es en el siglo XVIII cuando la sociedad colonial aportó más al conocimiento de la materialidad prehispánica. Si antes Sigüenza ya contenía en sí planteamientos racionales modernos, ahora aparecería un gran movimiento que cambiaría la forma de ver el pasado y el presente mismo del hombre: la Ilustración. El pensamiento ilustrado colocó en primer plano al hombre, y lo encumbró como un ser racional capaz de desentrañar cualquier enigma de la naturaleza; esta situación aunada a la consolidación del capitalismo en las potencias marítimas europeas, serían los dos ingredientes que una investigadora como Paz Cabello considera los motores de las exploraciones y el coleccionismo de objetos precolombinos en el XVIII: “Dicho en pocas palabras, el coleccionismo científico del siglo XVIII es el producto de la carrera comercial ultramarina y del pensamiento ilustrado.”⁸

Las exploraciones de carácter científico abundaron durante este siglo, la mayoría con intereses geográficos, botánicos o zoológicos, pero también se incluyó el registro de

⁸ Paz Cabello, *Coleccionismo americano indígena...*, p. 16. En este libro se comenta en detalle las expediciones del siglo XVIII, las cuales escapan a los límites de esta investigación.

antigüedades. La relación entre expansionismo económico y conocimiento científico, se materializó en la creación de los primeros gabinetes de historia natural en las principales ciudades europeas. En dichos gabinetes se exhibían y estudiaban los objetos que las expediciones mercantiles o científicas recolectaban en sus viajes por tierras americanas.

Resulta curioso que, a pesar de que las expediciones científicas recorrieron lugares tan inexplorados para aquella época como Alaska, Vancouver, Chile e incluso islas del Pacífico, no se menciona prácticamente en ningún lado el istmo centroamericano; esto es una cuestión que tendrá que ser dilucidada en investigaciones futuras para saber si hubo o no expediciones científica en esta región durante el XVIII.⁹

Lo más cercano a Centroamérica fueron las exploraciones hechas en Palenque desde la década de 1770, bajo la jurisdicción de la Audiencia de Guatemala. Estas expediciones —en las que intervienen hombres como Esteban Gutiérrez de la Torre, Ricardo Almendáriz, Antonio Bernasconi, José de Estachería y Antonio del Río— fueron muy importantes pues detonaron el interés por las antigüedades de toda la región maya. Citemos el caso del manuscrito de Antonio del Río sobre sus excavaciones en Palenque, publicado por primera vez en inglés en el año de 1822 en Londres; este documento fue conocido por Stephens y despertó su curiosidad por la zona. Sobre la labor de Antonio del Río Paz Cabello ha dicho lo siguiente:

La importancia del trabajo de Del Río estriba en que trascendió la inspección ocular con una excavación que documentó con precisión en su informe, dando lugar a la primera excavación con una metodología científica moderna, de acuerdo con los conocimientos de la época.¹⁰

Lo anterior puede ser puesto en duda como una apreciación exagerada, pero no deja de ser revelador en cuanto a una importancia relativa asignada al trabajo de Del Río. Por otro lado, a comienzos del siglo XIX, un personaje que deber ser mencionado es Guillermo Dupaix. Auspiciado por el rey Carlos IV, Dupaix emprendió su primero de tres viajes por la Nueva España en enero de 1805 con el objetivo de registrar monumentos y objetos prehispánicos; en sus travesías abarcó diversos lugares del centro y sureste del actual México. Como señaló Ignacio Bernal, los dos principales temas de

⁹ La expedición comandada por Alejandro Malaspina tocó tierra en el puerto del Realejo en el Pacífico nicaragüense, pero no se tienen menciones de que hayan registrado antiguos objetos prehispánicos. Casi sesenta años después Squier mandaría esculturas de piedra prehispánicas hacia Estados Unidos desde ese mismo puerto.

¹⁰ *Idem* p. 99.

Dupaix, igual que los de Humboldt, fueron: en primer lugar la situación del arte indígena americano en relación con el arte europeo fundado en la antigüedad greco-romana, y en segunda instancia el grado de desarrollo de los pueblos americanos. Además cabe decir que Dupaix plasmó sus viajes en un género literario más cercano al utilizado por Stephens y Squier: el relato de viajes.

Contemporáneo de Dupaix fue Alejandro de Humboldt. Como es bien sabido, Humboldt se interesó por distintos aspectos del continente americano, de entre los cuales se encuentran los objetos de la antigüedad prehispánica.¹¹ Durante su estancia de un año en la Nueva España —entre 1803 y 1804— poco fue lo que visitó, al parecer sólo conoció Cholula, pero dejó testimonios escritos de todas las informaciones a las que accedió. Se interesó por los mismos problemas que Dupaix y manejó también el relato de viajes.

Dupaix y Humboldt, en lo que respecta al interés por las antigüedades, son un eslabón entre las expediciones ilustradas del XVIII y los viajeros del siglo XIX. Con los trabajos de ambos autores termina la época colonial en lo que respecta al interés por la materialidad prehispánica, pero al mismo tiempo sus obras se proyectarán durante todo el siglo XIX; ejemplo de esto son las publicaciones completas o parciales de la obra de Dupaix hechas en 1830, 1831, 1839, 1841 y 1848. Por su parte Humboldt fue considerado como el “viajero modelo”, todos los viajeros del siglo XIX lo tenían, en mayor o menor proporción, como su referencia.

El interés por las antigüedades americanas se desarrolló en Europa durante el siglo XIX; muestra de ello es el concurso organizado en 1825 por la Sociedad de Geografía de París, el cual premiaría al “mejor trabajo sobre arqueología, geografía o relatos de viaje en América Central”.¹² El interés por la región centroamericana tenía sus orígenes en las expediciones españolas del XVIII en Palenque. El trabajo premiado fue el de Dupaix, descubierto por el abad Baradère en 1828 durante un viaje a México.

En el siglo XIX ya se perfilaban dos oficios distintos en cuanto al descubrimiento del pasado precolombino, por un lado los expedicionarios, quienes visitaban las antiguas construcciones indígenas, y por otro los estudiosos y editores de documentos antiguos.

¹¹ Vid. Antonio Castro Leal, "Alejandro de Humboldt y el arte prehispánico", Sobretiro de *Memoria de El Colegio Nacional*, Tomo IV, No. 4, México, 1961, 102-111 p., ils.

¹² Ignacio Bernal, *op. cit.* p. 91.

En este último tenor, menos relacionado con Stephens y sí en cambio con Squier, cabe mencionar a personajes como Lord Kingsborough, Henry Ternaux-Compans, J. M. A. Aubin, Brasseur de Bourbourg, Fernando Ramírez, Joaquín García Izcabalceta, y Manuel Orozco y Berra. Cabe decir que Orozco y Berra se basó en los trabajos de Stephens para hablar del área maya.

En el ámbito del mundo anglosajón, al que pertenecen Stephens y Squier, las exploraciones en el medio oeste de los Estados Unidos estaban despertando la curiosidad por la antigüedad norteamericana. Uno de los pioneros en el estudio de los montículos de tierra fue Thomas Jefferson, quien, como ya mencioné, realizó excavaciones a fines del siglo XVIII en el territorio de Virginia. Otros exploradores de la misma región fueron Rufus Putnam, Caleb Atwater y William Bartram.

La formación de instituciones como la American Antiquarian Society en Boston, fundada en 1812, con el objetivo de estudiar los montículos de Ohio, marcó un paso más hacia la formación de centros de investigación, tal como lo fueron los gabinetes de historia natural del siglo XVIII en Europa. También jugó un papel muy importante la formación de la Smithsonian Institution en 1846, que financió la investigación y las publicaciones acerca de la historia indígena; uno de los primeros beneficiados de ella fue el mismo Squier. Estas instituciones hicieron que a mediados del siglo XIX aparecieran las primeras publicaciones periódicas sobre temas de arqueología, en las que solían aparecer noticias sobre México y América Central.

Entre los historiadores estadounidenses cabe mencionar a William H. Prescott, autor de gran influencia en el ámbito académico, amigo personal de Stephens y cercano también a Squier. También cabe destacar a Hubert H. Bancroft, aunque corresponde a finales del siglo XIX.

Por último, el afán coleccionista que después veremos en Stephens y Squier, ya se había vislumbrado en un inglés llamado William Bullock, quien llegó a México en 1823; destaca su obra *Seis meses de residencia y viajes en México* publicada en Londres en 1824. Durante su estancia en México logró conjuntar una amplia colección de objetos prehispánicos, tomando incluso moldes de grandes esculturas como la Piedra de Tízoc, la Piedra del Sol y la Coatlicue. De regreso a Londres organizó una exposición sobre el

México prehispánico en donde incluyó un folleto explicativo titulado *A description of the unique exhibition, called Ancient Mexico*.¹³

La anterior reseña de nombres y épocas tiene el siguiente sentido; concluir que los trabajos de Stephens y Squier se insertan en una tradición de estudios sobre la materialidad prehispánica que tiene sus orígenes por lo menos en el siglo XVIII. Sea que se trate de españoles, ingleses, italianos, estadounidenses, franceses o criollos novohispanos, ya existían precedentes en cuanto a la exploración de monumentos, el estudio de archivos documentales, iniciativas institucionales para la investigación, publicación y la convocatoria de concursos; ya existían incluso las exposiciones de objetos antiguos. De esta manera nuestros autores no son pioneros en el sentido de que ya había estudiosos que les precedieron. Incluso el género de la literatura de viajes en donde plasmaron sus observaciones ya había sido practicado por personajes como Humboldt, Dupaix y Bullock. No se pretende menoscabar la labor de los dos estadounidenses; por el contrario, lo que se busca es señalar el gran interés deciochesco y decimonónico por la materialidad prehispánica, para ubicar en él a un autor como Stephens quien alcanzó una popularidad nunca antes vista. El caso de Squier es diferente: aunque menos popular, sus investigaciones no dejan de ser valiosas en muchos aspectos y hay que situarlas también en este gran devenir.

Los estudios sobre la materialidad prehispánica del siglo XIX tenían por interés cuestiones como el origen de las poblaciones indígenas, el carácter del arte aborígen —el cual se enmarcaba en una visión evolucionista del arte—, y el nivel de desarrollo de las culturas precolombinas. También se buscaba corroborar de manera personal la existencia de los monumentos de los que otros ya habían hablado, y ver en qué medida sus conclusiones eran válidas. Stephens y Squier tenían este tipo de inquietudes en mente cuando partieron a explorar las regiones tropicales de la América Central.

2.2. Viajeros en el siglo XIX y literatura de viajes

Los viajes emprendidos por Stephens y Squier pertenecen al gran movimiento decimonónico de viajeros extranjeros hacia Hispanoamérica. Los trabajos escritos al

¹³ William Bullock, *Primera exposición de arte prehispánico*, prólogo, traducción y notas de Begoña Arteta, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Azcapotzalco, 1991, 80 p., ils.

respecto coinciden en el hecho de que la independencia de las colonias españolas despertó intereses en Europa y los Estados Unidos, los cuales buscaron abrirse paso en los territorios recién liberados del monopolio ibérico. Dichos intereses fueron de todo tipo: políticos, económicos y científicos, todos ligados entre sí.¹⁴

Como se señaló en el apartado anterior, el barón Alexander von Humboldt fue el gran viajero que motivó a muchos otros a seguir sus pasos. Cuando Juan A. Ortega y Medina se imagina una travesía en barco entre Europa y América, tratando de dar vida a la forma en que los pasajeros se distraían en un viaje que pronto se volvía monótono, nos habla de aquellos que se dejaban llevar por la lectura:

Los más graves, siempre en minoría, se dedicaban sin excepción a tareas más provechosas, extrayendo la máxima información posible acerca del país de inmediato arribo de todos aquellos que lo conocían de vista, de oídas o leídas; fundamentalmente de esto último, porque la lectura de los libros y diarios de los viajeros precedentes, en especial del famoso *Ensayo* del no menos famoso Humboldt, fue pasto espiritual obligado para todo posible y extraño visitante.¹⁵

Menciono lo anterior porque viaje y escrito de viaje aparecen acompañados. Un viaje producía un nuevo texto, y un nuevo texto promovía un nuevo viaje. Cito de nuevo a Ortega y Medina: “durante la primera mitad del siglo XIX todos los viajeros son subsidiados los unos de los otros y todos beben en el imponderable Humboldt”¹⁶

Esta mutua alimentación entre los viajeros, queda patente en los escritos de Stephens y Squier; los dos se nutrieron de los textos de quienes los precedieron; dichas relaciones existentes con otros viajeros las señalaré en capítulo III, cuando analice algunas características generales de las obras incluyendo las fuentes utilizadas.

¹⁴ Entre los principales trabajos referentes a los viajeros decimonónicos en Hispanoamérica, principalmente en México, *Vid.*, Carlos Álvarez A., "Los viajeros del siglo pasado en la arqueología maya", en Cabrero G., María Teresa (comp.), *II Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1993, 143-167 p.; Margo Glantz, *Viajes en México. Crónicas extranjeras. Tomo I*, México, Secretaría de Educación Pública/Fondo de Cultura Económica, 1982, 324 p. (Colección SEP/80: 34); Juan A. Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona*, 2 Vols., México, Antigua Librería Robredo, 1955, 160 p.; y Martha Poblett Miranda, *Viajeros en el siglo XIX*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000, 63 p., ils. (Tercer Milenio). Aunque dichos trabajos se enmarcan en el ámbito mexicano, no dejan de ser importantes para comprender un fenómeno que se desenvolvió en todo el continente. Para el ámbito específicamente centroamericano, *Vid.*, Jordana Dym, "La reconciliación de la historia y la modernidad: George Thompson, Henry Dunn y Frederick Crowe, tres viajeros británicos en Centroamérica 1825-1845", *Mesoamérica*, Año 21, No. 40, diciembre 2000, 142-181 p.; y Karl Sapper, "Un viaje al Nuevo Mundo: Centro América ante los viajeros del siglo XIX", *Mesoamérica*, Año 2, No. 2, junio 1981, 153-169 p.

¹⁵ Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, vol. 1, p. 16.

¹⁶ *Idem* p. 11.

Algunas de las diferencias que se han señalado entre los viajeros del siglo XVIII y los del siglo XIX, son el carácter de empresa individual y, por lo mismo, aventurera de los últimos, en contraste con el carácter colectivo-nacional e ilustrado-científico de los primeros.¹⁷ Aunque en términos generales pudiera considerarse así, no olvidemos, menos aún para el caso que aquí interesa, la importante labor que para sus países de origen realizaron los viajeros del siglo XIX. Tanto Stephens como Squier viajaron subsidiados por el gobierno estadounidense y con credenciales diplomáticas; muchos otros viajeros representaron a su vez intereses de tipo comercial o científico. Lo que no podemos negar es el carácter *romántico* de los viajes en el siglo XIX, refiriéndome con ello al *romanticismo* como movimiento del pensamiento europeo que influyó en distintos ámbitos del arte y la literatura. Por lo anterior, el viajero europeo o estadounidense, nacido en el ámbito de sociedades en expansión —no olvidemos que es la época en que los Estados Unidos conquistan el oeste— buscaba el hallazgo de grandes acontecimientos, ya fuera en la naturaleza o en las sociedades extrañas o “primitivas” con las que se encontraba, así como la persecución de grandes negocios y, como ya se vislumbró en el apartado anterior, el descubrimiento de civilizaciones antiguas. Todo lo anterior es lo que constituye el *exotismo* del viaje y el relato decimonónico.

Sin embargo la literatura de viajes, abarca más consideraciones además de las anteriores. La llamada *literatura de viajes* es un género que, como su nombre lo indica, consiste en plasmar en el lenguaje literario la experiencia de una travesía; esta amplitud en la definición nos permite aseverar que la literatura de viajes tiene por sí misma una enorme tradición a sus espaldas, y no comienza de ninguna manera en el siglo XIX. Una prueba de lo anterior son los trabajos presentados en el *Simposio Internacional sobre Literatura de Viajes: El Viejo Mundo y el Nuevo*, organizado en Toledo, España, en 1999, los cuales abarcan desde la Edad Media hasta el siglo XX.¹⁸

¹⁷ Cf. Paz Cabello, *op.cit.*, cap. 4.

¹⁸ Salvador García Castañeda (coord.), *Literatura de viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo*, España, Editorial Castalia y The Ohio State University, 1999, 307 p. La literatura de viajes continúa viva hasta nuestros días, uno de los libros recientes que podemos considerar como parte de este género es: Ryszard Kapuscinski, *Viajes con Heródoto*, Anagrama, España, 2006, 308 p. (Crónicas: 77).

Sobre teoría del relato de viajes el trabajo de Ottmar Ette titulado *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard* es fundamental.¹⁹ Retomando los puntos más importantes de dicho texto, se mencionarán a continuación las cuestiones que más nos ayuden a comprender las obras de Stephens y Squier.

En primera instancia se tiene que señalar que el relato de viajes se explica tanto por su carácter científico como por el literario; los dos íntimamente unidos en el transcurso de un viaje por el espacio: “El relato de viajes es la forma de escritura literaria y científica en la que quizá se plasme con mayor claridad la relación de la escritura con el espacio, su dinámica y su necesidad de movimiento.”²⁰

Lo anterior está presente tanto en Stephens como en Squier. Como señala Ette, la característica del viaje por el espacio es tan evidente que solemos pasarla por alto. Las obras de nuestros viajeros son un gran relato que transcurre durante un movimiento en el espacio, el cual, al aparecer en una narración que se presenta *de facto* como un diario de viaje, hace del relato una “forma de expresión literaria y viva”, usando las palabra de Ette.²¹

La presencia de lo “vivencial” es algo que separa la labor de personas como Stephens y Squier, y otros hoy denominados “arqueólogos viajeros”, de la arqueología como se *escribe* en la actualidad. La utilización misma de la literatura de viajes para presentar hallazgos sobre la materialidad prehispánica es un elemento más para resaltar las diferencias entre este modo de entender el pasado de otros.

Por otro lado, el relato de viaje presenta rasgos peculiares en lo que respecta a la dimensión epistemológica, es decir en cuanto a la forma en que el conocimiento se muestra dentro de él. Veamos la siguiente expresión de Ette: “[Hay un] complejo juego que se establece entre lo que se relata, y que desconocen los lectores contemporáneos, y los conocimientos ya existentes proporcionados por la ciencia y la literatura.”²²

Lo anterior se refiere al hecho de que el relato de viajes habla de “cosas nuevas” no conocidas aún por la sociedad a la que pertenece el viajero, el cual como parte de ella hace las veces de avanzada. Sin embargo, de alguna manera lo *no conocido* entra a la

¹⁹ Ottmar Ette, *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras y Servicio Alemán de Intercambio Académico, 2001, 122 p.

²⁰ *Idem*, p. 11.

²¹ *Idem*, p. 12.

²² *Idem*, p. 13.

esfera de *lo conocido* de tal forma que resulta una asimilación del relato formada tanto por lo nuevo que escribe el viajero, como por lo viejo ya conocido por su sociedad. Este fenómeno produce un efecto tal que, de manera paradójica, mientras el viajero pretende dar a conocer cosas novedosas, su sociedad —y él mismo incluso— asimila cosas ya sabidas. Veamos un ejemplo: los relatos del siglo XVIII y algunos del siglo XIX que dieron cuenta de las ruinas mayas hicieron una asimilación de ellas entendiéndolas como vestigios del antiguo Egipto; lo que debió ser novedoso, se presentó como nuevo a medias al ser entendido como parte de una antigüedad con la que no correspondía pero que facilitaba la comprensión de lo visto y de lo relatado.

Otra idea plasmada por Ette respecto a la literatura de viajes aparece cuando se pregunta por la fascinación que causa este tipo de textos. Si consideramos la amplia difusión de los relatos de viajes en el siglo XIX, no podemos dejar de percibir la amplia popularidad que recibieron. ¿En dónde radica esta fascinación de la literatura de viajes? La respuesta, más allá de considerar que se trata de un conjunto de narraciones fácilmente digeribles, la plasma Ette de la siguiente forma:

La fascinación del relato de viajes —esta es mi tesis— se basa fundamentalmente en *los movimientos de entendimiento* omnipresentes en la literatura de viajes, considerados como *movimientos de entendimiento en el espacio*. [...] Para decirlo de una manera más plástica: se trata de un movimiento que lleva a un *dinámico modelo espacial* que el lector puede comprender sin problemas.²³

En otras palabras, lo planteado por Ette pone énfasis en la existencia de un *modelo* intrínseco en el relato de viaje. Ese modelo implica un desplazamiento espacial a partir del cual se va aprehendiendo una cierta realidad dada; digamos que el relato de viajes es una metáfora del proceso del conocimiento. Este itinerario cognoscitivo, en el cual el lector se puede situar en cualquier punto del relato, muestra de manera gráfica lo que no se conoce, lo que se va conociendo y lo que ya se conoció; de ahí que el relato de viajes se nos presente como un género *ad hoc* para el acercamiento a manifestaciones de “elementos culturales extraños”; siguiendo a Ette.²⁴

En cuanto a las “miradas” del relato de viajes, quiero destacar las dos apuntadas por Ette, pues serán tomadas en cuenta para los casos de ambos viajeros. La primera

²³ *Idem*, p. 14 y 15. El subrayado es mío.

²⁴ *Idem*.

consiste en una visión que se sitúa de una manera totalizadora, en expresión de Humboldt: “como un flotar sobre las cosas.”²⁵ Con ello se hace referencia a la percepción a la que el viajero aspira llegar cuando, después de un recorrido por un país o una región, acumula tal conocimiento que pareciera como si flotara sobre el espacio conociendo todo lo que él contiene; un mapa en este sentido es la manifestación más clara de esta mirada. Esta perspectiva es la que el público, como el receptor del producto final de un relato de viajes, al terminar la lectura, obtiene; en el capítulo IV cuando de manera muy concisa apunte los espacios y la materialidad prehispánica que Stephens y Squier conocieron, estaremos frente a esta mirada de “flotación”.

La otra mirada es la de “túnel”, en la cual se sitúa el viajero conforme avanza en el espacio y va descubriendo una nueva realidad paso a paso; la misma percepción la tiene el lector conforme avanza en la narración. En esta perspectiva nos situaremos durante el análisis de los fragmentos en los que nuestros viajeros dejaron plasmadas sus observaciones sobre la materialidad prehispánica.

La cuestión del tiempo y sus varias dimensiones — las cuales retomo a partir de algunos planteamientos de Ette—, son otro aspecto que me interesa para la comprensión de la literatura de viajes. El transcurso por el espacio conlleva de manera implícita el desplazamiento en el tiempo. De manera breve comentaré tres de las dimensiones del tiempo, las que más competen con este estudio. La primera es la del tiempo del viaje, el cual transcurre desde su inicio hasta su fin, y que es independiente del tiempo de la sociedad en la que se está viajando y del tiempo del viajero; el viaje en este sentido es capaz de crear su propia temporalidad.²⁶ La segunda es la del tiempo del viajero y su sociedad, pues cuando alguien decide emprender un viaje se lleva consigo toda su cultura y en ese sentido todo su tiempo; lo anterior resulta importante por constituir parte de la visión de viajero. La tercera es la del viaje en tanto un viaje a la historia, sea como un viaje al pasado o un viaje al futuro; cuando un francés por ejemplo, visitaba los Estados Unidos, su relato parecía como de un viaje a una sociedad futura a la que Francia aspiraba llegar, en cambio cuando un estadounidense emprendía un viaje a Inglaterra, dicho viaje se constituía en un viaje al pasado, a la sociedad que había quedado atrás con

²⁵ Citado en *Idem*, p. 16.

²⁶ *Idem*, p. 19.

la independencia. Esta última dimensión temporal está presente en nuestros autores, pues el hallazgo de la materialidad prehispánica siempre será entendido como un salto hacia el pasado.

Por último, sólo queda apuntar que el relato de viajes pone de relieve el contacto con la alteridad, esta manera no tenemos que perder de vista que, al menos por definición, Stephens y Squier nos relatan cosas que no pertenecen a su ámbito social y por lo mismo las ven como la *otredad*. La idea del *otro* ha sido desarrollada por Tzvetan Todorov, quien lo define como “un grupo social concreto al que *nosotros* no pertenecemos”;²⁷ en este contexto, el del *nosotros* y los *otros*, se sitúan los viajeros, quienes observan a la sociedad centroamericana y a su territorio como algo que les es ajeno.

Los señalamientos anteriores respecto a las características de la literatura de viajes buscan aportar elementos para la comprensión de las obras que analizaremos; a lo largo del trabajo quedará patente la pertinencia de su mención.

2.3. El expansionismo de los Estados Unidos en la primera mitad del siglo XIX

Los viajes emprendidos por John Lloyd Stephens y Ephraim George Squier hacia Centroamérica se sitúan en el marco de la expansión política y territorial de los Estados Unidos de Norteamérica durante la primera mitad del siglo XIX.

Desde la independencia de los Estados Unidos en 1776 hasta el primer viaje de Stephens en 1839, habían transcurrido tan sólo sesenta y tres años; sin embargo durante este relativo corto periodo, el crecimiento de la nación norteamericana adquirió niveles insospechados.

Durante la primera mitad del siglo XIX, de acuerdo con un autor como Vivian Trias, los Estados Unidos vivieron el proceso de acumulación originaria del capital, el cual consistió, entre otros aspectos, en la expansión territorial.²⁸ A las trece colonias que se independizaron en 1776, se les sumaron de manera paulatina distintos territorios: en 1787 se incorporó el Territorio del Noroeste, a partir del cual se conformarían a la postre

²⁷ Tzvetan Todorov, *La conquista de América. El problema del otro*, 14ª ed., traducción de Flora Botton Burlá, México, Siglo XXI, 2005, p. 13.

²⁸ Vivian Trias, *Historia del imperialismo norteamericano. Tomo I. La pugna por la hegemonía*, Argentina, A. Peña Lillo Editor, 1975, 195 p.

los estados de Ohio, Kentucky, Indiana, Illinois, Wisconsin y Michigan; en 1803 se consumó la compra de Luisiana a los franceses por 15 000 000 de dólares, con esta transacción se adquirió toda la parte central del actual territorio de los Estados Unidos; en 1796, 1810, 1817 y 1819 se incorporaron Tennessee, Florida, Mississippi y Alabama respectivamente; por último, en la década de 1840 se incorporaron los territorios arrebatados a México: Texas, Nuevo México, Arizona y California, a los cuales hay que añadir Oregon en la parte noroccidental.²⁹

De lo anterior se desprende que en el periodo que transcurrió entre el primer viaje de Stephens y el primero de Squier, es decir entre 1839 a 1849, los Estados Unidos adquirieron los contornos que hoy conocemos, excepto el Valle de la Mesilla que fue comprado en 1853. La importancia de esta expansión no sería de nuestro interés si no fuera porque es en el contexto de la colonización del oeste en que nuestros autores incursionan en el ámbito viajero.

Hacia 1846 y 1848 los Estados Unidos, en su búsqueda y apoderamiento de nuevas tierras, llegan al océano Pacífico. Cuando en 1849 se desata la “fiebre del oro” en California, el ímpetu de colonizadores hacia dicha región resultó incontenible. Ante la nueva realidad geopolítica, la cual exigía el control y la comunicación de las costas de los dos océanos, los estadounidenses tuvieron la necesidad de modernizar las rutas de transporte. Es así como aparece el istmo centroamericano en el camino de los intereses de los Estados Unidos.

Para los viajeros del este de los Estados Unidos que deseaban migrar hacia la lejana costa oeste, sobre todo a California, la posibilidad de un viaje a través del istmo centroamericano era una opción más atractiva que cruzar todo el territorio continental de su país. Como señala Charles Stansifer, biógrafo de Squier, América Central era un territorio desconocido para los estadounidenses hasta que surgió la necesidad de transitar a través de él:

El aislamiento y abandono [de Centroamérica] terminaron, sin embargo, cuando la expansión de los Estados Unidos hacia la costa del Pacífico, el descubrimiento de oro en California y la

²⁹ Allan Nevins y Henry Steele Commager, *Breve historia de los Estados Unidos. Biografía de un pueblo libre*, 3a. ed., traducción de Florentino M. Torner, México, Compañía General de Ediciones, 1963, 542 p. (Ideas, Letras y Vida). Como el interés del presente apartado es dar una visión general del expansionismo de Estados Unidos en la época de Stephens y Squier, no he querido ahondar en polémicas historiográficas sobre este tema y me limite a utilizar la obra anterior y la ya señalada de Vivian Trias. La obra de Nevins y Commager es la historia oficial de los Estados Unidos, la de Trias se sitúa en un punto de vista crítico.

consecuente demanda de transporte a las nuevas regiones, revivieron el interés en Centro América y las posibilidades que ofrecía para las rutas de comunicación interoceánica.³⁰

Los intereses que surgieron con la incorporación de Centroamérica en el ámbito geopolítico estadounidense se tradujeron en dos nuevas cuestiones que tienen mucha relación con el papel desempeñado por Stephens y Squier.

La primera consiste en la presencia que los Estados Unidos ejercieron en la región, no sólo con el envío de agentes diplomáticos o encargados de negocios, sino, y sobre todo, con la defensa a ultranza de sus intereses contra los de la Gran Bretaña, nación que también estaba luchando por tener un papel protagónico en los asuntos políticos y económicos del istmo. La Doctrina Monroe —nombre con el que se conoce a los principios establecidos por el presidente James Monroe el 2 de diciembre de 1823 referentes a la política hemisférica— que pregonaba un repudio total a la intervención europea en los asuntos del continente americano, adquirió tonos más enérgicos cuando los Estados Unidos comenzaron a poner sus ojos en Centroamérica. Stansifer resume este proceso en la siguiente frase: “Antes de 1848, los Estados Unidos no habían demostrado, prácticamente, ningún cuidado por las actividades Británicas [*sic*] en Centro América.”³¹ Y en efecto, los ingleses tenían, para cuando Stephens y Squier realizaron sus respectivos viajes, emporios comerciales en Belice y la Costa Mosquitia de Nicaragua.

Stephens y Squier, además de las inquietudes arqueológicas que motivaron sus viajes —pues los biógrafos de ambos coinciden en que fueron estos intereses los primordiales para que emprendieran sus travesías—, fueron hacia América Central investidos como diplomáticos de los Estados Unidos con el fin de llevar a cabo actividades en ese tenor. Las credenciales diplomáticas no sólo les permitieron, en su momento, acceder a mayor información sobre la materialidad prehispánica, sino que incluso les llegaron a salvar la vida en algunas ocasiones. Además promovieron empresas comerciales encaminadas a la construcción de una ruta interoceánica en Centroamérica; Stephens mediante la Panamá Railroad Company y Squier con el

³⁰ Charles L. Stansifer, "Ephraim George Squier: Diversos aspectos de su carrera en Centroamérica", *Libro del mes de la Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, traducción de Orlando Cuadra Downing, noviembre 1968, p. 3.

³¹ *Idem* p. 11.

proyecto de la Honduras InterOceanic Railroad Company; además de que ambos hicieron observaciones respecto a un posible canal interoceánico en Nicaragua.

Hasta qué punto el control que los Estados Unidos comenzaban a ejercer sobre la Centroamérica se tradujo también en el control sobre el pasado arqueológico centroamericano, al grado de que un autor como Ortega y Medina hable de “Monroísmo arqueológico”, es asunto que veremos en el análisis de las obras. Lo que aquí apuntamos es el hecho de que nuestros dos autores no sólo estaban “rodeados” de este ámbito de hegemonía regional que Estados Unidos buscaba imponer, sino que ellos mismos fueron parte medular de este proceso; es necesario decir que ambos viajeros tenían la convicción de que tarde o temprano el territorio de América Central caería bajo el poder de los estadounidenses.

El segundo aspecto que resultó del expansionismo estadounidense, es el de la exigencia de una literatura sobre Centroamérica. Como mencioné en el apartado sobre viajeros, aquellas personas que iban a visitar algún país, demandaban información acerca de él. En la *American Review* durante octubre de 1850 apareció el siguiente párrafo:

Numerosas señales denotan que Centro América será el teatro de algunos de los más sorprendentes cambios que sin duda serán labrados por el avance de la civilización, y el mundo se está despertando ante este hecho. Estadistas, mercaderes, navegantes, colonizadores y estudiantes de ciencias naturales, se han despertado al fin ante su futura importancia; y *ha surgido una demanda de libros y mapas que den más completa información general respecto a esta sorprendente región.*³²

El expansionismo de los Estados Unidos implicó su presencia política en la región, la cual fue ejecutada por hombres como Stephens y Squier; a su vez también despertó el interés intelectual por Centroamérica, el cual vino a ser cubierto por obras como las que analizaremos en este trabajo.

2.4. Stephens y Squier: antecedentes de viajes y trabajos

Para concluir este capítulo sólo resta decir que nuestros dos viajeros, al momento de arribar a las costas centroamericanas, ya traían consigo experiencias de viajes y trabajos previos que les permitieron ver a Centroamérica y a su materialidad prehispánica de una manera nada improvisada. A continuación señalaré los datos más importantes de las

³² Citando en *Idem* p. 3. El subrayado es mío.

vidas de los viajeros, en particular aquellos que nos ayudan para entender su desempeño como exploradores de antigüedades.

La biografía más importante que se ha escrito acerca de John Lloyd Stephens es la de Víctor von Hagen, titulada *Maya explorer. John Lloyd Stephens and the lost cities of Central America and Yucatan*, trabajo realizado mediante una profunda investigación documental que es posible apreciar en cada capítulo. Otro trabajo de Hagen en donde nos muestra los pormenores de las expediciones emprendidas por Stephens y su compañero, el dibujante Frederick Catherwood, es *Search for the maya. The Story of Stephens and Catherwood*.³³

Stephens nació el 28 de noviembre 1805 en Shrewsbury, una de las poblaciones más antiguas de Nueva Jersey; sin embargo, apenas al cumplir un año, su familia se mudó a Nueva York. En 1818 ingresó en la Universidad de Columbia, de donde se graduó como bachiller en 1822. Fue en esta institución donde tomó forma su interés por la historia y el arte, a través de quien fuera su primera gran influencia: el profesor Charles Anthon. Al egresar de Columbia incursionó brevemente en la milicia, pero desilusionado por no obtener ningún ascenso, se decidió por estudiar Derecho en la célebre escuela de Tapping Reeve en Litchfield, Connecticut. En 1823 se instaló como estudiante en Litchfield, un pequeño poblado caracterizado por concentrar estudiantes de todos los lugares de Estados Unidos. Durante sus inicios Stephens se relacionó con disciplinas como la Literatura y la Historia, tanto las de su propio país como las de la antigüedad clásica mediterránea.

Al terminar sus estudios de Derecho regresa a Nueva York, en donde decide emprender, al lado de su primo Charles Hendrickson, un viaje hacia el oeste con el objetivo de visitar a una tía en Illinois. Es éste el primer viaje realizado por Stephens, el cual marcó el inicio de un interés que lo llevaría hasta lugares tan lejanos como Rusia, Egipto y Centroamérica. Recorrieron la ruta de Nueva York a Pittsburg, en donde tomaron el trayecto a Illinois vía el río Ohio. Después de visitar a familiares se

³³ Víctor von Hagen, *Maya explorer. John Lloyd Stephens and the lost cities of Central America and Yucatan*, Norman, University of Oklahoma Press, 1947; la versión en español es: *Explorador maya. John Lloyd Stephens y las ciudades perdidas de América Central y Yucatán*, traducción de Jerónimo Córdoba, Buenos Aires, Librería Hachette S. A., 1957, 362 p., ils. (Nueva Colección Clío); Víctor W. von Hagen, *Search for the maya. The Story of Stephens and Catherwood*, Inglaterra, Saxon House, 1973, 365 p., ils. Del mismo autor existe un trabajo sobre Catherwood: Víctor von Hagen, *Frederick Catherwood, architect*, Nueva York, Oxford University Press, 1950.

encaminaron a Saint Louis, desde donde tomaron un vapor que los llevó a Nueva Orleans; de este último lugar regresaron a Nueva York. La travesía comenzó en septiembre de 1824 y concluyó en febrero de 1825.

La ruta seguida por Stephens y su primo está constituida por algunos de los trayectos más utilizados para la colonización del oeste de los Estados Unidos, cuando los dos jóvenes viajaban en carretas o en embarcaciones fluviales iban acompañados de una gran cantidad de migrantes dispuestos a tomar posesión de nuevas tierras. La misma familia de Stephens en Illinois formó parte del gran movimiento poblacional de principios del siglo XIX. Esta mirada colonizadora que Stephens absorbió durante su primer viaje marcó su actitud para con sus viajes posteriores; sin dejar de mencionar que dicho ambiente de descubrimiento se respiraba también en Nueva York con todo el ir y venir de noticias del oeste.

Entre 1828 y 1834, Stephens se dedicó a ejercer su profesión de abogado, la cual, según lo dicho por von Hagen, no desempeñaba con gran pasión. Lo que sí en cambio ocupó toda su atención en este periodo fueron las actividades políticas. En particular destaca su proselitismo durante el gobierno presidencial de Andrew Jackson. Sus constantes participaciones en mítines públicos provocaron una fuerte infección en la garganta de Stephens, debido a la cual su médico le recomendó descansar y tomar unas vacaciones en Europa; es así como comienza su primer gran periodo de viajes: el que lo llevaría al Viejo Continente.

Stephens arribó a Europa el año de 1834, visitó París y posteriormente se trasladó a otros lugares como Nápoles. Después fue a Grecia en donde entró en contacto con la antigüedad clásica, además de actualizar las lecturas que hizo en su época de estudiante; también visitó Micenas. La vida de escritor de relatos de viajes comienza justo aquí, en la travesía que realizó de Atenas a Esmirna; al quedar maravillado con este último lugar, envió una carta para contar a su amigo Charles Fenno Hoffman lo que había visto en el trayecto. Hoffman hizo caso omiso de la recomendación de Stephens para que no hiciera pública la carta al hacerla aparecer por entregas en la revista que dirigía: la *American Magazine Monthly*. “Su carrera, aunque no lo advirtiera entonces, comenzó en la ciudad oriental de Esmirna, en el Levante. Éste fue el lugar de nacimiento de Stephens autor.”³⁴

³⁴ Victor von Hagen, *Explorador maya...*, p. 47.

La buena aceptación de estos primeros escritos de Stephens entre el público lector le hizo pensar con seriedad, por primera vez, en la posibilidad de escribir libros.

Su travesía continuó por Constantinopla, Rusia, Polonia, Austria, Alemania y concluyó en la ciudad de París. Este viaje por Europa enfrentó a Stephens a sociedades tan distintas a las que estaba acostumbrado en Norteamérica, lo puso cara a cara con la otredad. Además despertó su inquietud por los vestigios materiales de la antigüedad. En París Stephens decidió regresar a los Estados Unidos, pero no pudo conseguir un pasaje por la enorme cantidad de migrantes europeos que se embarcaban al continente americano. Fue así como en París, tal vez mientras pasaba el tiempo en espera de su regreso, se encontró con un libro que cambió el rumbo de su vida: *Voyage de l'Arabie Pétrée*. En este libro se hablaba de una ciudad llamada Petra completamente labrada sobre la roca; además se incluían hermosas litografías que ilustraban la obra.³⁵

Stephens decide ir a Egipto y emprende un viaje de dos meses por el río Nilo, durante el cual visita ruinas como Gizeh, Denderah, Tebas, Luxor y Karnak. Posteriormente se prepara para salir desde El Cairo en busca de la ciudad de Petra, ubicada más allá de la Península de Sinaí.

Estos viajes consolidaron el interés de Stephens por las antigüedades, y fue así como se relacionó con el arte de las principales civilizaciones antiguas, en particular la egipcia y la griega. Recordemos lo comentado en el primer apartado de este capítulo, en donde se señaló que el estudio de la materialidad prehispánica implicaba la comparación de ésta con el arte clásico mediterráneo. Stephens adquirió durante su trayecto al Viejo Mundo todos los elementos necesarios para que, en el futuro, pudiera discernir sobre la pertinencia o no de comparar las creaciones materiales americanas con las del otro lado del océano.

Después de visitar Petra, recorrió distintos lugares de Tierra Santa para regresar desde Alejandría, en Egipto, hacia Londres en donde se embarcó de vuelta a Nueva York. Fueron dos años de intensos viajes. Pero antes de partir de regreso a casa, conoció

³⁵ *Idem* p. 56. Léon de Laborde, *Voyage de l'Arabie Pétrée, par Léon de Laborde et Linant*, París, 1830. Para 1838 ya existían dos ediciones de la obra en Inglaterra.

a Frederick Catherwood³⁶, gran dibujante y arquitecto inglés quien, a decir de von Hagen, llamó la atención de Stephens sobre la existencia de una ciudad antigua en Guatemala.

Como mencioné antes, el texto de la expedición del capitán Antonio del Río, *Descripción de las ruinas de una ciudad antigua descubierta cerca de Palenque, en el reino de Guatemala*, apareció publicado en 1822; Catherwood conoció este texto y se lo mostró a Stephens. Fue el trabajo de Del Río lo que motivó la futura expedición del viajero neoyorquino y el dibujante inglés.³⁷

Al regresar a Nueva York, Stephens se relacionó con los directores de la casa editorial más importantes del momento en Estados Unidos: Harper and Brothers. Después de dialogar con ellos llegaron a un acuerdo, y fue así como surgió su primer libro: *Incidents of Travel in Egypt, Arabia Petraea and Holy Land*, de 1837, el cual gozó de una buena aceptación por parte de los lectores, al grado de llegar a las seis ediciones en un año; después fue editado también en Inglaterra. La crítica apuntaló a Stephens como un gran viajero y escritor, lo cual lo llevó a publicar en 1838 su segundo libro donde daba noticias de sus otras travesías: *Incidents of Travel in Greece, Turkey, Russia and Poland*.³⁸

No era fácil el camino para un escritor en los Estados Unidos, pero a Stephens lo trataron muy bien tanto la crítica como sus editores. El nuevo papel de escritor lo motivó a emprender otras travesías. Un famoso librero llamado John Russell Bartlett, amante de las antigüedades, le proporcionó a Stephens las novedades literarias sobre América Central; uno de los trabajos que le dio fue el de Frederick Waldeck.

Informado de lo que se había escrito respecto a la América Central, y con Frederick Catherwood instalado ya en Nueva York, no pasó mucho tiempo antes de que John Lloyd Stephens emprendiera su viaje en búsqueda de las antigüedades americanas. Antes de emprender su travesía, fue comisionado por el presidente de los Estados

³⁶ La figura de Frederick Catherwood es tan importante como la de Stephens, pues juntos emprendieron los viajes hacia México y Centroamérica. En el capítulo VI se harán las observaciones referentes a sus dibujos. Víctor von Hagen tiene un trabajo sobre Catherwood (*Vid infra*, nota 51).

³⁷ Antonio del Río, *Description of the ruins of an ancient city, discovered near Palenque, in the kingdom of Guatemala in Spanish America*, Londres, 1822. Diez años después apareció una segunda edición.

³⁸ John Lloyd Stephens, *Incidents of Travel in Egypt, Arabia Petraea and Holy Land*, Nueva York, Harper & Brothers, 1837; y *Incidents of Travel in Greece, Turkey, Russia and Poland*, New York, Harper & Brothers, 1838.

Unidos, Martin Van Buren, para una misión diplomática en Centroamérica. Todo estaba listo para que el 3 de octubre de 1839 se embarcara rumbo a Belice.

Ahora conoceremos la trayectoria de nuestro otro autor: Ephraim George Squier.

La biografía más importante hecha sobre Squier corre a cargo de Charles L. Stansifer. Sin embargo en el trabajo sobre los orígenes de la arqueología americana de Brian Fagan también encontramos valiosa información sobre la trayectoria previa a los viajes de Squier en Centroamérica.³⁹

Ephraim George Squier nació en Bethlehem, un pueblo cerca de Albany, Nueva York, el 21 de junio de 1821. Realizó estudios de ingeniería, pedagogía y leyes, pero nunca tuvo especial interés por dichas profesiones. Sin embargo, sus conocimientos de ingeniería le permitirían idear proyectos posteriores como el del ferrocarril interoceánico de Honduras y registrar en planos los vestigios arquitectónicos prehispánicos.

Para el año de 1840 comenzó su carrera como periodista en un pequeño periódico literario que el mismo editó, se trataba de *La Perla Literaria: y El Mensajero Semanal de la Villa* —según el nombre en español que nos da Stansifer—, el cual apareció en Charlton durante apenas tres meses.

Fue en el otoño de 1841 cuando conoció a Joel Munsell en Albany, anticuario y librero, quien lo empleó en un semanario: el *New York State Mechanic*; en este medio Squier entró de lleno al mundo del periodismo. Trabajó durante dos años, hasta que fue cesado por las pocas utilidades que producía la publicación; fue así como Squier se vio afectado de manera directa por los mismos problemas económicos que aquejaban a muchos trabajadores de la época. Consciente de la situación de la clase trabajadora, a decir de Stansifer, comenzó a organizar conferencias para los obreros en donde trataba temas como “El origen y progreso de la civilización” y “El avance de la sociedad”.⁴⁰

A pesar de las penurias que le acarreaba el dedicarse al periodismo, por ser ésta una actividad poco remunerada, Squier no cesó en sus intereses intelectuales, sino que incluso comenzó a planear más proyectos. “En Diciembre[sic], 1841, por ejemplo, escribía tres cartas por semana para el *Diario de Comercio*, de New[sic] York, escribía

³⁹ Cfr. Stansifer *op. cit.*; Fagan *op. cit.* Vid *infra*, notas 48 y 20.

⁴⁰ Stansifer *op. cit.*, p. 4.

poemas, solicitaba suscripciones para su proyectado *Poet's Magazine*, y planeaba una historia política y literaria de Portugal.”⁴¹

No pudo concretar proyectos como el de su revista de poesía o el libro sobre Portugal, pero sí publicó varios folletos sobre diversos temas y un libro sobre China titulado *Los chinos tal como son*, que apareció en 1843. En este mismo año trabajó en el *Journal* de Hatford, un periódico del partido *Whig* (nombre con el que se conocía a un partido político) inmiscuido en la contienda presidencial que se avecinaba en 1844. Sin embargo el periódico desapareció después de la derrota de los *whig*; a Squier no le quedó otra opción que intentar mejor suerte en el oeste.

Se estableció en Ohio, y para el año de 1845 ya dirigía un semanario en Chillicothe: la *Scioto Gazette*; en un lapso de quince meses convirtió a dicha publicación en la tercera del estado en cuanto a número de ejemplares tirados. Igual que Stephens, Squier no tardó en inmiscuirse en la política, en 1846 fue elegido como Oficial Mayor de la Cámara de Diputados de Ohio.

Desde sus primeros trabajos en el *Mechanic* y el *Journal*, Squier ya había dado muestras de su interés por temas arqueológicos, pero su pasión por la materialidad precolombina salió a flote durante su estancia en Ohio, tierra de montículos indígenas. Su labor le permitía darse el tiempo suficiente para explorar los numerosos montículos indígenas que existían en el valle de Ohio, algunos de los cuales ya habían sido descritos por personajes como Rufus Putnam y Caleb Atwater.

Acompañado de su guía, el médico Edwin Hamilton Davis, amante y coleccionista de antigüedades, Squier comenzó un trabajo que duró dos años en la exploración de los montículos del sur de Ohio. Al mismo tiempo se empapaba de la literatura arqueológica de la época y por correspondencia recibía informaciones acerca de los montículos de los estados vecinos. Esta actividad insertó a Squier en el mundo “científico” de la época:

Squier comenzó a publicar artículos sobre sus trabajos en publicaciones científicas. El *Diario Americano de Ciencias y Arte*, de Benjamín Silliman publicó dos artículos de Squier en 1846 y otros dos en 1847. Fueron breves y algo así como de aficionado, pero contribuyeron con nueva información y pusieron el nombre de Squier ante el mundo científico.⁴²

⁴¹ *Idem.*

⁴² *Idem*, p. 5.

Al término de sus investigaciones en Ohio, Squier regresó a la Costa Este en busca de apoyo para publicar sus resultados. Entre las personas con las que se entrevistó estaba William H. Prescott; sin embargo fue con la Smithsonian Institution en donde encontró el financiamiento que buscaba. En 1848 apareció su primera gran obra: *Ancient Monuments of the Mississippi Valley*, como volumen número uno de la serie titulada Contribuciones al Conocimiento.⁴³

Esta obra firmada por Squier y Davis —de la cual se ha dicho que fue escrita casi en su totalidad por Squier— aportó datos precisos respecto a las construcciones del medio oeste norteamericano; Squier realizó recorridos, tomó medidas, elaboró mapas e incluso practicó excavaciones. Con la información recabada hizo una clasificación de los túmulos de acuerdo con su función: sepulcrales, de sacrificios, para sostener templos, para realizar observaciones y con formas de efigie; además describió los artefactos encontrados en ellos.

Sin embargo el gran “error” de la obra, consistió en negar la relación entre los indígenas y los túmulos, sugiriendo así que su elaboración estuvo a cargo de otro grupo humano que no tenía relación con el pasado indígena de Norteamérica; dicha hipótesis era muy común en la época, pues se pensaba que “los indios belicosos” habían acabado con una antigua civilización de *mound-builders*. Sin embargo, en busca del origen de los túmulos del Medio Oeste, Squier concibió una posible relación con las grandes culturas antiguas de México, Centroamérica y Perú. Esta conclusión nos habla del bagaje que Squier había adquirido respecto a la antigüedad americana.

Así como Stephens fue colmado de buenas críticas referentes a sus primeros trabajos, Squier recibió expresiones positivas de quienes leyeron su obra. Baste citar el siguiente texto aparecido en una revista inglesa: “Este es no sólo el más importante trabajo arqueológico que hemos visto de los Estados Unidos, sino que es también bien plantado en el estilo de papel de imprenta y sus ilustraciones [...]”.⁴⁴

Convertido en una personalidad del medio académico y científico de la época, a Squier no le fue difícil conseguir otro financiamiento de la Smithsonian Institution y de la Sociedad Histórica de Nueva York para realizar una investigación sobre los túmulos

⁴³ Ephraim G. Squier y Edward H. Davis, *Ancient Monuments of the Mississippi Valley*, Nueva York, Smithsonian Institution, 1848.

⁴⁴ Stansifer, *op. cit.*, p. 6, *Apud*, *Literary Gazete*, Londres, No. 1656, 14 de octubre, 1848, p. 680.

existentes en el occidente del estado homónimo de dicha ciudad. Después de un breve recorrido de ocho semanas, Squier conjuntó el material suficiente para redactar su segunda gran obra: *Aboriginal Monuments of the State of New York*, que apareció en 1850 como el volumen dos de las Contribuciones al conocimiento de la Smithsonian.⁴⁵

El creciente interés de Squier por la historia antigua del continente le llevó no sólo a leer sobre las culturas de México y Perú, sino que también lo motivó a escribir algunos artículos en donde tocaba algunos temas al respecto; uno de ellos trataba sobre el calendario mexica y el ciclo de 52 años, otro versaba sobre antiguas construcciones de California y Nuevo México —los territorios recién adquiridos por los Estados Unidos.

Squier toma la decisión de emprender un viaje a Centroamérica para conocer más acerca de las ciudades antiguas de dicha región. En la Smithsonian Institution se le negó el apoyo, al parecer por diferencias con el entonces secretario Joseph Henry. Sin embargo, sus movimientos en el ámbito de la política le permitieron ser nombrado Encargado de Negocios del Gobierno de Estados Unidos en Centroamérica durante la administración de Zachary Taylor.

El 6 de junio de 1849 Squier llega a San Juan del Norte en Nicaragua, dando inicio a su carrera de “centroamericanista” como lo define Charles L. Stansifer. La producción posterior de Squier sobre Centroamérica fue abundante, libros de viajes, monografías, artículos varios e incluso una novela, sin dejar de mencionar algunos archivos inéditos de cronistas españoles acerca de la región que llegó a publicar.

Las coincidencias entre Stephens y Squier no son pocas. Ambos arribaron a Centroamérica con una experiencia previa en cuanto a vestigios antiguos; los dos llegaron con una fama que los respaldaba como personas capaces de desentrañar el misterio de las ciudades perdidas centroamericanas, además de ser escritores. Los dos se codearon con el mundo académico de su época, al mantener ambos una estrecha relación con William H. Prescott, por citar sólo un ejemplo. También compartieron la investidura como agentes diplomáticos, lo cual les otorgó recursos de distinta índole para relacionarse con personas clave que les ayudaron en su búsqueda de vestigios prehispánicos. El espíritu emprendedor, en términos del expansionismo económico

⁴⁵ Ephraim G. Squier, *Aboriginal Monuments of the State of New York*, New York, Smithsonian Institution, 1850.

norteamericano, los llevó a concebir proyectos comerciales: Stephens con el ferrocarril interoceánico de Panamá y Squier con el proyecto del ferrocarril interoceánico de Honduras.

Los puntos vertidos en este capítulo nos amplían el horizonte para comprender los viajes de estos dos hombres: en lo que respecta a las investigaciones hechas antes de sus trabajos en Centroamérica, el tipo de género literario en que plasmaron sus observaciones, y el expansionismo político y económico del que los dos eran parte. Bajo estos puntos se desarrollaron sus trabajos y escritos acerca de la materialidad prehispánica centroamericana, cada uno de ellos influyó en la forma en que estos autores la concibieron.

A continuación señalaré los aspectos más importantes de las obras que analizaremos.

CAPÍTULO 3. LAS OBRAS DE STEPHENS Y SQUIER

En el presente capítulo mencionaré los principales aspectos de las obras de John Lloyd Stephens y Ephraim George Squier. Para comenzar mencionaré las ediciones que analizaremos, después se verá su difusión, contenido general, las fuentes que utilizaron los autores y los principales comentarios que han suscitado entre los historiadores de épocas posteriores. La intención es conocer lo mejor posible los documentos, lo que fueron y han significado, pues son ellos nuestro principal objeto de estudio.

3.1. Las obras que competen a este estudio

El criterio para la selección de las obras de Stephens y Squier ha sido el de que en ellas esté contenida alguna información acerca de la materialidad prehispánica centroamericana, pues es esta última la que nos interesa en términos de la interpretación que de ella se ha hecho. Al mismo tiempo, al considerar el hecho de que hay menos trabajos académicos acerca de América Central comparados con los realizados sobre México, no he incluido los escritos que hablan sobre regiones de nuestro país. En este sentido he marcado un rígido límite espacial para mi estudio: la actual frontera entre México y Guatemala. Es cierto que estoy imponiendo una frontera que poco o nada tiene que ver ni con las civilizaciones prehispánicas ni con el límite que se impusieron los propios viajeros —en el caso de Stephens—; pero insisto, para que quede claro mi interés, en que el punto esencial de este trabajo radica en contribuir al conocimiento sobre la interpretación del pasado prehispánico centroamericano, el cual ha quedado rezagado con respecto a México. Lo anterior explica el hecho de que no aborde en este trabajo los estudios realizados por Stephens en sitios que se encuentran en el actual territorio mexicano.

El segundo criterio ha sido que las obras se presten a un análisis similar, tanto por el género como por la cantidad. En el caso del género se ha dado preferencia al de la literatura de viajes, puesto que Stephens sólo tiene una obra y está en ese estilo, en tanto que Squier tiene más trabajos y algunos de ellos, además de ser casi inexistentes en México (e incluso de difícil localización en la misma Nicaragua), son artículos de corte científico y monográfico. El estudio permitirá llegar a una conclusión en el ámbito de un

modo en específico de presentar a la materialidad prehispánica, y en ese sentido facilitará la comprensión de una forma particular de entendimiento que se dio a mediados del siglo XIX.

Por otro lado, la producción de Squier sobre América Central supera con creces a la hecha por Stephens, por lo cual, y en este sentido es que hablaba de un análisis similar en cuanto a cantidad, prefiero circunscribirme a su obra realizada en el ámbito de la literatura de viajes y dejar de lado su amplia producción de artículos especializados.

El tercer criterio que ha influido en la selección de las obras es el hecho de que las seleccionadas coinciden en ser los primeros trabajos de cada uno de los autores en Centroamérica. En ellas se relata el primer arribo de los viajeros a la región, y eso constituye un elemento más que da cierto equilibrio al estudio de ambos viajeros; no he querido comparar el trabajo de Stephens en Honduras recién llegado de los Estados Unidos, con alguno de los trabajos de Squier después de sus múltiples recorridos y observaciones hechas en el área.

El último y más importante criterio de selección ha sido el hecho de que ambas obras son, en definitiva, las más importantes de cada uno de los autores en lo que respecta a la materialidad prehispánica, y contienen información suficiente como para constituir un digno universo de análisis. Aunado a lo anterior, son las obras más asequibles de los autores debido a su divulgación en nuestro país.

De John Lloyd Stephens analizaremos su obra *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, la cual apareció en 1841 bajo la firma de Harper & Brothers; como se comentó en el capítulo anterior, esta editorial era de las más importantes de la época.¹ Este libro lo escribió Stephens al regresar de su primer viaje a Centroamérica y México. Los pasajes que analizaremos son aquellos en donde se mencionan los vestigios materiales prehispánicos exclusivamente centroamericanos. No compete a este estudio el análisis de los pasajes sobre Chiapas y Yucatán.

De Ephraim George Squier estudiaré su obra titulada *Nicaragua; its people, scenery, monuments, and the proposed interoceanic canal*, la cual apareció por primera

¹ John Lloyd Stephens, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, 2 Vols., Nueva York, Harper & Brothers, 1841.

vez en 1852 editada por Appleton & Company Publishers.² Esta obra fue escrita después del regreso de Squier a los Estados Unidos. Los trabajos de ambos viajeros aparecieron en dos volúmenes.

3.2. Las ediciones

En poco tiempo se hicieron nuevas ediciones y reimpressiones de las obras, lo cual respondió a la óptima aceptación que ambas tuvieron entre el público estadounidense de la época. Con respecto a las ediciones del trabajo de John Lloyd Stephens durante el siglo XIX, baste citar lo siguiente: “Entre 1841 y 1871, la casa Harpers hizo doce ediciones, la última de las cuales se reimprimió once veces”.³ Aunque no me es posible precisar cuál fue el número de ejemplares de cada edición.

En 1841 apareció también una edición en Inglaterra del trabajo de Stephens publicada por John Murray, la cual pude localizar en la Biblioteca Juan Comas del Instituto de Investigaciones Antropológicas de nuestra Universidad. Esta edición es de donde retomé las imágenes de los grabados de Catherwood que se analizarán en el capítulo VI.⁴

De las ediciones realizadas durante el siglo XX he podido localizar la de 1949 que publicó la Rutgers University Press, en la cual se conjuntan los dos volúmenes en uno sólo; ésta es la edición en inglés que utilicé para el presente trabajo.⁵ Existe una edición del año de 1969 que apareció nuevamente en dos volúmenes, la cual estuvo a cargo de Dover Publications.⁶

La primera edición de la obra al español apareció en Campeche entre 1848 y 1850, y posteriormente apareció otra entre 1869 y 1871 en Mérida. Sin embargo se ha

² Ephraim George Squier, *Nicaragua; its people, scenery, monuments, and the proposed interoceanic canal*, 2 Vols. Nueva York, Appleton & Co., Publishers, 1852.

³ Esta información aparece en la nota editorial de la edición en español de la obra de Stephens publicada por la Editorial Universitaria Centroamérica: John Lloyd Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*, traducción de Benjamín Mazariego Santizo, 2 Vols., 2ª ed., Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana, 1971, (Viajeros: 3). Cuando cite esta edición lo haré como *Incidentes de viaje en Centroamérica*.

⁴ John Lloyd Stephens, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, 2 Vols., Londres, John Murray, 1841.

⁵ John Lloyd Stephens, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, Nueva Brunswick, Rutgers University Press, 1949.

⁶ John Lloyd Stephens, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, 2 Vols., Nueva York, Dover Publications, 1969.

dicho que la primera publicación en español es de 1940, lo cual genera un problema sobre este asunto. Al parecer las ediciones de 1848 y 1850 sólo contemplaron la parte correspondiente al viaje por Yucatán.⁷

La traducción de 1940 fue realizada en Quetzaltenango por Benjamín Mazariego Santizo y revisada por Paul Burgess. En 1971 la Editorial Universitaria Centroamericana con sede en Costa Rica publicó la segunda edición en español de la obra, en la misma traducción de Mazariego, dentro de su Colección Viajeros, bajo el título *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*, en dos volúmenes; esta versión de los viajes de Stephens es relativamente fácil de encontrar en distintas bibliotecas de la Ciudad de México y también es una edición popular en Centroamérica. Fue esta segunda edición de 1971 la que utilicé junto con la ya mencionada versión inglesa para elaborar este trabajo.

Por otro lado, hace poco más de diez años, apareció una nueva versión en dos volúmenes para el público francés, la cual fue titulada: *Aventures de voyage en pays maya*.⁸

En lo que se refiere a las ediciones del trabajo de Stephens, quiero apuntar que recurro a la edición costarricense en español porque en México se han hecho varias ediciones pero se suele omitir la parte sobre América Central, poniéndose énfasis en los capítulos referentes a los recorridos por Chiapas y Yucatán; o bien, se ha privilegiado la publicación del segundo viaje de Stephens cuando sólo visitó Yucatán. No he conocido hasta el momento ninguna edición en México sobre los viajes de Stephens en América Central, además de las referencias ya mencionadas del siglo XIX.⁹

⁷ El lugar en donde se habla de las traducciones del XIX hechas en la Península de Yucatán es en la bibliografía comentada de: John Lloyd Stephens, *Incidentes de viaje en Chiapas*, trad. de Juan C. Lemus, México, Gobierno del Estado de Chiapas-Consejo Estatal para el Fomento a la Investigación y Difusión de la Cultura, 1989, ils., p. 197; y en donde se dice que la primera edición es de 1940 es en la pág. 9 de la edición de Costa Rica, *Vid infra*, nota 66.

⁸ John Lloyd Stephens, *Aventures de voyage en pays maya: Copán 1839*, ed. anotee par Claude Baudez, tr. de l'anglais par Philippe Babo, Paris, Pygmalio Gerard Watelet-UNESCO, c.1991, 318 p, ils. (Les Grandes Aventures de l'Archéologie); y *Aventures de voyage en pays maya: Palenque 1840*, ed. anotee par Claude Baudez, tr. de l'anglais par Philippe Babo, Paris, Pygmalio Gerard Watelet-UNESCO, c.1993, 306 p, ils. (Les Grandes Aventures de l'Archéologie).

⁹ El hecho de que se omite en las ediciones mexicanas las partes referentes a América Central, me ha llevado también a centrar el estudio únicamente en los pasajes que corresponden precisamente a esta región, pues es la parte a la que menos atención se ha puesto. De las ediciones mexicanas sobre las obras de Stephens están: *Viajes de Yucatán*, Mérida, Dante, 1984; *Incidentes de viaje en Chiapas*, México, M. A. Porrúa, 1989, ils.; y *Viaje a Yucatán, 1841-1842*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, 677 p., ils. (Colección Historia). Ediciones españolas, que por cierto también ponen interés en el viaje de Stephens a Yucatán, son: *Viaje a Yucatán*, Madrid, Historia 16, 1989; y *Viaje a Yucatán*, Madrid, Valdemar, 2002, ils.

Las ediciones de *Nicaragua, its people, scenery,...*, de Ephraim George Squier, no se quedaron atrás con respecto a las de Stephens, y también fueron numerosas. La primera edición de 1852 fue impresa de manera simultánea por dos casas editoriales, la ya mencionada Appleton & Company Publishers que la distribuyó en Estados Unidos, y la empresa Logman, Brown, Green & Logmans para el público inglés. Ambas ediciones utilizaron el mismo estilo tipográfico.

Al año siguiente, 1853, Appleton sacó la segunda edición, pues la primera se había agotado a fines de 1852. En esta nueva edición el título fue modificado, ahora aparecía como *Travels in Central America, particularly in Nicaragua...* Para 1856 fue publicada de nuevo por la misma editorial en donde se recuperaba el nombre original de 1852. Hasta este momento todas las versiones habían aparecido en dos volúmenes. El éxito de la obra en Europa queda patente con el hecho de que para 1854 ya existía una traducción en alemán.

En 1860 Harper & Brothers —la casa de las obras de John Lloyd Stephens, caracterizada porque sus obras impresas eran de amplia aceptación, en particular la literatura de viajes— publicó, incluyendo pequeñas modificaciones al texto original, en un solo volumen la obra de Squier; el título sufrió un ligero cambio: *Nicaragua; its people, scenery, monuments, resources, condition, and proposed canal*.

La primera edición en español del trabajo de Squier apareció hasta 1970, 112 años después de ser publicada en inglés, cuando la Editorial Universitaria Centroamericana la incluyó en su colección Viajeros. La traducción fue realizada por Luciano Cuadra y el título que se le dio fue *Nicaragua, sus gentes y paisajes*. En 1972 se lanzó la segunda edición en español por la misma editorial.¹⁰

La versión de EDUCA tiene varias faltas. Squier dividió su libro en 5 partes: la primera dedicada a datos geográficos y topográficos de Centroamérica en particular de Nicaragua, la segunda es la parte narrativa de su viaje, la tercera está constituida por los apuntes acerca del proyecto del canal interoceánico, la cuarta es un apartado sobre los aborígenes y la quinta un bosquejo de la historia política de América Central. La edición de Costa Rica sólo publicó la parte narrativa, es decir el relato de viajes en sentido

¹⁰ Ephraim George Squier, *Nicaragua, sus gentes y paisajes*, 2a. ed., traducción de Luciano Cuadra, Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana, 1972, 525 p., ils. (Colección Viajeros: 1). Este libro se citará como *Nicaragua*, 1972.

estricto, además de omitir el prefacio del autor. Lo anterior no afecta de manera grave nuestro estudio, pues éste se centrará en la sección narrativa, pero no deja de ser un dato que quiero señalar.

En 1989 apareció una nueva publicación en Nicaragua, la cual reparó las faltas de la edición costarricense.¹¹ Esta tercera versión en español contempla la totalidad de la obra, lo cual viene a cubrir un vacío de 137 años sin el trabajo íntegro de Squier para el público hispanohablante, en particular el centroamericano. Lo curioso es que el traductor es el mismo Luciano Cuadra, lo cual me hace pensar, a manera de hipótesis, que desde 1970 él había traducido de toda la obra, pero ésta no apareció completa por criterios editoriales de la Editorial Universitaria Centroamericana.

La traducción realizada por Luciano Cuadra, según él mismo comenta en una nota previa, no la hizo sobre la base de la edición de Appleton de 1852, sino sobre la de Harper & Brothers de 1860, la cual, como ya dije, era un versión revisada de la original. Luego entonces todos los textos en español se basan en el de 1860.

Para el caso del presente estudio pude localizar, con mucha fortuna, el volumen número 1 del original de 1852, el cual se resguarda en la Biblioteca Juan Comas del Instituto de Investigaciones Antropológicas de nuestra Universidad. Con este volumen original en inglés —no me fue posible localizar el volumen 2— y con la traducción de Cuadra publicada por EDUCA, realicé el análisis de la obra de Squier.

En lo que respecta a las imágenes, la edición de EDUCA vuelve a tener faltantes, pues varias de ellas, algunas de las cuales son representaciones de materialidad prehispánica, fueron omitidas. La versión de Nueva Nicaragua vuelve a cubrir la falta aunque con poca calidad, ya que publica las imágenes en tamaños muy pequeños. La edición original resguardada en Antropológicas resuelve este problema porque la calidad de los grabados es la mejor posible, aunque algunos aparecen manchados y maltratados por el paso del tiempo. En conclusión, para el estudio de los dibujos se ha hecho uso de las tres fuentes mencionadas en este párrafo —además de algunas reproducciones que aparecen en un libro titulado *Ídolos de Nicaragua*, en el cual se dedica una parte a las

¹¹ Ephraim George Squier, *Nicaragua, sus gentes y paisajes*, 3a. ed. en español, traducción de Luciano Cuadra, Nicaragua, Nueva Nicaragua, 1989, 546 p., ils.

láminas publicadas por Squier—;¹² en su momento se indicará cuáles imágenes corresponden a qué edición o fuente.

3.3. La difusión

De alguna manera ya he comentado algunos asuntos referentes a la difusión de los trabajos de Stephens y Squier. Ahora enunciaré algunos comentarios muy puntuales al respecto.

Como dije en el apartado sobre la literatura de viajes en el capítulo II, los escritos acerca de lugares poco conocidos tuvieron gran aceptación entre el público viajero de los Estados Unidos y Europa; y también entre quienes, aunque no acostumbrados a emprender viajes, querían estar al tanto de los lugares hacia donde se expandía “el mundo civilizado”. Trabajos como los de von Humboldt marcaron una tendencia tanto en la escritura como en la lectura. Las editoriales de los libros sobre travesías fueron capaces de fomentar y mantener un público cautivo de esta literatura.

Ante un público asiduo a los escritos de viajes es válido pensar que no cualquier obra al respecto tenía inmediata aceptación. Por el contrario la crítica de un grupo de lectores que se ejercitaba en este tipo de relatos debió ser exigente. La exigencia de la calidad en la escritura también radicaba en las editoriales; pues además del gusto de los lectores, los empresarios —editores y libreros— veían el asunto como un negocio, el cual de manera necesaria tenía que ser redituable.

Por lo anterior, la cantidad de ediciones de las obras de Stephens y Squier reseñadas en el apartado anterior, no dejan lugar a dudas de que estamos frente a obras de una enorme aceptación y difundidas de modo amplio; estos trabajos eran leídos en ambos lados del océano.¹³

Sin embargo, la situación del escritor promedio en los Estados Unidos, a pesar de lo que pudiéramos pensar a raíz de la gran fama de Stephens y Squier, no era de lo más

¹² Frederic Thiack, *Ídolos de Nicaragua Álbum No. 1*, Nicaragua, Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua-Departamento de Arqueología y Antropología, 1971, 218 p., ils. La información sobre esta obra y sus imágenes aparecen más adelante, *Vid Supra*, capítulo 6.

¹³ J. Murray fue el editor de Stephens en Londres; para darnos una idea del tipo de libros que editó baste decir que él publicó a Lord Byron y Charles Darwin, así como a la mayoría de los grandes escritores ingleses de la época. *Cfr.* Juan A. Ortega y Medina, "Monroismo arqueológico. Un intento de compensación de americanidad insuficiente", *Cuadernos Americanos*, año 12, Vol. 51, No. 5, México septiembre-octubre 1953, p. 171.

alentadora. Víctor von Hagen, nos dice al respecto: “Hasta 1836, la literatura norteamericana había sido, con raras excepciones, la diversión de *amateurs*; el escribir libros era considerado generalmente como el reino del dilettanismo [*sic*], una gratificación para la ociosidad. [...] Aquellos que escribían, recibían poco dinero por ello.”¹⁴

Nuestros autores y sus obras lograron sobresalir a pesar de unas condiciones sociales y económicas poco favorables para el escritor. El prestigio que Stephens y Squier alcanzaron se debió a sus escritos; las obras que analizaré fueron parte nodal en la consolidación de esa fama; escritas después de obras que ya habían sido bien aceptadas y anteriores a otras que también gozaron de popularidad.

La visión de la materialidad prehispánica en la que pretendo indagar en este trabajo fue, a la luz de lo dicho, diseminada en la cabeza de los lectores de más de un país; de manera verosímil puedo decir que el estudio de estas dos obras resulta un gran indicador del imaginario que existió a mediados del siglo XIX sobre la antigüedad americana y sus vestigios; sobre todo en lo que concierne a las naciones anglosajonas como Estados Unidos e Inglaterra.

3.4. Contenido general de las obras

Los trabajos de Stephens y Squier son muy similares en cuanto a su contenido. Ambos trabajos pretenden transmitir la idea, y lo logran de una manera excelente, de que abordan *todos los temas* susceptibles de ser tomadas en cuenta. Cuando se termina la lectura de cualquiera de las dos obras, uno piensa que el escritor no pudo haber hablado de nada más, pues son tan vastas sus observaciones respecto a cualquier asunto que pareciera que lo vieron y lo escribieron *todo*.

En las obras encontramos descripciones de pueblos, de caminos, de personas, de fiestas, de acontecimientos políticos, de ríos, de montañas, de comidas, de tipos de camas, de animales, de embarcaciones, de iglesias, de tipos de vestimenta y, en fin, incluyen una inmensa gama de detalles de los más diversos asuntos. Por lo anterior, las obras de Stephens y Squier son consideradas como fuentes primordiales para la historia costumbrista del siglo XIX centroamericano.

¹⁴ Hagen, *Explorador maya...*, p. 80.

Entre los muchos temas que se abordan están los relacionados con la materialidad prehispánica, en donde se mencionan los encuentros y observaciones que los autores tuvieron con ella a lo largo de sus respectivas travesías. Esos pasajes son los que interesan, lo cual no quiere decir que no se recurra a otros fragmentos para explicar los que incumben de modo directo.

En cuanto al género de las obras ya he dicho que se trata de narraciones enmarcadas en el ámbito de la literatura de viajes, y, tomando en cuenta lo dicho al respecto en el capítulo II, ya no queda mucho que agregar al respecto; excepto que el trabajo de Stephens es narrativo en su totalidad, en tanto que el de Squier, como también mencioné, tiene sólo una de cinco partes en esta forma—aunque esta sección constituye el mayor porcentaje de la obra— y es la parte que interesa para mi estudio.

Por último, un asunto que no se debe dejar de lado al analizar las obras de Stephens y Squier, es el hecho de que, a pesar de que el hilo conductor de todos los temas es el relato que se desenvuelve en relación con el desplazamiento por el espacio, existe en ambas obras un carácter *polifónico*. Stephens y Squier viajeros son capaces de desdoblarse, por decirlo de alguna manera, en políticos, naturalistas, anticuarios, “galanes”, poetas y, en fin, un etcétera de personajes. En cada una de sus facetas el relato adquiere distintos tonos en la forma de la enunciación, de ahí que por *polifónico* quiera decir que encontramos varias voces que hablan a partir de nuestros autores. El orden con el que esas voces se expresan en el relato, como si se tratara de un gran coro en donde a cada uno de sus elementos le tocara interpretar una parte de una melodía, queda claro en los cortes que existen cuando se comienza a hablar de uno u otro tema.

Sin embargo quiero señalar que el relato de Stephens es más *veloz*, en el sentido de que a menudo cambia de lugares y por lo mismo no se detiene tanto en comentar aspectos que se le presentan, una de las cosas en las que más se detiene es de hecho en la descripción de los vestigios prehispánicos, en particular de Copán. En cambio el relato de Squier tiende a ser más *lento*, porque permaneció más tiempo en ciertos lugares y por pone más en atención en comentar algunos temas, momentos en los cuales no avanza en el espacio. Sin duda los asuntos referentes a la política, la naturaleza y la materialidad prehispánica son los que ocupan mayor espacio en ambas obras; sin dejar de mencionar las construcciones y tradiciones religiosas del cristianismo católico.

3.5. Las fuentes utilizadas por Stephens y Squier

Tanto Stephens como Squier se acercaron a la América Central con un bagaje amplio en lo que respecta a lecturas sobre el área. Algunos de los autores que mencionan en sus obras los leyeron antes de emprender sus viajes y otros mientras redactaban sus trabajos, es decir, al regreso de sus travesías. Sin embargo, como el interés de mi estudio es analizar las obras ya publicadas, el señalar las fuentes a las que se hace referencia en ellas permite entrever a los autores conocidos por los viajeros y las ideas con las cuales partieron para escribir sus respectivos libros.

De Stephens se ha escrito ya acerca de las fuentes a las que recurrió. Ortega y Medina ha señalado que fueron cuatro las principales: Del Río, Dupaix, Kingsborough y Waldeck.¹⁵ Cada uno de dichos personajes había desarrollado alguna actividad relacionada con el interés por el pasado americano, ya sea con expediciones directas a las ruinas o mediante el rescate de antiguos documentos como en el caso de Kingsborough. De estos personajes, dice Ortega y Medina, a quien más crédito dio Stephens fue a Dupaix, cuya obra se basaba en largos y bien planeados viajes. Por su parte Víctor von Hagen ha sumado a estos nombres los de Juan Galindo y Lorenzo Zavala, quienes visitaron Copán y Uxmal respectivamente; a través de estos autores Stephens supo de la existencia de vestigios que después visitaría.

Por otro lado, Ignacio Bernal ha planteado que Stephens consultó una bibliografía limitada.¹⁶ Tanto los comentarios de Ortega y Medina como los de Bernal dejan de lado una gran cantidad de escritos a los que Stephens hace referencia a lo largo de su libro, los cuales son indicadores tanto de lecturas hechas por el viajero, como de referencias que, aunque pudieron no ser consultadas de manera directa, son valiosas para entender distintos aspectos de la obra. Los autores mencionados por Ortega y Medina dan la impresión de que Stephens sólo leyó a viajeros o editores relativamente recientes, sin profundizar en trabajos más antiguos. Lo dicho por Bernal deja a Stephens en la plena orfandad bibliográfica.

De los autores mencionados en el propio libro he podido obtener además los siguientes nombres: Cristóbal Colón, Hernán Cortés, Alexander von Humboldt,

¹⁵ Cf. Ortega y Medina, "Monroísmo arqueológico...".

¹⁶ Cf. Ignacio Bernal, *op. cit.*, cap. V.

Domingo Juarros, Fuentes y Guzmán, Torquemada, Montgomery y Robertson. Además de los anteriores se incluyen vagas referencias a “soldados y cronistas anónimos”. Lo anterior nos deja ver una mayor gama de autores con los que Stephens se apoya y dialoga. Esto da un enorme campo de intertextualidad a la obra pues, sea que se retomen algunos pasajes al pie de la letra —como sucede con la obra de Juarros y Fuentes y Guzmán—, o bien que sólo se mencione de *pasada* a tal o cual cronista, el relato de viajes aparece entrelazado con obras contemporáneas y otras de tiempos precedentes.

El relato de viajes se estructura mediante un recorrido por el espacio, itinerario que, como ya dije, tiene un fuerte aspecto *vivencial*, por ello las fuentes no sólo son “librescas”, sino que también existen en el terreno mismo en donde se desarrolla la travesía. De ahí que muchas de las fuentes que Stephens utilizó para conocer la materialidad prehispánica las encontró a lo largo de su viaje; por ello planteo que, en el ámbito de este tipo de relatos, personajes como guías —muchos de los cuales son anónimos— deben ser considerados como fuentes, puesto ayudan a construir el relato, en la medida que aportan información valiosa para el viajero. No con ello quiero sugerir que cualquier arriero sea *de facto* una fuente del relato, pero sí es claro en cuanto se lee el libro que hay personajes con los que se encontró Stephens que lo son en verdad, y pueden ser considerados en el ámbito de la tradición oral. Al respecto cito el siguiente ejemplo:

Envié a Nicolás con las mulas por el camino recto, y salí con mi guía para seguir, hasta donde fuera posible, la línea de su trazo. Yo no sabía, hasta que me hallé en este desierto, cuán afortunado había sido en conseguir este guía. El había sido el guía de Mr. Bailey en toda su exploración. Era un mestizo moreno que ganaba la vida buscando abejas en los árboles, y derribándolos por la miel silvestre, lo que le había familiarizado con todas las corrientes del agua y secretas honduras de las casi impenetrables selvas.

Había sido escogido por Mr. Bailey en toda Nicaragua; y en beneficio de cualquier viajero que pueda tener interés en este sujeto, menciono su nombre, que es: José Dionisio de Lerda, y vive en Nicaragua.¹⁷

Los principales informantes que Stephens tuvo durante su recorrido fueron los sacerdotes católicos, los cuales aparecen en el relato como los únicos interesados en los vestigios prehispánicos dentro de la sociedad centroamericana de la época, además de los

¹⁷ John L. Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*, Vol. 1, p. 364.

indígenas. También son de importancia dos hombres: el primero fue un inglés de Trinidad, Carlos Meaney, quien le informó a Stephens acerca de la existencia de Quiriguá, en un momento en que el viajero no encontraba a nadie en Guatemala capaz de darle alguna referencia respecto a objetos prehispánicos; el otro fue Miguel Rivera y Maestre, comisionado por el gobierno de Guatemala para llevar a cabo una exploración en Utatlán, cerca de Santa Cruz de Quiché, y quien le dio datos a Stephens sobre este lugar.

Considerando lo anterior, las fuentes en las que Stephens se apoyó para escribir acerca de la materialidad prehispánica de América Central, además de las cuatro ya mencionadas por Ortega y Medina, cabe destacar a Juarros, Fuentes y Guzmán, Galindo, Rivera y Maestre y sacerdotes de distintos pueblos; más los “cronistas españoles” a quienes no menciona por su nombre.

Sobre Squier no se ha escrito sobre cuáles fueron las fuentes que lo motivaron a emprender el viaje ni las que utilizó cuando redactó su obra. Igual que con Stephens, realicé una búsqueda de los autores que señala a lo largo de su obra; lo cual me arrojó como resultado que Squier recurre a más autores que Stephens y, además, los usa de una manera distinta.

Las fuentes de Squier son de diversos orígenes. En primera instancia hay que señalar que echa mano de cronistas y conquistadores españoles, los cuales en algunos de los casos no eran todavía muy conocidos en la época, y menos aún entre el público anglosajón. De entre los cronistas españoles al que menciona más es a Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdez, a quien, sin ningún empacho, llega a citar en largos pasajes, uno de los cuales, en el capítulo VII, llega a las ochenta páginas! En este sentido Squier recurre a sus fuentes citándolas de manera extensa para corroborar lo que él mismo está decía, a diferencia de Stephens quien sólo hace breves referencias a ellas.

Otros de los autores ligados a la corona española de quienes hace mención son Cristóbal Colón, Pedro Mártir de Anglería, fray Blas del Castillo, Gil González Dávila, Francisco Hernández de Córdoba y Domingo Juarros; con lo cual queda patente que Squier se preocupó por acceder a fuentes que le permitieran conocer el proceso de conquista y colonización de Centroamérica.

Sin embargo su conocimiento libresco no termina aquí, pues además añade referencias a escritores ingleses, de entre los cuales encontramos piratas como Lussan, sir Francis Drake y William Dampier. Squier también se refería a personajes de nombres anglosajones, a primera vista carentes de fama, dando por sentado que el lector los conocía; en cuanto se inicia su búsqueda resulta que Squier está mencionando a la *plana mayor* de los viajeros decimonónicos en Centroamérica de origen estadounidense y europeo: John Baily, Capitán Sir Edward Belcher, George Byam, Frederick Crowe, Robert Glasgow Dunlop, Henry Dunn y Julius Froebel. Squier da por sentado el conocimiento previo del lector, pues el público asiduo a la literatura de viajes sin duda estaba relacionado con ellos; además menciona a otros exploradores que visitaron otras latitudes como Mr. W. H. Edwards y el Doctor Tschudi, quienes viajaron por el Amazonas y Perú respectivamente.

En la gran gama de viajeros citados por Squier no podían faltar Humboldt y tampoco Stephens. La figura de Stephens aparecerá en varias ocasiones y será en cierta manera un modelo para él; no es exagerado pensar que Squier se considerase un *nuevo Stephens*, pues tenía un cargo diplomático similar, recorrió algunos lugares visitados por su antecesor e hizo referencia directa a Stephens cuando habló de la materialidad prehispánica.

Los libros de Stephens y Squier de manera inevitable nos llevan a otros textos, pues están relacionados con el mundo literario de su época y de otras precedentes, de tal forma que, incluso en pequeñas menciones, se pueden entrever estos vínculos. Es una realidad que nuestros viajeros se apoyaron en otros escritos para hablar de la materialidad prehispánica sin embargo, con el interés de marcar algunas diferencias sobre el manejo que hicieron de las fuentes, Stephens sin duda se benefició más de ellas, pues de manera directa buscó los sitios de los que había leído; en tanto Squier, pese a su gran conocimiento bibliográfico, no mencionó a otros autores que hubiesen hablado de vestigios prehispánicos, a no ser los mismos conquistadores que los destruyeron, y esto no parece ser un acto de vanidad sino una muestra del hecho real de que nadie había dejado un escrito acerca de la materialidad prehispánica de los lugares que recorrió. Aun hoy en día no se conoce a otro personaje que haya descrito con anterioridad los objetos de los que Squier dio cuenta, a no ser, repito, los mismos conquistadores.

Lo dicho sobre las fuentes que Stephens tuvo durante su viaje es aplicable a Squier, los ministros religiosos, los indígenas y algunas personas de la *élite* nicaragüense fueron sus principales informantes. Destaca el nombre de Mr. Woeniger, extranjero residente en Nicaragua, quien le proporcionó datos sobre objetos prehispánicos de la región de Rivas.

Recordemos que las obras de Stephens y Squier tratan sobre varios asuntos, por ello las fuentes a las que se refieren la mayoría de las veces hacen alusión a temas no relacionados con la materialidad prehispánica. Es claro, en conclusión, que Squier conocía más acerca de la literatura escrita sobre Centroamérica o bien que se preocupó más por dar esa impresión que Stephens.

Por último quiero sugerir la idea de que algunas fuentes de los autores no se mencionan de manera explícita, sino que subyacen en los textos de un modo implícito. Una lectura cuidadosa de ambas obras puede arrojar a la luz pasajes que son, de manera velada, referencias a obras literarias o históricas; esto lo puedo deducir de algunos casos en donde ciertos autores son referidos de manera textual en el relato y luego se mencionan implícitamente, como es el caso de Cristóbal Colón, el cual será tratado en el capítulo V.

3.6. Comentarios acerca de las obras de Stephens y Squier

Los historiadores y arqueólogos que han hecho referencia a los trabajos de Stephens y Squier no han sido pocos, sin embargo la fama que despertó Stephens fue mayor a la de Squier. No olvidemos que en su época ambos autores gozaron de una amplia aceptación, pero, con el transcurso de los años, la labor de Squier quedó opacada por otros personajes entre los que deslumbra la figura de Stephens. Squier ha influido, sobre todo, por sus trabajos acerca de los montículos de los Estados Unidos.

No obstante ambos viajeros son referencia necesaria para el público especializado en temas de arqueología centroamericana. Veamos cuáles han sido los comentarios que respecto a sus obras han enunciado estudiosos posteriores.

Los principales trabajos que han reseñado el pasado prehispánico de Centroamérica y el proceso histórico de su develamiento, mencionan a nuestros autores; sin embargo estas alusiones suelen ser muy generales y los enmarcan como parte de los

“pioneros” de la arqueología de la región o como los antecedentes de las investigaciones modernas, pero no se indaga en el tratamiento que dieron a la materialidad prehispánica. Tal es el caso de las breves menciones hechas por Robert Carmack y George Hasemann en sus respectivos libros.¹⁸

En la mayoría de las reseñas sobre la historia de la arqueología centroamericana se suelen apuntar los nombres de los estudiosos del siglo XIX, pero sin ningún comentario adicional que nos indique algo más que su existencia.¹⁹ Al considerar estos trabajos podemos decir, sin más, que Stephens y Squier son vistos como pioneros en el ámbito del trabajo arqueológico del istmo y los dos son puntos de referencia para algunas regiones en específico; Squier en Nicaragua y Honduras, Stephens en la región del río Motagua —en la frontera hondureña-guatemalteca—, en la región de Palenque y en la Península de Yucatán, en México, a Stephens no se le menciona mucho por sus recorridos en el altiplano guatemalteco. No obstante hay otros estudiosos que han ido más allá en sus observaciones respecto a los autores en cuestión.

Comenzando por Stephens, es necesario decir que su influencia en las exploraciones de las ruinas mayas, y en lo que sobre ellas se escribió, comenzó desde el mismo siglo XIX; al respecto mencionaré tres casos.

En el ámbito académico anglosajón la obra de Stephens sirvió de base para escritos y exploraciones posteriores. En el año de 1861 Edward Tylor, inglés cuyo interés por el pasado precolombino se vio reflejado en su obra titulada *Anahuac* de 1861, en la cual defendía posiciones contrarias a las sostenidas por personajes como Lewis H. Morgan y Adolph F. Bandelier, hizo mención de Stephens y sus escritos para rebatir los argumentos de sus opositores, quienes no consideraban a los antiguos americanos dignos

¹⁸ Robert Carmack, (ed.), *Historia General de Centroamérica. Tomo 1. Historia Antigua*, coordinación general de Edelberto Torres-Rivas, Madrid, Sociedad Estatal Quinto Centenario y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1993, 373 p., ils.; George Hasemann, Gloria Lara Pinto y Fernando Cruz Sandoval, *Los indios de Centroamérica*, España, Mapfre, 1996, 422 p., ils. (Indios de América).

¹⁹ Algunos de los trabajos que sintetizan la historia de la arqueología centroamericana en donde encontramos referencias pero poco tratamiento de los autores son: Luis Casasola, "Panorama de la arqueología en El Salvador", *América Indígena*, vol. 25, octubre-diciembre 1975, No. 4, 715-726 p.; Óscar M. Fonseca Zamora, "Reflexiones sobre la investigación arqueológica en Costa Rica: una perspectiva histórica", en Skirboll, Esther y Winifred Creamer (eds.), *Inter-regional ties in Costa Rica prehistory*. Inglaterra, British Archeological Reports, 1984, 15-27 p.; Wolfgang Haberland, "Cien años de arqueología en Panamá", *Publicaciones de la Revista "Lotería"*, No. 12, c.1959, Panamá, 7-16 p.; Vito Veliz, "Síntesis histórica de la arqueología en Honduras", *Yaxkin*. No. 1 y 2, Honduras, 1983. 1-8 p.

de ser nombrados pueblos “civilizados”.²⁰ También William H. Prescott reconoció el valor de la obra de Stephens, y la utilizó como parte de sus fuentes.

Los exploradores, quienes después de Stephens visitaron los antiguos vestigios de la cultura maya, se vieron impulsados por la lectura de sus obras. Un caso es el de Alfred Percival Maudslay, quien viajó hacia Guatemala impulsado por la lectura de Stephens. Hacia finales del siglo XIX Maudslay tomó las primeras fotografías y los primeros moldes de las esculturas de Copán y también de otros sitios; según plantearé en el capítulo VI, sus fotografías constituyen *citas visuales* a la obra de Stephens y a los dibujos de Catherwood.

En Hispanoamérica la labor de Stephens también tuvo eco. El historiador Manuel Orozco y Berra, quien elaboró una obra a partir muchos materiales disponibles en su época, no perdió de vista la labor de Stephens y la integró como parte de sus fuentes, en particular para el estudio del área maya. La obra de Orozco y Berra a la que hago mención es *Historia antigua de México*.

Durante el siglo XIX la obra de Stephens fue apreciada y se consideró como una autoridad a la cual se podía recurrir para argumentar sobre tal o cual asunto referente a las zonas que visitó. Sin embargo, en la primera mitad del siglo XX la obra de Stephens al parecer no era tan conocida; o al menos así lo deja entrever Frank Hibben en la reseña que hizo de la reimpresión de la obra en 1949:

This work is not simply a reprint of sheerly nostalgic antiquarian interest, but is an important contribution to the literature of the district. In spite of the fact that this book was the most successful of all Stephens' *Incidents of Travel* series, it is *astonishingly unknown to modern scholars*.²¹

No obstante, apenas tres años antes de que Hibben pusiera en evidencia la ignorancia que algunos especialistas tenían de la obra de Stephens, se llevó a cabo un acto que, en el lado opuesto, es un indicio del engrandecimiento de Stephens: se trata del día de la develación de su placa sepulcral. Durante este evento, realizado en el año de 1947, personajes del ámbito académico de los Estados Unidos y Guatemala rindieron tributo a Stephens como precursor en el estudio de la cultura maya: “the first North

²⁰ Cf. Ignacio Bernal, *op. cit.*, cap. VII.

²¹ Frank C. Hibben, "Review: Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatán", *American Journal of Archaeology*, The Archaeological Institute of America, vol. 54, No. 4, octubre 1950, p. 454. El subrayado es mío.

American to explore the Maya ruins [...] was John Lloyd Stephens, whose early explorations once and for all established that the indigenous culture of the Maya was superior to that of any other early American group”.²²

En términos generales, durante el siglo XIX Stephens fue visto como la más grande autoridad estadounidense respecto a los estudios de ruinas mayas, y ahora es considerado como un pionero de la arqueología que tuvo como principal cualidad la de haber reconocido que las manifestaciones plásticas mayas pertenecían a una cultura original de América; lo cual en su tiempo era algo aún difícil de aceptar.

Por otro lado, no faltan quienes ven en las obras de Stephens un ejemplo de la objetividad científica, o casi científica, de los exploradores decimonónicos: “Stephens was not a scientist, nor did he profess to be, but *he had independent judgment* and a clear eye, plus the knowledge on which to base his conclusions”.²³

Para John L. Stephens y Frederick Catherwood el descubrimiento de las antiguas civilizaciones representaba no solamente una aventura o la posibilidad de descubrimientos espectaculares, sino también un acercamiento al pasado con la intención de entender, *sin prejuicios o predisposiciones*, quiénes eran los antiguos habitantes [...] fueron los primeros arqueólogos del área maya. *El trabajo objetivo y multidisciplinario* que hicieron ha sido la base para trabajos arqueológicos posteriores.²⁴

Con comentarios como los anteriores se intenta circunscribir el trabajo de Stephens al ámbito aséptico de la ciencia, punto con el cual no estoy de acuerdo. A pesar de que Stephens y su obra reflejaron un mayor apego a los referentes sobre los que tratan —a diferencia de algunos otros viajeros y exploradores de su época—, esto no quiere decir que el viajero no se haya enfrentado a la materialidad prehispánica de México y Centroamérica con toda una visión prejuiciada que le imponía su propia experiencia viajera y literaria. No planteo el término *prejuicio* de un modo peyorativo, sino como una forma de referir a un ser humano de carne y hueso que entendía lo que se le presentaba delante de sus ojos a través de los lentes de su época.

²² *To the Memory of John Lloyd Stephens*, Nueva York, Middle America Information Bureau, 1947, p.1 y 2.

²³ *Idem*. El subrayado es mío.

²⁴ Ann Cyphers Guillén y Anna Di Castro, "Frederick Catherwood y John L. Stephens.", en Odena Güemes, Lina (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico. Vol. 9, Los protagonistas (Acosta-Dávila)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, ils. (Biblioteca del INAH) 449 p. El subrayado es mío.

Juan A. Ortega y Medina realizó un estudio acerca de la labor de Stephens en donde coloca al viajero norteamericano lejos de este halo de cientificidad y, por el contrario, nos lo muestra como parte de un fenómeno histórico que tiene que ver con los intereses de los Estados Unidos por conquistar una libertad absoluta de Europa. Señalaré a continuación los puntos más importantes de este trabajo.²⁵

Ortega y Medina sitúa la exploración de Stephens en el marco del desarrollo político y comercial tanto de los Estados Unidos como de algunos países de Europa. La pugna por la hegemonía se manifestaba también en la conquista del pasado remoto, la cual se reflejó en el creciente interés egiptológico, por el cual las potencias europeas reclamaban para sí una parte del botín de los antiguos tesoros. En este contexto, el arte antiguo era valorado en relación con el arte clásico del Mediterráneo, de lo contrario era considerado como producto de pueblos salvajes.

Stephens, según la visión de Ortega y Medina, aportó con sus investigaciones un pasado remoto que puso a nivel de iguales a América y a Europa y, al elevar las creaciones materiales de los mayas al nivel de arte, liberó por medio de la estética al continente americano de todos los prejuicios que venía acarreado desde los siglos XV y XVI, dejando atrás las obligadas referencias al arte greco-latino. Al mismo tiempo, Stephens exigió a los europeos que dejaran el camino libre a los estadounidenses para estudiar los vestigios americanos, con lo cual la doctrina Monroe de corte antieuropeo fue llevada al ámbito de las antigüedades. Estados Unidos, como país con pocas raíces americanas —pues no tenía el mismo vínculo de origen con los indígenas como sí la tenían los hispanoamericanos—, se apropió, a través de Stephens, de un pasado que no le pertenecía pero que le sirvió para obtener una *americanidad* de la cual carecía. En términos generales, estos son los planteamientos de Ortega y Medina en torno a la figura del viajero.

Resta decir, como resumen sobre las opiniones a la obra de Stephens, que es una de las figuras, cuando no la principal, sobre las que se asienta la historia de la arqueología estadounidense, se ha resaltado su carácter de pionero y de observador objetivo, término este último con el cual ya dije no estar de acuerdo, y también se ha

²⁵ El estudio de Ortega y Medina apareció en dos partes, la primera ya fue mencionada, *Vid infra*, nota 76; la segunda es: "Monroismo arqueológico. II", *Cuadernos Americanos*, año 12, Vol. 52, No. 6, México noviembre-diciembre 1953, 158-187 p.

señalado su labor como elemento ideológico que desde la arqueología justificó a los Estados Unidos en América y frente a Europa.

Salvo algunas excepciones de Ortega y Medina, no se han hecho análisis estrictos de las obras y de las partes en específico en donde se habla de la materialidad prehispánica; en este trabajo hago un análisis literal de esos pasajes para dejar asentada mi propia opinión al respecto.

En cuanto al otro viajero, Ephraim George Squier, la situación es distinta; sobre él se ha escrito poco. Su nombre, como ya señalé, suele aparecer como antecedente de la arqueología centroamericana pero sin referencias directas a los libros y el modo en que en ellos se trata el tema de los objetos prehispánicos.

La labor de Squier en Centroamérica fue muy amplia y por ello el biógrafo, Charles Stansifer, la aborda en varias dimensiones sin darle interés primordial al tema arqueológico. La labor de Squier como diplomático superó por de manera amplia a lo poco que realizó Stephens, y de hecho es una razón que le impidió al segundo viajero ir más lejos en sus investigaciones sobre objetos antiguos, pues su activa participación en la política centroamericana le demandaba tiempo. El libro referente a los viajes por Nicaragua y su magna obra titulada *The States of Central America*²⁶ lo convirtieron en la máxima autoridad sobre conocimientos centroamericanos:

Other writers had touched upon the subject, and a few, like John L. Stephens and his *Incidents of travel in Central America*, had made significant contributions to the knowledge to the region, but none, not even Stephens, attempted to be comprehensive. For general information on Central America, Squier's writings were the most useful.²⁷

Squier fue, como señala la cita anterior, una autoridad incluso mayor que Stephens debido a que su obra abarcaba más asuntos que el arqueológico. Hasta 1880, antes de que apareciera la obra sobre Centroamérica escrita por Bancroft, Squier mantenía su lugar como el principal “interlocutor” entre el estadounidense y la América Central.

Sobre la labor de Squier en el ámbito de la materialidad prehispánica, Stansifer nos dice:

²⁶ Ephraim George Squier, *The States of Central America*, Nueva York, Harper & Brothers, 1858, 782 p.

²⁷ Charles L. Stansifer, "The Central American Writings of E. George Squier", *Inter-American Review of Bibliography-Revista Interamericana de Bibliografía*, vol. 16, No. 2, Abril-Junio 1966, 155-156 p.

Squier's chief contribution to anthropological scholarship was to direct attention to regions hitherto regarded as of little consequence or disregarded entirely. His writings necessarily dwelt on the areas with which he was most familiar —Honduras, Nicaragua and El Salvador. Since these areas still have not been explored as extensively as the more significant Mayan archaeological sites to the north, Squier's writings have come to the attention of only a few later scholars. Those who have gone over the ground covered by Squier acknowledge his pioneering work, criticizing him only for his inclination to place too much emphasis on the similarities of the Indian remains of Honduras and Nicaragua with those of the central Maya civilization.²⁸

Los trabajos de Squier fueron de los primeros en poner atención a la periferia sur de la zona maya; además de que se acercó a zonas de las que poco sabemos sobre la época prehispánica hasta antes de que él las recorriera como es el caso de Nicaragua. Sin embargo la obra de Squier no ha despertado el mismo interés que la de Stephens, por lo cual espero con este trabajo llamar la atención sobre su labor y aportar algunos elementos para su comprensión.

Los libros de Squier no desataron nuevos viajes como lo hicieron los de Stephens. Algo se ha dicho acerca de que el famoso filibustero William Walker, quien en la década de 1850 se autoproclamó presidente de Nicaragua, fue motivado por la lectura de Squier, a pesar de ello se señala a modo de conjetura y poco tiene que ver con el tema a tratar. Tal vez, y esto lo señalo a manera de hipótesis, Karl Bovallius, quien a finales del siglo XIX realizó nuevas descripciones y dibujos de esculturas precolombinas de Nicaragua, haya leído la obra de Squier, pero no es fácil corroborarlo porque la obra de Bovallius es incluso más difícil de rastrear que la de Squier.²⁹

Para concluir este capítulo, quiero señalar que con el análisis de las obras de Stephens y Squier pretendo poner en discusión algunos de los aspectos ya enunciados respecto del primer viajero, y señalar otras que abran el debate sobre el trabajo del segundo.

²⁸ *Idem*, p. 155.

²⁹ En el Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica de la Universidad Centroamericana en Managua, pude localizar unas versiones, incompletas por cierto, de la obra de Bovallius publicadas en la *Revista Conservadora de Pensamiento Centroamericano*, sin embargo no me fue posible ir más lejos en este asunto.

CAPÍTULO 4. LOS LUGARES Y LAS MANIFESTACIONES CONOCIDAS POR STEPHENS Y SQUIER.

Para llevar a cabo el análisis de las obras de Stephens y Squier y el modo en que en ellas aparecen los vestigios prehispánicos centroamericanos, señalaré el itinerario de ambos autores y el tipo de materialidad prehispánica que conocieron para saber, de esta manera, a qué áreas y objetos accedieron.

Como señalé en el capítulo II, la visión del viajero al concluir el viaje y la del lector cuando termina la lectura del relato es equiparable a la de un mapa o a la de una mirada de “flotación”. Cito aquí la observación hecha por Ottmar Ette:

Un mapa concluido y topográfico esconde, sin embargo, la perspectiva que sigue lentamente y tendiendo a una línea, pero pone siempre en escena una mirada que todo lo abarca desde arriba, como un “flotar sobre las cosas” desde un ángulo visual que ya no es el de un sujeto concreto ni el de su limitado campo visual.¹

La perspectiva descrita condensa el proceso cognoscitivo implícito en el relato de viajes y lo proyecta como un conjunto de informaciones que nos permiten acceder en términos generales al contenido de una obra a través de un itinerario. Lo que aquí dejaré manifiesto es esta visión totalizadora por medio de la cual quedará especificado el universo en el que se desarrolló el viaje y las manifestaciones prehispánicas en él señaladas.

4.1. El itinerario de Stephens y la materialidad prehispánica que conoció

El recorrido emprendido por Stephens se desarrolló en un área que abarcó todos los países centroamericanos, incluyendo Belice; lo cual no quiere decir que conociera todas las regiones de todos los países, situación prácticamente imposible para cualquier viajero del siglo XIX y aún para un viajero actual que cuente con todas las posibilidades tecnológicas y económicas. Los lugares que visitó están señalados, según el orden del recorrido descrito en el relato.

Los lugares aparecen en el cuadro I indican poblaciones de distinto tipo: algunas son ciudades, otros pequeños poblados y otras haciendas; sin embargo algunos de dichos lugares son hoy grandes poblaciones. En otros casos se trata de atractivos naturales que

¹ Ottmar Ette, *op. cit.*, p. 16.

por su importancia en el relato merecen ser apuntados. Presento el listado de nombres pues considero que pueden ser de interés y utilidad para quienes se encuentren más relacionados con el ámbito geográfico centroamericano, pues se ha pasado por alto mencionar los sitios específicos en que ambos autores hicieron su recorrido, lo cual genera una vaga idea de que viajaron por Centroamérica, pero sin precisar por qué regiones. La lista se complementa con el mapa 1.

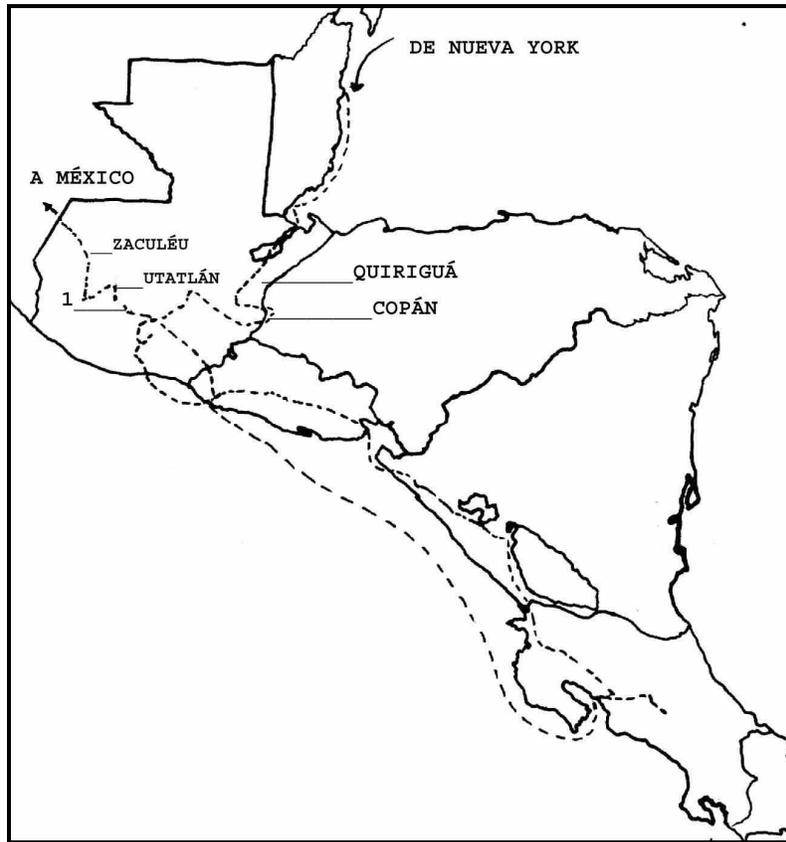
Los nombres que aparecen repetidos indican que el viajero pasó en varias ocasiones por el mismo lugar. Quiriguá, sitio que nos interesa por haber en él elementos de la materialidad prehispánica, está acompañado del nombre de Guatemala. Lo anterior se explica porque Stephens no visitó Quiriguá, quien lo hizo fue su compañero Fréderick Catherwood mientras aquel recorría El Salvador, Nicaragua y Costa Rica; en el relato aparece lo referente a dicho lugar cuando Stephens regresa a Guatemala y Catherwood le informa acerca del hallazgo.

Cuadro I. Itinerario de Stephens por Centroamérica. Los asteriscos indican lugares en donde se hallaron manifestaciones de la materialidad prehispánica y los nombres subrayados los países en que estuvo el viajero.

Nueva York 3 de octubre de 1839 →	<u>Belice</u>	<u>Guatemala</u> Livingston	Izabal	Gualán	Zacapa
Chiquimula	Hacotán/ Comotán	Hacienda San Antonio	Aldea de Copán	Copán *	Esquipulas
Quezaltepeque	San Jacinto	Sta. Rosalía	Fisioli	Chimalapa	Guastatoya
El Puente	Hda. San José	Guatemala	Mixco	Antigua	San Juan Obispo
Santa María	Volcán de Agua	Ciudad Vieja	Alotenango	Escuintla	Masagua
Hacienda de Naranjo	Hacienda de Overo	Istapa	Managua	Cataratas de San Pedro Martir	San Pedro
San Cristóbal	Amatitlán	Escuintla	Masaya	Hda. de Overo	Istapa
<u>El Salvador</u> Acajutla	Sonsonate	Naguisal	Izalco	Volcán Izalco	Sonsonate
Acajutla	<u>Costa Rica</u> Puerto Caldera	Hacienda de Jesús María	Hda.San Felipe	Hda. de San Mateo	Minas de Corralillo
Boca de la Montaña	La Garita	Alajuela	Heredia	San José	Tres Ríos
Cartago	Volcán de Cartago	San José	Esparza	Hacienda de Aranjuez	Río Lagartos
Hacienda Santa Rosa	Bagaces	Guanacaste	Hacienda Santa Teresa	<u>Nicaragua</u> Boca de la Montaña	Río Flores
Skamaika	Puerto de San Juan del Sur	Barranca Quebrada Grande	Nicaragua (lo refiere como nombre de poblado).	Granada	Masaya

Nindirí	Volcán de Masaya	Masaya	Managua	Mateare	Nagarote
Pueblo Nuevo (La Paz Centro)	León	Chichuapa (sic)	Chinandega	El Viejo	Puerto Nagascolo
<u>El Salvador</u> Puerto de la Unión	San Alejo	San Miguel	San Vicente	Cojutepeque	San Salvador
Barranca de Guaramal	Hacienda de Guaramal	Izalco	Sonsonate	Aguisalco	Apaneca
Ahuachapan	<u>Guatemala</u> Río Paz	Hda. Palmita	Hda. del Cacao	Hda. San José	Rancho Hocotilla
Oratorio y León	Río de los Esclavos	Corral de Piedra	Guatemala (Quiriguá) *	Ciudad Vieja	San Antonio
Párramos	San Andrés Isapa	Patzún	Técpán-Guatemala *	Patinamit (Iximché) *	Patzún
Aldea de Godines	Panajachel	Sololá	Santo Tomás	Santa Cruz del Quiché (Utatlán) *	San Pedro
Totonicapán	Quezaltenango	Fuentes termales de Almolonga	Aguas Calientes	Huehuetenango (Zaculeu) *	Todos los Santos
San Martín	San Andrés Petapán	San Antonio de Güista	Río Dolores	Río Lagartero	Entrada a Chiapas

Mapa 1. Itinerario de Stephens en Centroamérica. En los lugares señalados registró la existencia de materialidad prehispánica. Con el número 1 se indica la ubicación de Tecpán-Guatemala y Patinamit (Iximché).



La mención de los lugares que Stephens recorrió y la muestra del itinerario en el mapa no otorga una perspectiva completa de los lugares visitados, pues cada uno de los nombres apuntados en el cuadro I está revestido de acontecimientos que son los que en sí mismos forman el relato de viajes y dan contenido a la América Central que Stephens conoció. Sin embargo, esas consideraciones rebasan el objetivo de este trabajo, durante el análisis de las obras se hará necesario hablar de casos concretas que nos ayudarán a entender la visión de la materialidad prehispánica que Stephens refleja en su obra y en esos momentos señalaré aspectos específicos de algunos lugares. Lo mismo aplica para el caso de Squier.

Ahora bien, los lugares en donde Stephens registró la existencia de objetos prehispánicos fueron seis: Copán, Qiriguá, Tecpán-Guatemala, Patinamit, Santa Cruz del Quiché y Huehuetenango; como ya se señaló, no conoció Qiriguá. Lo anterior a la luz

del extenso recorrido de Stephens por Centroamérica, nos permite ver que, excepto Copán, todas sus observaciones fueron hechas en Guatemala a pesar de haber recorrido otros países.

Al tomar en cuenta el propio relato, parece que Stephens no se preocupó por indagar acerca de otros vestigios materiales en lugares como Nicaragua, El Salvador y Costa Rica. Se podrá objetar al respecto que el ritmo de su viaje —aquello a lo que me referí en el capítulo II como la temporalidad creada por el viaje mismo— no le permitió hacer más investigaciones; no obstante sí le pudo explorar otros asuntos como es el caso de los volcanes, pues en El Salvador se tomó el tiempo para conocer el volcán de Izalco y en Costa Rica para subir a la cumbre del de Cartago. Si Stephens no indagó por construcciones u objetos antiguos en los países ya mencionados, es quizá porque su interés provenía casi en su totalidad de las lecturas que hizo, las cuales le indicaban los sitios en donde había objetos dignos de atención. Además no olvidemos que él tenía interés en conocer sitios en México, tanto en Chiapas como en Yucatán; esto queda patente en sus últimos días en Guatemala y El Salvador, cuando se esfuerza por acelerar el recorrido para llegar a Palenque antes de la época de lluvias. “Yo estaba muy disgustado. Mi compromiso con Mr. Catherwood era por tiempo limitado, la estación de lluvias se aproximaba y un mes de pérdida me impediría visitar las ruinas de Palenque.”²

Los sitios reseñados por Stephens y las manifestaciones a las que accedió aparecen en el cuadro II, el cual presento a continuación.

Cuadro II. Lugares y manifestaciones de materialidad prehispánica señalados por Stephens.

² John L. Stephens, *Incidentes de Viaje en Centroamérica*, Vol. 2, p. 56.

Lugar	Manifestaciones de materialidad prehispánica registradas
Copán	<ul style="list-style-type: none"> - Construcciones arquitectónicas - Esculturas en piedra - Puntas de piedra
Quiriguá	<ul style="list-style-type: none"> - Construcciones arquitectónicas - Escultura en piedra
Tecpán-Guatemala	<ul style="list-style-type: none"> - “Escultura en piedra”
Patinamit (Iximché)	<ul style="list-style-type: none"> - Construcciones arquitectónicas - Escultura en piedra
Santa Cruz del Quiché (Uatlán)	<ul style="list-style-type: none"> - Construcciones arquitectónicas - Objetos escultóricos de barro - Puntas de piedra
Huehuetenango (Zaculeu)	<ul style="list-style-type: none"> - Construcciones arquitectónicas - Vasijas de barro

Las observaciones sobre Copán aparecen en el volumen I, las cuales comienzan desde el capítulo 5 cuando llega a la aldea del mismo nombre; en el 6 continúa con el relato en donde expone su primer acercamiento a las ruinas, pero es en el capítulo 7 en donde hace toda su exposición sobre la antigua ciudad; en él están contenidas sus observaciones más importantes. En el resto del primer volumen no vuelven a aparecer referencias a la materialidad prehispánica.

En el volumen II encontramos las menciones sobre las otras manifestaciones que conoció. En el capítulo 7 presenta la experiencia de Catherwood al visitar las ruinas de Quiriguá, no sin antes presentar una breve introducción a este pasaje en el último párrafo del 6. Cabe destacar lo breve que resulta el pasaje sobre Quiriguá, lo cual se debe a que Catherwood no llevó a cabo una amplia exploración.

En el capítulo 9 Stephens relata su paso por Tecpán-Guatemala y Patinamit. En el primer lugar menciona que en la iglesia había una piedra antigua que era considerada un “oráculo” de la época prehispánica. Por la descripción que hace de ella parece que se trata de una roca sin esculpir, pero que sí fue sacada de una cantera con el propósito de

cumplir una función específica, por ello la señalo como escultura en piedra entre comillas, pues no constituye una escultura en sentido estricto. Cerca de Tecpán-Guatemala se encuentran los restos de una antigua ciudad llamada Patinamit, también conocida con el nombre de Iximché, la cual fue visitada por Stephens aunque otorgándole menor importancia en la medida que no tenía representaciones como las de Copán, a pesar de ello el viajero mencionó la existencia de restos arquitectónicos y de esculturas. Al respecto cabe mencionar que ninguno de los otros lugares visitados por Stephens en Centroamérica tiene un tratamiento similar al que dio a Copán.

En el capítulo 10 Stephens habla de las ruinas de Utatlán cerca de Santa Cruz del Quiché, la antigua capital de los quichés, en donde describe la zona y reseña lo narrado por Fuentes y Guzmán acerca de la historia de aquel lugar, lo cual da como resultado un interesante fragmento en que se conjuntan las impresiones de viaje con las referencias históricas de fuentes escritas. Hace alusión a los vestigios arquitectónicos y a algunos ejemplos de escultura en barro.

Por último, en el capítulo 13, Stephens habla de las ruinas de Huehuetenango, también conocidas como Zaculeu; aunque en el texto no se les menciona por este nombre. El viajero habla de que en este lugar existen restos de edificios y además realiza excavaciones que dan como resultado el hallazgo de vasijas.

La constante en Stephens es la referencia a restos arquitectónicos y a esculturas, los cuales acaparan su atención; lo cual comienza a decirnos algo acerca de la visión con la que se acercó a la materialidad prehispánica, pues dichos componentes se circunscriben al ámbito del arte. Stephens llevó por delante una apreciación estética que se deja ver desde el momento mismo de la selección de los objetos de interés.

Ahora veamos cuál fue el recorrido de Squier y los vestigios prehispánicos con los que se encontró.

4.2 El itinerario de Squier y la materialidad prehispánica que conoció

Ephraim George Squier, a pesar de haber sido un gran “centroamericanista” como lo denomina su biógrafo Charles L. Stansifer, sólo conoció tres países de la región: Nicaragua, Honduras y El Salvador. El viaje del que da cuenta en *Nicaragua; its people, scenery...* se desarrolló casi de manera exclusiva en Nicaragua, pues sólo recorrió

Honduras y El Salvador en las cercanías del Golfo de Fonseca. Es cierto que en sus siguientes visitas al istmo centroamericano penetró en otras áreas de estos últimos países, pero eso no lo registra en el libro que ahora analizo. La razón por la cual Squier no visitó Guatemala y Costa Rica puede hallarse en el hecho de que esas naciones estuvieron durante esos años (1849 y 1850) bajo el dominio de partidos conservadores, los cuales estaban alineados a la política inglesa en la región. Squier, siendo un gran exponente de la Doctrina Monroe, no tardó en entrar en conflicto con los gobiernos guatemaltecos y costarricenses, por ello, plausiblemente, nunca visitó esos territorios.

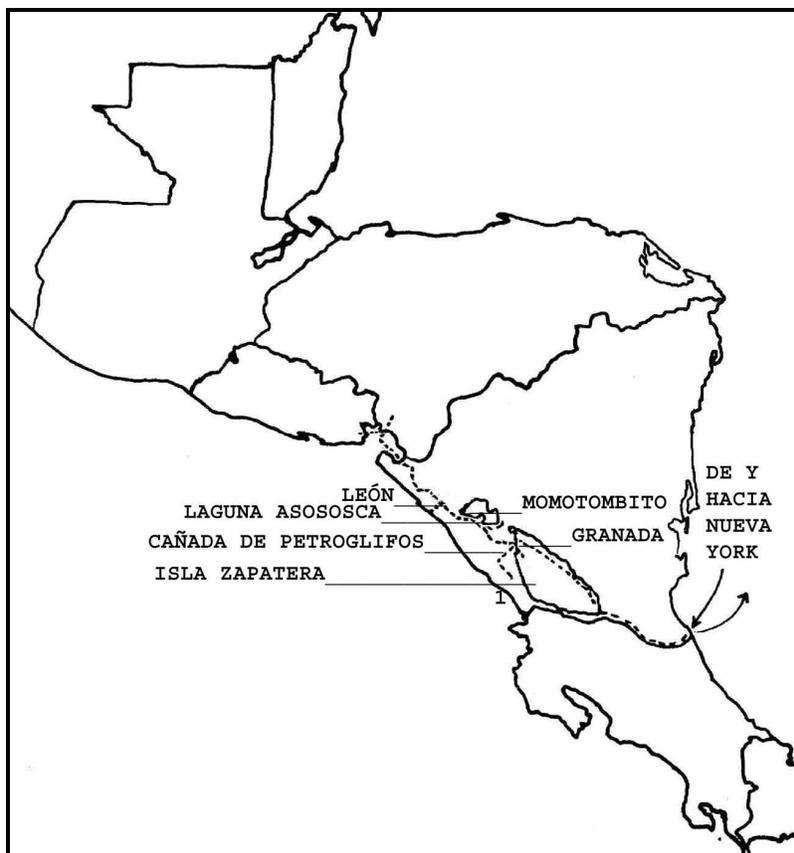
Los lugares que Squier recorrió en su viaje están apuntados en el cuadro III. En este caso aparecen más nombres repetidos que en el cuadro sobre Stephens, lo cual se debe a que Squier estuvo tanto tiempo en Nicaragua que viajó muchas veces por los mismos lugares.

Cuadro III. Lugares Visitados por Squier durante su primer viaje a Centroamérica. Los asteriscos indican lugares en donde se hallaron manifestaciones de la materialidad prehispánica y los nombres subrayados los países en que estuvo el viajero.

Nueva York →	<u>Nicaragua</u> San Juan del Norte 6 de junio de 1849	Castillo Viejo (Antiguo Fuerte de San Juan)	San Carlos	Bahía de San Miguelito	El Pedernal
Isletas los Corrales	Isla de Cuba	Granada	Hda. los Malacos	Granada	Laguna de Apoyo
Granada	Barrio de Jalteva	Granada	Masaya	Nindirí	Managua
Mateare	Nagarote	Pueblo Nuevo (La Paz Centro)	Axusco	León	Los baños del obispo
León	Barrio de Subtiava	León	Pueblo Nuevo	Piedras Gordas	Isla de Momotombito *
León	Quzalguaque	Posoltega	Chichigalpa	Hda. San Antonio	Chinandega

El Viejo	Hda. San Jerónimo	Chinandega	León	Managua	Laguna Asosoca *
Laguna de Tiscapa	Managua	Río Tipitapa o Panaloya	Tipitapa	Hda. Pasquiel	Managua
León	Pueblo Nuevo	Mateare	Finca Santa María Buenavista	Managua	Nindirí
Masaya	Laguna de Masaya	Cañada de Petroglifos (Cailagua) *	Masaya	Granada	Isla Pensácola *
Granada	Isla Zapatera *	Isla de los Corrales	Granada	Nandaime	Hda. Ochomogo
El Obraje (Belem)	San Jorge	Potosí	Brito	Rivas *	El Obraje
Ochomogo	Granada	León	Nuevo Volcán de León	León	Las Salinas
El Pacífico	León	Quezalguaque	Chinandega	El Viejo	Puerto Tempisque
Estero Real	<u>Honduras</u> Puerto Amapala (Isla del Tigre)	San Lorenzo	Nacaome	<u>El Salvador</u> La Unión	Chiquirí
Conchagua	Volcán Conchagua	La Unión	<u>Nicaragua</u> León	Granada	Los Cocos
El Pedernal	San Miguelito	San Carlos	San Juan del Norte	Chagres	Nueva York

Mapa 1. Itinerario de Squier en Centroamérica. En los lugares señalados registró la existencia de materialidad prehispánica. Con el número 1 se indica la ubicación del istmo de Rivas; el cerro de Santiago y la isla Pensácola deben ubicarse cerca de León y Granada respectivamente.



La intensa actividad política que Squier desempeñó durante su estancia en Centroamérica le impidió dedicar más tiempo a sus investigaciones sobre los restos materiales prehispánicos, sin embargo no fue poco lo que hizo al respecto. Registró distintas manifestaciones en la isla de Momotombito, el pie del cerro de Santiago, la laguna Asosca, la “cañada de los petroglifos”, la isla de Pensácola y la isla de Zapatera. Además de estos lugares también aparecen Granada, León y la región del Istmo de Rivas, donde Squier tuvo la oportunidad de conocer otros objetos antiguos, algunos de los cuales le fueron proporcionados por distintas personas y otros aparecían en contextos públicos dentro de dichas ciudades.

Cuadro IV. Lugares y manifestaciones de materialidad prehispánica señalados por Squier.

Lugar	Tipo de Manifestación
-------	-----------------------

Granada	<ul style="list-style-type: none"> - Fragmentos de cerámica - Hachas de piedra - Escultura en piedra
León	<ul style="list-style-type: none"> - Escultura en piedra
Isla Momotombito	<ul style="list-style-type: none"> - Escultura en piedra - Fragmentos de cerámica - Construcciones arquitectónicas
Cerro de Santiago (Sudoeste de León)	<ul style="list-style-type: none"> - Escultura en piedra - Construcciones arquitectónicas - Oquedades rupestres
Laguna Asososca (Nejapa)	<ul style="list-style-type: none"> - Pintura rupestre
“Cañada de las piedras labradas” Cailagua	<ul style="list-style-type: none"> - Petroglifos - Piletas rupestres
Isla Pensácola	<ul style="list-style-type: none"> - Escultura en piedra
Isla Zapatera	<ul style="list-style-type: none"> - Escultura en piedra - Construcciones arquitectónicas - Fragmentos de cerámica
Istmo de Rivas	<ul style="list-style-type: none"> - Vasijas de cerámica - Orfebrería en cobre - Escultura en piedra de pequeñas dimensiones

Durante su primera estancia en Granada, recién llegado del trayecto por el río San Juan, Squier no tardó en entrar en contacto con algunos objetos prehispánicos. En el capítulo V dice, casi entre paréntesis, cómo una señora de la sociedad granadina le entregó una “descabellada colección de curiosidades” a sabiendas de que él era una “gran anticuario”; dichos objetos fueron “<vasos antiguos> [*sic*], fragmentos de cerámica y hachas de piedra.”³ En la misma ciudad Squier encontró tres esculturas en piedra, dos de las cuales procedían de la isla Zapatera, que aparecían en contextos públicos, una en el camino hacia el barrio indígena de Jalteva, otra frente al convento de

³ Ephraim G. Squier, *Nicaragua, sus gentes y paisajes*, 1972, p. 99.

San Francisco y una más en la plaza de Granada; de esto da cuenta en el capítulo VII. En el XVIII señala la existencia de otro ídolo cerca de Diriomo, al sur de Granada, parecido a los ídolos de Zapatera y que servía como lindero de tierras de los indígenas,

En el capítulo IX, cuando se encuentra en la capital nicaragüense, León, Squier vio un *metate* precolombino que fue desenterrado durante su estancia en aquella ciudad. De manera desfavorable este pequeño pasaje fue omitido en la edición en español de EDUCA, al dejarse sólo el dibujo sin ninguna referencia en el cuerpo del texto. Este *metate* es de las esculturas características de la región que los arqueólogos actuales llaman Gran Nicoya.

En el capítulo X, todavía radicado en León, Squier menciona la visita que recibió de las autoridades indígenas del barrio de Subtiaba, quienes a la postre le entregaron cuatro esculturas precolombinas. Dichos objetos no los describirá con detenimiento sino hasta el capítulo XI, donde Squier comenta que fueron obtenidos al pie del cerro de Santiago, al suroeste de León. Por último, en lo que respecta a la ciudad capital, dice al inicio del capítulo XI que había una escultura más en la plaza principal; según la información que pudo obtener, había sido llevada desde la isla de Momotombito.

Sobre la isla de Momotombito, en el lago de Managua, habla también en el capítulo XI. Se trata de su primera exploración, pues anteriormente sólo había entrado en contacto con la materialidad prehispánica en las dos principales ciudades. Describe el arribo a la isla y la manera en que halló dos esculturas, las cuales embarcaría después rumbo al museo de la Smithsonian Institution. Por otro lado habla de la existencia de fragmentos de cerámica y de una construcción que según sus informantes indígenas databa de épocas antiguas y que unía a la isla con tierra firme.

El capítulo XI constituye uno de los principales para el tema que analizo, en él Squier relata su recorrido al pie del cerro de Santiago, de donde se supone que le llevaron los ídolos las autoridades de Subtiaba. Además encontró restos de esculturas, de las cuáles sólo una estaba bien conservada, y los restos de un basamento que él consideró los cimientos de un templo. Por último menciona una “Capilla de Piedra”, que es una oquedad natural sobre la roca acondicionada artificialmente para cumplir una función ritual, a ella yo la nombro como oquedad rupestre, pues aún una mínima modificación hecha por el hombre le otorga un carácter cultural.

En el capítulo XV Squier relata su visita a la Laguna Asososca, cerca de Managua, en donde registra pinturas rupestres sobre el acantilado de dicho lugar. Señala además la gran cantidad de pedazos de rocas con pinturas esparcidos por todo el piso, los cuales se desprendieron debido al intenso temblor de 1838.

Las manifestaciones rupestres vuelven a aparecer en el capítulo XVI,⁴ cuando cerca de Managua Squier vio una cañada, a la que no le da un nombre propio, en la que existe gran cantidad de petroglifos, pequeños cuencos y una gran pila tallados en la roca. A ese lugar lo nombré como Cañada de las “Piedras Labradas”, pues es el nombre más cercano a lo dicho por Squier; este sitio se conoce hoy como los Petroglifos de Cailagua.

En el capítulo XVII Squier plasma sus más completas observaciones acerca de la materialidad prehispánica, pues en esta parte de la obra narró sus hallazgos más importantes: las esculturas en piedra de las islas Pensácola y Zapatera. Esta sección es equiparable, de algún modo, a la de Stephens sobre Copán. En Pensácola sólo conoció esculturas mientras que en Zapatera también vio restos de montículos artificiales de piedra, a los que consideró como antiguos templos y entre los que halló fragmentos de cerámica.

Por último en el capítulo XVIII Squier relata su visita a la región de Rivas, la más meridional de Nicaragua, con el objetivo de ir a la isla Ometepe, donde sabía que encontraría más esculturas. Desgraciadamente su dibujante, James Mc Donough, quedó enfermo y nunca pudieron realizar el viaje. No obstante algunas personas, entre quienes destaca el nombre de Mr. Woeniger, le proporcionaron varios objetos antiguos de la región. Woeniger era un estadounidense de origen alemán que moraba en Nicaragua desde hacía más de 12 años; este personaje, sin ningún aprecio por los indígenas de su época, se interesaba por las antigüedades, de las cuales proporcionó información e incluso varias piezas a Squier. Entre esas cosas había: ollas funerarias, figuras de terracota, objetos de cobre y trabajos de escultura en piedra de pequeñas dimensiones como vasos y figuras de animales.

Las manifestaciones registradas por Stephens y Squier constituyen el núcleo de nuestro objeto de interés, serán los pasajes en donde se da cuenta de ellas sobre los que

⁴ La numeración de los capítulos a partir de aquí debe considerarse tomando en cuenta la obra en términos de un solo volumen pues vuelvo a señalar que no encontré el volumen II de la obra original de 1852; por lo cual para estas partes me baso en la edición en español que se hizo de la de 1860 de un solo volumen.

concentraremos el análisis para ir develando la manera en que fue vista la materialidad prehispánica a mediados del siglo XIX en Centroamérica a través de los dos viajeros.

PARTE II

CAPÍTULO 5. LA MATERIALIDAD PREHISPÁNICA CENTROAMERICANA A TRAVÉS DE LOS RELATOS DE STEPHENS Y SQUIER

Los libros de John Lloyd Stephens y Ephraim George Squier contienen un conjunto de pasajes en donde se hace mención de la materialidad prehispánica. En algunos casos relatan los pormenores de sus expediciones más importantes; en ellos podemos observar un acercamiento sistemático por medio del cual los autores conocieron y *dieron a conocer* objetos *nunca antes vistos* o poco conocidos. En otros pasajes, en cambio, las menciones acerca de los vestigios materiales prehispánicos son breves, de tipo circunstancial, producto de la visita a vestigios que quedaban en el camino o de regalos que recibieron. Los dos tipos de pasajes, considerados en el contexto general de la obra, conforman un universo de significación que es susceptible de ser analizado.

En ambos relatos hay comunes denominadores que unen en algunos aspectos a los dos autores. Estas coincidencias serán las primeras en ser expuestas, pues de ellas se desprenden los principales rasgos de los libros de ambos viajeros; además estas similitudes enmarcan a los dos autores en el ámbito de *una* visión, la cual puede interpretarse como la *visión de una época*.

En un segundo momento señalaré aquellos aspectos que son propios a cada escritor, al comentar los aspectos más relevantes de sus expediciones. No ha sido fácil plantear una división temática, pues en ocasiones un mismo pasaje contiene información que puede ser analizada en distintos rubros; es decir que una pequeña frase o párrafo contiene elementos suficientes como para ejemplificar dos o más aspectos relacionados con la visión en torno a los objetos antiguos.

Por último haré algunos comentarios sobre la manera en que los indígenas de Guatemala y Nicaragua se relacionaban con los vestigios materiales prehispánicos a mediados del siglo XIX; este asunto, aunque no pertenece al modo de ver de los viajeros, aparece con frecuencia en sus relatos, y por ello resulta de interés destacar esta información que está presente en las obras.

5.1. Descubrimiento y colonización.

Ottmar Ette ha comparado el avance lineal de un viajero, al poner como ejemplo a Humboldt cuando recorre el río Magdalena, en Colombia, y la comprensión que obtiene cuando ve con “sus propios ojos” la realidad que se le presenta, con el avanzar “como a través de un túnel”.¹ Esta perspectiva lineal es la base sobre la que se elabora la visión de conjunto de toda una travesía. En los casos de Stephens y Squier, el viaje que cada uno de ellos hizo tiene un momento definitivo que marca el inicio sus obras, el cual de ser tan evidente suele pasarse por alto; me refiero al momento en que *entran* a la región centroamericana. Si retomamos la idea del túnel planteada por Ette, ese momento podría entenderse como la entrada al túnel mismo, pues se trata del punto en que cada uno de los viajeros sale de su *propio* ámbito cultural, representado hasta el último momento por el puerto de Nueva York, para, después de un periodo de transición en altamar, arribar a los puertos centroamericanos.

Instalados en sus respectivos puntos de *entrada*, Stephens en Belice y Squier en San Juan del Norte, los dos emprenden una travesía que los llevará hacia el interior de América Central. Este primer acercamiento a la región se transformará hasta develar poco a poco, conforme el relato y la travesía avanzan, la realidad del istmo. Pero en primera instancia se presentan algunos aspectos que nos dejan ver ciertos presupuestos en la mirada de los dos autores.

El primer aspecto consiste en una visión de América Central como una región susceptible de ser descubierta, al repetir en una serie de expresiones algunas imágenes que en los siglos XV y XVI utilizaron los exploradores y conquistadores españoles. Mencioné en el capítulo III, en la parte correspondiente a las fuentes utilizadas por los autores, la poca atención que se ha dedicado al conocimiento que Stephens y Squier tenían de algunos escritores de dichos siglos; en sus obras, aunque se trata de pequeñas referencias, la mención de éstos exploradores son valiosos indicios de la manera en que ambos viajeros concebían su propia acción en tanto un *nuevo descubrimiento de América*. Stephens señala al inicio de su libro, cuando parte de Belice rumbo a Izabal:

¹ Ottmar Ette, *op. cit.*, p. 16.

“En su último viaje Colón descubrió esta porción del Continente de América, pero sus frescas bellezas no pudieron atraerle.”²

Esta mención, casi como nota al pie, será sin embargo la clave para desentrañar al Colón que se esconde detrás de Stephens. ¿Será acaso que cuándo Stephens dice que Colón no se interesó por las “frescas bellezas” es para decir: pero yo sí?

Más adelante Stephens hablará del encuentro con unos indígenas caribes del sur de Belice mientras navegaba en un barco de vapor: “Como el bote viró hacia el lugar, *donde jamás* un bote de vapor había antes estado, todo el pueblo se puso en conmoción: las mujeres y los niños corrían a la ribera, y cuatro hombres bajaron al agua y salieron a encontrarnos en una canoa.”³

De manera independiente a la realidad del acontecimiento, al considerar que Stephens lo relata de acuerdo *con lo sucedido*, es casi imposible no pensar en un pasaje como el siguiente retomado de Hernando Colón, el hijo del Almirante, cuando arriban a Cariay (hoy Puerto Limón, Costa Rica):

Esta isleta dista una legua corta de la población llamada por los indios Cariay, la cual está cerca de un río, donde acudió infinita gente de aquellos contornos [...] Viendo que éramos gente de paz, mostraron gran deseo de obtener cosas nuestras a cambio de las suyas [...] Todas estas cosas las llevaban nadando a las barcas, porque los cristianos ni aquel día ni al siguiente salieron a tierra...⁴

La llegada de Stephens a una costa centroamericana nos remite a más de trescientos años atrás cuando Colón llega a otro litoral de la región: en los dos casos se habla de la sorpresa de los habitantes autóctonos. Stephens incluso hace un paralelismo al decir que *jamás* antes había estado ahí un barco de vapor —lo cual debemos sospechar como mentira, pues el mismo Stephens dice que la embarcación en que viajaba tenía unas letras que decían “Verapaz”, y hacían alusión a una compañía de dicha región guatemalteca que había puesto los capitales para el bote, el cual sin duda ya había surcado esas aguas—, como si él fuese un nuevo *descubridor* de tierras ignotas; el ademán de los aborígenes con los que Colón se encontró se repite también en la narración de Stephens, en ambos casos son los hombres del lugar quienes se acercan a

² John L. Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica*, Vol. 1, p. 26.

³ *Idem*, p. 27, el subrayado es mío.

⁴ “La narración del Cuarto Viaje de Cristóbal Colón, escrita por su hijo Hernando”, en *Crónicas de Viajeros. Nicaragua. Vol. I*, selección e introducción de Jaime Incer, Costa Rica, Libro Libre, 1990. (Colección Quinto Centenario: Serie Raíces), p. 46.

los navíos extranjeros, como si desearan de manera ansiosa entrar en contacto con los extraños y *ser descubiertos*.

Si la analogía entre Colón y Stephens es apresurada, entonces veamos otro ejemplo más.

Nuestro compañero de travesía, el padre, durante su estancia en Belice, había tenido relaciones con muchos de los caribes, y, en cierta ocasión invitado por su jefe, había visitado una colonia con el propósito de casar y bautizar a los habitantes. Él nos preguntó si no tendríamos inconveniente en que aprovecharse la oportunidad para hacer aquí lo mismo...⁵

Stephens en este pasaje es acompañado por un religioso que evangeliza a un grupo de indígenas a los que nunca antes había llegado noticia alguna sobre la existencia del Dios cristiano. Suspender el viaje para officiar una misa, algo nada extraño si nos situamos otra vez en el caso de Colón: “En aquella costa salió a tierra el Adelantado, la mañana del domingo 14 de agosto de 1502, con las banderas y los capitanes y con muchos de la armada para oír misa.”⁶

Cuando en el apartado sobre las fuentes de los viajeros hablé de algunas “referencias veladas” a ciertos autores, pensaba en este tipo de pasajes que de manera implícita nos remiten a personajes como *el Almirante*. La idea de que Stephens consideró como un nuevo Colón queda explícita en la siguiente expresión:

Los botes de vapor han destruido algunas de las más placenteras ilusiones de mi vida. Fui precipitado al Helesponto, pasé Sestos y Ábidos, y el campo de Troya, bajo el estrépito de una máquina de vapor; y él hirió la raíz de todo *el romance enlazado con las aventuras de Colón para seguir su huella*, acompañado del estrépito del mismo palpitante monstruo.⁷

Stephens proyecta su viaje en el relato como un *nuevo descubrimiento* de la región. Pero, si el viajero del siglo XIX se equipara con el viajero del siglo XVI, ¿aquello que descubre es también igual a lo visto por los primeros conquistadores españoles? Guardando todas las distancias debidas, podemos encontrar expresiones en donde la *naturaleza* descubierta aparece como la misma: “Los afluentes del río estaban ocupados por los poseedores aborígenes, salvajes y libres como los encontró Cortés.”⁸

⁵ Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica*, Vol. 1, p. 27

⁶ “La narración del Cuarto Viaje de Cristóbal Colón...”, p. 44.

⁷ Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica*, Vol. 1, p. 26. El subrayado es mío.

⁸ *Idem*, p. 20

Veamos ahora el relato de Squier, para observar cómo se repite lo dicho sobre Stephens.

El viaje desde Nueva York hasta la costa atlántica de Nicaragua fue tortuoso para Ephraim G. Squier, 26 largos días de navegación. Cuando Squier divisa el litoral nicaragüense lo primero que dice es: “Así estaban esos parajes cuando trescientos años atrás los intrépidos españoles bordearon sus costas, y así están hasta el presente.”⁹

El lugar de llegada se presenta en primera instancia como un sitio estático, como hecho *ad hoc* para que los viajeros de todas las épocas se acercaran a él, como si el tiempo no pasase por ahí. Sin embargo, esta impresión cede ante la realidad de un espacio que ya ha sido colonizado pero que, pese a ello, continúa en parte tan “primigenio” como en el siglo XVI. Las primeras señales que aparecen frente a Squier de aquella tierra a la que se acerca serán dos de los temas a los que se enfocará en toda su obra: humanidad y naturaleza. Antes aún de desembarcar, mientras esperaban condiciones propicias para hacerlo, escribe:

Pero la lluvia pasó y con ella se fue la brisa y volvió de nuevo el barco a balancearse perezosamente sobre el agua, cubierta ya de ramas flotantes; y entre los residuos que pasaban llamaron nuestra atención *una lanza rota y un coco seco*; aquella indicaba la proximidad de gentes cuyas armas primitivas no habían cedido aún lugar a otras más eficaces, de mentes civilizadas, y lo otro era indicio seguro de regiones tropicales.¹⁰

La lanza rota es para Squier un aviso de una humanidad atrasada y rezagada con respecto a la civilización que él representa, y que es equiparable a los habitantes que encontraron los primeros cronistas; el coco seco es una muestra de la naturaleza desconocida a la que se acerca. Ambos elementos lo identifican a Stephens descubridor. Si Stephens es un nuevo Colón, Squier es un nuevo “intrépido español”.

Squier, sorprendido por la manera en que conviven en San Juan del Norte elementos civilizados con otros primitivos, dice: “El contraste de objetos pertenecientes a extremos de la civilización era curioso. La tosca caldera del vapor yacía lado a lado con la grácil canoa, idéntica ésta a aquellas en que los aborígenes de la Española llevaron frutas a Cristóbal Colón[...].”¹¹

⁹ Squier, *Nicaragua sus gentes y paisajes*, 1972, p. 17.

¹⁰ *Idem*. El subrayado es mío.

¹¹ *Idem*, p. 21.

Y vuelve a aparecer Colón. Squier, igual que Stephens, se equipara con el célebre Almirante; esas canoas que lo recibieron a él pretende mostrarlas como las que conoció el explorador de los reyes católicos:

Y de pronto se vio una mota negra allá en dirección del puerto; luego pudo verse un movimiento de remos y cuerpos inclinándose de atrás para adelante y viceversa, y en seguida un <pipante> [*sic*]—que es una canoa larga y afilada, con una abigarrada dotación de mortales, desnudos hasta la cintura y mostrando la más grande variedad de matices epidérmicos, desde el amarillo castaño al tenebroso carbón—llegó como una flecha a nuestra proa.¹²

El acercamiento de embarcaciones aborígenes a los navíos de Colón, de Stephens y de Squier no es gratuito, ni tampoco resultado exclusivo de una realidad empírica; entraña, en el ámbito de un viaje de exploración y descubrimiento, una idea de que el lugar de llegada es en cierta forma cómplice del viajero, pues se muestra al explorador y al mismo tiempo lo acerca a la realidad que busca develar.

Con los ejemplos anteriores tanto Stephens como Squier, en su primer avistamiento de Centroamérica, hacen patente su carácter de descubridores, de personajes que en lo sucesivo relatarán hazañas y sucesos sólo comparables con los antiguos viajes españoles; entre líneas nos dicen que en los textos hallaremos relatos de descubrimiento. Este sentido que otorgan a sus obras debe considerarse desde este momento, pues la materialidad prehispánica aparecerá como una, cuando no la principal y más importante, de las tantas realidades develadas.

Al mismo tiempo que los autores descubren distintos aspectos de la realidad centroamericana, piensan también en términos del futuro de dicha región. Entonces comienzan a ver de manera utilitaria *sus* hallazgos, al pasar de la mirada de descubrimiento a la de colonización.

La visión colonizadora de Stephens y Squier, fortalecida por el proceso histórico que en esa época vivía la nación estadounidense, de la cual hablé en el capítulo 2, tiene el más claro ejemplo en el futuro que ambos viajeros deparan para la Centroamérica en miras de un canal interoceánico. La naturaleza “descubierta” es susceptible de ser modificada y de “civilizarse”.

Cuando Stephens se encuentra en el sur de Nicaragua y observa las posibilidades de construir un canal interoceánico y los beneficios que éste traería para el “perturbado

¹² *Idem*, p. 17 y 18.

país”, dice: “Una gran ciudad se desarrollará en el corazón del país; fluirán ríos de allí fertilizando a medida que avancen hacia el interior; sus espléndidas montañas y sus valles que hoy día lloran en desolación y ruina sonreirán y serán felices.”¹³

Squier, por su parte, después de un altercado con los ingleses en el Golfo de Fonseca, logra llevar al límite su nacionalismo presente en toda la obra:

En nuestro equipaje venía la bandera de los Estados Unidos que al punto izamos hasta el tope del asta de señales, y fue saludada desde el puerto y la fragata francesa. “Acepto el presagio”, dijo gravemente el capitán. “Esa bandera será plantada pronto aquí con carácter permanente y simbolizará el dominio sobre dos mares ejercido por la potencia más grande que ha visto el mundo”. Palabras que creí y sigo creyendo proféticas.¹⁴

Expresiones como las anteriores son constantes y aparecen en las dos obras. De manera explícita se vislumbra en la frase de Squier el deseo de que su país domine la región, en tanto que Stephens piensa, de manera utópica o idílica, que ese dominio sólo puede ser benéfico.

Descubrimiento y colonización son dos características que marcan una pauta en el tono de ambos autores, y es por ello que interesa señalarlas. Comprender la manera en que Stephens y Squier se acercan a la materialidad prehispánica implica concebirlas como unos *descubridores* y *colonizadores* decimonónicos, según se vieron a sí mismos.

Uno de los pasajes en que de manera clara se ejemplifica esta visión colonizadora lo protagoniza Stephens al trasladar de manera mental a un habitante de su patria hacia Centroamérica. Cuando Stephens y Catherwood se encuentran en Copán planeando la manera en que debían llevar a cabo su exploración, deciden iniciar con el dibujo de una de las esculturas. Stephens, al quejarse de la lentitud con que trabajan los indígenas mientras cortan los árboles que han crecido en medio de las ruinas, evoca a los colonizadores de su país, deseando que fueran ellos y no los aborígenes quienes develaran ese pasado. “Yo traía a la memoria el sonido del hacha del leñador en los bosques de la patria y ansiaba algunos muchachos de las grandes laderas de la Sierra Verde.”¹⁵

La imagen del colonizador ha sido trasladada de manera directa hacia el ámbito de los vestigios prehispánicos. Ahora bien, si las características que mencioné,

¹³ Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica*, Vol. 1, p. 379.

¹⁴ Squier, *Nicaragua*, 1972, p. 509.

¹⁵ Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica*, Vol. 1, p. 104.

descubrimiento y colonización, son parte nodal de los discursos analizados ¿de qué otro modo se expresan para el caso de la materialidad prehispánica? En el siguiente apartado se planteará la respuesta.

5.2. El control de la antigüedad.

Los hallazgos hechos por Stephens y Squier, a pesar de que han sido entendidos como parte de los descubrimientos científicos, no dejan de tener aspectos políticos. Si consideramos que en ambos autores subyace una mentalidad con fuertes tintes colonialistas en la cual uno de los puntos fundamentales, además del querer *conocer* por el *conocer* nada más, es acercarse a un realidad que se busca controlar, tendremos entonces la incógnita de si acaso la materialidad prehispánica que conocieron no entró también en esta esfera de control.

El dominio sobre la América Central que los Estados Unidos ambicionaban a mediados del siglo XIX, no sólo se manifestó en las pretensiones por administrar la naturaleza —con en el caso del canal interoceánico— sino también sobre el pasado histórico. En este sentido hay en las investigaciones emprendidas por Stephens y Squier, una intención por *hacerse* de los antiguos vestigios; no basta con conocerlos, describirlos y dibujarlos, es necesario *tenerlos* de manera material. Este es el segundo punto en que coinciden los viajeros: el conocimiento total del objeto prehispánico se alcanza con la *posesión* del mismo.

La compra de Copán por parte de Stephens se presenta en el relato como un dato curioso o, de manera muy decimonónica, pintoresco. Pero al analizar este acto en el contexto de lo que he venido enunciando, veremos que este acontecimiento sólo reafirma lo dicho sobre el control que se buscó ejercer sobre la materialidad prehispánica.

Después de aclarar nuestra reputación yo mencioné el asunto de la compra de las ruinas; le dije que, con motivo de mis negocios públicos, no podría quedarme todo el tiempo que deseaba, pero que quería regresar con azadones, picos, escaleras, palancas de hierro y hombres, construir una choza para vivir allí, y verificar una completa exploración; que no podía incurrir en gastos con riesgo de que se me negase el permiso para llevarla a cabo; y, para abreviar, en buen castellano, le pregunté: ¿cuánto quiere usted por las ruinas?¹⁶

¹⁶ *Idem*, p. 110.

El enorme interés por sacar a la luz aquellos antiguos vestigios sepultados en el bosque tropical, le lleva a Stephens a concebir la idea de una gran exploración; además de prever el traslado de toda su cultura —lo que incluye “palancas de hierro y hombres”— al sitio con el objetivo de desenterrar las ruinas, el explorador concibe como premisa de toda la inversión la necesaria compra de las ruinas. Si, como veremos más adelante, Ortega y Medina dio en el clavo cuando habló del *monroísmo arqueológico*, no veo por qué frente a Stephens comprando Copán no podamos hablar de una *archaeological dollar diplomacy*.¹⁷

Si la *diplomacia del dólar* pretendía obligar a los gobiernos por medio del dinero a otorgar en hipoteca puertos y aduanas, Stephens buscó por medio de los mismos dólares “seducir” al dueño de Copán para que *entregara* una porción de terreno que tenía vestigios materiales que concentraban años de historia remota. La comparación que hago de la actitud Stephens con una política que tardaría todavía 50 años en aparecer es hasta cierto punto retórica, sin embargo no deja de ser elocuente si consideramos que el viajero estadounidense buscó todas las estrategias posibles para hacerse de las ruinas; una de sus más vistosas técnicas consistió, de hecho, en impresionar con su traje diplomático: “Pendía aún la sombra de la duda; para terminar, abrí mi baúl, y me puse una levita de diplomático, con profusión de grandes botones con águilas. [...] don José María [el dueño de Copán] no pudo resistir los botones de mi levita, el paño era de lo mejor que él había visto; [...]”¹⁸

Comenté en el capítulo 1 que la manera en que se nombra algún objeto es ya una muestra de la forma en que se le piensa y entiende. Para el caso de la narración que Stephens nos presenta respecto a la compra de Copán esto resulta particularmente cierto. Los pensamientos que Stephens ha venido enunció sobre la antigua ciudad en lo que respecta a su deseo de *obtenerla* se concretan en la siguiente expresión:

El lector tal vez tenga curiosidad de saber cómo se venden las ciudades antiguas en Centro América. Lo mismo que otros *artículos de comercio*, se regulan por la existencia en el mercado, y

¹⁷ La *diplomacia del dólar* fue un mecanismo empleado por el gobierno de los Estados Unidos a principios del siglo XX que consistía en otorgar préstamos forzosos a los países centroamericanos con el objetivo de endeudarlos y obligarlos a adoptar medidas políticas y económicas favorecieran al país del norte. Ver Juan José Arévalo, “El tiburón y las sardinas.”, en Contreras, Mario e Ignacio Sosa (comps.), *Latinoamérica en el siglo XX. 1898-1945*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973, 106-112 p. (Lecturas Universitarias: 19).

¹⁸ Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica*, Vol. 1, p. 111.

la demanda; pero no siendo artículos principales, como el algodón y el índigo, se mantienen a precios caprichosos, y en ese tiempo estaba floja la venta. Yo pagué cincuenta dólares por Copán.¹⁹

Artículo de comercio: esa es la expresión con la que Stephens se refiere a Copán. Sería un error concebir estas palabras como las únicas que están en el pensamiento de nuestro viajero, pues, como veremos más adelante, Stephens significó de distintas maneras a la materialidad prehispánica; pero no por ello debemos pasar por alto que uno de los modos en que se apropió de los antiguos vestigios fue entendiendo a éstos como objetos comerciables. Como se mencionó en algún momento, los relatos de nuestros autores son *polifónicos*, en el ejemplo anterior la voz que se expresa es la de Stephens comerciante, una de tantas con las que el autor se presentará.

Además del registro que llevó a cabo en Copán, Stephens concibió un proyecto futuro que consistía en remover los monumentos y llevarlos a su país. Esta idea no la pudo realizar, pero es un indicador del modo de significación que le dio a las antigüedades a partir de un nuevo uso:

¡Remover los monumentos de un pasado pueblo de la desolada región en que se encontraban sepultados, exhibirlos en el gran “emporio comercial” y fundar una institución que fuese el núcleo de un gran museo nacional de antigüedades americanas! [...] exhibirlos por partes: dividir uno y removerlo por piezas y hacer moldes de los otros. Los moldes del Partenón son estimados como preciosos monumentos en el Museo Británico, y los moldes de Copán serían lo mismo en Nueva York.²⁰

En el párrafo anterior comenzamos a vislumbrar lo que Ortega y Medina llamó *monroísmo arqueológico*, el cual tenía como objetivo utilizar los vestigios materiales del mundo prehispánico para otorgar una antigüedad americana que desligara a la naciente nación norteamericana de su herencia europea. Cuando Stephens planea remover los monumentos de Copán para equiparlos con los de la antigüedad clásica que se exhibían en Londres, el nuevo uso que le imprime a la materialidad prehispánica es la de servir como un medio para enfrentarse a Europa. Ortega y Medina lo resume muy bien en la siguiente expresión: “Norteamérica, por medio de la conciencia stephensiana, entra en

¹⁹ *Idem* p. 112.

²⁰ *Idem* p. 100.

tratos con un pasado arqueológico original y bello que va a tener la virtud de cicatrizar la herida siempre fresca de la herencia europea [...]”²¹

El *monroísmo arqueológico* implica, por definición, llevar al campo de las antigüedades la pugna por el dominio del continente americano, el cual se disputaban Estados Unidos y Gran Bretaña principalmente. Ortega y Medina concibió de manera acertada el problema del control sobre el pasado americano y la forma en que reaccionaron los estadounidenses; esto queda patente en la siguiente expresión de Stephens:

Otras ruinas más interesantes y más accesibles podrían descubrirse. Muy pronto su existencia sería conocida y apreciado su valor, y los amigos de la ciencia y de las artes en Europa querían tomar posesión de ellas. Estas nos pertenecían por derecho, y aunque no sabíamos cuán pronto nos arrojarían a puntapiés, resolví que deberían ser nuestras [...]”²²

Como vemos, lo planteado hasta aquí acerca de la actitud de Stephens en torno a la materialidad prehispánica se corrobora mediante la ubicación de ciertos pasajes de su texto; sin embargo no sólo en él encontramos estos indicadores. En Squier también hay rasgos similares. Cuando llega a la isla Momotombito comienza a buscar las esculturas prehispánicas mejor conservadas, aquellas que están desfiguradas o en fragmentos no le interesan; de pronto se encuentra con una que ya antes había sido descubierta por otros viajeros:

Entre los que quedaban enteros vimos uno de gran tamaño que años antes unos hombres, enviados por el cónsul inglés, habían tratado de llevárselo para el Museo Británico, pero después de arrastrarlo hasta cerca del lago tuvieron que abandonarlo irremisiblemente. Es de más ordinaria mano de obra que algunos de los otros, pero estando intacto resolví en el acto llevármelo a los Estados Unidos.²³

La historia de la arqueología en Nicaragua suele comenzar con el nombre de Squier; en el párrafo anterior, no obstante, él mismo nos informa acerca de cómo alguien más ya se había interesado por los mismos vestigios. Si lo dicho en la cita lo situamos en el contexto del activo papel desempeñado por Squier en la política centroamericana, en donde sobresalen los conflictos con el cónsul inglés Mr. Chatfield —quien tenía presencia en el área por lo menos desde 1839, pues Stephens también habla de él—,

²¹ Ortega y Medina, “Monroísmo arqueológico, II”, p. 179.

²² Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica*, Vol. 1, p. 101.

²³ Squier, *Nicaragua*, 1972, 242-243 p.

entenderemos como el hecho de que el monolito descubierto por Squier haya tenido su sede final en la Smithsonian Institution y no en el Museo Británico, significó haber llevado la pugna con los británicos al plano arqueológico.²⁴ Si aquellos ingleses sin nombre hubiesen conseguido su objetivo de llevar la escultura a Inglaterra, la historia de la arqueología en Nicaragua tendría un comienzo un tanto diferente a como la conocemos hoy.

Stephens no logró enviar ninguna de las esculturas de Copán y Quiriguá hasta los Estados Unidos como lo había planeado, pero Squier sí lo hizo con las de Nicaragua. Con el envío de los monolitos hasta Washington, Squier dio por concluida su primera exploración arqueológica en América Central. El camino que el antiguo monumento recorrió antes de llegar a su destino final es tan grande que sólo puede compararse con la ambición de los viajeros por obtener los antiguos vestigios:

Pocos días después llegó [el ídolo de piedra] a León habiendo aplastado tres carretas en el viaje. De allí lo envié al Realejo, de donde fue enseguida despachado a los Estados Unidos, vía Estrecho de Magallanes. Reposa ahora en el Museo de la Smithsonian Institution, en Washington. Así terminó mi primera expedición arqueológica en Nicaragua.²⁵

En Squier vemos realizado el sueño stephensiano de exhibir las esculturas prehispánicas en su país, la presencia final de ellas en el museo de la Smithsonian Institution es el punto culminante del tono descubridor y colonizador de ambos viajeros. La materialidad prehispánica concebida como objeto comercial, botín político y fundamento histórico de los estadounidenses —apropiación del pasado de otro país para legitimarse como americanos—, sin dejar de mencionar su cualidad de objeto de la ciencia, permanece en exhibición hasta nuestros días en el mismo lugar donde la depositó el viajero decimonónico: “Así que no es improbable que esos sean los mismos ídolos desenterrados para mí por los indios de Subtiaba. Dos de ellos, tras doblar el Estrecho de Magallanes, ahora miran adustamente a los “hijos de Washington” desde el corredor occidental de la Smithsonian Institution.”²⁶

²⁴ La pugna Squier-Chatfield ha sido analizada por Charles L. Stansifer. El conflicto entre ambos diplomáticos significó uno de los momentos más rípidos entre Estados Unidos y la Gran Bretaña a mediados del siglo XIX *Vid*, Stansifer, “Ephraim George Squier...”, Cap. 3.

²⁵ Squier, *Nicaragua*, 1972, p. 246.

²⁶ *Idem*, p. 251.

5.3. Stephens: diálogo y debate con otros textos

El primer rasgo que mencionaré de Stephens, acerca del modo en que vio los objetos materiales prehispánicos, es el de la interacción entre el acercamiento directo que tuvo a ellos y el conocimiento previo que adquirió a través de lecturas. Stephens contrastó sus observaciones con los datos que había obtenido antes por medio de fuentes escritas, lo cual dio como resultado que en algunos casos su apreciación directa de las ruinas lo llevase a desechar la veracidad de lo leído. La relación entre lo leído y lo visto se presenta como un debate que Stephens entabla con estudiosos de su época acerca del carácter de las construcciones y monumentos de la antigüedad americana.

El primer ejemplo de referencias a narraciones de tipo histórico lo tenemos en Copán, donde Stephens introduce el relato de un cronista español, a quien nunca menciona por su nombre, que da cuenta de la conquista de Copán llevada a cabo por Hernando de Chávez. A grandes rasgos se cuenta como Chávez, después de subyugar la región de Chiquimula, se ve obligado a enfrentar una insurrección indígena encabezada por el cacique Copán Calel, y menciona los pormenores de la batalla que terminó con la victoria española.

En una parte del relato un jinete español logra derribar una cerca levantada por los indígenas como protección; este hecho será el primero en sembrar la duda en Stephens acerca de la veracidad del cronista:

Hubo muchos muertos de ambos lados, pero la batalla continuaba sin ventaja para ninguno hasta que un valiente jinete saltó la zanja y, habiendo dado su caballo violentamente con el pecho contra la barrera, se abrió una brecha en la tierra y empalizada, y el espantado caballo se precipitó dando coces y manotadas entre los indios.²⁷

Al contrastar la realidad que ve con el texto, Stephens concluye:

Este es el relato que los historiadores españoles han dado de Copán; y, con respecto a la ciudad, cuya muralla vimos desde el otro lado del río, nos parece de lo más pobre y poco satisfactorio; porque la maciza estructura de piedra que estaba frente a nosotros tenía muy poca apariencia de pertenecer a una ciudad, cuyas trincheras pudiesen ser derribadas por la carga de un solo jinete.²⁸

Stephens, al incluir el texto sobre la conquista de Copán, proyecta su travesía y su relato hacia el pasado. Como mencioné en el capítulo 2, una de las dimensiones de la literatura de viajes es la del viaje al pasado; Stephens evoca el pasado al insertar el relato

²⁷ Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica*, Vol. 1, p. 89.

²⁸ *Idem*.

mencionado, sin embargo lo deja sin mayor efecto al concluir que resulta “pobre” si se considera la realidad que el propio Stephens constata frente a sí. La inclusión de textos históricos al no ser utilizada, al menos en este caso, como un medio para argumentar o sostener alguna posición respecto a las ruinas, parece cumplir entonces con el papel de “ambientar” de alguna manera a la materialidad prehispánica —que al viajero se le presenta como olvidada y enterrada— con una historia que le da vida a aquellas antiguas construcciones. Además Stephens logra colocarse por encima de los conquistadores y cronistas españoles al presentar a su lector un texto “más verídico”.

En el debate directo que Stephens entabla con autoridades de su época sobre temas del pasado americano, encontramos otros ejemplos de intertextualidad. Tales son los casos de las menciones a Robertson y Humboldt.

Una de las más ríspidas discusiones existentes acerca del hombre americano se centró en su desarrollo cultural alcanzado antes del siglo XVI. Algunos, fiándose de los relatos de conquistadores españoles—quienes solían escribir sobre enormes riquezas indígenas— hablaban de un alto nivel de civilización; otros en cambio, al creer que los conquistadores exageraban en su visión del indígena, consideraron a las culturas precolombinas como primitivas. Situemos este debate en el ámbito de una visión evolucionistas de las sociedades, donde los dos extremos estaban dados por el hombre *civilizado* y el *salvaje* o *primitivo*. Robertson, ubicado en el bando de los que no acreditaban rasgos de civilización a los antiguos habitantes de América, tiene una pequeña pero significativa presencia en el texto de Stephens:

El Dr. Robertson, en su *Historia de América*, sostiene como “un principio incontestable, que la América no fue poblada por ninguna nación del Antiguo Continente que hubiese hecho considerables progresos en la civilización [...] Los habitantes del Nuevo Mundo [...] se encontraban en un estado social tan extremadamente rudo que ignoraban aun aquellas artes que son los primeros ensayos del ingenio humano en su avance hacia el progreso.”²⁹

Stephens da cabida a las opiniones de Robertson por una razón: todo lo que el viajero dará a conocer en su libro se contrapone a dichas ideas, y las señala para después rebatirlas por medio de la narración de sus hallazgos y de las láminas con los dibujos. Sin embargo nuestro autor no se plantea a sí mismo como el primero en oponerse a las ideas de Robertson, y por lo tanto se apoyó en otro autor:

²⁹ *Idem*, p. 86

[...] Humboldt recogió de varias fuentes informaciones y dibujos, particularmente de Mitla o el Valle de los Muertos, de Xoxicalco [sic], un monte cortado y terraplenado, cuyo nombre era el Monte de Flores; y la gran pirámide de Cholula que visitó él mismo [...] Desgraciadamente, de las grandes ciudades allende el Valle de México, ocultas entre las selvas, arruinadas, desiertas y sin nombre Humboldt jamás tuvo noticia, o, a lo menos, nunca las visitó.³⁰

Stephens recurre a Humboldt para fortalecer su propia actividad como explorador, al presentarse como el sucesor del célebre viajero, pues los vestigios de los que dará cuenta son aquellos que “ocultos por la selva” el prusiano nunca conoció.

Con las referencias a Robertson y Humboldt, Stephens vuelve a recurrir a los textos escritos, pero ahora con la intención de ubicar la actividad que el mismo desarrolló, en el caso del primero para señalar el punto de divergencia con respecto a un sentir generalizado en el ámbito académico de su época, y respecto al segundo para situarse como el continuador de una tendencia que se enfocaba al estudio de las antiguas construcciones para generar nuevas hipótesis.

También recurre a autores que fueron precedentes directos de sus exploraciones; en este caso tenemos a Francisco Fuentes, a quien cita a través de Domingo Juarros, y a Juan Galindo. Después de contrastarlos llega a la conclusión de que el segundo ofrece un relato poco satisfactorio si se compara con el de Fuentes: “No siendo él [Galindo] un artista, su narración es necesariamente poco satisfactoria e imperfecta, pero no es exagerada. En verdad él se queda atrás del maravilloso relato dado por Fuentes ciento treinta y cinco años antes”³¹

El objetivo de mencionar a los dos autores es preparar al lector para la descripción que él mismo va a dar y mostrarla como el mejor relato que se había hecho hasta ese momento.

Cuando Stephens está en las tierras altas de Guatemala también recurre a textos para aportar información acerca de los lugares visitados. En Patinamit o Iximché el viajero alude de nueva cuenta a la obra de Fuentes; sobresale el hecho de que la mayor parte de los datos presentados sobre el sitio los retoma de manera íntegra del cronista mencionado. La descripción contempla la ubicación de la antigua ciudad, su extensión, los principales edificios y la existencia de un foso defensivo en los alrededores; pero,

³⁰ *Idem*, p. 87

³¹ *Idem*, 116-117 p.

insisto, todo es retomado del relato de Fuentes, pues Stephens recabó pocas observaciones en el lugar. Hasta cierto punto lo único que hace el viajero es corroborar la existencia de unas ruinas de las que ya se había hablado desde hacía 140 años antes.

Cuando Stephens escribe sobre Utatlán vuelve a recurrir al relato de Fuentes, al hacer una reseña de la historia del lugar con base en la obra del cronista; se trata del más extenso pasaje en donde Stephens relata acontecimientos pasados, otra vez su viaje se dirige hacia épocas anteriores. A lo largo de ocho páginas se cuenta la historia de los quichés, cakchiqueles y tzutuhiles, dando los pormenores de su origen desde el Viejo Continente —no olvidemos que se apega al texto de Fuentes, quien pensaba que estos grupos tenían su origen en pueblos bíblicos—, el traslado efectuado desde la lejana Tula en el centro de México, alianzas políticas entabladas entre sí y, finalmente, la conquista española. La historia de la región del Quiché otorga mayor profundidad temporal a la narración y, a la vez, dota de mayores significados a las ruinas que el viajero visitó. Stephens puso al alcance del lector decimonónico un caudal de información que amplió con creces el conocimiento del pasado centroamericano, pues la obra de Fuentes y otros historiadores no era muy conocida por el público anglosajón.

La mención que el autor hizo de documentos escritos debe ser tomada en cuenta como una característica del modo en que presenta a los vestigios prehispánicos en su obra; en contraposición, Squier alude a otros textos cuando describe sus hallazgos, si bien es cierto que menciona a muchos autores y los cita en extenso, lo hace al hablar de otros temas, pero no cuando se refiere a la materialidad prehispánica.

5.3.1. Stephens en Copán

Al acercarse a Copán y a la materialidad prehispánica en general, Stephens se movió en dos niveles; por un lado utiliza y cita de modo textual a exploradores e historiadores, y por otro señala la poca existencia de información en los libros. El viajero es consciente de la existencia de una literatura previa, aunque imprecisa si se quiere, de la cual parte para hablar de los lugares que visita; y al mismo tiempo se percata de la gran cantidad de cosas nuevas de las que nadie había dado cuenta. En la exploración de Copán lo que sobresale es esa incorporación de *cosas nuevas* en un relato; es decir, se trata de un texto

que recoge observaciones que comienzan, sin más, del contacto directo con una realidad que se *descubre*.

Las indagaciones de Stephens tienen un mérito *arqueológico* —en el sentido moderno que damos a este término como disciplina o rama del conocimiento— pues el viajero se propuso obtener información de los monumentos antiguos para aclarar el pasado americano. “Los monumentos y restos arquitectónicos de los aborígenes no han formado hasta el día sino una pequeña parte del fundamento de estas especulaciones.”³²

Stephens considera que no se habían valorado los vestigios materiales prehispánicos en los estudios acerca de la antigüedad americana; para remediar lo anterior, él se propone aportar a este conocimiento mediante el estudio las ruinas de Copán. Como resultado tenemos, además de las implicaciones ideológicas, políticas y literarias que ya señalamos en los anteriores apartados, un *interés arqueológico*. ¿De qué manera es esta *arqueología* llevada a cabo por Stephens? Sólo lo sabremos después de conocer los distintos aspectos de las exploraciones que llevó a cabo.

El interés de Stephens en Copán se centró en el registro de las esculturas en piedra: ubicación, descripción y los dibujos respectivos son las más sobresalientes aportaciones de la expedición. Cabe aclarar que la manera en que Stephens se refiere a los monumentos, al llamarlos “ídolos” y “altares”, en realidad es retomada de la forma en que su guía, llamado José, se refería a ellos. Esto lo señalo pues, como comenté desde el inicio, la forma de nombrar los objetos debe tomarse en cuenta al analizar las obras. “A esto nuestro guía llamó un <ídolo> [*sic*]; y frente a él, a una distancia de tres pies se encontraba un gran bloque de piedra, también esculpido con figuras y divisas emblemáticas, a lo que él llamó un altar.”³³

Stephens adoptó la nomenclatura de su guía y se referirá en varias ocasiones a las esculturas con esos nombres, los cuales a la postre denotarán ciertos significados sobre los usos específicos de los monumentos. Como veremos, Squier también nombrará a las esculturas de Nicaragua como “ídolos”, lo cual pudo ser retomado de la lectura de Stephens.

³² *Idem*, p. 86.

³³ *Idem*, p. 90

Los monolitos fueron valorados por Stephens en dos aspectos: primero por ser testimonios de pueblos desaparecidos, y segundo por evidenciar que dichos pueblos tenían algún modo de *arte*. La visión *arqueológica* de Stephens tenía los mismos intereses: búsqueda de del pasado y del arte antiguo americano.

La vista de este inesperado monumento hizo descansar nuestra mente de una vez y para siempre, de toda incertidumbre con respecto a las antigüedades americanas, y nos dio la seguridad que los objetos que estábamos buscando eran interesantes, no solamente como restos de un pueblo desconocido, sino como obras de arte, probando, como recuerdos históricos nuevamente descubiertos, que los pueblos que antiguamente ocuparon el Continente Americano no eran salvajes.³⁴

En la frase anterior queda manifiesto lo dicho sobre las dos valoraciones que Stephens extrae de los monumentos y, de manera simultánea, señala que la presencia de éstos es suficiente argumento para desechar ciertas teorías que planteaban al antiguo hombre americano como salvaje, es decir como lo concebía Robertson. A partir de la cita anterior, vemos como Stephens concibe al arte como un atributo único de la “civilización”; el arte es entendido como un rasgo que separa al civilizado del salvaje.

Las esculturas responden un problema medular: el del nivel de civilización de los pueblos americanos, pero dejan de lado otros asuntos que Stephens se pregunta:

El lugar donde nos sentábamos, ¿sería una ciudadela desde la cual un pueblo desconocido habría sonado la trompeta de guerra? ¿o un templo para la adoración del Dios de paz? ¿o los habitantes adoraban a los ídolos hechos con sus propias manos, y les ofrecían sacrificios sobre las piedras que tenían frente a ellos? Todo era un misterio, un oscuro e impenetrable misterio, y todas las circunstancias lo acrecentaban.³⁵

Los monumentos al tiempo que aclaran ciertas preguntas, generan otras; un rasgo del interés de Stephens por conocer el pasado es que ellos son el origen de nuevos cuestionamientos. De regreso a la cita anterior, vemos en ella como las palabras “ídolo” y “altar”, utilizadas por Stephens, aluden a funciones específicas de las esculturas en el ámbito de ceremonias religiosas indígenas. El papel que Stephens atribuye a los monumentos es la de ser objetos de adoración y escenarios de sacrificios; sin embargo no lo deja de plantear a modo de hipótesis.

³⁴ *Idem.*

³⁵ *Idem*, 91-92 p.

En cuanto al trabajo específico que Stephens y sus ayudantes llevaron a cabo en Copán, hay también algunos aspectos que comentar. Ellos se acercaron a la materialidad prehispánica con la intención de registrarla de la manera más fiel posible; aspecto que ha dado pauta para que se hable de la objetividad del trabajo de Stephens. La forma en la que llevó a cabo el registro de la zona consistió en medir todo lo que era susceptible de ser medido, y en dibujar las esculturas. Esto es, básicamente, el trabajo de Stephens en Copán.

Aquella noche no llovió, y al día siguiente, como el suelo se encontraba algo seco, comenzamos un ordenado deslinde de las ruinas. Fue mi primer ensayo de ingeniería. Nuestros aparatos de agrimensura no eran muy extensos. Teníamos una buena brújula de agrimensor, y el resto se componía de una cinta para medir que Mr. C. había usado en un estudio de las ruinas de Tebas y Jerusalén. Mi parte en el asunto era muy científica. Yo tenía que dirigir a los indios para abrir líneas rectas a través de la selva, hacer que Bruno y Federico colocasen sus sombreros sobre palos para marcar distancias, y tomar las medidas correspondientes.³⁶

Stephens comenta que su labor científica consistía en tomar las distancias en medio de la selva, pero, aunque lo diga en tono sarcástico, en realidad ese es el principal rasgo del acercamiento objetivo de su exploración. Resulta circunstancial, pero a la vez metafórico, que la misma cinta con que Catherwood midió las ruinas del Viejo Continente sirviera también para hacer lo mismo con las de América Central; pues a fin de cuentas la exploración de antigüedades en el siglo XIX puede resumirse como la manera en que una sociedad y una cultura, la europea y estadounidense, *medía* a otras en términos de una gran regla del progreso humano.

Entre los datos concretos obtenidos por la exploración de Stephens están la ubicación geográfica Copán y su distribución a lo largo del río del mismo nombre, la identificación de la parte principal del sitio —a la que denominó “el templo”, ubicada en la margen oriental del río—, y la ubicación de esculturas y restos de arquitectura. Las observaciones de Stephens lo llevaron también a negar algunas cosas, tales como la presencia de vestigios en ambas márgenes de la corriente fluvial y la existencia de palacios o edificios privados.

En cuanto al registro de construcciones arquitectónicas, destaca la identificación de restos de basamentos piramidales, la toma de sus medidas y algunos apuntes sobre los

³⁶ *Idem*, p. 115.

sistemas constructivos, además de señalar la posibilidad de que las construcciones hayan sido edificadas en distintas etapas.

Respecto a la interpretación hecha por Stephens en torno a las esculturas sobresale que las haya concebido como representaciones de caudillos o reyes, en los casos en que figuraban personajes antropomorfos; frente a otros monolitos pensó que se trataba de deidades animales, en específico de dioses-mono. También dedujo que los constructores de aquellas ruinas fueron un pueblo pacífico, pues no encontró indicios de una iconografía guerrera. Otro rasgo de capital importancia es que haya concebido la idea de que los diseños que él llamó *jeroglíficos* —al retomar un vocabulario prestado de los monumentos egipcios— contenían la historia de la antigua ciudad, lo cual a la postre con los avances del desciframiento de la escritura maya ha podido corroborarse como cierto. Al margen de la veracidad de algunas de sus observaciones, ellas denotan que la información obtenida iba en el sentido de reconstruir aspectos del gobierno, la religión y la forma de organización social.

La exploración de Stephens en Copán, al recapitular lo anterior, tiene las características de presentarse como un diálogo con autores y viajeros precedentes, el objetivo de registrar de la manera más exacta los hallazgos, y obtener información histórica y artística a partir del estudio de los monumentos; destacan las pocas excavaciones, casi nulas. Los anteriores aspectos son los principales rasgos que podemos considerar “arqueológicos” del trabajo de Stephens en Copán.

5.3.2. Stephens y Quiriguá

Stephens escribió poco sobre Quiriguá, lo cual se debió, en primer lugar, a que nunca visitó este sitio, y en segundo porque su dibujante Catherwood lo conoció en un breve recorrido. La experiencia previa de las ruinas de Copán, permitió a Stephens y Catherwood relacionar algunos elementos del primer sitio explorado con los de Quiriguá. En el texto se menciona la existencia de una estructura piramidal con escalinatas y la presencia de esculturas, ambos con parecido a lo visto en Copán. Stephens sugiere incluso una relación temporal entre los dos lugares: “El carácter general de estas ruinas es el mismo de las de Copán. Los monumentos son mucho más grandes, pero se hallan

esculpidos en más bajo relieve, son menos ricos en diseños, y están más descoloridos y gastados, probablemente por ser de fecha mucho más antigua.”³⁷

La identificación de similitudes entre los dos sitios es otra de las aportaciones de la obra de Stephens, la búsqueda de rasgos comunes la llevará hasta sus recorridos en México. Uno de los puntos en los cuales se identifican coincidencias es en los *jeroglíficos*; Catherwood, quien aprendió los detalles de las esculturas al dibujarlas, se percató de que eran parecidos en ambas ruinas. Al darse cuenta de que Copán y Quiriguá tenían elementos en común, los viajeros establecieron un importante precedente para la definición de una unidad estilística o cultural.

Los monumentos que hallaron fueron esculturas de grandes dimensiones, una de las cuales es mencionada como un “obelisco”; en la mente de Stephens hay presencia del lejano Egipto en esa expresión. De manera poco afortunada Catherwood no realizó un recorrido y registro sistemáticos en Quiriguá debido a sospechas de que su guía, un hombre negro —esto es lo interpreto como una de tantas alusiones racistas contra la gente negra presentes en todo el relato—, tenía intención de asaltarlo. A pesar de ello, reconoció la existencia de múltiples esculturas por todo el lugar.

La aportación del texto de Stephens sobre Quiriguá es diferente a la que hizo en Copán. En Quiriguá no se describió de modo detallado ningún monolito, no se elaboró un plano del lugar, y tampoco se dio su ubicación. Además sólo se publicaron dos dibujos que se alejan del detalle con el que se copiaron los monumentos de Copán. Como resultado tenemos, y esto lo supieron bien Stephens y Catherwood, que el aporte principal consistió en dar cuenta de la existencia del sitio. En este caso sí podemos considerar a los viajeros como unos *descubridores* según se planteó al inicio de este capítulo; paradójicamente, este hallazgo se menciona de manera modesta en el texto.

De una cosa no cabe duda: en otro tiempo existió allí una gran ciudad; su nombre se perdió, su historia es desconocida; y, excepto por un informe tomado de las notas de Mr. C., e insertado después de la visita, que se introdujo a este país y a Europa, ninguna relación de su existencia ha sido antes publicada.³⁸

Por último sólo cabe mencionar, que Stephens también quiso comprar esta zona, pero en esta ocasión sus esfuerzos no fueron exitosos.

³⁷ Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica*, Vol. 2, p. 105.

³⁸ *Idem*, p. 105.

5.3.3. Stephens en las tierras altas de Guatemala

Cuando se habla del viaje de Stephens a Centroamérica suele no dársele mucha atención a su recorrido por las tierras altas de Guatemala. Si bien es cierto que en dicha región no realizó exploraciones detalladas, no deja de ser importante que visitara tres sitios con vestigios materiales prehispánicos. Sus inspecciones a otros lugares como Palenque y Uxmal han opacado la labor desarrollada en otros lugares. Para el presente trabajo los recorridos de Stephens a Iximché, Utatlán y Zaculeu resultan de capital importancia, pues lo que se busca es arrojar alguna luz sobre las partes menos estudiadas del viaje.

El paso de Stephens por Tecpán-Guatemala, tiene momentos en los cuales el control por los objetos prehispánicos alcanza niveles ofensivos para los pobladores del lugar. Lo anterior es importante, pues muestra hasta qué grado la supuesta *cientificidad* y objetividad de Stephens desaparecen cuando el viajero antepone sus intereses personales.

En Tecpán-Guatemala, pueblo indígena cercano a las ruinas de Iximché, Stephens y sus compañeros hicieron todo lo posible por ver una antigua piedra que se resguardaba en la iglesia principal. La manera en que presionaron al padre para que se las mostrara es un argumento más para refrendar lo dicho en el segundo apartado de este capítulo sobre el dominio de la antigüedad ejecutado por el viajero. El papel principal en este pasaje lo protagoniza don Saturnino, un costarricense que Stephens conoció en el camino. El encuentro de la comitiva de Stephens con el padre de Tecpán-Guatemala es relatado así:

Antes de que hubiera abierto por completo los ojos, don Saturnino le dijo [al padre] que habíamos llegado para ver las ruinas de la antigua ciudad y que necesitábamos un guía, y le metió en las manos el pasaporte de Carrera y la carta del provisor. El padre era viejo, gordo, rico y achacoso; había sido cura de Tecpán Guatemala durante treinta y cinco años, y no acostumbraba hacer las cosas apresuradamente; pero nuestro amigo, sabiendo el objeto especial de nuestra visita, con gran formalidad y presteza le dijo al padre que el Ministro de Nueva York había tenido noticia en su país de una notable piedra, y que el provisor y Carrera estaban ansiosos de que la viera.³⁹

Al padre no le fue fácil a las pretensiones de los visitantes, él sabía que la piedra era un objeto de alta estima entre los indígenas y no consideraba adecuado que los extranjeros la vieran, pues ni siquiera él mismo la había visto: “El padre respondió que ésta se encontraba en la iglesia, y que estaba colocada sobre ella; que se mantenía

³⁹ *Idem*, p. 126.

cubierta y que era muy sagrada; el jamás la había visto y era evidente que no quería que nosotros la viésemos [...]”⁴⁰

Veamos el contenido de las dos citas anteriores. La piedra que los viajeros ansiaban conocer era un objeto que nadie había visto, pues ni siquiera el padre mismo lo había hecho; y aunque no sea de todo cierto lo anterior, indica que ese objeto era de lo más sagrado que había en el pueblo. Cuando don Saturnino, quien no es otra cosa sino el vocero de Stephens, dice al padre que desean observar la piedra argumenta a favor de su propósito con una especie de amenaza que no es fácil de distinguir para un lector moderno: “el Ministro de Nueva York había tenido noticia en su país de una notable piedra, y que el provisor y Carrera estaban ansiosos de que la viera”. La frase amenazadora consiste en hacer manifiesto el apoyo de tres autoridades para su pretensión de ver la piedra: el ministro extranjero, el caudillo principal de la Guatemala de la época y la máxima autoridad eclesiástica; sin embargo basta con conocer el tipo de atrocidades que en esos días ejecutaba Rafael Carrera para entender lo que significaba que él apoyara a los extranjeros en su objetivo. Acto seguido el padre muestra la piedra.

Relato de manera breve los acontecimientos. El padre accedió a mostrárselas, pero la piedra estaba en una funda de tela. Don Saturnino se la quita al sacerdote y con una navaja desgarró el envoltorio, saca la sagrada piedra y con el mismo filo metálico comienza a raspar su superficie. Imaginemos la reacción del padre ante tal afrenta a un objeto que ni siquiera había sido visto en años; como era de esperarse el religioso indignado ordena a los viajeros que vayan a las ruinas de Iximché sin pasar de regreso por el pueblo. Stephens, quien aprueba las acciones de don Saturnino en todo momento, concluye el episodio de la siguiente forma: “[El padre] temía que los indios llegaran a descubrir nuestro hecho sacrílego; y cuando miramos sus estúpidas caras, quedamos muy satisfechos de irnos antes de que tal descubrimiento se hiciese, regocijados más que el padre de poder regresar al molino sin pasar por la población.”⁴¹

La actitud de Stephens frente a la piedra de Tecpán-Guatemala nos muestra a una persona que, en su afán por conocer ciertos objetos, se piensa a sí mismo como un ser superior capaz de pasar encima de cualquiera con tal de lograr sus propósitos. La alusión

⁴⁰ *Idem.*

⁴¹ *Idem*, p. 129.

a los indígenas cuando dice “sus estúpidas caras” es sólo una de tantas expresiones en donde se denota una idea de inferioridad del indio. Es verdad que Stephens valoró la destreza de los pueblos antiguos de América Central, pero fue incapaz de mostrar algún tipo de simpatía o valoración positiva por los indígenas que conoció durante el viaje. La idea de un acercamiento “interdisciplinario” de Stephens a las ruinas mayas, como lo nombró Ann Cyphers —cita comentada en el capítulo 3—, cae por su propio peso al poner atención a lo que el viajero nos cuenta en su texto.

De regreso al relato, cabe mencionar que Stephens, según él lo cuenta, supo de la existencia de la piedra de Tecpán-Guatemala a través de la lectura de Fuentes y Guzmán y también por medio de un libro titulado *Modern Traveller*. Según esos textos, la roca era sólo una porción de una mayor que se encontraba en el fondo de un barranco y que se empleaba como oráculo en la época prehispánica. Cuentan que fue el obispo Francisco Marroquín quien mandó cortar un pedazo de la gran roca y lo depositó en el altar de la iglesia de Tecpán-Guatemala. Considero que se trataba de un enorme bloque de obsidiana, pues se le describe como “una piedra negra transparente”; sin embargo Stephens la describe como “un pedazo de pizarra común”.⁴²

Después Stephens y sus acompañantes visitaron la antigua ciudad de Patinamit o Iximché, la cual en vísperas de la conquista española fue la capital de los cakchiqueles. Las aportaciones de Stephens en cuanto al sitio no fueron muchas, pues no realizó un amplio recorrido y decidió, como ya dije, basarse en el relato de Fuentes y Guzmán. Sin embargo identificó dos basamentos y el mismo número de esculturas. Cuando el estadounidense llegó el lugar muchas de las piedras ya habían sido removidas para construir nuevos edificios en el pueblo de Tecpán-Guatemala. En el lapso transcurrido entre la visita de Fuentes y la de Stephens, el lugar continuó cayendo en la ruina.

El interés primordial de Stephens por las esculturas se ve en el recorrido por Iximché, pues lo primero que hizo cuando llegó al lugar fue preguntar: “por figuras esculpidas; nuestro guía sabía de dos, y después de buscar mucho nos condujo a ellas. Yacían en el suelo, como de tres pies de largo, tan gastadas que no pudimos llegar a comprenderlas, aunque en una se distinguían los ojos y la nariz de un animal.”⁴³

⁴² *Idem*, p. 128.

⁴³ *Idem*, p. 130.

En el texto no hay más menciones a las esculturas y tampoco se incluyen dibujos. El interés por objetos esculpidos se centró en los que tenían mejor estado de conservación y también en aquellos con mayor detalle en el trabajo; en otras palabras, el tipo de manifestaciones *artísticas* que se buscaban eran las que podían impresionar al público estadounidense y europeo de la época, y ser consideradas como producto del trabajo de “pueblos civilizados”. Esto lo vemos también en Copán, en donde las esculturas peor conservadas no provocaron minuciosas descripciones ni tampoco fueron dibujadas. El interés “arqueológico”, en este sentido, no abarcaba todos los hallazgos, sino sólo aquellos que eran más impresionantes.

Después de visitar Iximché, Stephens se dirigió a Santa Cruz del Quiché, para conocer las ruinas de Uxatlán, capital de los quichés en la época de la conquista española. Stephens enaltece el lugar diciendo: “A alguna distancia hacia la izquierda se encuentran las ruinas de la antigua ciudad, la en otros tiempos grande y opulenta capital de Uxatlán, corte de los nativos reyes del Quiché, y la más suntuosa descubierta por los españoles en esta sección de América.”⁴⁴

Las exploraciones en Uxatlán se enfocaron a la arquitectura. El viajero comenta la existencia de restos de edificios de piedra, algunos de los cuales le parecieron torres defensivas; esta observación se desprende de los relatos que leyó sobre las guerras que se desarrollaron allí. Menciona de manera particular una torre de treinta y seis metros de alto que se encontraba toda recubierta de estuco, Stephens piensa que era una fortaleza que marcaba la entrada de la antigua ciudad.

Stephens identificó el centro de la ciudad y el palacio principal, pero no comentó en extenso este aspecto, así como tampoco abundó sobre las mediciones que hizo de los edificios. El viajero no profundiza en detalles porque los vestigios que conoció estaban, como él lo señala, en *ruinas*, término con el que se refiere al mal estado de conservación de los antiguos monumentos; poco quedaba del esplendor mencionado en los relatos. A pesar de ello señaló que en algunas esquinas de los muros quedaban restos de pintura mural, lo cual hace concluir a Stephens que todos los interiores de los edificios eran policromados. Nuestro autor sólo hace un comentario como señal de añoranza del pasado glorioso frente a la destrucción que el tiempo ha hecho en el lugar: “Producía una

⁴⁴ *Idem*, p. 144.

extraña sensación andar sobre el piso de aquel destechado palacio, y pensar en aquel rey que salió de allí a la cabeza de setenta mil hombres para repeler a los invasores de su imperio. Maíz estaba creciendo entre las ruinas.”⁴⁵

La parte más importante de todo el lugar fue llamada por el viajero como El Sacrificio, con escaleras en tres de sus costados y varias capas de estuco, lo cual le hizo pensar que el edificio tenía distintas etapas constructivas. En uno de los niveles de estuco localizó la imagen pintada de un jaguar. La idea de que en esa estructura se realizaban sacrificios humanos dio pauta para que Stephens hiciera algunos comentarios sobre esta práctica y al mismo tiempo la reprobara: “Al traer a la memoria las bárbaras escenas de que el lugar había sido teatro, parece justa la sentencia que el sangriento altar hubiera sido derribado y la raza de sus ministros aniquilada.”⁴⁶

En el recorrido de Stephens por Uatlán se ejemplifica la evocación del pasado a partir de los restos materiales, cada fragmento de muro, aunado al relato que Stephens conoció de Fuentes y Guzmán, remite a tiempo anteriores; el autor imagina los acontecimientos de la historia de la región a cada paso que da y en cada cosa vista.

Por último Stephens escribe acerca de una escultura de barro que le fue dada por don Miguel Rivera y Maestre, quien fue encargado del gobierno guatemalteco para inspeccionar las ruinas, la cual vuelve a ligar con el tema de los sacrificios humanos:

En su informe al gobierno, don Miguel lo llamaba [a la figura de barro] Cabauhuil, o sea una de las deidades de los antiguos habitantes del Quiché. Ignoro bajo qué autoridad le ha dado él este nombre, pero a mí no me parece improbable que su suposición es verídica, y que a esta vasija de barro víctimas humanas han sido ofrecidas en sacrificio.⁴⁷

Más adelante veremos cómo Squier también liga algunos de sus hallazgos con el tema del sacrificio. Además del hecho verídico de la práctica de sacrificios humanos en los pueblos mesoamericanos, los viajeros pueden estar influidos por una imagen estereotipada de los indígenas, quienes desde el siglo XVI tienen el epíteto de salvajes, antropófagos y paganos.⁴⁸

⁴⁵ *Idem*, p. 156-157.

⁴⁶ *Idem*, p. 158.

⁴⁷ *Idem*, 158-160 p.

⁴⁸ Una interesante reflexión acerca de la idea estereotipada del “arte primitivo” y su relación con prácticas salvajes y de sacrificios humanos o antropofagia aparece en: Sally Price, *Arte primitivo en tierra civilizada*, traducción de Victoria Schussheim, México, Siglo XXI, 1993, 181 p., ils.

Después de recorrer Uxatlán, al no encontrar ninguna semejanza entre esta zona y lo visto en Copán y Quiriguá, Stephens concluye que no hay relación posible entre ellas. Además, al considerar que Uxatlán existió en los siglos XV y XVI según las fuentes escritas, llega a la conclusión de que tanto Copán como Quiriguá pertenecían a una época anterior y que fueron edificadas por otra “raza”. Vemos otra vez la intención de crear una cronología y establecer los posibles vínculos entre los sitios registrados.

El último lugar visitado por Stephens fue Zaculeu, cerca de Huehuetenango. El explorador lo relacionó con Iximché y Uxatlán por el tipo de emplazamiento de las ruinas en el paisaje, al estar en un lugar alto y rodeado por un foso o barranco, señal de que los tres lugares visitados pertenecían a pueblos guerreros que buscaban protegerse de sus enemigos. La conservación de los antiguos edificios era peor que en Uxatlán, no obstante el viajero se interesó por dos de ellos, en uno de los cuales realizó una excavación, la única que hizo en todo su estancia en Centroamérica.

Por la tarde abrimos uno de los montículos. El interior era una áspera capa de piedra y cal, y después de una hora de excavación nos encontramos con fragmentos de hueso y dos vasijas. La primera de las dos se hallaba entera cuando la descubrimos, pero, desgraciadamente se quebró al sacarla, aunque recogimos los pedazos. Es de gracioso diseño, con la superficie pulida, y de muy buen artefacto. La última ya estaba rota, y aunque más complicada, no tiene pulida la superficie.⁴⁹

A las anteriores vasijas se suman otras que Stephens consiguió del dueño del terreno en donde estaban las construcciones. En el relato se menciona la creencia de que al interior de los montículos había tumbas con restos de los antiguos habitantes, idea que motivó la realización de las excavaciones; al ser hallados los objetos junto con restos óseos esta hipótesis cobró relieve y Stephens no pudo sino lamentarse por no tener tiempo para indagar con mayor profundidad.

Stephens tomó nota de la forma en la que estaban hechos los edificios y se percató que, a diferencia de Copán en donde se trataba de bloques de piedra tallada, fueron edificados con piedras sin trabajar pegadas con argamasa y recubiertas con estuco. Las observaciones de nuestro autor fueron cada vez más específicas en aspectos que ahora consideramos netamente arqueológicos, sus notas en este sentido aun son válidas para entender las diferencias arquitectónicas del pueblo maya prehispánico.

⁴⁹ Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica*, Vol. 2, p. 200.

Para concluir sobre el recorrido de Stephens en las tierras altas de Guatemala, es necesario comentar un episodio en donde el viajero habla de la existencia de una misteriosa ciudad que se encontraba al norte del actual departamento del Quiché: “Pero el asunto que nos excitó fue la aserción del padre que, a cuatro días de camino para México, del otro lado de la gran sierra, existía una ciudad habitada, grande y populosa, ocupada por indios, precisamente en la misma condición en que se hallaban antes del descubrimiento de América.”⁵⁰

Esta ciudad despertó el interés de Stephens; si antes frente a las construcciones en ruinas sólo podía imaginar el glorioso pasado, ahora podría *verlo*, pues la narración que escuchó hacía énfasis en que se era un lugar que permanecía aislado de la influencia española y mestiza.

[cuentan] que ningún hombre blanco ha llegado jamás a esta ciudad; que los habitantes hablan la lengua maya; que saben que una raza de extranjeros ha conquistado todo el país alrededor y que matan a cualquier hombre blanco que intente penetrar su territorio. Que no tienen moneda y otro medio circulante; no tienen caballos, ganado, mulas ni otros animales domésticos excepto aves, y que a los gallos los guardan en sótanos para evitar que su canto sea oído.⁵¹

Las dos actitudes que caracterizan a Stephens en su acercamiento a la materialidad prehispánica quedan manifiestas en sus opiniones sobre esta ciudad; por un lado colonizarla, y por otro hacer uso de ella para indagar sobre las otras ruinas: “Quinientos hombres podrían probablemente marchar enseguida a la ciudad, y la invasión sería más justificable que ninguna de las llevadas a cabo por los españoles [...]”⁵²

[...] queda un lugar donde los indios y una ciudad indígena existen como Cortés y Alvarado los encontraron; hay hombres vivos que pueden resolver el misterio que se cierne sobre las ciudades arruinadas de América; quizá quien pueda ir a Copán y leer las inscripciones de sus monumentos.⁵³

Antes de partir a México, a punto de cruzar la frontera, Stephens se quedó pensando en esta ciudad imaginada, la cual lo ayudaría a resolver los misterios de los

⁵⁰ *Idem*, 168-169 p. Robert Brunhouse comentó las secuelas del relato de Stephens sobre esta ciudad, pues a raíz de esta historia se suscitaron algunos acontecimientos que ahora podríamos llamar *sensacionalistas* en la literatura y la prensa de Estados Unidos e Inglaterra. *Vid*, Brunhouse, *op. cit.*, 105-107 p.

⁵¹ Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica*, Vol. 2, p. 169.

⁵² *Idem*, p. 170.

⁵³ *Idem*, p. 169.

lugares vistos. Stephens hizo un viaje a la historia al recorrer las antiguas construcciones de América Central; dejó tras de sí certezas, pero también muchas preguntas.

5.4. Squier: la influencia de Stephens y otros conocimientos previos

Si en la obra de Stephens, como expuse, podemos ubicar la presencia de otros textos a los que recurre el viajero, en Squier, por el contrario, encontraremos pocas menciones a autores interesados en la materialidad prehispánica. A pesar del amplio conocimiento bibliográfico de Squier, los textos que utiliza no tratan temas relacionados con los objetos prehispánicos. Stephens constituye la excepción en este sentido.

Es probable que Squier haya concebido su viaje a Centroamérica, en el cual se conjuntaron intereses anticuarios con ocupaciones diplomáticas, teniendo como referencia la experiencia de Stephens.

Squier [...] concibió la idea de un nombramiento diplomático como medio de llegar a Centro América a estudiar las ruinas aborígenes. Existía un claro precedente de tal idea. John L. Stephens mismo había ido a Centro América en una misión diplomática que le permitió suficiente tiempo para satisfacer su curiosidad erudita respecto a las ruinas de Guatemala y Yucatán.⁵⁴

Las coincidencias en las ocupaciones de los dos viajeros durante sus respectivos viajes a Centroamérica deben ser vistas considerando que Stephens antecedió por diez años a Squier; el segundo partió desde el puerto de Nueva York con conocimientos sobre el relato de Stephens y con una idea del tipo de cosas que podría encontrar en América Central. Stephens fue, de alguna manera, un modelo para Squier.

Los hallazgos de los que habló Stephens despertaron inmediato interés por la región; Squier, al viajar a Centroamérica, creyó ver en varias ocasiones objetos similares a los descritos por su antecesor. Es probable que Squier quisiera *encontrar* el mismo tipo de monumentos con la intención de equiparar sus descubrimientos con los de Stephens. Un ejemplo de esta *búsqueda* de esculturas *stephensianas*, lo tenemos en el siguiente pasaje, cuando Squier creyó ver un monolito similar a los de Copán.

A mitad del camino entre Masaya y Managua dimos de sopetón con una gran piedra que a la primera ojeada supuse sería una de las <pedras antiguas> [sic] del país; un verdadero monolito semejante a los descubiertos en Copán por Mr. Stephens. Resultó ser, no obstante, un <relox del

⁵⁴ Charles L. Stansifer, “Ephraim George Squier...”, p. 17.

sol>, cuadrante solar dejado allí por los españoles con el doble propósito de marcar la distancia y las horas.⁵⁵

La mirada de Squier estuvo predeterminada, en parte, por el relato de Stephens; sin embargo esta influencia no fue tan fuerte como para considerar que Squier carecía de una formación y visión propias. Otra de las partes en que Squier aludió a Stephens fue cuando se encontró frente a las pinturas rupestres de la laguna Asososca: “[...] puede verse una mano roja, la misma que persiguió a Mr. Stephens en todas sus exploraciones arqueológicas de Yucatán [...]”⁵⁶

Resulta entendible que Squier se remita a la obra de Stephens, pues ésta era una publicación reciente que trataba temas parecidos y se desenvolvía en la misma región. Podemos considerar que Squier fue uno de los primeros viajeros en recibir la influencia de Stephens. Otro pasaje en donde vuelve a remitirse a su trabajo lo tenemos en las observaciones hechas con respecto a las esculturas de los lagos de Nicaragua, en donde también podemos apreciar el uso de una terminología tomada de la antigüedad mexicana, en este caso los *teocalli*: “Al igual que las esculturas de Copán descritas por Mr. Stephens, estas de Pensácola y Zapatera no parecen haber sido erigidas en los propios teocalis [*sic*], sino en sus contornos.”⁵⁷

Tomando en cuenta la presencia de Stephens en la obra de Squier, podemos considerar, como se mencionó páginas atrás, que cuestiones como la denominación de “ídolos” dada a las esculturas en piedra de Nicaragua, la haya retomado Squier de la obra del anterior viajero. Sin embargo Stephens no fue su única influencia.

En la biografía de Squier realizada por Charle Stansifer no se menciona en ningún lugar que haya visitado México, no obstante se comenta que, a raíz de los estudios que llevó a cabo en los antiguos monumentos de los Estados Unidos, concibió la idea de que tanto en México como en Perú estaban las respuestas a muchos misterios relacionados con la antigüedad americana. Squier leyó escritos relacionados con las antiguas civilizaciones de dichos países.

En algunos pasajes de *Nicaragua; its people...* hay breves menciones al pasado prehispánico de México, Squier utiliza su conocimiento al respecto para aclarar algunos

⁵⁵ Squier, *Nicaragua*, 1972, p. 167.

⁵⁶ *Idem*, p. 320.

⁵⁷ *Idem*, p. 394.

asuntos referentes a los vestigios que conoció en Nicaragua. En alguna fuente que no conocemos, Squier se relacionó con algunos elementos básicos de la iconografía prehispánica de México, los cuales le sirvieron para poder plantear una explicación sobre los atuendos que presentaban las esculturas prehispánicas de la región de León.

Cuando Squier describe el ídolo número 1 de Subtiaba, escultura que le fue obsequiada por una autoridad indígena, dice:

Su cara parece salir de entre las mandíbulas bárbaramente abiertas de un animal salvaje cuya cabeza le sirve de algo así como tocado. Los antiguos mexicanos acostumbraban llevar en los combates cabezas de animales, o cascos imitándolas, sobre sus propias cabezas, con el fin de amedrentar al enemigo.⁵⁸

Después, cuando describe al ídolo 3 de Subtiaba, vuelve a insistir en la comparación:

Lo mismo que en los otros casos, la cara le había sido mutilada, pero el resto de la figura está casi en perfecta condición. Parece tener el pelo en crenchas que desde la frente le corre hacia atrás. O tal vez lo que yo creo pelo sea un ejemplo modificado de esos adornos de plumas tan comunes en los ídolos de México, Yucatán y la América Central.⁵⁹

En estas dos citas, aunque breves, Squier manifestó su conocimiento sobre la antigüedad mexicana; las comparaciones por él enunciadas sugieren, pues nunca lo hizo explícito, que vislumbró una cierta unidad cultural en la región que hoy conocemos bajo el nombre de Mesoamérica. Squier, al comparar sus hallazgos de Nicaragua con información relativa a México, dio un vuelco a la manera en que se habían concebido las antigüedades americanas, pues ellas solían ser cotejadas con objetos antiguos del Viejo Mundo; de esta manera el viajero estadounidense, de manera similar a Stephens, abrió el camino para un estudio de la materialidad prehispánica que se centró en la comparación de los monumentos americanos entre sí.

5.4.1. Squier: sus exploraciones en las islas de Nicaragua

Squier se acercó a los objetos prehispánicos de Nicaragua concibiéndose como un especialista en la materia; sus anteriores recorridos en los montículos de tierra de los Estados Unidos y sus publicaciones sobre variados temas de la antigüedad americana, lo acreditaban como tal. Digamos, con la intención de marcar una diferencia entre los

⁵⁸ *Idem*, p. 246.

⁵⁹ *Idem*, p. 248.

autores, que Stephens era reconocido como *viajero*, pero no como *anticuario*; y Squier, a la inversa, era un *anticuario* declarado, pero ajeno aún al ámbito viajero. Esta diferencia, que antecede a la presencia de ambos en Centroamérica, no se ve, sin embargo, reflejada en sus obras. El tratamiento de la narración y el modo en que se insertan los pasajes referentes a la materialidad prehispánica, no permiten distinguir dicha diferencia. “Cierta dama había oído decir que yo era un gran arqueólogo y anticuario y en anticipo a mi visita había acumulado la más descabellada colección de curiosidades, desde <vasos antiguos> [*sic*], fragmentos de cerámica y hachas de piedra [...]”⁶⁰

Esta fama de anticuario le valió a Squier la posibilidad de entrar en contacto con objetos prehispánicos que le fueron regalados; pero sus más importantes hallazgos los realizó mediante la exploración directa de algunos sitios. Sus principales exploraciones las llevó a cabo en las islas de los lagos de Nicaragua; en ellas realizó de manera favorable su ideal de *descubrimiento*, pues se encontró con monumentos de los que nadie había dado cuenta. Stephens tuvo noticias escritas de la mayoría de los lugares que visitó, pero Squier partió sólo con el apoyo de sus guías que lo acompañaban.

En la isla de Momotombito, ubicada en el lago de Managua frente al volcán Momotombo, Squier hizo una rápida visita después de saber que una escultura ubicada en la plaza de León provenía de aquel lugar. El acercamiento de Squier fue muy apresurado, el recorrido lo hizo en un solo día; la información que resultó es, por lo mismo, escasa, lo más relevante fue la ubicación de las esculturas y la sugerencia de que existía una gran cantidad de ellas.

Victorino [el guía] guía dijo que tiempo atrás recordaba haber visto allí hasta cincuenta ídolos, algunos todavía en pie. Según su relato y los de otros, estaban colocados en cuadro, con la cara para adentro; la posición de los que encontramos completos, y de los fragmentos, confirmó estos datos.⁶¹

Parece que Squier se conformó con corroborar la existencia de los monolitos en esa ínsula, sin pretender hacer mediciones o un plano del lugar. El interés anticuario se concentraba en la búsqueda de monumentos capaces de impresionar al hombre estadounidense y europeo; los hallazgos tenían que tener las características de estar bien conservados y mostrar en sus formas elementos dignos de ser considerados artísticos.

⁶⁰ *Idem*, p. 99.

⁶¹ *Idem*, p. 242.

Esto mismo aplicó para el caso de Stephens como mencioné. “Como ya he dicho, muchos habían sido llevados ya de allí, y la mayor parte de los que aún quedaban hallábanse quebrados o desfigurados de tal manera que casi no servían para lo que yo los quería.”⁶²

No pensemos entonces que el interés de Squier incluía todos los vestigios materiales, en aquella época se daba prioridad sólo a los más “impresionantes”. Es necesario preguntar ¿y para qué quería Squier los monumentos? La respuesta ya la vimos cuando mencioné en anteriores páginas que el viajero envió hacia Estados Unidos un ídolo de la isla Momotombito; la idea de que las esculturas prehispánicas eran utilizadas para impactar a un lejano público se deduce del texto mismo. De la isla de Zapatera Squier envió dos esculturas más hacia los Estados Unidos; en total envió 6 de ellas a la Smithsonian Institution.

En Momotombito Squier puso atención a dos monumentos más, uno de los cuales era una cabeza colosal; aunque no escribe en detalle acerca de ellos, incluyó sus respectivos dibujos.

La segunda isla que Squier exploró fue Pensácola, ubicada en el lago de Nicaragua frente Granada; se decidió a recorrerla después de escuchar a un marinero decir que en ese lugar había “piedras antiguas”. En su primer, Squier y su grupo encontraron una escultura enterrada que mostraba señales de fina elaboración:

Nuestra ansiedad no duró mucho; un grito de ¡aquí, aquí!, dado por el hombre del doctor, era señal de que los habían encontrado. Corrimos a su lado. Era cierto, pues advertimos claramente dos grandes bloques de piedra semienterrados. Las partes al descubierto, aunque desgastadas por los rigores del tiempo, y evidentemente víctimas del vandalismo, dejaban ver su fina labor escultórica.⁶³

Squier vuelve a poner atención a los monumentos en la medida que presentan buen estado de conservación. Esta primera escultura que registró en Pensácola fue nombrada como “Montezuma” por los ayudantes indígenas del viajero.

El descubrimiento fue en verdad emocionante, y los marineros indígenas parecían casi tan entusiasmados como nosotros. En cuclillas alrededor de los ídolos especulaban gravemente acerca

⁶² *Idem.*

⁶³ *Idem*, p. 364.

de su origen. Al fin se pusieron de acuerdo en que el más grande era nada menos que Montezuma.⁶⁴

Al siguiente día Squier regresó a la isla. Sus visitas tenían el objetivo de localizar esculturas y desenterrarlas; la intención era, con seguridad, enviarlas igual como las anteriores hacia Estados Unidos, no obstante éstas no fueron removidas. Squier descubrió tres esculturas: una es “Montezuma”, y las otras fueron llamadas “el diablo” y “la niña”; los comentarios y las descripciones que el viajero hizo de ellas es lo más destacada de su expedición en esta isla.

La descripción sobre “Montezuma” es la siguiente:

Tiene figura de varón y es sólido y pesado; descansa sobre un pedestal rectangular, echada la cabeza un poco hacia adelante, y apoya sus brazos en los muslos [...] Tiene la cara como saliendo de las fauces de una monstruosa cabeza de serpiente en cuya parte inferior pueden distinguirse los anillos. La cabeza del ofidio con las fauces abiertas, y la cara del hombre, son de un verismo vívido. El conjunto es una escultura de esmerada y atractiva ejecución.⁶⁵

Las descripciones que Squier hizo de lo encontrado en Pensácola demuestran que se percató de los principales rasgos representados; en el caso del monumento denominado “la niña”— que al parecer recibió este nombre por capricho de los marineros, porque nada tiene que ver con una niña— también mencionó sus principales características, las cuales consisten en representar un hombre que carga un animal en la espalda, un ejemplo de las hoy nombradas esculturas con *alter ego*. Aunque Squier no planteó ninguna hipótesis respecto al significado, sí mencionó algunas características formales que diferencian a estos ídolos de los de Copán.

Este ídolo, esculpido en piedra arenisca y dura, de color rojizo, es de líneas sueltas, y sus brazos y piernas —a diferencia de los monolitos de Copán— están bastante separados del cuerpo: lo más que pudo hacer el escultor sin peligro de que se le rompiesen; y los cortó con tal atrevimiento que no he visto nada semejante en ningún otro ídolo de los aborígenes americanos.⁶⁶

Como vemos, Squier se sorprendió por la forma de la escultura, y le otorgó valor en la medida en que constituía un objeto de “admirada ejecución”; apareciendo así la consideración estética como en Stephens. No abundó el autor en el significado de las

⁶⁴ *Idem.*

⁶⁵ *Idem*, p. 365.

⁶⁶ *Idem*, 365-367 p.

obras, pero se imaginó que pudieron ser los mismos ídolos que mandó destruir el primer conquistador de Nicaragua: Gil González.

Respecto a la escultura denominada “el diablo”, Squier escribió:

Está roto por su mitad inferior, que no pudimos encontrar; lo que resta de él es sólo el tronco y la cabeza. Ésta es desmesurada, redonda y de ojos desorbitados; tiene orejas anchas y enormes y de su boca extremadamente abierta —cuya mandíbula inferior tira hacia abajo con sus propias manos— le sale una lengua que le llega al pecho, dándole al conjunto una horrorosa expresión.⁶⁷

Esta escultura en particular despertó la imaginación de Squier sobre el sacrificio humano, y es una muestra de cómo se expresó frente a una manifestación alejada de su sensibilidad estética:

Tal como estaba [...] con su descomunal cabeza surgiendo del suelo y su fija y pétrea mirada, parecía un monstruo gris recién salido de las entrañas de la tierra al potente conjuro del hechicero de una satánica religión. Mis hombres retrocedieron temerosos, y más de uno se santiguó susurrando a su vecino: “¡Ese es el diablo!”. Allí pude medir el pavor con que debieron haberlo mirado los fieles de la antigua religión, cuando el sanguinario sacerdote le untaba en la larga lengua el todavía palpitante corazón de algún pobre indio.⁶⁸

La visión de Squier acerca de los antiguos pobladores, inferida a partir de lo dicho sobre sus vestigios, no se aleja mucho de las interpretaciones de los religiosos coloniales. La información principal extraída de los monumentos la relacionó con un concepto estereotipado del indio, al mostrarlo como un ser que practicaba ritos sanguinarios. Los antiguos monumentos como escenario de sacrificios, ya se señaló también para el caso de Stephens. El ejemplo más elocuente de los sacrificios humanos en el relato de Squier lo tenemos cuando el estadounidense se sienta y recuesta sobre lo que consideró era una piedra de sacrificios en Zapatera.

Engolfado en estos desvaríos me acosté, casi inconscientemente, en la misma piedra sobre la cual fantaseaba. Mis piernas encajaban tan bien en su concavidad que parecía haber sido hecha expresamente para mí; cayó mi cabeza hacia atrás y se alzó mi pecho. Un instante no más y por mi mente cruzó una imagen con fuerza aterradora: < ¡la piedra del sacrificio!> [*sic*].⁶⁹

De las tres islas en que Squier conoció objetos prehispánicos fue en Zapatera, en el lago de Nicaragua, donde encontró mayor número de esculturas. La información de su existencia la obtuvo el viajero de su guía: “[...] Manuel, quien nos serviría de guía,

⁶⁷ *Idem*, p. 367.

⁶⁸ *Idem*, 367-368 p.

⁶⁹ *Idem*, p. 385.

aseguró que había “muchos frailes”, arrodillados unos, en cuclillas otros, y otros más de pies, y también acostados como si estuvieran muertos, amén de muchas cosas maravillosas y curiosas [...]”⁷⁰

Después de un tortuoso viaje en las agitadas aguas del lago de Nicaragua, Squier y su comitiva desembarcaron. La primera acción de nuestro autor fue iniciar la búsqueda de los “frailes”. Ante la localización de los primeros monolitos Squier concibió de inmediato llevar a cabo una exploración formal: “Tuve entonces la certeza de que una investigación metódica sería recompensada con muchos descubrimientos más, y decidí emprenderla.”⁷¹

Si es en este lugar en donde el viajero decidió realizar una “investigación metódica”, es de esperar que en su relato sobre esta exploración encontremos los rasgos más importantes del modo en que Squier se acercó a la materialidad prehispánica. El viajero reunió, en primer lugar, un número suficiente de hombres para levantar las esculturas, algo similar a cuando Stephens limpió de toda vegetación las estelas de Copán para que fueran dibujadas. “Dejando dos hombres al cuidado de los botes, hice formar mi tropa y nos pusimos en marcha. Éramos en total veinticuatro; con esa fuerza estaba seguro de poder alzar de nuevo a los dioses caídos, y quizá hasta llevarme algunos.”⁷²

Squier tuvo la suerte de sumar seis ayudantes más a su comitiva el mismo día de su llegada a la isla; los objetivos, como vimos en la cita anterior, eran ver las esculturas, dibujarlas y en última instancia llevarse alguna. El acercamiento de Squier, a pesar de presentarse como un arqueólogo o anticuario, denota poco interés en esclarecer problemas históricos a través de los monumentos descubiertos.

Un rasgo característico de la exploración en Zapatera, fue la actitud casi obsesiva de Squier por descubrir todas las esculturas; esto lo lleva en ocasiones a maltratar a sus ayudantes; pero de manera general el relato presenta los acontecimientos como un gran triunfo de la relación entre el estadounidense y los nicaragüenses. El futuro benigno que Squier vislumbraba para una Centroamérica dirigida por los estadounidenses, lo intenta reflejar en el éxito de las expediciones “arqueológicas” en las que él lideraba a los centroamericanos:

⁷⁰ *Idem*, p. 373.

⁷¹ *Idem*, p. 381.

⁷² *Idem*, p. 383.

Salté luego cogiéndome a una cuerda y grité como energúmeno: “¡Arriba, arriba, muchachos! ¡Viva Centro América!”. Los hombres parecieron inyectados de renovado vigor; se hizo un nuevo y simultáneo esfuerzo. La mole al fin cedía. “¡Un poco más muchachos!”. Y fue ascendiendo piano, piano, pero siempre arriba y arriba hasta que, bamboleándose peligrosamente, se asentó en firme. Por un instante los hombres se quedaron alelados, como asombrados de sus propias fuerzas, y luego se desbordaron en otra efusión de alegría y aguardiente. Esta vez todos bailaron una extraordinaria zarabanda, sin ton ni son, haciendo cada cual por donde superar a los demás en estafalarias gesticulaciones. Traté de intervenir, pero en el acto me rodearon, en vez del ídolo, y bailaron en torno mío con más delirio crecido todavía, entre vítores a Norte América.⁷³

La erección de un monumento caído se transforma en una fiesta. Squier, al querer llamar la atención de sus compatriotas hacia Nicaragua, nos presenta el hallazgo como ejemplo paradigmático de la convivencia entre los hermanos norte y centroamericanos, en donde, por supuesto, los estadounidenses eran los hermanos mayores.

En total Squier registró diez y nueve esculturas prehispánicas, sin contar los fragmentos de otras a las que no puso atención por estar maltratadas. De la mayoría de ellas presentó imágenes, sólo los ídolos 8, 14, 17 y 18 no fueron dibujados. Squier no aportó consideraciones de tipo histórico a partir del análisis de los monumentos, pero los describió en términos formales. En el caso de las esculturas de Zapatera, presenta un párrafo numerado correspondiente a cada una. Ejemplo del tipo de descripciones es el siguiente párrafo sobre el ídolo número 10:

Representa a un hombre en cuclillas —postura que aún es habitual entre los indios de hoy— con una mano caída y otra sobre el pecho. Tiene la cabeza erguida, y sobre la frente una greca labrada. Sus facciones son distintas de las del resto de ídolos desenterrados allí; todos, en rigor de verdad, tienen inconfundibles características individuales. Sobre sus espaldas carga un animal salvaje, tigre al parecer, cuyas zarpas delanteras le clava en los hombros, y en las caderas le hunde sus cuartos traseros; dentro de las fauces de la fiera desaparece la parte posterior de la cabeza del hombre.⁷⁴

La mayoría de las descripciones son como la anterior, pero en ciertos casos se mencionan más detalles. Squier dijo que, en algunos monolitos, el escultor apenas modificó la roca y, por el contrario, aprovechó algunas formas naturales de la misma. Esto nos muestra cómo los viajeros se enfrentaron a esculturas diferentes. Si Stephens

⁷³ *Idem*, p. 384.

⁷⁴ *Idem*, p. 389.

encontró en Copán estelas con profusión de detalles y representaciones, Squier conoció esculturas sencillas en cuanto al modo de elaboración y con menos cantidad de signos.

Sólo hasta el final del capítulo en donde habla de los monumentos de Zapatera, Squier enuncia algunas opiniones más allá de lo formal. El viajero pensó que eran representaciones de deidades, lo cual se desprende de otra observación hecha sobre el carácter individual de cada una; Squier se percató de la intención por representar a sujetos específicos: a los que creyó antiguos dioses. “Con respecto a los ídolos descubiertos en Zapatera cabe observar que, si bien el estilo de la mano de obra es en todos ellos el mismo, todos también tienen su marcada individualidad, como corresponde a deidades con distintos atributos y diverso escalón jerárquico en el viejo panteón.”⁷⁵

Squier, respecto a la cronología, consideró a las esculturas como contemporáneas a la conquista de 1522; llega a esta conclusión porque atribuyó el estado de destrucción de los monumentos a los sacerdotes y conquistadores españoles.

Squier realizó breves exploraciones en las islas de Nicaragua —en Zapatera estuvo sólo dos días—, pero gracias al interés y sus recursos humanos pudo remover algunos monumentos, incluso para enviarlos a Estados Unidos, y levantar otros sólo para obtener dibujos. Las descripciones hechas muestran la preocupación por enunciar una idea general de los motivos y personajes representados, pero no se profundizó en otros cuestionamientos. Podemos pensar que, si el interés *arqueológico* se caracteriza por intentar esclarecer problemas históricos a partir de restos materiales, Squier fue “menos” *arqueológico* que Stephens. La mención de posibles relaciones entre los monumentos de las distintas islas no ocupó a Squier, como si fue el caso de Stephens en Copán y Quiriguá.

Es necesario comparar, en otra investigación, las exploraciones de Squier en Centroamérica con las que hizo antes en Estados Unidos; pues esto arrojaría mayor información para caracterizar su labor arqueológica y los presupuestos con los cuales partía para llevarla a cabo. De sus expediciones en Nicaragua podemos considerar que su labor consistió en dar cuenta de la existencia de objetos prehispánicos de la manera más fiel posible.

⁷⁵ *Idem*, p. 394.

5.4.2. Squier: restos de arquitectura prehispánica en Nicaragua

Uno de los elementos a los que Squier puso atención durante su recorrido en Nicaragua fue la arquitectura prehispánica, esto es importante destacarlo porque en la literatura arqueológica actual sobre este país no suelen aparecer referencias a construcciones precolombinas. Las breves menciones al respecto son significativas porque muestran que en esta región sur de Mesoamérica sí existieron manifestaciones de este tipo.

En el episodio sobre Momotombito Squier habló de una curiosa construcción que unía a dicha isla con tierra firme; se trata, al parecer, de una especie de puente.

En cierto lugar de la costa de tierra firme, casi enfrente de la isla, se ve una punta de peñascales que entra unas cien o doscientas yardas en el agua. Los indios conservan la vaga tradición de que eso fue un terraplén construido por los antiguos pobladores, que iba de la costa a la isla; y el capitán Belcher, de la marina británica, que viajó allí en 1838, opina que puede ser cierto.⁷⁶

Después, en su visita al cerro de Santiago, cerca de León, Squier mencionó una gran plataforma de piedra; el viajero la interpretó como el basamento de un templo.

Al despejar el monte de los contornos topé con un cúmulo oblongo de piedras que parece haber sido cimiento de un edificio, o uno de los teocalis o altares de los aborígenes. Tiene una longitud de doscientos pies [60 m.], sesenta de ancho [9 m.] y diez de alto [3 m.]. Los bordes de piedra conservan aún cierta regularidad, pero el conjunto es ya una ruina sobre la cual crecen árboles de gran tamaño.⁷⁷

Las opiniones del estadounidense, al encontrarse con vestigios tan maltratados por el paso del tiempo, se limitan a señalar la existencia de fragmentos de piedras; algo similar a como Stephens se expresó en Utatlán y Zaculeu. El modo en que Squier se refirió a las ruinas prehispánicas, y en este caso estamos frente a *ruina* como algo maltratado y abandonado, implicó su comparación con las *ruinas* cristianas de los españoles. La arquitectura pasada y derruida se presenta en el relato de Squier como un modo de ejemplificar el paso de tiempos cíclicos, en donde el prehispánico y el colonial constituyen los dos primeros; tal vez para nuestro *monroísta* diplomático, otro ciclo más podría venir con la presencia estadounidense en Nicaragua. “Ruinas sobre ruinas —las iglesias cristianas y los teocalis paganos— se han hundido todas juntas.”⁷⁸

⁷⁶ *Idem*, p. 244.

⁷⁷ *Idem*, p. 249.

⁷⁸ *Idem*, p. 253.

Otro lugar en donde el viajero se encontró con construcciones prehispánicas fue en Zapatera. De hecho lo primero en ser identificado en dicha isla fueron los restos de estructuras de piedra, antes incluso que las esculturas: “Al fin Manuel reconoció el terreno, y quebrando bruscamente hacia la izquierda, pronto llegamos a un espacioso bancal cubierto de inmensos árboles, espesa maleza y arbustos. Había allí algunos grandes e irregulares montículos de piedra, que al punto noté que eran artificiales.”⁷⁹

Los restos arquitectónicos de Zapatera eran un conjunto de piedras amontonadas, y al parecer no sugerían que en el pasado hubieran tenido una forma más o menos definida; pero el viajero consideró, tomando como referencia lo dicho por cronistas españoles, que en su tiempo fueron edificaciones piramidales; de hecho les dio el nombre de *teocalis*. Squier realizó una excavación en el más grande de los montículos, pero sólo encontró fragmentos de cerámica mezclados con las piedras, los cuales llamaron su atención por presentar policromía.

La arquitectura prehispánica de Nicaragua, a pesar de no mostrar buen estado de conservación ni indicios de “impresionantes” estructuras —considerando lo que por impresionante entendían los viajeros de la época—, mereció la atención de Squier y con ello el autor dio un precedente sobre la existencia de edificios antiguos en la región. Es probable que Squier, motivado por sus exploraciones en los montículos de Estados Unidos y por la lectura de Stephens, intentara de antemano localizar este tipo de manifestaciones; aunque ellas no tenían el esplendor que él hubiera deseado, las registró y atribuyó el estado de destrucción a los siempre fanáticos religiosos españoles. Squier no abundó en mediciones sobre las estructuras, como lo hizo Stephens, y sólo dijo que se trataba de templos en donde se desarrollaron sacrificios humanos.

5.4.3. Squier y las manifestaciones rupestres

Squier, a pesar de estar influenciado por las lecturas de otros viajeros y estudiosos del pasado prehispánico, predispuesto en ocasiones a ver o buscar objetos similares a los descritos con anterioridad —como le sucedió con Stephens—, no dejó de observar cosas a las que no se les había puesto atención. Es el caso de las manifestaciones rupestres, siendo en este ámbito el primero en haberlas registrado en Nicaragua.

⁷⁹ *Idem*, p. 381.

El primer pasaje sobre este tema lo presenta Squier en el capítulo XV, cuando habla de la visita a las pinturas rupestres de la laguna Asososca, cerca de Managua. De la manera como Squier observa las manifestaciones rupestres, sobresale su interés por el paisaje. Estudiosos recientes han señalado la importancia de considerar las pinturas rupestres y los petrograbados en relación con el entorno, pues éste forma parte indisoluble en el discurso rupestre.⁸⁰ En este sentido Squier converge con los planteamientos actuales, pues él nunca dejó de percibir esta unidad.

Antes de comenzar la descripción de las pinturas, Squier hizo una descripción general de las paredes rocosas en donde estaban plasmadas; después señaló el estado de conservación de los diseños y su color, la mayoría de los cuales estaban en muy mal estado y en tono rojo. En esta parte el recorrido del viaje se interrumpe por completo y, en el tenor polifónico que ya he mencionado, comienza a expresarse el Squier *arqueólogo* dando una serie de informaciones en donde denota, o quiere denotar, su carácter de *especialista*.

En la parte más alta del acantilado, a unos treinta o cuarenta pies de nuestras cabezas, se enrolla la figura de una serpiente emplumada, llamada por los indios contemporáneos “el Sol”. Entre los indios semicivilizados de América, de México al sur, como también entre muchas naciones del Viejo Mundo, la serpiente fue un relevante símbolo religioso de muy profundo alcance.⁸¹

Squier hizo coincidir la imagen que vio con la apreciación de los indígenas, quienes la interpretaban como un sol:

En muchos de sus aspectos coincidió [la serpiente] con el sol, o fue el símbolo de la divinidad suprema de los paganos, de la que el astro era uno de sus más patentes emblemas. En el caso de la pintura que teníamos al frente, la sagrada serpiente emplumada de los aborígenes combina artísticamente ambos símbolos en uno sólo.⁸²

La observación de Squier sobre la serpiente de Asososca demuestra que el viajero no se conformó con registrar la existencia de la pintura, sino que además se preocupó por darle un significado en términos de lo que él consideraba algunos principios rectores de las religiones antiguas. A continuación se muestra la lámina que Squier publicó en donde aparece la serpiente de Asososca.

⁸⁰ Ver Patricio Bustamante Díaz, “¿Arte? Rupestre. Análisis de la eficacia de un concepto actualmente en uso”, en *Rupestre Web* <http://rupestreweb.tripod.com/obrasrupestres.html>, consultado en Internet el día 4 de enero de 2006.

⁸¹ Squier, *Nicaragua*, 1972, p. 320.

⁸² *Idem*.



Figura 4. Lámina con imágenes de las pinturas rupestres de la laguna Asososca, cerca de Managua.

Las anotaciones de Squier sobre la pintura rupestre de la laguna Asososca, aunque breves, son muy completas. En cuestión de dos páginas Squier nos informa sobre el entorno natural, el estado de conservación, el color, las figuras representadas, la opinión de las personas del lugar respecto a las pinturas y, por último, lo que él mismo piensa sobre ellas.

En su visita a la Cañada de las Piedras Labradas, cerca de Masaya, Squier también fue agudo en sus observaciones; en este caso frente a los petroglifos. Según la narración, se encontraban en el paredón de un angosto barranco, y se extendían en una distancia de cien metros; la cantidad de representaciones hizo necesario que los dibujos fueran distribuidos en cuatro láminas diferentes.

Aquí, a la izquierda, la superficie de un paredón de roca se ve relativamente lisa y literalmente cubierta de petroglifos tallados rudamente en bajo relieve, Unas pocas figuras están todavía enteras, pero las más hállanse ya tan borradas que no se las puede distinguir fácilmente. Muchas de las que están más bajo yacen soterradas y entre escombros que han llevado hasta allí las lluvias; y hay algunas esculpidas tan alto que no se puede saber qué cosas son.⁸³

Squier interpretó algunas de las representaciones, dio sentido a los diseños y volvió a sustentar algunas de sus opiniones hechas en la laguna Asososca; tal es el caso

⁸³ Idem, p. 355.

de la idea del sol como un símbolo de particular importancia en la antigüedad, y la ubicación de motivos que vuelven a remitir a las culturas prehispánicas de México.

Sobre la última parece que quisieron delinear el sol en dos lugares, y quizá también dejar constancia de algún acontecimiento, pues es de suponer que las rayitas verticales de la sección superior de la figura 3 sean números. La figura principal de la derecha de esta sección parece haber querido representar un escudo, arcos, lanzas o flechas y el *xiuhatlalli*, o sea el artefacto con que los aborígenes arrojaban sus lanzas, el mismo que aparece frecuentemente y en forma similar en las pinturas mexicanas.⁸⁴

Nótese cómo el viajero, conocedor de los elementos culturales del centro de México, no dudó en identificar algunos de los petroglifos con una iconografía guerrera, utilizando incluso un término náhuatl. No me es posible identificar en los dibujos a qué se refería Squier cuando hablaba de estos elementos guerreros, pero sí se aprecian los soles y las rayitas verticales mencionadas en la cita anterior (figura 5).

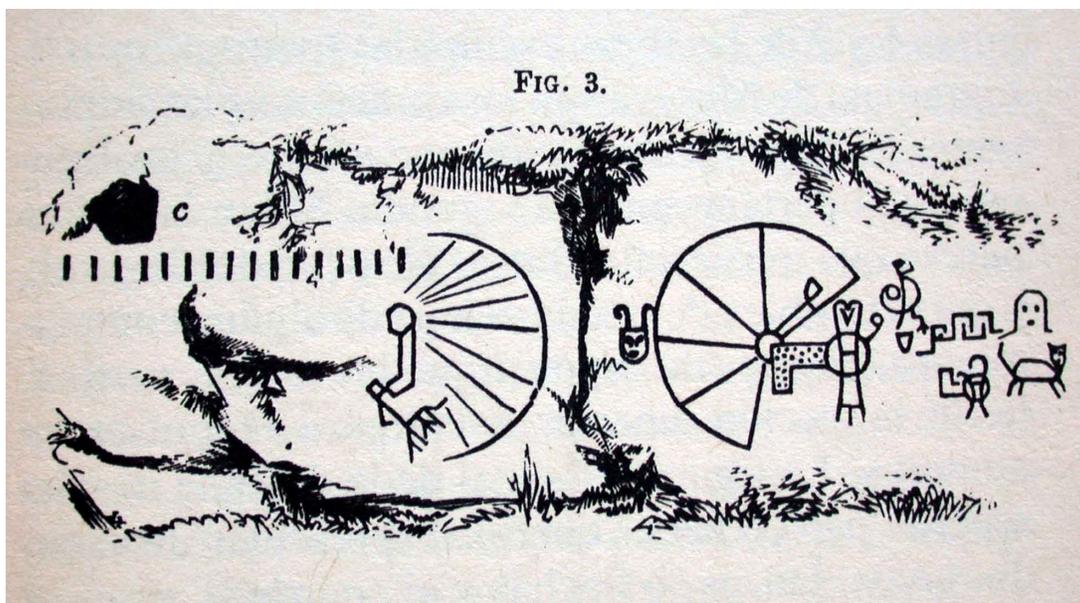


Figura 5. Petroglifos de Cailagua en donde se muestran dos segmentos de circunferencia a los que Squier interpretó como soles. También se observa un conjunto de líneas verticales que el viajero consideró como marcadores de eventos pasados.

Squier también describió otros elementos que acompañaban a los petroglifos: horadaciones —una de las cuales tenía más de seis metros de profundidad— hechas sobre la roca, una pileta excavada sobre uno de los paneles de petroglifos, y un conjunto

⁸⁴ *Idem*, 355-356 p.

de escalones que conducían a la mencionada pileta. La conclusión a la que llega Squier después de visitar el sitio y situar los grabados en el contexto de las manifestaciones rupestres de todo el continente, es:

En su mayor parte, sino en su totalidad son obra de tribus salvajes y parecen por lo general destinadas a conmemorar acontecimientos de señalada importancia. Son, sin embargo, demasiado elementales para concederles gran valor arqueológico; y carecen de mucho interés, como no sea para ilustrar los primeros pasos de un sistema de representación pictórico encaminado a perfeccionarse para llegar a ser un sistema alfabético pasando por el intermedio de los jeroglíficos.⁸⁵

Con la aseveración anterior, Squier se sitúa, como Stephens, en el contexto de las opiniones sobre la evolución humana. Si Stephens consideró *civilizados* a los constructores de Copán, Squier vio como *salvajes* a quienes plasmaron los petroglifos de Cailagua. La asignación de cualquiera de los dos epítetos deriva del valor dado a las manifestaciones conocidas. La consideración de las manifestaciones rupestres como producto de pueblos *salvajes*, en el ámbito de un autor decimonónico como Squier, no está lejos de las opiniones actuales respecto a este tipo de manifestaciones.

Además de poner atención a las pinturas y a los petrograbados, Squier también dio cuenta de modificaciones rupestres en el paisaje. Esto se ve en la visita al cerro de Santiago cuando, después de recorrer el lugar en busca de esculturas, habló de la “Capilla de Piedra”.

Consiste ésta en una roca grande de figura cónica, situada en lo alto de la falda frente a la entrada de este estadio natural, cuya fachada tiene una oquedad capaz de albergar a cuatro o cinco personas y que parece haber sido excavada en la roca. No puedo decir con certeza si este trabajo es todo natural o artificial, pero llegué a la conclusión, vista su posición y regularidad, de que se trata de una brecha natural agrandada y modificada por el hombre.⁸⁶

Si comparamos las observaciones de Squier y Stephens acerca de fenómenos naturales, sobre todo los relacionados con el estudio de la orografía, tendremos como resultado que el primero muestra un conocimiento mayor en estos asuntos. Las visitas de Squier a lugares como volcanes suelen ir acompañadas de observaciones donde demuestra conocimientos en la materia. Esto lo menciono porque Squier fue muy agudo en la apreciación de de cavidades y modificaciones en las rocas, no se dejaba llevar

⁸⁵ *Idem*, p. 356.

⁸⁶ *Idem*, p. 250.

fácilmente por lo que le decían. En el caso señalado de la Capilla de Piedra concluyó que en efecto se trataba de una modificación, aunque mínima, realizada por el hombre. Una mención similar le mereció un camino en la laguna Asososca: “Allí encontramos un estrecho caminito tajado en la roca, ancho apenas para el paso de un caballo. Fue hecho en parte por el hombre, quizá desde antes de la Conquista, cuando, según los cronistas, hasta estas lomas estaban habitadas por gente industriosa y feliz.”⁸⁷

Sin embargo, en la misma laguna de Asososca descartó la posibilidad de que una formación natural haya tenido influencia humana:

Noté que aquello parecía ser sólo una cavidad natural del acantilado, pero para dejar este punto en claro me desnudé y, no sin cierto recelo, me eché a las aguas de color azufroso, nadando hasta en frente de la cavidad. Tal como me lo había supuesto, se trata de una gruta natural de unos treinta pies de alto por diez o quince de profundidad que, vista desde el acantilado opuesto, debió ciertamente parecer a los supersticiosos indios el portal de un templo.⁸⁸

En los comentarios anteriores vimos como Squier se acercó a las manifestaciones rupestres registrando la mayor cantidad de elementos en torno a ellas, además de procurar un registro fiel del tipo de diseños, frente a los cuales enunció sus propias observaciones. Considero que su acercamiento a las pinturas rupestres, petroglifos y modificaciones rupestres en el paisaje, son muestra de que, a pesar de haber sido el primero en haberles puesto atención, no por ello lo hizo de una manera limitada o imprecisa; por el contrario, su experiencia nos muestra cuánto podemos aprender de los investigadores pasados.

5.5. La visión indígena

En las obras de Stephens y Squier hay varias alusiones sobre el modo como la población indígena se relacionaba con los vestigios materiales prehispánicos. A través de sus relatos vemos cómo a mediados del siglo XIX los habitantes originarios de Guatemala y Nicaragua hacían uso de antiguas construcciones en distintos contextos y con diferentes fines.

En Guatemala, Stephens comentó el caso de cómo en Iximché se realizaba una ceremonia en Semana Santa: “[...] el Viernes Santo de cada año se verifica una solemne

⁸⁷ *Idem*, p. 319.

⁸⁸ *Idem*, p. 322.

procesión de toda la población indígena desde el pueblo de Tecpán-Guatemala hasta allí, y, según nos contó nuestro guía, se oyen en ese día las campanas sonando bajo tierra.”⁸⁹

Además del ejemplo anterior, no olvidemos el altar de la iglesia del mismo pueblo donde había una piedra antigua considerada como sagrada, hasta el grado de que el mismo padre la respetaba tanto como la población en general. Se presenta a partir de estos dos ejemplos una inserción de la materialidad prehispánica en el ámbito religioso indígena, lo cual nos habla de ciertas persistencias religiosas con posible origen prehispánico; sin dejar de considerarlas, por supuesto, en relación con el ceremonial cristiano, como es la Semana Santa y con el templo católico mismo.

En Uatatlán Stephens atribuyó el estado de destrucción de la antigua ciudad a una excavación practicada a principios del siglo XIX en busca de tesoros; ante tal devastación del los indígenas pararon a los enviados del gobierno para que no destruyeran más el lugar. “En este registro destruyeron el palacio; los indios, excitados por la destrucción de su antigua capital, se levantaron, y amenazaron con matar a los trabajadores a menos que salieran de la región; y a no ser por esto, dijo el cura, todas las piedras habrían sido arrasadas hasta el suelo.”⁹⁰

De nueva cuenta vemos el interés indígena por los vestigios prehispánicos. Aunque no lo dice nuestro autor, tal vez en Uatatlán también continuaban celebrándose ceremonias; además a dicho lugar se le atribuían ciertas características sobrenaturales: “Debajo de uno de los edificios había una entrada que los indios llamaban una cueva, y por la cual decían ellos que se podía llegar a México en una hora.”⁹¹

Stephens también escribió sobre un religioso que aseguraba que las prácticas religiosas ancestrales se hacían de manera regular en la región del Quiché, en donde tomaban un activo papel los antiguos monumentos. “[...] nos dijo el padre que sus corazones estaban llenos de supersticiones y eran todavía idólatras; que tenían sus ídolos en las montañas y barrancas, y que en silencio y secretamente practicaban los ritos recibidos de sus antepasados.”⁹²

⁸⁹ Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica*, Vol. 2, p. 131.

⁹⁰ *Idem*, p. 160.

⁹¹ *Idem*, p. 161.

⁹² *Idem*, p. 166.

En el pasaje sobre la vista a Zaculeu Stephens relató lo dicho por el dueño de las ruinas sobre cómo los indígenas hacían ceremonias en este lugar:

El dueño del terreno, un mestizo, cuya casa quedaba en la vecindad, y quien nos acompañó a las ruinas, nos contó que él les había comprado la tierra a los indios y que, por algún tiempo después de la compra, lo molestaron con sus periódicas vistas para celebrar algunos de sus antiguos ritos sobre la cima de esta estructura.⁹³

No sólo en Guatemala pervivían prácticas religiosas en los lugares de los antiguos asentamientos. Squier mencionó el caso de una zona en el suroeste de León, al pie del cerro de Santiago, en donde los indígenas del barrio de Subtiaba llevaban a cabo ceremonias. Cabe destacar que el referido por Squier es el mismo de donde le llevaron las esculturas las autoridades indígenas del barrio de Subtiaba y en donde registró la existencia de un “teocali”.

Las ceremonias indígenas en sitios con vestigios prehispánicos no eran del agrado de los ministros católicos. Como veremos en la siguiente cita, entrado el siglo XIX la conquista espiritual en Nicaragua mantenía aspectos similares a los del siglo XVI:

Podíase ver la tierra, en torno al ídolo descrito, relativamente limpia de maleza, lo cual demuestra que aún ahora los descendientes de aquellos que los colocaron allí visitan secretamente el lugar para officiar sus sagrados ritos tradicionales. Los sacerdotes católicos cuidan de desarraigar esos vestigios de idolatría, y tan sólo unos cuantos meses antes de mi llegada al país habían destrozado un extraordinario ídolo llamado “El Toro” que encontraron a una legua más o menos de este mismo punto, y ante el cual los indios, por mucho tiempo, acudían a ofrendar pinol y bailar danzas rituales para el buen logro de sus cosechas.⁹⁴

Más adelante Squier relata la manera en que los religiosos del siglo XVI, representados por fray Francisco de Bobadilla, derribaron los monumentos indígenas; al cotejar ambos acontecimientos, separados por más de 300 años, vemos como las cosas en efecto no habían cambiado mucho:

Bobadilla convirtió así a cuarenta mil indios del cacique Nagrando, cuya principal ciudad se asentaba en lo que actualmente es León. Convenció también al cacique de que debía permitirle derribar a los ídolos que tenían en el vasto y suntuoso teocali [...] Después de destrozarse con un mazo la cara de los ídolos, Bobadilla los derribó de sus altos sitios con el fin de quemarlos para

⁹³ *Idem*, p. 198.

⁹⁴ Squier, *Nicaragua*, 1972, p. 249.

que los indios pudieran palpar la impotencia de sus dioses; pero por la noche alguien se los llevó para enterrarlos [...] ⁹⁵

Por otro lado, a través del relato de Squier podemos ver como el rol de los monumentos prehispánicos y su relación con las costumbres indígenas en el siglo XIX, no estuvo circunscrito, de manera necesaria, a lugares alejados de los núcleos de población. Los indígenas de Nicaragua colocaron en lugares públicos de las dos ciudades más importantes, León y Granada, algunos objetos prehispánicos.

Antes de partir la primera vez desde Granada con rumbo a León, Squier vio tres esculturas prehispánicas en distintos puntos de la ciudad de Granada; todas ellas habían sido llevadas desde las islas del lago de Nicaragua, dos en particular provenían de la isla Zapatera. La primera escultura mencionada estaba en una de las calles que iban hacia el barrio indígena de Jalteva. Squier mencionó que fue un “curioso marinero” quien la puso en ese lugar, pero nada nos dice sobre el posible origen indígena de este personaje; no obstante la ubicación de la escultura en una de las calles que conducían a Jalteva es un importante indicio. Este monumento era conocido como “La piedra de la Boca”.

Las esculturas, podríamos sugerir, eran utilizadas por los indígenas como un medio para marcar su *propio* territorio, sin embargo también fueron colocadas en lugares comunes a la sociedad nicaragüense en general. Squier al hablar de las otras dos esculturas dijo que una se encontraba en la esquina del viejo convento de San Francisco y la otra en una esquina de la plaza principal de Granada. Respecto a la escultura del convento de San Francisco, la cual era llamada “El Chiflador”, Squier escribió algunas cosas relevantes; por un lado los indígenas la utilizaron como imagen de culto y, por el otro, los religiosos católicos sentían poco agrado hacia ella.

Reza la tradición que, antes de ser mutilada, tenía la boca abierta, y que al entrar en ella el viento gemía con son plañidero y sibilante, provocando sospechas de que fuese la encarnación de uno de los antiguos demonios de los indios. Por eso los piadosos padres lo destrozaron. Aunque tal vez no precisamente por ello como por encontrar frecuentemente ante el ídolo ofrendas depositadas durante la noche por los supersticiosos naturales. ⁹⁶

Se repite en la ciudad de Granada la misma relación señalada en el cerro Santiago en lo concerniente a indígenas, ministros católicos y materialidad prehispánica. El tercer monumento que Squier conoció en Granada estaba en la plaza principal: “Otro ídolo

⁹⁵ *Idem*, 250-251 p.

⁹⁶ *Idem*, p. 146.

estaba, y probablemente esté todavía, en la esquina de la Plaza Mayor, tallado en basalto negro. Representa una figura humana con las mandíbulas sumamente separadas y la lengua de fuera.”⁹⁷

También en la plaza de León, para entonces la capital del país, Squier registró la existencia de una piedra prehispánica esculpida:

Entre las cosas de interés que en León pronto atrajeron mi atención fue un antiguo ídolo de piedra plantado en una de las esquinas de la Plaza Mayor. [...] Averigüé que este ídolo, junto con muchos otros, había sido llevado allí desde la isla de Momotombito, en el lago de Managua, donde aún quedan otros muy interesantes.⁹⁸

Squier no dio pistas sobre quien o quienes pusieron las esculturas prehispánicas en lugares públicos, saber si fueron colocadas por indígenas nos indicaría un camino para comprender el sentido de su presencia en dichos espacios; de cualquier manera la presencia de dichos monumentos en las plazas principales del país nos muestra que dichos vestigios eran de alguna manera apreciados por la población en general, hasta el grado de que eran exhibidos. Esta presencia de monumentos prehispánicos en las plazas nicaragüenses tiene su paralelo en México con la exhibición del “reloj de Moctezuma”, hoy llamado piedra del sol, hacia finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, en un costado de la catedral de la ciudad de México. Las ofrendas indígenas a los antiguos monumentos en Nicaragua también tienen su correlato con las ofrendas que los indígenas de México colocaban a la Coatlicue cuando ésta se exhibía en los pasillos de la Universidad a principios del siglo XIX.⁹⁹

Por último, Squier encontró un monolito más al sur de Granada cuando se dirigía a la región meridional de Rivas. En este ejemplo queda manifiesta la utilización de los antiguos monumentos para marcar territorios indígenas.

Hacia un lado del camino, en la propia cresta de la loma, hallamos una escultura semejante a las descubiertas en Zapatera. Parecía más finamente esculpida que aquellas, pero en tan mal estado que no pudimos copiarla. [...] Supe después que los indios de Diriomo la habían colocado allí como mojón del lindero de sus tierras con las de otro pueblo.¹⁰⁰

⁹⁷ *Idem.*

⁹⁸ *Idem.*, p. 235.

⁹⁹ Cf. William Bullock, *op. cit.* Los ejemplos mencionados aparecen en la introducción realizada por Begoña Arteta.

¹⁰⁰ Squier, *Nicaragua*, 1972, p. 401.

Aunque la razón práctica que explica la ubicación del monumento parece de lo más común, un lindero de tierras, no deja de ser relevante como un grupo indígena recurre a los objetos prehispánicos para darles un uso en su vida cotidiana. Además, si es como Squier sugiere, los indígenas de Diriomo llevaron desde una de las islas del lago la escultura; ante ello resulta imposible pensar que sólo haya sido para usarla como lindero. Considero que la presencia de monumentos prehispánicos en el siglo XIX nicaragüense entraña una relación más íntima entre las poblaciones indígenas y la materialidad prehispánica, la cual incluye consideraciones religiosas y simbólicas.

Por último, Squier comenta el episodio en el cual recibió una visita de las autoridades municipales del barrio indígena de Subtiaba; en dicho encuentro podemos ver cómo la intención de los indígenas es entablar relaciones con Squier y, quizá, obtener beneficios de un buen entendimiento con el representante de los Estados Unidos.

Entre los sucesos más memorables que me ocurrieron quiero relatar el de una visita oficial que me hicieron las autoridades municipales del barrio indígena de Subtiaba [...] Me pidieron informes acerca de la situación en que se encontraban los indios de los Estados Unidos, y, aunque, me sonroje el confesarlo, diré que sentí vergüenza de exponer la verdad. Me dijeron haber oído decir que yo era gran amigo de los indios y que andaba en busca de <pedras antiguas>[sic] [...] después de algunos rodeos me informó [el líder de los indígenas] de unos ídolos que sus antepasados habían enterrado mucho tiempo atrás, y que, si yo los quería, me los obsequiarían [...] Uno de tantos días por la mañana tuve la agradable sorpresa de encontrar dos ídolos en el umbral del zaguán, y a la otra noche se apareció una carreta con dos más.¹⁰¹

El acercamiento entre los indígenas de Subtiaba y Squier, en el contexto del cual se da el *regalo* de los ídolos al viajero estadounidense, es político. Esto lo deduzco pues se trata de un encuentro entre dos autoridades, una local y otra extranjera, además del protocolo de intercambio recíproco de documentos y saludos del que también nos da cuenta el autor. Considero que el objetivo del regalo de los indígenas fue conseguir algún tipo de beneficio del estadounidense. Sin embargo, no debemos de perder de vista que, como se menciona en la cita anterior, los indígenas reconocían ese tipo de vestigios como parte de *su* pasado, y en ese sentido es como le dan una utilidad.

Hemos visto hasta qué punto hay un conflicto por la posesión de la materialidad prehispánica; los indígenas la utilizan como parte de sus ceremonias religiosas y para

¹⁰¹ *Idem*, p. 217.

conseguir objetivos políticos, los religiosos buscan destruirla para acabar con tradiciones que escapan a su esfera de control, y el viajero extranjero la registra y la envía a su país para que sea apreciada en un museo.

El relato de Squier acerca de la manera en que los indígenas de Nicaragua se relacionaban con la materialidad prehispánica es de gran valor. Solemos atribuir la disminución de la población indígena y su proceso de aculturación al fenómeno de la conquista española, sin embargo vemos que la cultura indígena en el Pacífico nicaragüense continuaba viva todavía a mediados del siglo XIX. La realidad actual, con una población indígena diezmada en la costa pacífica de Nicaragua, aunada al relato de Squier, nos hace repensar el verdadero perjuicio que ha causado a los pueblos originarios los casi 200 años de vida independiente en Hispanoamérica y el impacto del capitalismo.

Considerando los casos señalados por Stephens en Guatemala y Squier en Nicaragua, la conclusión es que el ceremonial tradicional indígena en los dos países centroamericanos incluía el uso de objetos materiales prehispánicos; aunque los autores no abundaron en este tema, la inevitable mención de varios ejemplos, nos permite conocer esta realidad.

CAPÍTULO 6. LAS IMÁGENES DE LA MATERIALIDAD PREHISPÁNICA EN LAS OBRAS DE STEPHENS Y SQUIER

Como señalé en el primer capítulo el análisis de las imágenes se enfocará a la ubicación de los principales temas y las formas de representación. Al terminar este capítulo se tendrán los elementos necesarios para concluir con una serie de opiniones que nos den como resultado una visión global de la manera en que la materialidad prehispánica fue presentada por nuestros viajeros en sus respectivos libros.

6.1. El objetivo de las imágenes

El primer punto a tratar sobre las imágenes de los libros de Stephens y Squier es saber cuál era el objetivo que se perseguía con ellas; esta cuestión es aclarada por los mismos viajeros cuando enuncian algunos comentarios sobre el tema. La necesidad de los autores por presentar sus obras como una visión *fidel* del tipo de objetos conocidos, los llevó a dar a las imágenes ese mismo sentido: el de ser testimonios *objetivos* de sus descubrimientos. Esto lo vemos reflejado en la siguiente expresión de Stephens:

Como los monumentos hablan por sí mismos, yo me abstendré de cualquier descripción verbal; y es tanto lo que tengo que presentar al lector, todo con muy grandes diferencias de detalles, que sería imposible, dentro de los límites razonables, dar a conocer nuestras propias especulaciones con respecto a su carácter. Solamente haré notar que, desde un principio, nuestro principal *objeto y esfuerzo fue conseguir copias verídicas de los originales, no añadiéndoles nada para su efecto como dibujos.*¹

Stephens a lo largo de su relato, en particular durante su narración de la exploración en Copán, no se detiene en describir a detalle las esculturas, pues considera que es suficiente la presentación de los dibujos. De la misma manera Squier, quien profundiza más en la descripción, en algunas ocasiones menciona aspectos de las esculturas que no se aprecian en las láminas, por ejemplo cuando describe la parte frontal de un monumento que en el dibujo se presenta por el reverso; en otras palabras: complementa la descripción con la imagen, pues el dibujo transmite cierta información y el texto otra.

¹ John L. Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica*, Vol. 2, p. 120. El subrayado es mío.

Además de las imágenes sobre la materialidad prehispánica los dos viajeros presentaron láminas concernientes a otras temáticas y tampoco se preocuparon por explicarlas en el texto. Lo anterior nos lleva a plantear que las obras de los autores fueron concebidas como unidades en donde el texto y la imagen se complementaban, pues en cada discurso, el escrito y el visual, se expresaban informaciones distintas.

Una parte de la obra de Squier en donde queda patente el uso de las imágenes como testimonio verídico de lo conocido por el viajero, la tenemos cuando el autor habló del puerto de San Carlos en el sureste del lago de Nicaragua; en vistas del gran cambio que traería a la región la puesta en marcha de un canal interoceánico, las imágenes fungían como el único vestigio que quedaría del pasado: “La vista de San Carlos, desde el lago, es sumamente pintoresca, y la ilustración del puerto que acompaña esta obra será objeto de curiosidad de aquí a veinte años cuando se haya convertido —como inevitablemente habrá de ser— en una grande e importante ciudad.”²

Considerando lo expuesto, el objetivo de las imágenes acerca de la materialidad prehispánica, y de todas las demás presentes en la obra, es el de mostrar testimonios verídicos de lo conocido durante las travesías y colocar frente al lector una serie de informaciones que no es posible plasmar en lenguaje escrito. Las imágenes tienen un objetivo *documental*.

6.2. Características generales de las imágenes

Los autores de los dibujos a los que nos referimos en este capítulo fueron Frederick Catherwood, quien acompañó a Stephens, y James Mc Donough el compañero de Squier. El primero de los dos dibujantes ha gozado de reconocimiento en el ámbito de la historia de la arqueología, y sus dibujos son conocidos y apreciados como algunos de los mejores sobre antiguos monumentos mayas. Mc Donough, en cambio, es un dibujante que ha permanecido en el anonimato, el mismo Squier jamás lo menciona por su nombre en toda la obra, sólo se refiere a él como Mr. M...; incluso hay lugares en donde sus dibujos son atribuidos a Squier, como si él los hubiese hecho.³

² Ephraim G. Squier, *Nicaragua, sus gentes y paisajes*, 1972, p. 75.

³ Esta situación la podemos encontrar en el siguiente libro del geógrafo e historiador nicaragüense Jaime Incer, donde las imágenes del libro de Squier aparecen ilustrando la obra sin ninguna referencia al dibujante: *Nicaragua: Viajes, rutas y encuentros. 1502-1838. Historia de las exploraciones y descubrimientos, antes*

Las imágenes de los dos dibujantes son similares en cuanto al contenido, las variaciones entre unas y otras radican fundamentalmente en la calidad del dibujo, pero esta situación que tiene que ver con las capacidades artísticas de Catherwood y Mc Donough no se abordará en este trabajo porque corresponde a otro ámbito.

La manera en que fueron hechos los dibujos, al menos en el caso de Catherwood, consistió tanto en la copia directa de los monumentos como en la utilización de una *cámara lúcida*. Esto lo sabemos por la misma narración que Stephens nos da del modo en que trabajaba el dibujante:

Estaba él parado con los pies entre el lodo y dibujando con los guantes puestos, para protegerse las manos contra los zancudos. Como lo temíamos los diseños eran tan intrincados y complicados, los sujetos tan completamente nuevos e incomprensibles, que tenía gran dificultad para dibujarlos. Hizo varias tentativas, con cámara lúcida y sin ella, pero no quedo satisfecho, ni aun yo, que era menos severo en la crítica. El “ídolo” parecía desafiar su arte; dos monos hacia un lado como que se mofaban de él y yo me sentía desanimado y desconfiado.⁴

Más adelante Stephens vuelve a comentar como Catherwood hacía sus dibujos, al señalar el interés del dibujante por guardar las proporciones exactas de las figuras copiadas. Al mismo tiempo nos informa sobre el modo de grabar las imágenes para los libros impresos.

Mr. Catherwood hizo los diseños de todos los dibujos con la cámara lúcida, y dividió su papel en secciones, para así preservar la mayor exactitud de proporción. Los grabados fueron hechos del mismo modo con respecto a la fidelidad, de dibujos reducidos por el mismo Mr. Catherwood, cuyos originales se encuentran también en manos del grabador; y considero pertinente el manifestar que una parte de ellos, de los cuales el frontispicio era uno, fueron enviados a Londres, y ejecutados por grabadores en madera cuyos nombres figuran entre los primeros de Inglaterra; no obstante, aunque hechos con exquisita habilidad, y del mejor efecto como dibujos, fallaron en dar el verdadero carácter y expresión de los originales; y, con alguna considerable pérdida de tiempo y de dinero, todos fueron hechos a un lado y regrabados en acero. Se le proporcionaron a Mr. Catherwood las pruebas de cada plancha, quien hizo las correcciones que fueron necesarias; y en mi opinión, son ellas copias tan fieles como puedan ser presentadas; y, con excepción de las propias piedras, el lector no puede tener mejores materiales de especulación y estudio.⁵

de ser Estado independiente, con observaciones sobre su geografía, etnia y naturaleza, Costa Rica, Libro Libre, 1990, 638 p., ils.

⁴ John L. Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica*, Vol. 2, p. 105.

⁵ *Idem*, 120-122 p.

Vemos otra vez el énfasis en otorgar a los dibujos cualidades verídicas y apegadas al objeto copiado. En efecto, como se puede constatar con la observación directa de los monumentos o de sus imágenes fotográficas realizadas años después, los dibujos tanto de Catherwood como de Mc Donough cumplieron en este sentido su objetivo.

La técnica empleada, como dice la cita anterior, consistió en la elaboración de los dibujos con cámara lúcida; después estos dibujos fueron grabados en metal y por último impresos para aparecer en los libros. La *cámara lúcida* es un instrumento que “realiza una superposición óptica del tema que se está viendo y de la superficie en la que el artista está dibujando. El artista ve las dos escenas superpuestas, como en una fotografía que se haya expuesto dos veces. Esto permite al artista transferir puntos de referencia de la escena a la superficie del dibujo, ayudándole así en la recreación exacta de la perspectiva”.⁶

Sobre los dibujos de la obra de Squier no podemos ir muy lejos en las especulaciones, pues el autor no dio información al respecto. Sin embargo considero que no se utilizó la cámara lúcida, pues en la narración que Squier hizo de las exploraciones mencionó los principales acontecimientos relacionados con la develación de los monumentos y nunca habló de este instrumento. Sobre la impresión final de las imágenes podemos pensar que fueron grabadas en madera o metal, pero sobre esto no existe información suficiente. La respuesta de estas incógnitas implica una consulta necesaria de archivos en la Smithsonian Institution de Washington, lugar hacia donde Squier envió algunas esculturas y tal vez copias de los dibujos.

Las imágenes publicadas por Stephens son todas en blanco y negro, en algunas ocasiones el negro adquiere tonos sepias, lo cual puede deberse al paso del tiempo, pues la edición consultada es una original de 1841 publicada en Londres por John Murray, según dije en el capítulo tres. La mayoría de los dibujos están en hojas individuales sin texto en ninguna de las dos caras, y son pocos las presentadas en una misma página con el texto narrativo. En la edición inglesa consultada no aparecen con leyendas al pie, la referencia a la imagen se encuentra en la intercalación de los dibujos en el cuerpo general del relato. En las ediciones del siglo XX suelen aparecer textos al pie.

⁶ Wikipedia. *La enciclopedia libre*, consultado en Internet el día 9 de noviembre de 2006: http://es.wikipedia.org/wiki/C%C3%A1mara_C3%BAcida.

Las imágenes publicadas en la obra de Squier aparecen la mayoría de las veces, por el contrario, en las mismas páginas con el texto, y son menos las que están en hojas individuales. También son negras, pero hay algunas excepciones en donde se utilizó el rojo y el gris; esto último lo observamos en dos láminas sobre pintura rupestre. En el libro de Squier todas aparecen acompañadas de un texto al pie. Los temas y el modo en que son presentados se muestran a continuación con una serie de comentarios sobre diversos dibujos.

6.2.1. La escultura

Como se mencioné en el capítulo anterior, el principal interés de los viajeros fue la escultura prehispánica. Stephens al ver las estelas de Copán no pudo considerar a los hombres que las habían hecho como salvajes, pues la destreza en la ejecución de los monumentos esculpidos era una clara señal de la existencia de *arte* y, por lo mismo, de civilización. Squier por su parte también mostró en sus expediciones la prioridad de encontrar monolitos esculpidos. En consonancia con lo anterior, el principal tema de los dibujos fue la escultura. La importancia del tema queda demostrada en términos numéricos: de los 35 dibujos sobre la materialidad prehispánica en la obra de Stephens 29 corresponden a esculturas en piedra; en tanto que de la obra de Squier, de las 40 imágenes publicadas, 24 corresponden a la misma temática.

El dibujo de las esculturas prehispánicas era de suma importancia para el sentido que los autores buscaban dar a sus hallazgos, pues si la narración era suficiente para situar el contexto de las exploraciones, sólo la copia *fidel* de los monumentos daría una clara idea del tipo de descubrimientos. Las imágenes hechas por Frederick Catherwood en Copán representan en este sentido uno de los momentos más importantes del dibujo arqueológico en el siglo XIX.

Antes de la visita de Stephens y Catherwood a Copán, Juan Galindo había hecho un informe de la zona, en él incluyó 26 dibujos del sitio, entre ellos algunas esculturas en piedra. En las imágenes de Galindo vemos la intención por reproducir algunos rasgos de los monumentos; no obstante la falta de habilidad, aunada a los complicados diseños de

las esculturas, dieron como resultado una imagen que si bien ofrece una noción del tipo de monumentos, no *reproduce* aún *todos* los rasgos que los caracterizan.⁷



Figura 6. Dibujo del informe de Juan Galindo sobre las ruinas de Copán, realizado en 1834 y publicado dos años después.

Como se aprecia en la figura 6, los dibujos realizados sobre la escultura de Copán antes de la llegada de Stephens a la zona, no tenían como objetivo reproducir *todos* los rasgos de las esculturas, sino sólo sugerir algunas formas principales. En el caso de la imagen de Galindo se representa únicamente a un personaje antropomorfo con algunos atavíos e incorporado a un bloque de piedra sin esculpir.

Uno de los grandes aportes de la publicación de Stephens sobre sus viajes en Centroamérica fue la inclusión de dibujos que pondrán frente al lector una serie de

⁷ Sobre la obra de Galindo ver Robert Brunhouse, *op. cit.*, cap. III; y Ian Graham, "Juan Galindo Enthusiast", *Estudios de Cultura Maya*, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras-Seminario de Cultura Maya, Volumen III, 1963, México, 11-35 p., ils.

imágenes que se muestran como la copia *fiel* de los antiguos monumentos. La misma estela dibujada por Galindo apareció en el libro de Stephens; este nuevo dibujo presentó más información y se alejó en muchos aspectos del dibujo de Galindo (figura 7).



Figura 7. Estela H de Copán dibujada por Catherwood y publicada en 1841.

En las figuras anteriores observamos la distancia existente entre dos representaciones de un mismo monumento, quedando asentado de manera clara como el dibujo es una interpretación más de la materialidad prehispánica; en estos casos una interpretación gráfica. En los dibujos de Catherwood sobre la escultura de Copán, lo que sobresale es su *realismo* en la representación, entendiéndolo por *real* el esfuerzo por apegarse lo más posible al referente.

Las estelas de Copán se encuentran entre los monumentos con mayor cantidad de detalles escultóricos en su ejecución no sólo de Mesoamérica sino, me atrevo a decir, de todo el mundo precolombino. Considerando lo anterior, la labor de Catherwood, al reproducir los detalles de estas esculturas, representa uno de los mayores logros del dibujo arqueológico. El reto que se le presentó al dibujante lo comentó Stephens:

Después de una deliberación resolvimos obtener primero dibujos de las columnas esculpidas. Los diseños eran muy complicados, y tan diferente de cuantos Mr. Catherwood había visto anteriormente que eran por completo ininteligibles. Los cortes estaban en muy alto relieve y requerían una gran cantidad de luz para realzar las figuras; y el follaje era tan denso, y la oscuridad tan profunda, que el dibujo era imposible.⁸

Sin embargo, superando los obstáculos que le imponían los propios monumentos y el terreno, Catherwood logró realizar sus dibujos. La figura 7 es un ejemplo del modo como fueron dibujadas las esculturas, los detalles del tocado del personaje, y de hecho toda la mitad superior del monumento, muestran una cantidad de información que deja al dibujo de Galindo como una vaga referencia. Como el interés de la obra de Stephens era mostrar estos vestigios como parte de un pueblo civilizado en la América Central, la necesidad de presentar dibujos *exactos* de las esculturas era de primordial importancia.

En el libro de Squier, por otro lado, veremos el mismo interés por representar los monolitos de un modo cercano al referente; lo más representado, igual que en Stephens, son los “ídolos”. Los dibujos de James Mc Donough nos muestran las principales esculturas que Squier conoció durante su viaje, sobre todo aquéllas con mejor estado de conservación.

Los dibujos de ambas obras, además de coincidir en el modo realista de representar las esculturas prehispánicas, tienen en común el mostrarlas en varias posiciones y el acompañarlas de la representación de la naturaleza.

No todos los “ídolos”, ya sea de Copán o de distintos lugares de Nicaragua, fueron dibujados desde varios ángulos; pero sí tenemos algunos casos en donde encontramos esta característica. Con la representación de más de un solo lado de las esculturas se mostraron objetos de tres dimensiones de manera más completa y, además, se acentuó una vez más la intención de mostrar *todos* los rasgos de ellos. Algunos ejemplos están dados por las esculturas a las que Stephens asignó las letras L, N, P, Q, S y el altar de piedra, este último representado por sus cuatro lados y su parte superior. En el caso de la obra de Squier tenemos a los ídolos 1 y 2 de Subtiaba y al número 2 de Momotombito, además del *metate esculpido*, todos ellos dibujados desde varios ángulos o mostrando detalles específicos. Ejemplo de lo anterior lo tenemos en las figuras 8 y 9 que se muestran a continuación.

⁸ Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica*, Vol. 1, p. 103.

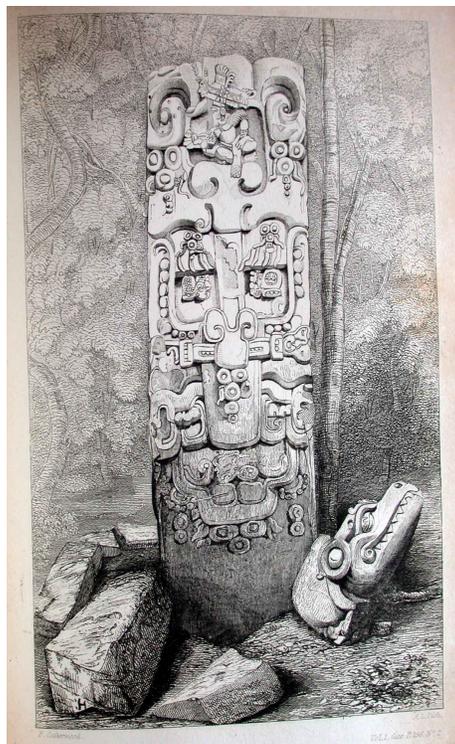


Figura 8. Dos imágenes del monumento N de Copán, según la nomenclatura de Stephens.



Figura 9. Monumento 2 de Subtiaba visto por dos de sus lados; se trata de una de las esculturas que le fueron obsequiadas por las autoridades indígenas a Squier.

En la figura 9 tenemos el caso de uno de los dibujos de la obra de Squier donde los objetos prehispánicos aparecen fuera de contexto, no se les acompaña con detalles que sugieran el lugar en donde se encontraban cuando fueron dibujados. Sin embargo, esta característica de representar los sin contexto también aparece, aunque en menos ocasiones, en los dibujos del libro de Stephens. Sin perder de vista lo anterior, otro rasgo que unifica los dibujos de Catherwood y Mc Donough, como se mencionó, es que en ellos se acompaña a los monumentos de la naturaleza que los rodea.

La representación de distintos tipos de vegetación, además de otorgar un espacio o ambiente a las esculturas, puede interpretarse como un elemento que realza el discurso de *descubrimiento* de los autores, pues al dibujar a la floresta envolvente que rodea a los monumentos se enfatiza el trabajo de exploración llevado a cabo. Si de por sí en el texto los autores suelen mencionar la gran cantidad de árboles derribados para ver las esculturas, en los dibujos vuelven a insistir en el tema. Este marco vegetal que envuelve a las esculturas se presenta como un toque más de exotismo en el viaje. En las figuras 7 y 8 vemos la representación de la naturaleza en el caso de los dibujos de Catherwood, como un fondo donde sobresale la figura principal. En los originales del siglo XIX esta base selvática aparece de un tono más claro que el de los monumentos. Uno de los casos más atrevidos en la representación de la naturaleza en los dibujos de Mc Donough está dado por una lámina de las esculturas de la Zapatera, con la representación de un jaguar en medio de dos monumentos (figura 10).

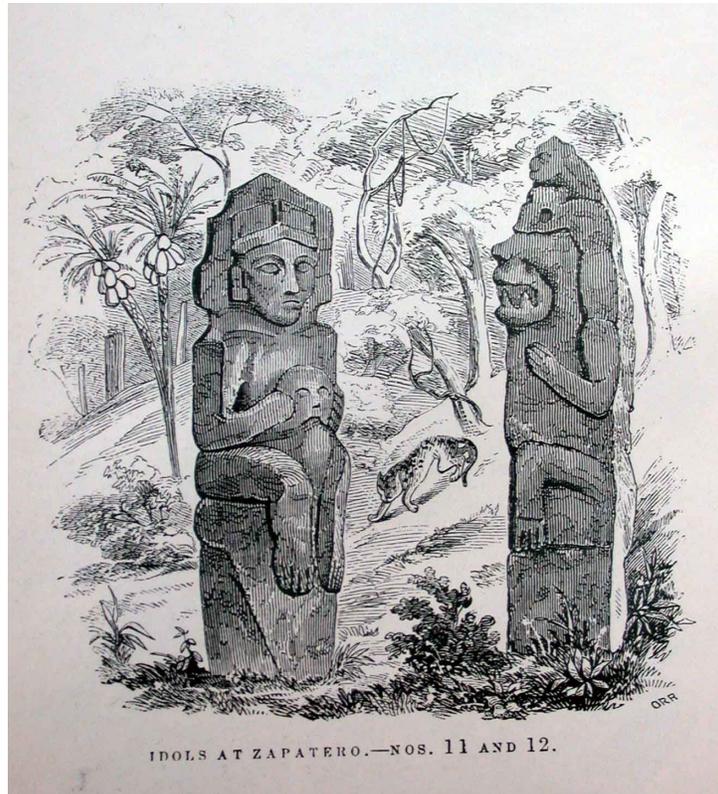


Figura 10. Monumentos 11 y 12 de la isla Zapatera del lago de Nicaragua, aparecen rodeadas de una vegetación exuberante además de la fauna a la que el dibujante también dio cabida.

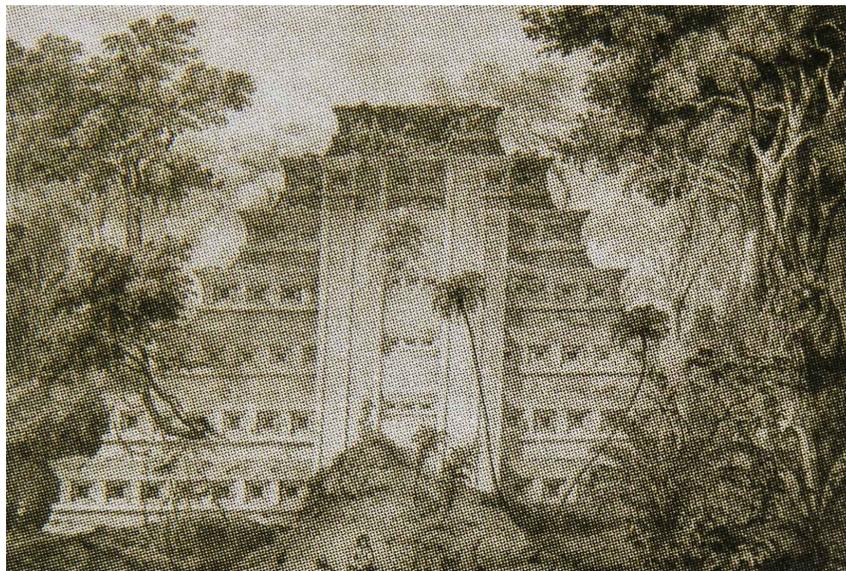


Figura 11. Pirámide de los Nichos, conocida en el siglo XIX como pirámide de Papantla, a través de un dibujo realizado entre 1829 y 1834 por el alemán Carl Nebel.

Sin embargo, la representación de la naturaleza no la podemos considerar como un rasgo exclusivo de las obras de nuestros viajeros, y debemos situarla en el contexto de un estilo existente en el siglo XIX. Si nos remitimos a los dibujos de Galindo, como el de la figura 4, tenemos el caso de un imagen que no contempla la representación de la naturaleza exuberante; pero esta última sí aparece en imágenes como las de Carl Nebel, artista alemán que dibujó vestigios prehispánicos de México (figura 11).⁹

La representación de la naturaleza no sólo obedece al ánimo de dibujar de manera *exacta* el contexto de una escultura; pues un ejemplo de la obra de Squier sugiere que la vegetación pudiera ser ficticia. Me refiero al caso de la escultura de la isla Pensácola bautizada como “el Diablo”. Hay dos versiones de esta imagen, una en la edición de EDUCA de 1972 y otra en el libro de Frederic Thiect titulado *Ídolos de Nicaragua* de 1971. Como no he podido consultar ningún dibujo original del siglo XIX de esta escultura, pienso que las imágenes corresponden a dos ediciones diferentes de la obra en dicho siglo sin poder precisar a cuáles. Resulta interesante como en las dos imágenes aludidas el dibujo de la escultura es el mismo y sólo cambia la vegetación, lo cual me lleva a pensar que el follaje se representaba, en algunas ocasiones, prescindiendo de cualquier referente; lo que interesaba era el exotismo de la naturaleza aunque ésta no tuviera una relación directa o apegada a la realidad (Figura 12).

⁹ Carl Nebel, *Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República Mexicana*, México, Porrúa, 1963.

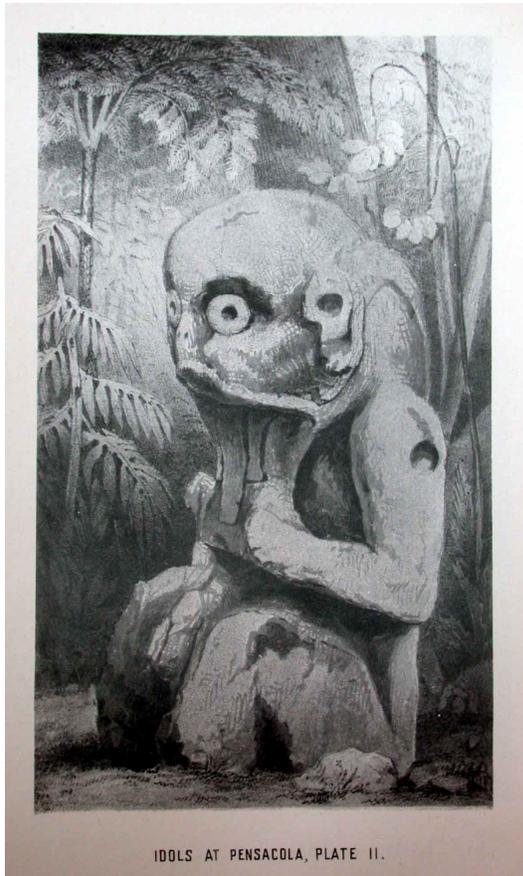


Figura 12. “El diablo” de la Isla Pensácola. En las dos imágenes la representación de la escultura es la misma, sin embargo el fondo vegetal es distinto; esto nos habla de la falta de interés por apegarse de manera exacta al contexto referencial.

Otro tema al que se le presta atención en los dibujos de la escultura prehispánica es al de las cabezas colosales. Esta temática tiene un antecedente en las imágenes de Luciano Castañeda, el dibujante de Dupaix, quien dibujó una cabeza localizada en las cercanías de la ciudad de Puebla. Considerando que los viajeros decimonónicos se nutrían unos de otros, y que Dupaix fue una importante influencia para los investigadores del pasado prehispánico en el siglo XIX, no es aventurado pensar que la representación de ciertos temas se relacionase no sólo con los hallazgos encontrados, sino también con temas definidos por viajeros precedentes. Los ejemplos de cabezas dibujadas por Castañeda, Catherwood y Mc Donough se muestran a continuación.



Figura 13. Cabeza de Tepeyacan cerca de la ciudad de Puebla, dibujada por Luciano Castañeda en 1805 durante la primera exploración de Guillermo Dupaix.

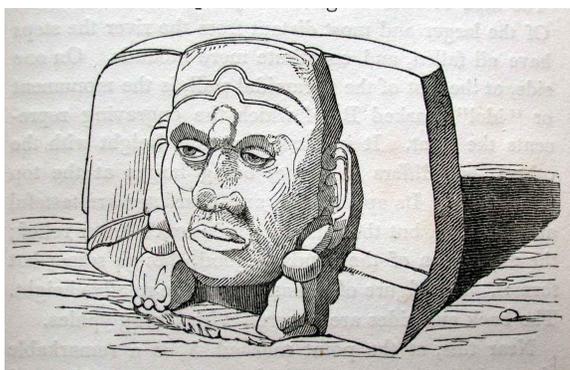


Figura 14. A la izquierda se muestra una cabeza de Copán y a la derecha un cabeza de la isla Momotombito en el lago de Managua.

La idea planteada en el capítulo anterior sobre la influencia de Stephens en Squier, se refrenda con los dibujos. Sugiero, con el ejemplo anterior, que Squier buscó e hizo dibujar temas similares a los vistos por su antecesor. Otro caso lo tenemos cuando Squier quiere convencer y convencerse de haber visto cosas similares a las descritas por Stephens, cuando dijo sobre el monumento 1 de Subtiaba “es el ídolo de Nicaragua que

más se asemeja a los de Copán”.¹⁰ Al cotejar lo dicho por Squier con la imagen presentada de dicho ídolo, nos encontramos frente a un ejemplo de cómo se hace entrar a lo desconocido en el ámbito de lo conocido, a pesar de lo forzado que pueda ser este proceso. Basta comparar la figura 15 del ídolo de Subtiaba con cualquiera de los monumentos de Copán de las figuras 7 y 8, para notar los pocos rasgos en común de las esculturas entre sí; no obstante al viajero le parecieron de alguna manera cercanas.

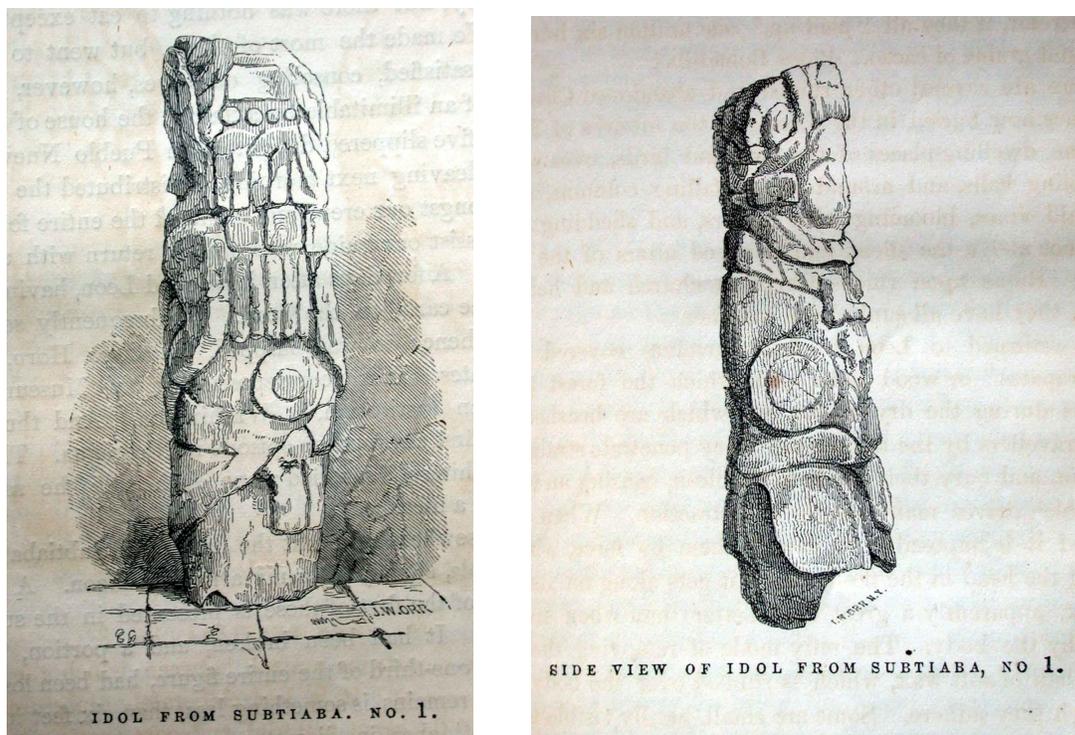


Figura 15. Monumento 1 de Subtiaba visto desde dos ángulos, se trata de la escultura nicaragüense con mayor parecido a las de Copán según la visión de Squier.

Sin embargo, las comparaciones efectuadas por Squier de las esculturas de Nicaragua con los monumentos de Copán también se explican por el hecho de que este viajero trató de buscar las similitudes entre los antiguos vestigios prehispánicos de distintos lugares, más que resaltar sus diferencias.

Otro de los atributos de las imágenes de Catherwood y Mc Donough es la inclusión de seres humanos como un modo para señalar las dimensiones de los monumentos. Uno de los ejemplos que más llama mi atención es el de una estela de Quiriguá en donde el hombre es una referencia de la gran dimensión de la escultura. Sin

¹⁰ Ephraim G. Squier, *Nicaragua sus gentes y paisajes*, 1972, p. 246.

embargo este personaje también parece entrañar, en consonancia con lo mencionado sobre el control de la antigüedad, a un ser civilizado que aparentemente descansa después de haber “conquistado al monumento”. El atuendo del personaje —sombrero, saco y bastón—, acentúa el contraste existente entre el pasado y la *civilización* que lo devela (figura 16).

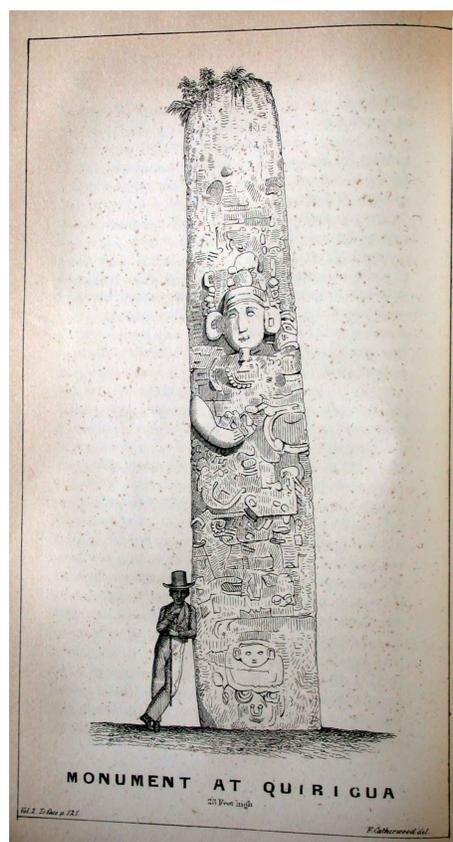


Figura 16. Escultura de Quiriguá, una de las dos imágenes que aparecen en la obra sobre este lugar.

En el libro de Squier también aparecen seres humanos junto a las esculturas. Como vemos en la figura 17, Mc Donough se dio la oportunidad para representar a Squier tomando apuntes o, en un caso más audaz aún, tal vez a él mismo dibujando. Estamos frente a la representación de hombres acercándose a la materialidad prehispánica y conociéndola.

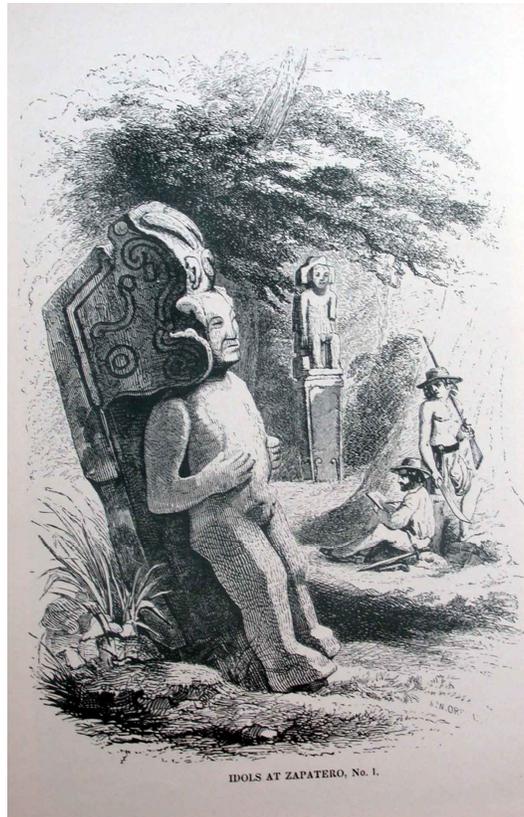


Figura 17. Monumentos de la isla Zapatera.

También deseo señalar que las imágenes de Catherwood sobre algunos temas de Copán así como retoman temas y modos de representación de otros dibujos precedentes, también tienen proyección hacia el futuro; me refiero al caso específico de las fotografías de Alfred Percival Maudslay, quien entre 1889 1902 visitó distintos sitios de México y Centroamérica. Algunas de las fotografías de Maudslay parecen inspiradas en los dibujos del libro de Stephens, y, por su semejanza, pueden considerarse como unas *citas visuales* hacia dicha obra.¹¹ Uno de los ejemplos más representativos está en la imagen de una escultura derribada, a la cual Stephens asignó la letra “O” (figuras 18 y 19).

¹¹ Robert Brunhouse comenta la existencia de un trabajo hecho por Víctor von Hagen en donde se hace un estudio de la relación de las imágenes de Catherwood con las fotografías que se hicieron posteriormente; sin embargo no me fue posible localizar este estudio. Brunhouse *op. cit.*, p. 195, *Apud*, Victor von Hagen, “Artist of a Buried Past”, *American Heritage*, No. 8 y 9, 11junio de 1961, 100-103 p.



Figura 18. Monumento "O" según la nomenclatura de Stephens.



Figura 19. Fotografía de Alfred Percival Maudslay tomada hacia fines del siglo XIX en Copán; retomando una perspectiva similar a la utilizada por Catherwood.

6.2.2. La arquitectura

Otro de los temas tratados por Stephens y Squier fue la arquitectura. De las imágenes publicadas por Stephens acerca de la materialidad prehispánica centroamericana tenemos sólo un par de ejemplos. Squier, a pesar de mencionar en su texto algunos vestigios

arquitectónicos, no publicó ningún dibujo al respecto, pues las construcciones tenían un mal estado de conservación, además de que tampoco dedicó suficiente tiempo en su exploración.

La imagen del *Sacrificatorio* de Utatlán muestra el registro más claro hecho por Catherwood sobre edificios prehispánicos en Centroamérica, consiste en una representación general de la construcción. Catherwood, como arquitecto que era, plasmó en el dibujo la planta y el alzado del edificio (figura 20).

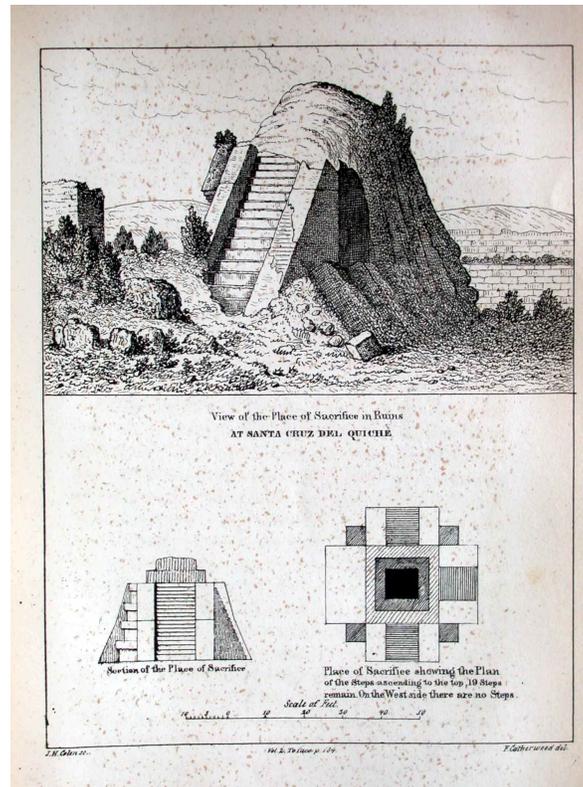


Figura 20. Dibujo del “Sacrificatorio” de Utatlán, uno de los dos dibujos que Catherwood hizo de edificios prehispánicos en Centroamérica.

En la imagen anterior se mostró el estado de conservación del edificio, con lo cual se corrobora lo dicho por Stephens sobre el carácter de *ruinas* que tenían las construcciones de Utatlán y en general de todos los lugares visitados en las tierras altas de Guatemala.

La representación de edificios prehispánicos con los diseños de su planta y alzado es una característica que continúa siendo imperativa en el registro de las construcciones prehispánicas. Esta tendencia la podemos observar en algunos de los manuales hechos

durante el siglo XX, como es el caso del libro *Arquitectura prehispánica* de Ignacio Marquina,¹² donde hay ejemplos de este modo de dibujar restos arquitectónicos.

Así como en el caso señalado de las cabezas, con los edificios prehispánicos también hay algunos antecedentes que nos hablan de un estilo ya creado con anterioridad para este tema. Volviendo a Luciano Castañeda, algunos de sus dibujos de basamentos piramidales muestran un antecedente de la imagen de Catherwood (Figura 21).



Figura 21. Pirámide cercana a San Andrés Chalchicomula, Puebla, dibujada en 1805 por Luciano Castañeda.

Un estudio de las imágenes presentadas por Stephens y Squier en comparación con otros dibujos arqueológicos del siglo XIX, puede llevar algunas de las ideas vertidas aquí hacia conclusiones más generales y documentadas. Aunque ahora no estoy haciendo un análisis detallado de los problemas que implican las relaciones entre distintos dibujos, en el futuro se pueden llevar a cabo comparaciones en torno a los temas representados, la técnica empleada, el grado de apego al referente, el tipo de elementos que fueron añadidos de manera “arbitraria” por los dibujantes y la interacción y retroalimentación entre los artistas.

A pesar de que nuestros viajeros dieron cuenta de vestigios arquitectónicos, no profundizaron en este tema en los dibujos presentados. Si bien es cierto que durante los

¹² Ignacio Marquina, *Arquitectura prehispánica*, 2ª ed., Instituto Nacional de Antropología e Historia-Secretaría de Educación Pública, México, 1990.

viajes de Stephens en México uno de los puntos más representados fue la arquitectura, en Centroamérica tenemos pocos ejemplos. Como la intención de los autores era mostrar al público anglosajón los vestigios prehispánicos más impresionantes, ante la falta de construcciones bien conservadas en América Central, prefirieron no dar cuenta de edificios en *ruinas*.

6.2.3. La materialidad prehispánica en el paisaje

Entre las imágenes publicadas por Stephens y Squier hay pocos ejemplos de la ubicación de algunas manifestaciones prehispánicas en el contexto general de un paisaje, sin embargo los que se presentan permiten enunciar algunos comentarios al respecto. Antes de continuar es necesario mencionar que el paisaje centroamericano es un tema recurrente en los textos de ambos autores, y se relaciona con la vista de una región que se va conociendo durante la travesía.

En la obra de Stephens la otra construcción arquitectónica, además de la ya comentada, se muestra en un paisaje montañoso. Desde esta perspectiva a la distancia se da mayor realce a un edificio que de hecho, según la misma descripción del viajero, presentaban un mal estado de conservación; si no es posible impresionar al lector con la imagen de un fastuoso edificio, se busca entonces hacerlo con el paisaje. Además de esta consideración también es cierto que desde un punto de vista *arqueológico*, la disposición del montículo en el paisaje da una idea de su ubicación (figura 22).

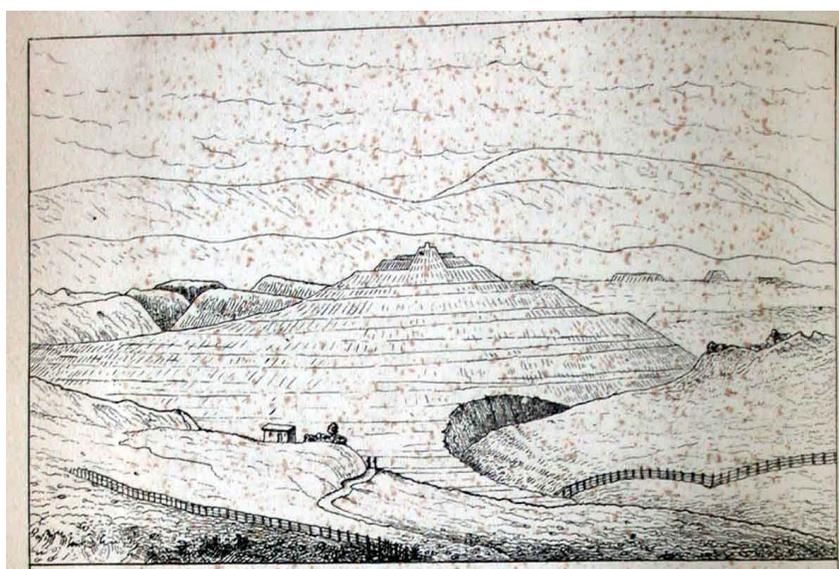


Figura 22. Vista de las ruinas de Uatatlán.

La descripción de Stephens sobre el emplazamiento de Utatlán, en la cual dice que los constructores de este lugar eligieron la cima de una montaña con fines defensivos, se ve reforzada con la demostración visual de la ubicación de las ruinas. La imagen muestra información que el texto por sí solo sería incapaz de transmitir.

En el caso de Squier tenemos un caso similar, pues la pintura rupestre de la laguna de Asososca aparece en el contexto de una vista general. Lo dicho en el capítulo anterior sobre la importancia del paisaje para la comprensión de las manifestaciones rupestres, es un rasgo presente también en el dibujo de Mc Donough (figura 23).

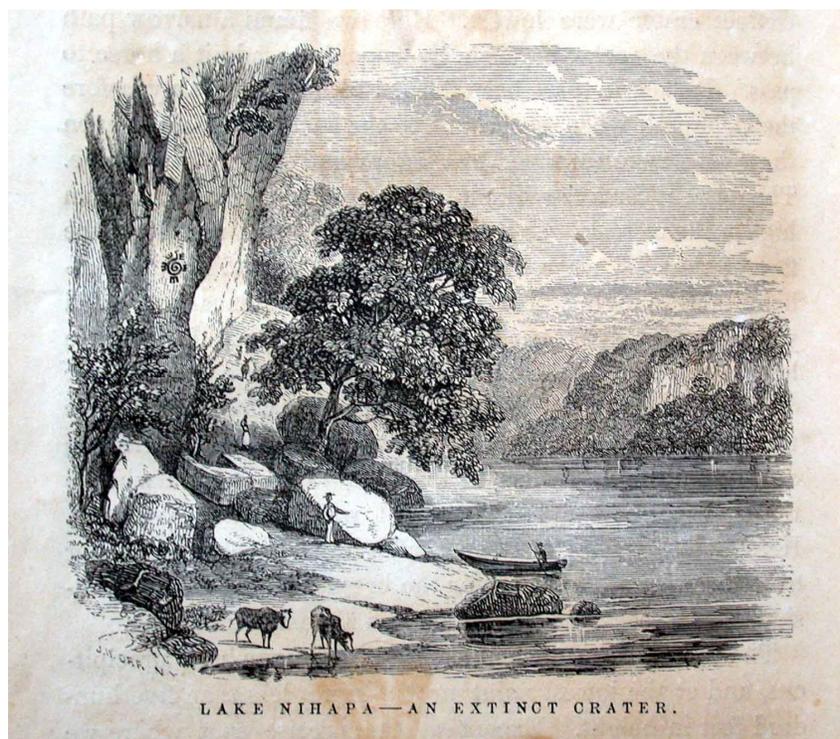


Figura 23. Laguna de Asososca cerca de Managua. En la parte superior izquierda se aprecia la pintura rupestre de la serpiente.

Si nos apegamos al texto de Squier sobre su recorrido por la laguna de Asososca —a la que en el grabado se le asigna de extraña manera el nombre de *Nihapa* (Nejapa)¹³— seremos capaces de explicar cada uno de los elementos que conforman la imagen. El agua del lago, el acantilado de la izquierda y los que se ven en el fondo de la

¹³ Asososca y Nejapa a pesar de su cercanía son dos lagunas diferentes, resulta extraño que el único lugar de la obra de Squier en donde aparece escrito *Nihapa* sea en la lámina que se muestra, pues ni siquiera en el original en inglés Squier habló de este lugar en su narración, en ésta siempre se refiere de manera inequívoca a las pinturas rupestres de Asososca.

derecha, los animales que beben, la canoa, el árbol principal y hasta las nubes, todo aparece mencionado en el texto, salvo la aguadora que asciende por el camino. En este sentido la relación texto-imagen se presenta como una descripción recíproca entre los dos discursos.

En la parte superior izquierda hay un pequeño diseño sobre la pared del acantilado, es esa la pintura rupestre de la que Squier hablará con mayor detenimiento. Con la representación de la pintura en el contexto general del paisaje, se dio una visión más completa del entorno que la rodeaba; al mismo tiempo la pictografía fue sumada a los demás elementos que, siendo mencionados en la narración, aparecieron también en el dibujo. La imagen publicada por Squier sobre la laguna de Asososca debe considerarse como uno de los registros mejor hechos sobre este lugar, pues aún en publicaciones recientes como la de Hildeberto María y la antología *30 años de arqueología en Nicaragua*, así como en distintas imágenes existentes en Internet, no encontramos el contexto geográfico en que fue plasmada la pintura.

6.2.4. Los mapas

Otro de los rasgos en donde notamos un interés por registrar del modo más objetivo los monumentos prehispánicos, lo tenemos en la elaboración de planos en donde se señaló la ubicación exacta de esculturas y restos de edificios. Estas representaciones espaciales elaboradas por Stephens y Squier fueron el resultado de un acercamiento sistemático a una determinada área en donde estaban ubicados distintos restos prehispánicos.

La elaboración de planos sobre antiguas construcciones prehispánicas es un rasgo presente en exploradores y estudiosos anteriores, en este sentido lo hecho por Stephens y Squier significó llevar a cabo un tipo de registro que ya se estaba practicando. En la obra de Squier sobre los monumentos del valle del Mississippi hay algunos antecedentes directos de los mapas sobre construcciones antiguas.

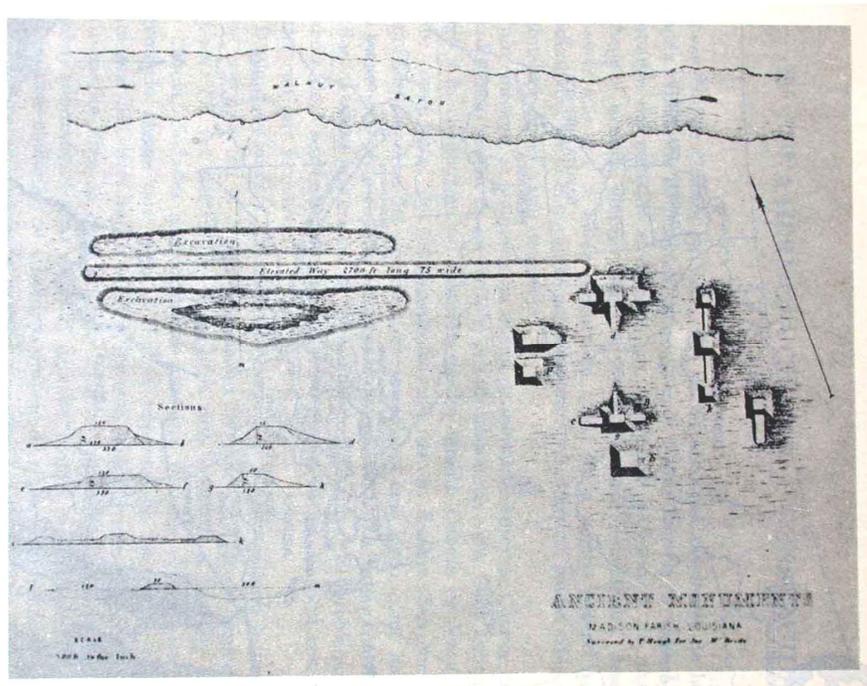


Figura 24. Mapa de Squier y Davis publicado en 1848 sobre unas construcciones en Madison Parish, Luisiana, Estados Unidos.

En los mapas de Squier sobre los montículos de Estados Unidos, de los cuales la figura 24 es un ejemplo, vemos información tal como los perfiles de las construcciones, medidas de algunas longitudes, la forma de los principales edificios, la ubicación del norte geográfico y algunos rasgos naturales como ríos. Sin embargo en el hecho por Squier de una sección de Zapatera vemos como la cantidad de datos es más reducida, y hasta cierto punto parece apenas un esbozo general de la zona. La rapidez con que Squier hizo sus exploraciones en Centroamérica le impidió hacer un registro detallado, no obstante el autor no dejó de lado su interés por transmitir al lector una idea más exacta del tipo de lugares recorridos (figura 25). En el siguiente mapa los números indican la ubicación de esculturas y con las letras se designa a los montículos de piedra hallados por Squier; el diseño de la esquina superior derecha sugiere la presencia de un cráter del que Squier habla en su relato.

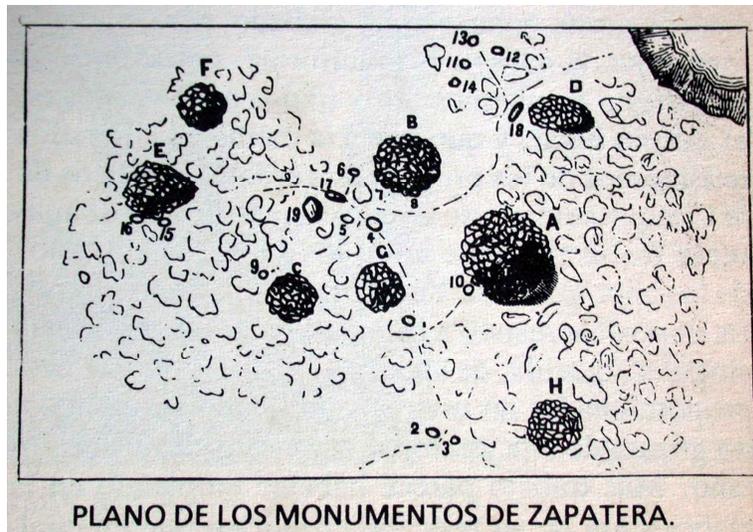


Figura 25. Mapa de las esculturas y los montículos de la isla Zapatera.

El mapa presentado por Stephens sobre Copán resulta más completo, pues fueron varios los días que él y sus ayudantes pasaron en la zona tomando medidas y descubriendo brechas entre los monumentos. De hecho, como se mostró en el capítulo anterior, una de las principales ocupaciones de Stephens en Copán fue despejar el terreno y medir distancias. Como resultado de esta labor nos legó un mapa que contiene información valiosa sobre la ubicación de algunos edificios y esculturas (figura 26).

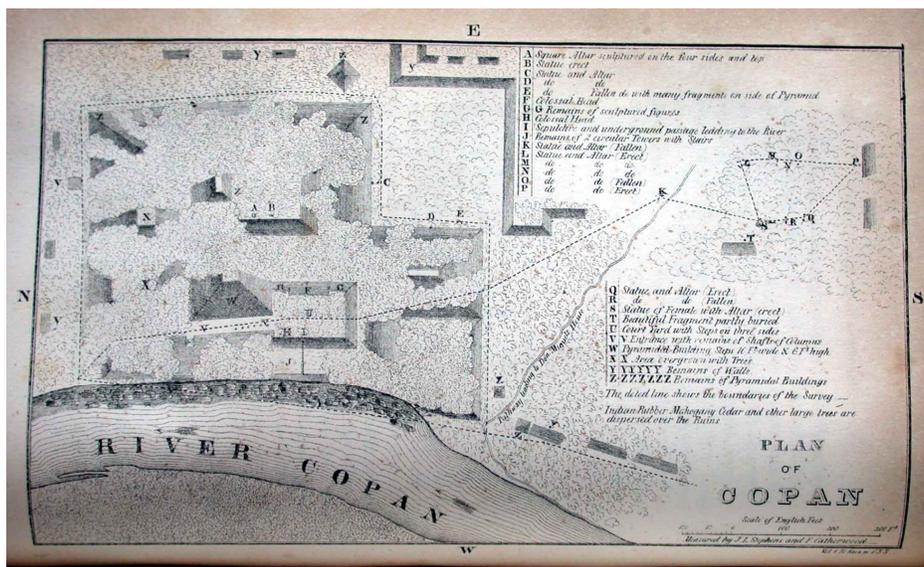


Figura 26. Mapa de Copán publicado en la obra de Stephens.

Los mapas de Stephens y Squier nos muestran otra faceta de como presentaron sus descubrimientos, de un modo más exacto y también más *arqueológico*. Otras

consideraciones sobre la representación de los monumentos en los mapas y su comparación con otros similares puede arrojar mayor información sobre los planos arqueológicos del siglo XIX. En este apartado sólo quise señalar su presencia en nuestras obras y dejar asentado que son los únicos hechos por los viajeros sobre sus hallazgos en Centroamérica.

6.2.5. La escritura jeroglífica

En el caso de la obra de Stephens nos encontramos frente a un amplio tema: el de los dibujos sobre la escritura a la que el viajero llamó “jeroglífica”. En aquella época no se conocían aún los elementos necesarios para descifrar esa escritura, no obstante en los dibujos de Catherwood se presentó una serie de diseños que mostraron al mundo un conjunto de signos hasta entonces prácticamente desconocidos. En el capítulo anterior comenté como Stephens había concebido pensado que los *jeroglíficos* contenían la historia de Copán, y además dijo que en Quiriguá también había signos del mismo tipo. Debido a lo anterior, la publicación de dibujos en donde se mostraran estos extraños caracteres era otro imperativo para dar un sentido completo a su obra.

Como en todos los dibujos hechos por Catherwood, en el de los glifos también hubo primordial atención en copiar de manera exacta el mayor número de detalles posibles. En estas páginas sólo estoy haciendo una mención acerca de un tema representado, el estudio específico de las primeras copias de los glifos mayas implica la necesaria comparación de dibujos hechos por distintos artistas.

La imagen 27 es uno de los ejemplos más claros del modo como los *jeroglíficos* aparecieron en la obra de Stephens. Hasta la actualidad el dibujo es fundamental en el campo de la epigrafía maya, pues de él depende la interpretación de los signos esculpidos y por ende el posible significado que se les pueda asignar.



Figura 27. Lado superior del altar de piedra hallado por Stephens en Copán.

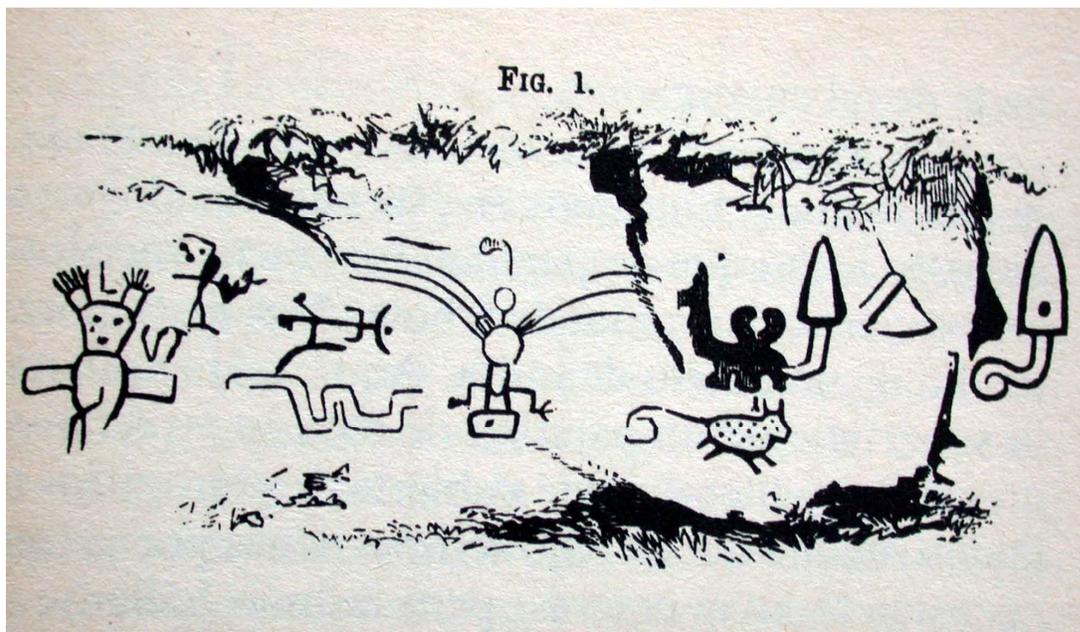
6.2.6. Pinturas rupestres y petroglifos

Squier publicó en su libro algunos diseños de manifestaciones rupestres, en particular las pinturas del lago de Asososca y los petroglifos de Cailagua. En los dibujos que presentó de esos lugares se nota el esfuerzo hecho por copiarlos de manera fiel. Así como los dibujos de los glifos mayas realizados por Catherwood incursionaron en un tema poco conocido en la época, los hechos por Mc Donough sobre manifestaciones rupestres también deben considerarse como pioneros en este otro campo.

Sobre la laguna de Asososca Squier publicó dos láminas, y cuatro de los petroglifos de Cailagua. El trabajo realizado por Hildeberto María publicado en 1965 retomó, más de cien años después de que fueron hechos, los dibujos de Mc Donough, lo cual nos habla del alcance de la obra del viajero. Algunos de los dibujos publicados en el libro de Squier son las únicas referencias que se conservan de algunas figuras.

A pesar de la importancia de los dibujos sobre Asososca y Cailagua no es posible fácil encontrarlos por estar dispersos en varias publicaciones. Por esta razón reproduzco a continuación 4 de las 6 láminas del libro de Squier para que sean vistas todas juntas, las otras 2 ya se mostraron en el capítulo anterior; todas ellas constituyen el complemento de

la narración del viajero y son ejemplo del excelente registro gráfico realizado por su dibujante.



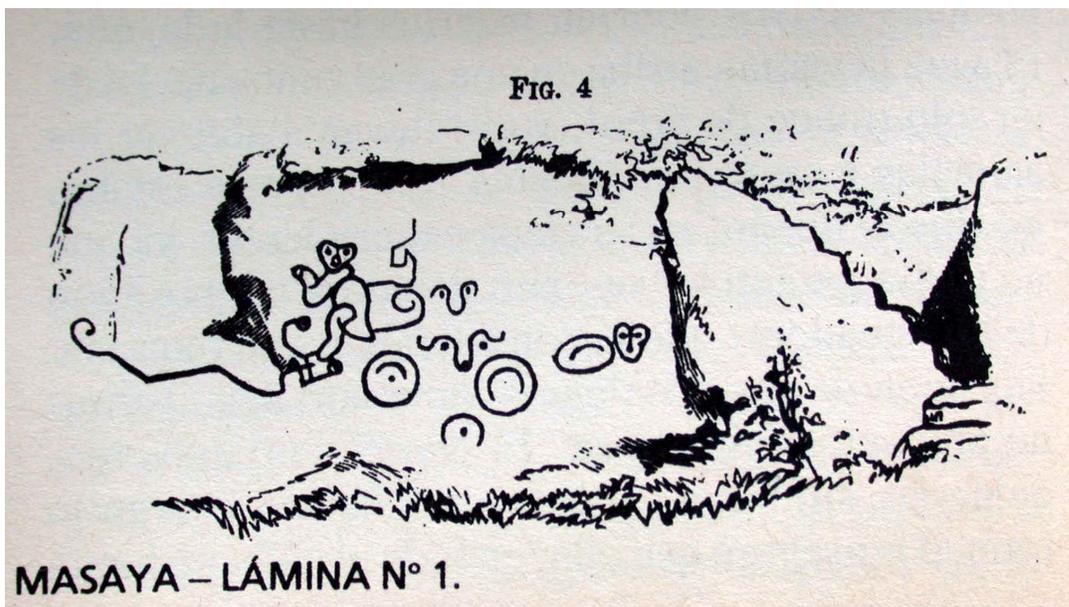
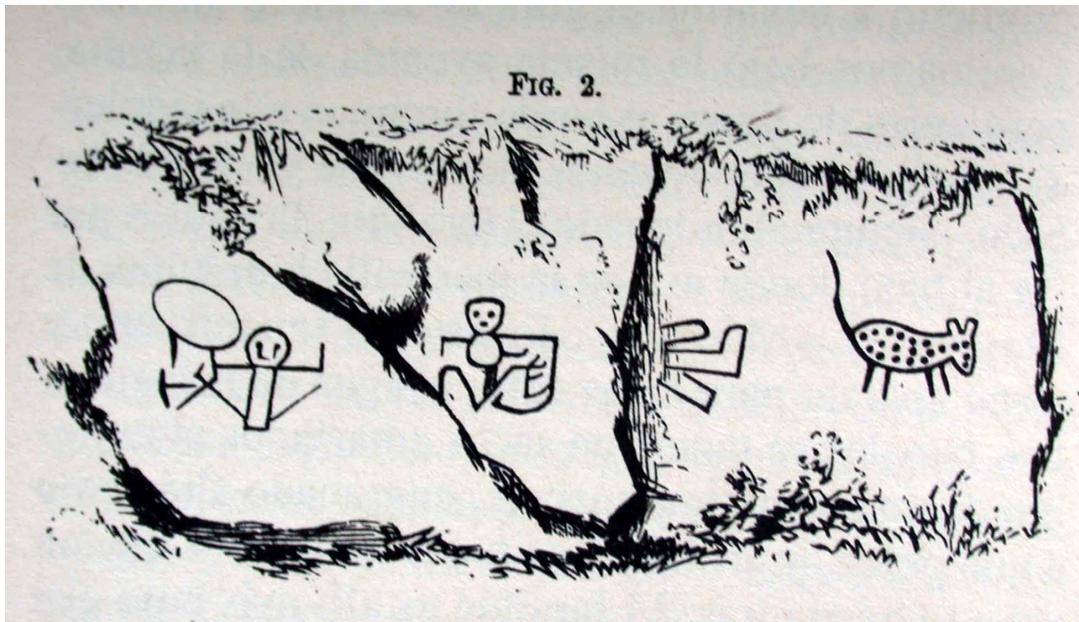


Figura 28. Láminas con dibujos de pinturas rupestres y petroglifos de Nicaragua. La primera muestra las pinturas de la laguna Asososca en las inmediaciones de Managua, las otras tres corresponden a los petroglifos de Cailagua cerca de Masaya.

6.2.7. La cerámica

La manifestación a la que menos atención pusieron los autores, la cerámica, también tuvo su representación en los dibujos. Aunque en el texto casi hubo referencias a los objetos cerámicos, sí se les incluye en el discurso visual.

La “veracidad” de los también se vio reflejada en el registro de la cerámica, pues aunque ésta casi no tiene cabida en la narración sí se le dibujó con detenimiento para transmitir al lector todas sus características formales. Ejemplos de las láminas publicadas sobre la cerámica son lo siguientes.

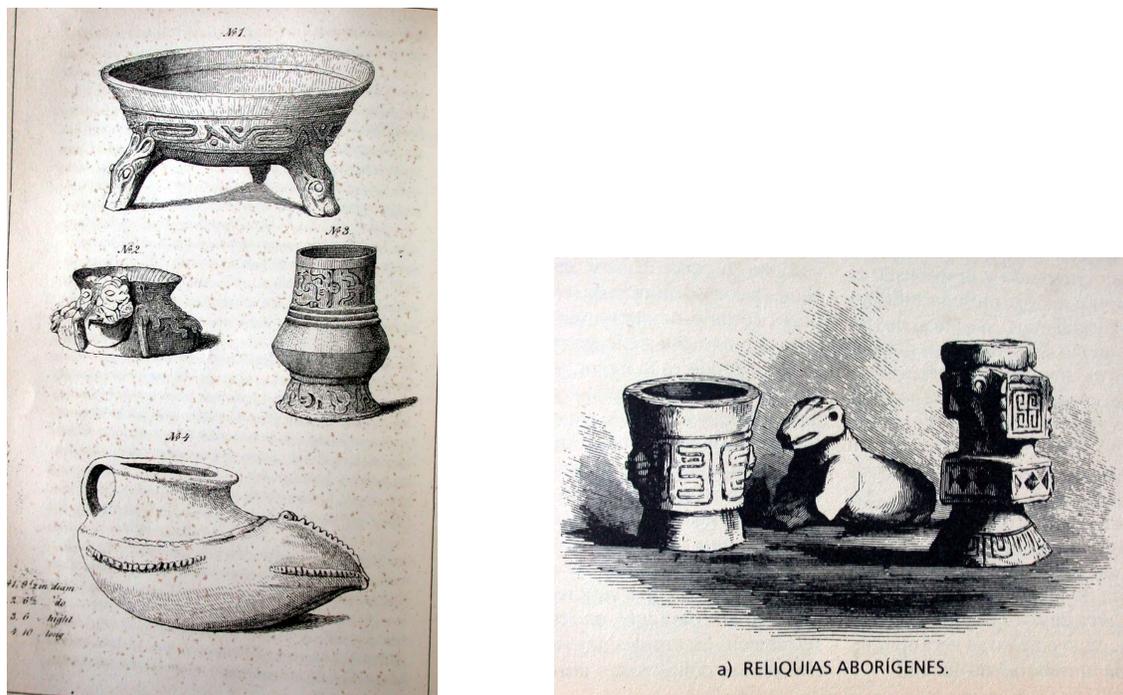


Figura 29. Objetos de cerámica registrados por Stephens y Squier.

En la imagen de la izquierda de la figura 29 se muestran los objetos encontrados por Stephens la excavación de Zaculeu y otros que le obsequiaron en el mismo lugar; la derecha están algunos de los regalos recibidos por Squier en el istmo de Rivas.

6.3. Consideraciones finales sobre las imágenes

Los enunciados vertidos acerca de las imágenes de la materialidad prehispánica en los libros de Stephens y Squier, me permiten concluir con una serie de opiniones necesarias para comprender el sentido general de las obras de los viajeros.

Las imágenes conforman un discurso que se sostiene de manera autónoma pues, aunque aparecen como referencias en el texto, son capaces de mostrar por sí mismas un conjunto de informaciones que la palabra escrita no podía transmitir. El tipo de información reflejada en los dibujos compete a los aspectos formales de los vestigios encontrados, en este sentido los dibujantes pusieron especial atención en apearse a los

objetos cuidando de no incluir elementos que provinieran de su imaginación y afectaran el carácter verídico de su labor. El tenor documental de las imágenes es uno de los rasgos, cuando no el más importante, para considerar a los libros de los viajeros como obras *arqueológicas* y, por qué no decirlo, científicas; pues si sus relatos en ocasiones contenían observaciones alejadas de problemas históricos o bien enunciaban ideas ahora consideradas como erróneas o aventuradas, sus dibujos son aún testimonios verosímiles de la materialidad prehispánica.

Algunas de las láminas publicadas en las obras de los viajeros tuvieron resonancia en obras posteriores, como en las fotografías de Maudslay o en el libro de Hildeberto María sobre el arte rupestre de Nicaragua; por otro lado, los dibujantes también se nutrieron de una tradición de dibujo arqueológico que tenía sus antecedentes más importantes en los inicios del XIX. No olvidemos que la aparición de la fotografía hacia mediados del siglo XIX marcó un nuevo momento para el registro de monumentos antiguos, por lo cual los dibujos de Catherwood y Mc Donough pueden ser considerados como un *punte* entre dibujo y fotografía arqueológica.

En las imágenes también vimos reforzadas algunas ideas ya expuestas en el análisis del texto, como la del interés por impresionar al lector con vestigios que pudieran considerarse artísticos, pues ningún dibujo de Catherwood o Mc Donough tuvo como tema alguna escultura en mal estado de conservación o de sencilla factura. Cuando no se pudo impresionar con los vestigios presentados, se hizo acompañar a éstos de vistas panorámicas que impactaron por medio del paisaje.

El planteamiento de Stephens y Squier como *descubridores* también tiene su correlato en los dibujos, en los cuales la inclusión de una vegetación exuberante, que pudiera no tener una referencia directa con el entorno, enfatizó el exotismo de las narraciones de estos viajeros. La cuestión del control de la antigüedad parece tener presencia en el personaje parado junto a la estela de Quiriguá, pues encarna una imagen estereotipada del hombre civilizado conquistando el pasado.

Sin embargo estas consideraciones sobre las imágenes deben ser vistas en el contexto de toda la investigación, por eso a continuación expondré las conclusiones finales en donde todo lo dicho entrará en juego para sintetizar la visión que Stephens y Squier reflejaron sobre la materialidad prehispánica en sus obras.

CONCLUSIONES

Los comentarios expuestos a lo largo de este trabajo sobre las obras John Lloyd Stephens y Ephraim George Squier, concernientes a lo dicho en sus respectivos libros, así como al contexto y a los factores que influyeron en la realización de sus viajes, permiten concluir con una serie de observaciones que nos ayudan entender el como vieron a la materialidad prehispánica centroamericana.

El proceso de expansión territorial de los Estados Unidos durante la primera mitad del siglo XIX implicó la búsqueda de nuevas rutas para la comunicación del amplio territorio que los estadounidenses comenzaban a colonizar en el norte del continente. América Central, en este escenario, representó uno de los lugares que generaron mayor interés para las vías de transporte y comunicación, debido a las posibilidades que brindaba la zona para abrir un canal interoceánico. La necesidad de la presencia diplomática estadounidense en la región, así como la exigencia de una literatura sobre esta área fueron los dos principales motivos que llevaron a Stephens y a Squier a viajar y escribir sus libros. El creciente interés por la antigüedad existente en Europa y los Estados Unidos también fue un factor decisivo en la puesta en marcha de sus travesías.

En el ámbito del gran movimiento decimonónico de la literatura de viajes se desarrollaron Stephens y Squier al dar cuenta de sus recorridos por Centroamérica. Este género les permitió ofrecer al lector de la época un amplio panorama de sociedades y territorios de los que hasta ese momento el público anglosajón y europeo tenía poca información, o bien desconocía por completo. Sus investigaciones sobre los vestigios prehispánicos, a pesar de no haber sido las primeras en muchos sentidos, pues ya varios personajes de distintas nacionalidades habían escrito al respecto, fueron relatadas de tal forma que tomaron el aspecto de *descubrimientos* sin precedentes.

El tono empleado por los viajeros en cuanto al carácter de *descubrimiento* dado a sus hallazgos, lo llevaron a cabo por distintos medios. Por un lado se presenta el hecho real de que en sus libros se habló de objetos nunca antes conocidos, y es en este sentido que los autores cumplieron el objetivo de mostrar a su público un conjunto de *cosas nuevas*. Sin embargo también usaron estrategias literarias en donde presentaron su

travesía a través de paralelismos con viajeros anteriores, en particular con aquellos relacionados con los descubrimientos españoles de los siglos XV y XVI. El modo de representar a la materialidad prehispánica acompañada de una vegetación tropical, en algunos casos al parecer ficticia, también exaltó el tenor de descubrimiento y exotismo.

El sentir general de la época en los Estados Unidos, en cuanto al afán colonizador se refiere, también fue llevado por los viajeros al espacio centroamericano y a la materialidad prehispánica. Stephens y Squier, quienes recorrieron el Medio Oeste norteamericano acompañados de migrantes y vivieron el ímpetu expansionista de la nación estadounidense, no se pudieron sustraer del ímpetu de colonización y en consonancia con él planearon proyectos futuros en América Central, en donde los estadounidenses tendrían cabida como los orquestadores directos de un nuevo periodo de auge en la región. Los vestigios materiales prehispánicos, en este contexto, formaron parte de una realidad que se quiso controlar y apropiarse, así como indicios de un tiempo pasado que para los viajeros se mostraba como una realidad extinta.

La apropiación de la materialidad prehispánica por Stephens y Squier se reflejó en acciones como la compra de zonas con monumentos, como lo hizo Stephens en Copán, y con la remoción de esculturas prehispánicas para ser enviadas a los Estados Unidos, como lo hizo Squier en Nicaragua. La pugna de aquellos años entre los Estados Unidos y las potencias europeas, en particular con Inglaterra, fue llevada al campo de las antigüedades, situación que vimos en expresiones enunciadas por los dos autores. Sin embargo, las consideraciones políticas acerca del control de la antigüedad americana, en la cual los estadounidenses buscaban desplazar a otras nacionalidades, no fue el único rasgo que caracterizó a las exploraciones de Stephens y Squier; a pesar de ello es necesario considerar esta actitud como un rasgo fundamental de la *arqueología* practicada por nuestros viajeros.

El conocimiento acumulado por Stephens durante sus viajes a Egipto y el Mediterráneo y las exploraciones que Squier llevó a cabo en los montículos de tierra del Medio Oeste de los Estados Unidos, los prepararon para acercarse a la materialidad prehispánica de la América Central con una mirada que en muchos aspectos ya era *arqueológica*. El interés demostrado en la descripción de monumentos, así como en la publicación de mapas y dibujos, nos muestra la intención de los dos autores en hacer uso de los vestigios

prehispánicos para aclarar problemas de tipo histórico, sobre todo concernientes al tipo de realizaciones materiales de los pobladores antiguos de Centroamérica.

En el caso de Stephens la utilización de los monumentos como un medio para aclarar problemas del pasado, la vemos reflejada en el diálogo que mantuvo en su obra con otros autores. En algunos casos utilizó sus exploraciones para rebatir ideas del pasado americano que consideraban al hombre prehispánico como un *salvaje*, como es el caso del debate con Robertson. Al mismo tiempo dio muestra del conocimiento de fuentes escritas de origen español y las puso en relación con sus investigaciones para ofrecer al lector una narración que incluyó relatos históricos y descripciones de tipo arqueológico. Sus observaciones sobre las ruinas de la América Central tuvieron gran resonancia en los estudiosos posteriores del siglo XIX y XX, y marcaron un precedente sobre la importancia de cotejar el estudio de fuentes escritas con observaciones directas en el campo.

Squier, por su parte, a pesar de tener mayor experiencia en el campo de las antigüedades americanas, no llevó muy lejos sus reflexiones acerca de los monumentos. Lo que podemos mencionar del modo en que logró sus descubrimientos con problemas históricos, se centró en su idea de que las esculturas halladas fueron las mismas que los frailes españoles destruyeron. Squier fue uno de los primeros viajeros en recibir la influencia directa de Stephens, y por esta razón relacionó sus hallazgos con los objetos vistos por el otro viajero.

En el ámbito de la descripción formal es en donde los dos autores lograron sus mayores aportes. La intención primordial al acercarse a la materialidad prehispánica fue registrarla de la manera más fiel posible. Si en la mayoría de los casos no fueron capaces de enunciar o problematizar algunas ideas acerca de los monumentos, sí dejaron asentadas sus principales características, con lo cual dieron a conocer objetos de una manera realista.

Stephens y su dibujante Frederick Catherwood hicieron patente también la existencia de una escritura, y aunque no dieron aportes directos para su posible desciframiento, la importancia otorgada en los dibujos a lo que ahora conocemos como *cartuchos glíficos* es una muestra de cómo hasta cierto punto sus investigaciones llamaron la atención sobre este tema.

De manera similar a lo ocurrido con la escritura maya en Stephens, Squier también incursionó en un campo poco explorado, me atrevería a decir que incluso aún en nuestros días; me refiero a las manifestaciones rupestres de Nicaragua. Las láminas publicadas y las descripciones al respecto, aunque breves, deben ser consideradas como de un gran alcance, pues Squier señaló no sólo la existencia de pinturas rupestres o petroglifos, sino también abundó en otros aspectos relacionados como el paisaje y las modificaciones hechas en él por el hombre.

Como se mencionó desde el inicio de esta investigación, los nombres asignados a los objetos prehispánicos son de importancia para conocer el modo como fueron entendidos. Stephens llegó a llamar *arte* a algunos de las manifestaciones materiales prehispánicas, lo cual nos indica el grado de desarrollo que otorgó a sus creadores. A mediados del siglo XIX hablar de *arte*, según lo vimos a través de algunas expresiones de Stephens, era hablar de pueblos civilizados, pues sólo ellos eran capaces de llevar a cabo obras en donde estuviera de por medio no sólo una técnica sino también un cierto sentido estético. Considerando el debate sobre el nivel de desarrollo social alcanzado por el hombre americano, las opiniones de Stephens dieron un argumento más para pensar que en América había florecido una civilización que nada tenía que pedir al Viejo Continente. En las consideraciones estéticas de Stephens sobre la materialidad prehispánica vuelve a aparecer el tema político, pues según vimos cuando se comentó el trabajo de Ortega y Medina, mediante la apropiación que Stephens hizo del arte antiguo americano se buscó liberar a los Estados Unidos de su herencia histórica europea y al mismo tiempo legitimarlos como americanos.

También destaca el término *ruina* con el cual Stephens se refirió al estado de muchos edificios antiguos, los cuales habían sufrido los embates del paso del tiempo y del hombre. Sin embargo, al decir *ruina* también se aludió a la existencia de un pasado tan lejano que solo quedaban de él sus *ruinas*. En una ocasión el deseo de Stephens de poder conocer a fondo el pasado prehispánico, lo llevó a conceder verosimilitud a un relato en donde se hablaba de una ciudad indígena que permanecía primigenia como en el siglo XVI; si acaso esto no fuera una opinión en verdad aceptada por el viajero, lo cierto es que dio cuenta de ello en su libro con el objetivo de despertar la imaginación de sus lectores.

Squier llegó a utilizar el término *arqueología* cuando escribió sobre las manifestaciones rupestres, sin embargo lo hizo para decir que ellas no tenían ningún interés *arqueológico*. Podemos deducir que la *arqueología* según la entiende Squier sólo debía poner atención en ciertos vestigios del pasado y no en todos. En este mismo tenor podemos ubicar las opiniones de Stephens cuando desecha el estudio de algunos vestigios durante sus exploraciones.

La *arqueología* era una noción que ya existía en la época de nuestros viajeros, pero tenía un sentido distinto al de hoy. Con ese término se designaba una ocupación o interés que se centraba en la búsqueda de objetos materiales del pasado, el cual tenía por objetivo no tanto extraer información para conocer la historia, aunque esto también se vislumbraba, sino conocer monumentos u objetos por conocerlos en sí mismos, de ahí que el interés despertado por un objeto radicaba en las cualidades de éste en tanto su manufactura y forma. Como importante era buscar restos de pueblos civilizados y no de pueblos salvajes, a lo que se ponía atención era a los objetos artísticos. *Arte* y *arqueología* tienen un punto en común en nuestros autores: la arqueología debe preocuparse por encontrar objetos artísticos, y estos últimos son aquéllos que pertenecen al hombre civilizado; por ello tanto Stephens como Squier desecharon registrar muchos monumentos que no eran impresionantes o no presentaban buen estado de conservación.

Los objetos de cerámica, por ejemplo, casi no son comentados por los autores, y resulta significativo que la mayoría de la cerámica les fuera obsequiada; no fueron ellos quienes la buscaron sino que les fue entregada por otras personas.

Por otro lado, el papel asignado a las imágenes fue de suma importancia, pues por medio de ellas se dieron referentes claros de la materialidad prehispánica; sin los dibujos las descripciones de los autores jamás hubieran sido suficientes para transmitir al lector una idea del tipo de vestigios conocidos. Las imágenes en los libros de Stephens y Squier tienen un objetivo *arqueológico*, aunque en algunas también se puede ver el control ejercido sobre el pasado centroamericano, como en la lámina de la estela de Quiriguá comentada en el último capítulo.

Se consideró también a las construcciones indígenas y las esculturas como relacionadas con prácticas religiosas en donde los sacrificios humanos ocupaban un lugar principal; esto nos habla del modo como los objetos encontrados servían para

explicar o refrendar algunas concepciones previas existentes sobre el indígena americano. Esto es importante tenerlo en cuenta porque la imagen del indio como un caníbal y *sacrificador* le ha sido asignada desde el momento mismo de la conquista y aún incluso en la actualidad; nuestros autores también refrendaron estas concepciones. En contraposición, también vimos cómo en Guatemala y Nicaragua los grupos indígenas daban un uso a los vestigios prehispánicos en el ámbito de ceremonias religiosas tradicionales, lo cual nos habla de un importante nivel de significación ajeno a Stephens y Squier.

Pensar en cómo un par de viajeros estadounidenses del siglo XIX se acercaron a los vestigios materiales prehispánicos podría llevarnos, en primera instancia, a la idea de una visión alejada de la nuestra; pero a la luz de lo expuesto en este trabajo vemos que la curiosidad implícita en la investigación de antiguos monumentos y sus connotaciones ideológicas, no fueron tan ajenas a cómo hoy se llevan a cabo. En la actualidad las descripciones y los estudios comparativos siguen siendo la mejor manera de extraer información de los objetos arqueológicos prehispánicos, el favor que les debemos a Stephens y Squier es habernos legado un serie de ideas y observaciones sobre un conjunto de obras que aún nos son contemporáneas, pues aunque creadas en el pasado, siguen presentes y forman parte de nuestro mundo.

Las construcciones y objetos materiales del pasado prehispánico centroamericano, independientemente de las interpretaciones a las que puedan ser o hayan sido sometidas, seguirán detonando la imaginación del hombre, quien pondrá siempre de por medio toda su formación cultural para poder entenderlas. En este sentido, lo escrito en estas páginas, significó habernos puesto junto a Stephens y Squier a pensar las mismas rocas que hasta el día de hoy nos fascinan con sus enigmas.

OBRAS CONSULTADAS

- Alcina Franch, José, *El descubrimiento científico de América*, Madrid, Ánthropos, 1988, 309 p. (Autores, Textos y Temas: 16).
- Alcina Franch, José, *Arqueólogos o anticuarios. Historia de la arqueología en la América española*, Barcelona, Serbal, 1995, 212 p., ils. (Libros del Buen Andar: 39).
- Álvarez A., Carlos, "Los viajeros del siglo pasado en la arqueología maya", en Cabrero G., María Teresa (comp.), *II Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, México, Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1993, 143-167 p.
- Arellano, Jorge Eduardo (ed.), *30 años de arqueología en Nicaragua*, Nicaragua, Museo Histórico de Suecia y Museo Nacional de Nicaragua, 1993, 150 p., ils.
- Arévalo, Juan José, "El tiburón y las sardinas", en Contreras, Mario e Ignacio Sosa (comps.), *Latinoamérica en el siglo XX. 1898-1945*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973, 106-112 p. (Lecturas Universitarias: 19).
- Bagot, François, *El dibujo arqueológico. La cerámica. Normas para la representación de las formas y decoraciones de las vasijas*, prefacio de Claude F. Baudez, México, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos y Centre National de la Recherche Scientifique, 1997, 240 p., ils.
- Beristáin, Helena, *Análisis estructural del relato literario*, México, Universidad Nacional Autónoma de México y Editorial Limusa, 2003, 201 p.
- Bernal, Ignacio, *Historia de la arqueología en México*, 2a ed., México, Porrúa, 1992, 208 p., 103 lams.
- Brunhouse, Robert, *In search of the maya. The first archaeologist*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1973.
- Brunhouse, Robert, *En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos*, traducción de Jorge Ferreiro, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, 221 p., ils. (Sección de Obras de Antropología).

- Bullock, William, *Primera exposición de arte prehispánico*, prólogo, traducción y notas de Begoña Arteta, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Azcapotzalco, 1991, 80 p., ils.
- Burke, Peter, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, traducción de Teófilo de Lozoya, Barcelona, Crítica, 2001, 285 p., ils.
- Bustamante Díaz, Patricio “¿Arte? Rupestre. Análisis de la eficacia de un concepto actualmente en uso”, en *Rupestre Web*, consultado en Internet el día 4 de enero de 2006: <http://rupestreweb.tripod.com/obrasrupestres.html>.
- Cabello Carro, Paz, *Coleccionismo americano indígena en la España del siglo XVIII*, España, Ediciones de Cultura Hispánica, 1989, 191 p., ils.
- “La cámara lúcida”, *Wikipedia. La enciclopedia libre*, consultado en Internet el día 9 de noviembre de 2006: http://es.wikipedia.org/wiki/C%C3%A1mara_C3%BAcida.
- Carmack, Robert (ed.), *Historia General de Centroamérica. Tomo I. Historia Antigua*, coordinación general de Edelberto Torres-Rivas, Madrid, Sociedad Estatal Quinto Centenario y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1993, 373 p., ils.
- Casasola, Luis, "Panorama de la arqueología en El Salvador", *América Indígena*, vol. 25, octubre-diciembre 1975, No. 4, 715-726 p.
- Castro Leal, Antonio, "Alejandro de Humboldt y el arte prehispánico", *Sobretiro de Memoria de El Colegio Nacional*, Tomo IV, No. 4, México 1961, 102-111 p., ils.
- Castro-Leal Espino, Marcia, “Las expediciones del capitán Dupaix y el arte prehispánico”, en *Un recorrido por archivos y bibliotecas privados II*, México, Asociación Mexicana de Archivos y Bibliotecas Privados, Fondo Cultural Banamex y Fondo de Cultura Económica, 1997, 61-75 p.
- Colón, Hernando, “La narración del Cuarto Viaje de Cristóbal Colón, escrita por su hijo Hernando”, en *Crónicas de Viajeros. Nicaragua. Vol. I*, selección e introducción de Jaime Incer, Costa Rica, Libro Libre, 1990. (Colección Quinto Centenario: Serie Raíces).
- Cyphers Guillén, Ann y Anna Di Castro, “Frederick Catherwood y John L. Stephens”, en Odena Güemes, Lina (coord.), *La antropología en México*.

- Panorama histórico. Vol. 9. Los protagonistas (Acosta-Dávila)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, 449-462 p., ils. (Biblioteca del INAH).
- Dupaix, Guillermo, *Atlas de las antigüedades mexicanas halladas en el curso de los tres viajes de la Real Expedición de Antigüedades de la Nueva España*, edición facsimilar, notas e introducción de Roberto Villaseñor Espinoza, México, San Ángel Ediciones, 1978, ils.
 - Dym, Jordana, "La reconciliación de la historia y la modernidad: George Thompson, Henry Dunn y Frederick Crowe, tres viajeros británicos en Centroamérica 1825-1845", *Mesoamérica*, Año 21, No. 40, diciembre 2000, 142-181 p.
 - Ette, Ottmar, *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras y Servicio Alemán de Intercambio Académico, 2001, 122 p.
 - Fagan, Brian, *Precursores de la arqueología en América*, traducción de Mayo Antonio Sánchez García, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, 378 p., ils. (Colección Antropología).
 - Fonseca Zamora, Óscar M., "Reflexiones sobre la investigación arqueológica en Costa Rica: una perspectiva histórica", en Skirboll, Esther y Winifred Creamer (eds.), *Inter-regional ties in Costa Rica prehistory*. Inglaterra, British Archaeological Reports, 1984, 15-27 p.
 - Gaos, José, "Notas sobre la historiografía", en Matute, Álvaro (comp.), *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, Secretaría de Educación Pública y Editorial Diana, 1981, 66-93 p.
 - García Castañeda, Salvador (coord.), *Literatura de viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo*, España, Editorial Castalia y The Ohio State University, 1999, 307 p.
 - García de Palacio, Diego, "Carta de Relación del oidor Diego García Palacio", en *Cartas de Relación y otros documentos*, El Salvador, Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, 2000, 24-55 p. (Biblioteca de Historia Salvadoreña: 1).

- Glantz, Margo, *Viajes en México. Crónicas extranjeras. Tomo I*, México, Secretaría de Educación Pública/Fondo de Cultura Económica, 1982, 324 p. (Colección SEP/80: 34).
- Graham, Ian, "Juan Galindo Enthusiast", *Estudios de Cultura Maya*, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras-Seminario de Cultura Maya, Volumen III, 1963, México, 11-35 p., ils.
- Haberland, Wolfgang, "Cien años de arqueología en Panamá", en *Publicaciones de la Revista "Lotería"*, No. 12, c.1959, Panamá, 7-16 p.
- Hagen, Víctor Wolfgang von, *Maya explorer. John Lloyd Stephens and the lost cities of Central America and Yucatan*, Norman, University of Oklahoma Press, 1947.
- Hagen, Víctor Wolfgang von, *Frederick Catherwood, architect*, Nueva York, Oxford University Press, 1950.
- Hagen, Víctor Wolfgang von, *Explorador maya. John Lloyd Stephens y las ciudades perdidas de América Central y Yucatán*, traducción de Jerónimo Córdoba, Buenos Aires, Librería Hachette S. A., 1957, 362 p., ils. (Nueva Colección Clío).
- Hagen, Víctor Wolfgang von, *Search for the maya. The Story of Stephens and Catherwood*, Inglaterra, Saxon House, 1973, 365 p., ils.
- Hasemann, George, Gloria Lara Pinto y Fernando Cruz Sandoval, *Los indios de Centroamérica*, España, Mapfre, 1996, 422 p., ils. (Indios de América).
- Hibben, Frank C., "Review: Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatán", *American Journal of Archaeology*, The Archaeological Institute of America, vol. 54, No. 4, octubre 1950, 454-455 p.
- Incer, Jaime, *Nicaragua: Viajes, rutas y encuentros. 1502-1838. Historia de las exploraciones y descubrimientos, antes de ser Estado independiente, con observaciones sobre su geografía, etnia y naturaleza*, Costa Rica, Libro Libre, 1990, 638 p., ils.
- Kapuscinski, Ryszard, *Viajes con Heródoto*, Anagrama, España, 2006, 308 p. (Crónicas: 77).

- Laborde, Léon de, *Voyage de l'Arabie Pétrée, par Léon de Laborde et Linant*, París, 1830.
- Londoño, Wilhelm, “Discurso jurídico versus discurso cultural: el conflicto social sobre los significados de la cultura material prehispánica”, *Boletín Museo del Oro*, Num. 51, Bogotá: Banco de la República, 2003. Obtenido de Internet el día 1º de mayo de 2005.
- María, Hildeberto, *Estas piedras hablan. Estudio preliminar del arte rupestre en Nicaragua*, Nicaragua, Editorial Hospicio, 1965, 224 p., ils.
- Marquina Ignacio, *Arquitectura prehispánica*, 2ª ed., Instituto Nacional de Antropología e Historia/Secretaría de Educación Pública, México, 1990.
- Martínez de la Torre, Cruz y Paz Cabello Carro, “El arte precolombino y su incidencia en Europa”, en García Merlero, José Enrique (coord.), *Influencias artísticas entre España y América*, España, Mapfre, 1992, 19-103 p., ils.
- Maudslay, Alfred Percival, *Biología Centrali-Americana, or contributions to the knowledge of the fauna and flora of Mexico and Central America*, 5 vols., edición facsimilar editada y con introducción de Francis Robicsek, Nueva York, Milpatron Publishing Corp., 1974, I y II.
- Nebel, Carl, *Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República Mexicana*, México, Porrúa, 1963.
- Nevins, Allan y Henry Steelle Commager, *Breve historia de los Estados Unidos. Biografía de un pueblo libre*, 3a. ed., traducción de Florentino M. Torner, México, Compañía General de Ediciones, 1963, 542 p. (Ideas, Letras y Vida).
- O’Gorman, Edmundo, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Imprenta Universitaria, 1947, 349 p.
- O’Gorman, Edmundo, “El arte o de la monstruosidad”, en Fernández, Martha y Louise Noelle (eds.), *Sesenta años del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Estéticas, 1998, 471- 476 p.
- Ortega y Gasset, José, *Origen y Epílogo de la Filosofía*, 2a ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1998, 113 p. (Sección de Obras de Filosofía).

- Ortega y Medina, Juan A., "Monroismo arqueológico. Un intento de compensación de americanidad insuficiente", *Cuadernos Americanos*, año 12, Vol. 51, No. 5, México septiembre-octubre 1953, 168-189 p.
- Ortega y Medina, Juan A., "Monroismo arqueológico. II", *Cuadernos Americanos*, año 12, Vol. 52, No. 6, México noviembre-diciembre 1953, 158-187 p.
- Ortega y Medina, Juan A., *México en la conciencia anglosajona*, 2 Vols., México, Antigua Librería Robredo, 1955, 160 p.
- Price, Rally, *Arte primitivo en tierra civilizada*, traducción de Victoria Schussheim, México, Siglo XXI, 1993, 181 p., ils.
- Poblett Miranda, Martha, *Viajeros en el siglo XIX*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000, 63 p., ils. (Tercer Milenio).
- Río, Antonio del, *Description of the ruins of an ancient city, discovered near Palenque, in the kingdom of Guatemala in Spanish America*, Londres, 1822.
- Romero Galván, José Rubén (coord.), *Historiografía mexicana. Volumen 1. Historiografía novohispana de tradición indígena*, coordinadores generales Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de investigaciones Históricas, 2003, 366 p.
- Sapper, Karl, "Un viaje al Nuevo Mundo: Centro América ante los viajeros del siglo XIX", *Mesoamérica*, Año 2, No. 2, junio 1981, 153-169 p.
- Squier, Ephraim George y Edward H. Davis, *Ancient Monuments of the Mississippi Valley*, Nueva York, Smithsonian Institution, 1848.
- Squier, Ephraim George, *Aboriginal Monuments of the State of New York*, Nueva York, Smithsonian Institution, 1850.
- Squier, Ephraim George, *Nicaragua; its people, scenery, monuments, and the proposed interoceanic canal*, 2 Vols., Nueva York, Appleton & Co., Publishers, 1852, ils.
- Squier, Ephraim George, *The States of Central America*, Nueva York, Harper & Brothers, 1858, 782 p., ils.

- Squier, Ephraim George, *Nicaragua, sus gentes y paisajes*, 2a. ed., traducción de Luciano Cuadra, Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana, 1972, 525 p., ils. (Colección Viajeros: 1).
- Squier, Ephraim George, *Nicaragua, sus gentes y paisajes*, 3a. ed. en español, traducción de Luciano Cuadra, Nicaragua, Nueva Nicaragua, 1989, 546 p., ils.
- Stansifer, Charles L., "The Central American writings of E. George Squier", *Inter-American Review of Bibliography-Revista Interamericana de Bibliografía*, vol. 16, No. 2, Abril-Junio 1966, 144-160 p.
- Stansifer, Charles L., "Ephraim George Squier: Diversos aspectos de su carrera en Centroamérica", *Libro del mes de la Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, traducción de Orlando Cuadra Downing, noviembre 1968, 64 p.
- Stephens, John Lloyd, *Incidents of Travel in Egypt, Arabia Petreae and Holy Land*, Nueva York, Harper & Brothers, 1837.
- Stephens, John Lloyd, *Incidents of Travel in Greece, Turkey, Russia and Poland*, Nueva York, Harper & Brothers, 1838.
- Stephens, John Lloyd, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, 2 Vols., Nueva York, Harper & Brothers, 1841, ils.
- Stephens, John Lloyd, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, 2 Vols., Londres, John Murray, 1841, ils.
- Stephens, John Lloyd, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, 2 Vols., Londres, John Murray, 1842, ils.
- Stephens, John Lloyd, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, introducción y notas de Richard L. Predmore, Nueva Brunswick, Rutgers University Press, 1949.
- Stephens, John Lloyd, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, 2 Vols., Nueva York, Dover Publications, 1969.
- Stephens, John Lloyd, *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*, traducción de Benjamín Mazariego Santizo, 2 Vols., 2ª ed., Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana, 1971, (Viajeros: 3).
- Stephens, John Lloyd, *Viajes de Yucatán*, Mérida, Dante, 1984.

- Stephens, John Lloyd, *Incidentes de viaje en Chiapas*, traducción de Juan C. Lemus, México, Miguel Ángel Porrúa Editores, 1989, 199 p., ils.
- Stephens, John Lloyd, *Incidentes de viaje en Chiapas*, traducción de Juan C. Lemus, México, Gobierno del Estado de Chiapas- Consejo Estatal para el Fomento a la Investigación y Difusión de la Cultura, 1989, 199 p., ils.
- Stephens, John Lloyd, *Viaje a Yucatán*, edición de Juan Luis Bonor, Madrid, Historia 16, 1989.
- Stephens, John Lloyd, *Aventures de voyage en pays maya: Copán 1839*, ed. anotee par Claude Baudez, tr. de l'anglais par Philippe Babo, Paris, Pygmalio Gerard Watelet-UNESCO, c.1991, 318 p, ils. (Les Grandes Aventures de l'Archéologie).
- Stephens, John Lloyd, *Aventures de voyage en pays maya: Palenque 1840*, ed. anotee par Claude Baudez, tr. de l'anglais par Philippe Babo, Paris, Pygmalio Gerard Watelet-UNESCO, c.1993, 306 p, ils. (Les Grandes Aventures de l'Archéologie).
- Stephens, John Lloyd, *Viaje a Yucatán*, edición de Juan Antonio Santos, Madrid, Valdemar, 2002, ils.
- Stephens, John Lloyd, *Viaje a Yucatán, 1841-1842*, traducción de Justo Sierra O'Reilly, introducción de José Ortiz Monasterio, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, 677 p., ils. (Colección Historia).
- Thieck, Frederic, *Ídolos de Nicaragua. Álbum No. 1*, Nicaragua, Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua-Departamento de Arqueología y Antropología, 1971, 218 p., ils.
- Todorov, Tzvetan, *La conquista de América. El problema del otro*, 14ª ed., traducción de Flora Botton Burlá, México, Siglo XXI, 2005, 277 p., ils.
- *To the Memory of John Lloyd Stephens. Pionner in the study of mayan civilization*, Nueva York, Middle America Information Bureau, 1947, 6 p.
- Trias, Vivian, *Historia del imperialismo norteamericano. Tomo I. La pugna por la hegemonía*, Argentina, A. Peña Lillo Editor, 1975, 195 p.
- Veliz, Vito, "Síntesis histórica de la arqueología en Honduras", *Yaxkin*. No. 1 y 2, Honduras, 1983. 1-8 p.